



HASTA
QUE EL
INFIERNO
NOS
SEPARE

SARAH HOGLE




ESPASA



Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
Agradecimientos	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Naomi vive con Nicholas desde hace tres años y están en la cuenta atrás de una boda que le trae de cabeza por las intromisiones de una suegra totalitaria. A medida que pasan los días se da cuenta de que ya no soporta a Nicholas: todo es una fachada para presumir en Instagram y preferiría hacerse el harakiri a casarse con él. El rechazo es mutuo, pero ninguno de los dos quiere romper el compromiso, pues el que se eche atrás tendrá que hacerse cargo de lo que han gastado ya en los preparativos de la boda.

Empieza así una lucha delirante en la que ambos se sabotean y emplean toda la artillería emocional que tienen a su alcance hasta convertirse en enemigos íntimos. A medida que la fecha de la boda se acerca, su carrera hacia la destrucción mutua se acelera, pero ahora que no tienen nada que perder pueden ser por fin ellos mismos y quizá aún queda alguna esperanza de que crucen la línea de meta juntos.

HASTA QUE EL INFIERNO NOS SEPARE

Sarah Hogle

Traducción de Milo J. Krmpotić



*Para Marcus, mi marido, y para nuestros hijos:
sois mi lugar feliz*

Prólogo

Creo que esta noche me va a besar.

Si no lo hace, me voy a morir. Es nuestra segunda cita y estamos en el coche, en un autocine, haciendo como que vemos la película mientras nos vamos robando miraditas el uno al otro. La película dura dos horas y cinco minutos. Llevamos una hora y cincuenta y cinco minutos sin besarnos. No quiero sonar desesperada, pero si me he aplicado iluminador en un tercio del cuerpo ha sido para que él se lleve alguna mancha en la camisa. Si todo va según lo planeado, esta noche llegará a casa sin fuerzas, con el pelo hecho un desastre y suficiente polvo brillante de maquillaje en la ropa como para ser reflectante al paso de los coches. No importa lo mucho que se restriegue, estará oliendo a mis feromonas toda una semana.

No me he mostrado tímida a la hora de las indirectas. He llamado su atención sobre mis labios lamiéndomelos, mordisqueándomelos y tocándomelos distraídamente: consejo de la *Cosmopolitan*. Mi brillo de labios se desarrolló en un laboratorio para que atrajera como un imán la boca de los hombres, y es tan eficaz como el abanico de plumas de un pavo real. Los instintos más primitivos de Nicholas serán incapaces de resistirse. También es un imán para mi pelo, y los ojos se me humedecen cada vez que el sabor de la laca extrafuerte se me mete en la boca, pero a veces la belleza requiere estos sacrificios. Y, por si fuera poco, tengo la mano izquierda puesta sobre el asiento con la palma abierta hacia arriba para que resulte completamente accesible en caso de que él quiera tomarla y llevársela a casa consigo.

Mis esperanzas comienzan a apagarse cuando me mira y aparta rápidamente la vista. Quizá sea una de esas personas que de hecho van al autocine a ver la película. Por mucho que deteste considerar esta posibilidad, quizá sencillamente no tenga ganas. No sería la primera vez que un piquito de oro encantador me deja en casa con un beso de buenas noches y se las pira justo cuando yo pensaba que la cosa se estaba poniendo bien.

Y entonces la veo: la señal de que no me he pasado toda la noche comiéndome el pelo en vano. Se presenta bajo la forma de un envoltorio vacío de caramelo de menta que descansa dentro del sujetavaso. Husmeo sutilmente el aire y, sí, demonios, eso que huelo es sin duda aceite de hierbabuena. Le echo otro vistazo al sujetavaso y es incluso mejor de lo que había pensado. ¡Son dos los envoltorios vacíos! ¡Ha ido a por dos! Un hombre no se mete dos caramelos de menta en la boca a menos que se esté preparando para algún pequeño avance.

Dios mío, es tan atractivo que estoy bastante convencida de haberlo engañado de algún modo para que se metiera en esto. De Nicholas me gusta hasta el más pequeño detalle. No esperó tres

días a llamarme después de la primera cita. Todos sus mensajes de texto son gramaticalmente correctos. Aún no me ha mandado ninguna foto no solicitada de su pene. Ya tengo ganas de ir reservando el salón de baile para la fiesta de nuestra boda.

—¿Naomi? —me dice, y yo parpadeo.

—¿Sí?

Sonríe. Es tan adorable que sonrío yo también.

—¿Me has escuchado?

La respuesta es negativa porque estoy aquí, admirando su perfil, demasiado prendada de él para una fase tan temprana de nuestra... Ni siquiera puedo llamarlo relación. Sólo hemos salido dos veces. «Contrólate, Naomi.»

—¿Sueles perderte en tus pensamientos? —pregunta él.

Siento que se me suben los colores.

—Sí. Perdón. A veces la gente me habla y yo ni me entero.

Su sonrisa se vuelve más amplia.

—Eres un encanto.

¿Piensa que soy un encanto? Mi corazón se agita y centellea. Les dedico un discurso de agradecimiento internamente a mis pestañas postizas y al (elegante) escote de la blusa.

Él ladea la cabeza y me estudia.

—Te decía que se ha acabado la película.

Vuelvo velozmente la cabeza hacia la pantalla. Tiene razón. No tengo ni idea de qué ha pasado al final y no sabría indicar los puntos principales de su argumento. Creo que era una de amor, pero ¿a quién le importa? Estoy mucho más interesada en los amores que puedan tener lugar dentro de este coche. El aparcamiento se ha quedado desierto, lo que nos garantiza la intimidad suficiente como para que mi imaginación se dispare. Podría pasar cualquier cosa. Aquí no hay nadie más que Nicholas y yo, y...

Una chaqueta de punto de color rosa pulcramente doblada sobre el asiento de atrás, que evidentemente pertenece a una mujer. Una mujer que no soy yo.

Se me revuelve el estómago, y Nicholas sigue mi mirada.

—Es para mi madre —se apresura a decir.

Yo no me muestro demasiado convencida hasta que me enseña la tarjeta de FELIZ CUMPLEAÑOS que hay debajo de la chaqueta, firmada por él y a la que le ha añadido un mensaje personal: «¡Te quiero, mamá!».

—Me parece muy bonito —le digo siendo sumamente consciente de la sensación de aislamiento e intimidad que nos proporciona el coche. Noto mariposas en el estómago y los envoltorios vacíos de los caramelos de menta siguen atrayendo mi mirada. La película ha acabado, ¿a qué está esperando?—. Gracias por traerme. Ya no quedan muchos autocines. Probablemente haya sólo un par en todo el Medio Oeste.

Aún es más raro encontrar uno que funcione durante todo el año. Por suerte han tenido la

cortesía de darnos un calefactor eléctrico para compensar la locura que representa hacer algo así en enero. Nos hemos puesto varias mantas por encima, y para tratarse de una cita invernal fuera de lo común ha resultado sorprendentemente cómoda.

—De hecho, quedan ocho en todo el estado —dice él. Me parece impresionante que tenga ese dato tan presente—. ¿Tienes hambre? Hay un puesto de yogur helado cerca de aquí donde hacen el mejor yogur helado que hayas probado en tu vida.

No soy fan del yogur helado (sobre todo cuando hace frío fuera), pero pienso mostrarme conforme con todo. Aún no nos conocemos demasiado bien el uno al otro, y si quiero ganarme la tercera cita tengo que demostrarle que no requiero de grandes atenciones. Soy Naomi la despreocupada, divertida para pasar el rato y muy divertida para enrollarse con ella. Quizá me bese después del yogur helado. Y es posible que se abra la camisa.

—¡Suena bien!

En lugar de abrocharse el cinturón de seguridad y de poner el coche en marcha, titubea. Se pone a jugar con el dial de la radio por la distorsión de la electricidad estática hasta sintonizar un animado tema *indie* llamado «You Say It Too». Me doy cuenta de repente de que se ha quedado callado porque está nervioso, no por falta de interés, y me sorprende porque hasta el momento no había exhibido más que seguridad en sí mismo. El aire está cargado y se me acelera el pulso con la intuición de lo que está a punto de llegar. El ritmo de mi sangre es un coro: «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!».

—Eres preciosa —dice con gesto serio.

Se vuelve para mirarme bien. Sus ojos están llenos de duda, se muerde la mejilla y a mí me deja pasmada que sea él el que está nervioso. El corazón me da un salto cuando se inclina un par de centímetros hacia mí. Luego otro par. Separa los labios, su mirada cae sobre mi boca, y yo me olvido de repente de todos los hombres con los que he salido: él los ha eclipsado por completo. Es inteligente y encantador y perfecto, absolutamente perfecto para mí.

El corazón se me ha quedado firmemente atascado en la garganta. Sus dedos me acarician el cabello, dirigen mi cara hacia arriba para que reciba la suya. Nicholas se inclina ese último centímetro e ilumina mi mundo como una estrella fugaz; la expectación, la maravilla y una tremenda sensación de idoneidad surcan mis venas a toda velocidad. Me besa y estoy perdida, tal y como anticipé que iba a pasar.

Qué noche tan mágica y extraordinaria.

Un año y nueve meses después

Qué día tan feo y asqueroso. La lluvia sale despedida del parabrisas del coche de mi compañero de trabajo, igualmente asqueroso por su olor a patatas fritas frías del McDonald's y a pino. Leon hace tamborilear los dedos sobre el volante y se inclina un poco hacia delante para ver mejor el exterior. Los limpiaparabrisas lo están dando todo en su ir y venir, pero es que llueve como si alguien hubiera rajado el cielo por la mitad y un océano rugiente estuviera cayendo por él.

—Gracias de nuevo por el viaje.

—De nada, para eso estamos.

Metó los labios hacia dentro e inspiro el verde de los pinos. No sé con qué ha rociado esto antes de que yo entrara, pero va a perseguirme allí donde vaya durante el resto del día. No conozco demasiado a Leon, así que es perfectamente posible que haya un cadáver en el maletero y que el spray de pino sea para ocultarlo.

—Está lloviendo con bastante fuerza —digo.

Brandy no ha podido llevarme a casa porque su hermana ha pasado a recogerla antes de la hora. Zach ha venido hoy con la moto, y me apuesto algo a que se está arrepintiendo. Melissa se ofreció a llevarme con la esperanza evidente de que yo declinara, y por eso lo hice. Se viene mostrando irracionalmente quisquillosa conmigo desde que la lie con un amigo de mi prometido que resultó ser un adúltero en serie. Cree que Nicholas y yo supimos que pertenecía al club de los infieles desde el principio y que hicimos trizas su confianza en los hombres a propósito.

—Sí, se supone que va a llover toda la semana.

—Pues es una lástima para quien quiera salir a hacer truco o trato.

Leon se vuelve a mirarme y un instante después desliza los ojos de nuevo hacia la carretera. O a lo que puede ver de ella... Francamente, no sé cómo sigue avanzando centímetro a centímetro, porque yo no veo nada. Por lo que sé, podríamos estar segando un prado. Estamos a finales de octubre y la temperatura es de cinco grados. La semana pasada me puse pantalones cortos. La semana anterior hizo tanto frío que estuvo a punto de nevar. El otoño en Wisconsin es una fiesta.

—¿Repartes golosinas?

La respuesta debería ser evidente. Me encantan las golosinas y me encantan los niños, sobre todo cuando son pequeños y repulsivos, porque me parecen muy graciosos. También me encanta el otoño. Me he pasado todo el mes usando el tono de cacerola reluciente de cobre de mi paleta de

sombras de ojos, intentando darles a mis párpados el mismo brillo que tienen los rayos del sol poniente cuando caen ligeramente inclinados sobre un huerto de calabazas.

El suelo de mi habitación es un caos de suéteres suaves que hacen que me sienta como un capitán de barco, botas altas y bufandas infinitas. Todas mis comidas tienen un toque de especia de calabaza. Cuando no estoy ingiriendo calabaza, la estoy aspirando como una adicta, alineando velas con olor a comida en todas las superficies disponibles de la casa. Tarta de manzana, tarta de calabaza, especia de calabaza, calabaza de manzana.

Mi estética es agresivamente convencional, y no me arrepiento de ello. En parte se la debo a aquella mujer del mostrador de una tienda de cosmética que me dijo que soy otoñal por el color ambarino de mis ojos y por mi cabello recto del color de las nueces pacanas, pero, por la manera en que me maravillo con los colores de las hojas, por mi amor hacia las gorras de lana y por mi tendencia a atiborrarme a calabazas, sé de corazón que seguiría siendo una zorra convencional por mucho que tuviera matices neutros. Está en mi ADN.

Pese a todo ello, no tengo ganas de repartir caramelos por Halloween. Ni siquiera he colgado las decoraciones, y eso que solía ser una de mis actividades favoritas al comenzar la estación. Es posible que acabe pasando la tarde sola, en chándal, viendo programas malos de televisión mientras Nicholas está fuera, jugando a *Gears of War* en casa de un amigo, o que nos acostemos antes de las nueve tras haber repartido hilo dental y cepillos de dientes baratos y de tamaño de viaje a algunos niños decepcionados.

—Quizá —digo al fin.

Porque ya no me importa lo que vaya a hacer. Podría estar en una montaña rusa o escribiendo la lista de la compra, que mi nivel de entusiasmo parecería el mismo. La idea me deprime, pero lo que me deprime de verdad es que no pienso hacer nada al respecto.

—Yo lo haría si viviera en una calle que fuera más concurrida —dice él—. Pero donde vivo nadie sale a hacer truco o trato.

En Morris no hay nada parecido a una calle concurrida. Vivimos en un lugar tan pequeño que lo pasarías mal intentando encontrarnos en un mapa de Wisconsin. Sólo tenemos dos semáforos.

Las luces de los coches pasan a nuestro lado, sus neumáticos escupen olas que ni Moisés al separar las aguas del mar Rojo. Si yo estuviera al volante sin duda habría aparcado en algún sitio hace una eternidad para esperar a que dejara de llover. Pero Leon está completamente relajado. Me pregunto si mantiene esta misma expresión agradable cuando se dedica a trocear a la gente y vuelca los restos rezumantes de la tabla de cortar dentro de su maletero.

No es que Leon me haya dado ninguna razón para que me muestre precavida con él. Debería estar preguntándole educadamente dónde vive o cosas así, pero es que tengo un ojo puesto en los números de color esmeralda de su reloj digital y me estoy preguntando si Nicholas habrá llegado ya a casa, porque espero desesperadamente que no sea así. El Junk Yard abre a las diez y cierra a las seis todos los días salvo los sábados, cuando está abierto de once a siete.

Nicholas trabaja como dentista en el centro odontológico Rise and Smile, que está en la misma

carretera por la que vamos ahora, y sale a las seis. Yo suelo llegar a casa antes porque él se detiene en casa de sus padres para prepararle un café a su madre o para leerle alguna carta confusa que haya llegado por correo o para hacer lo que sea que ella le esté pidiendo a graznidos ese día en concreto. Si se pasa más de veinticuatro horas sin verlo, el sistema operativo comienza a fallarle.

Esta mañana me he encontrado una de mis ruedas completamente desinflada. Mientras estaba ahí plantada, mirándola, me he visto transportada a ese momento, un año atrás, en que Nicholas señaló que tenía que enseñarme a cambiar un neumático. Ofendida por la suposición de que yo no sabía cómo hacerlo, le puse los puntos sobre las íes y le informé de que aprendí hace años. Soy una mujer moderna, responsable y autosuficiente. No necesito que ningún hombre me ayude con el mantenimiento del vehículo.

La cuestión es que, en realidad, no sé cómo cambiar una rueda. El tiempo esta mañana era agradable, no tenía ni idea de que iba a llover, así que decidí ir al trabajo caminando... y eso es lo que me ha conducido hasta el brete actual en el coche de Leon, porque de ninguna manera iba a regresar a casa caminando: ¡llevo un suéter de cachemira!

La mentirijilla sobre los neumáticos se me fue un poco de las manos cuando el padre de Nicholas, un hombre de creencias lastimosamente anticuadas, comentó que las mujeres no saben cambiar el aceite. Yo le contesté: «¿Perdón? Yo me cambio el aceite constantemente». Lo dije por el feminismo. No se me puede culpar por ello. A continuación es posible que me jactara de haber puesto los amortiguadores y las pastillas de freno, y de no haber necesitado nunca la asistencia de un mecánico. Nunca. Sé que Nicholas desconfía y que ha estado intentando pillarme cada vez que han tenido que hacerle algo a mi coche. Muy convenientemente, sólo soy una mecánica experta cuando él está en el trabajo, así que nunca me ve en acción. Me cuelo en Morris Auto como una delincuente y le pago a Dave en efectivo. Dave es buena gente. Ha prometido que no me delatará nunca y permite que me atribuya los méritos de su trabajo.

Todos los edificios de Langley son manchas frías y azuladas bajo esta lluvia. Pasamos junto a una versión a lo Claude Monet del Rise and Smile, y ruego por que Nicholas no tenga vista de halcón y pueda verme milagrosamente en el asiento del pasajero de un coche desconocido. Si llega a sus oídos que hoy no he ido en coche al trabajo, me preguntará por qué. Y no tengo ninguna excusa válida. Se enterará de que le mentí acerca de mi saber hacer mecánico, y su expresión ufana de «lo sabía» me joderá tanto que me provocará una erupción de acné. De todos modos, él no es nadie para dudar de mi destreza como mecánica. Es sexista asumir que no sabría arreglar una fuga en los manguitos o una cinta abrasiva o cualquiera de las cosas que hacen que un coche haga brrrum. Él debería dar por sentado que todas mis mentiras son verdad.

Quiero que Leon se dé prisa, aunque la carretera esté resbaladiza y yo prefiera de veras no morirme dentro de este coche que huele como si hubiera inspirado un bosque entero por la rejilla. Me pregunto cómo podría formular la petición de que ponga su vida en peligro mortal para que yo tenga tiempo de consultar unos tutoriales en YouTube antes de que Nicholas llegue a casa. ¿Vale la

pena la posibilidad de derrapar y salirnos de la carretera a fin de que yo pueda mantener este engaño? Sí. Sí que vale la pena. No me he pasado todo este tiempo trabajándomelo para que me estalle en la cara por culpa de un poco de lluvia.

Recojo del suelo un vaso para llevar y lo giro.

—Dunkin' Donuts, ¿eh? Que no se entere Brandy.

La hermana de Brandy tiene una cafetería, el Blue Tulip Café, y Brandy, como su embajadora en el Junk Yard, no permite que nadie del trabajo frecuente ninguna de las grandes cadenas cafeteras.

Leon suelta una risita.

—Ah, ya lo sé. Tengo que esconderlo como si fuera un secreto oscuro. Pero el café de Dunkin' Donuts sabe mejor, y además has de tener en cuenta mi lealtad al nombre. Cuando compartes apellido con Dunkin' Donuts, es hacia allí adonde apunta tu fidelidad.

—¿Te apellidas Donuts? —contesto como una idiota integral un segundo antes de ser consciente de lo evidente de mi error.

—Me apellido Duncan, Naomi.

Leon me mira de reojo y su expresión quiere ser un «¿Lo dices en serio?», porque se trata de un detalle que probablemente debería saber a estas alturas, habiendo trabajado con él en el Junk Yard desde febrero. El Junk Yard no es un vertedero en el sentido literal,¹ sino un negocio familiar. Pero sus modales son infinitamente superiores a los míos, así que en cambio su expresión dice: «Oh, es perfectamente comprensible que hayas dicho eso, supongo».

Quiero abrir la puerta y saltar del coche, pero me resisto. Ahí fuera está cayendo un monzón y se me correrá el brillo cobrizo por las mejillas. Con esta visibilidad, me plantaré en medio del tráfico y me atropellarán. Mi foto de compromiso aparecerá en blanco y negro en el periódico, con el aviso de que, en vez de flores, la familia de mi prometido solicita que se hagan donaciones a Rows of Books, su organización benéfica con ánimo de lucro, que se dedica a mandar libros de texto sobre higiene dental a escuelas desfavorecidas.

Me pongo hecha una furia durante un momento porque eso es exactamente lo que pasaría, pero soy lo bastante rencorosa como para pensar que preferiría las flores.

¡Por fin!, por fin aparcamos en mi calle. Ya estoy quitándome el cinturón de seguridad cuando señalo la casita frente a la que están aparcados mi viejo y fiable Saturn y un Maserati dorado, disparejos a más no poder.

Nicholas ha llegado a casa, maldita sea.

Está en el porche, con el correo del día y una cartera de cuero bajo el brazo, abriendo la puerta de la calle. Por una vez que necesito que vaya a mimar a su madre después del trabajo, y en su lugar se viene directamente a casa, como un gilipollas. Le echo una ojeada al coche y resoplo: la rueda está tan desinflada que se ha quedado completamente torcido. Será un milagro que Nicholas no haya reparado en ello. El Saturn tiene un aspecto patético al lado del llamativo coche de

Nicholas, tan fuera de lugar en Morris que todo el mundo sabe a quién pertenece cada vez que pasa zumbando frente a un semáforo en el momento en que éste se pone en rojo.

A la inversa, el vehículo de Leon es un monstruo de Frankenstein hecho con piezas japonesas. En su mayor parte es de un color azul grisáceo opaco, salvo por la puerta del conductor, que es roja y está corroída por el óxido, y el maletero, que es blanco y no cierra bien. Se ha pasado todo el viaje golpeando, lo cual probablemente explique mis visiones acerca de la persona atada y amordazada que hay en su interior. Pobre Leon. Sé que dicen que es con los tipos callados con quienes hay que tener cuidado, pero conmigo ha sido siempre agradable y no se merece ninguna mirada de reojo. Probablemente no es Jack el Destripador.

—Te veo esta noche —me dice.

Casi cada viernes, Brandy organiza una noche de juegos a la que nos invita a Zach, Melissa, Leon y a mí, cortesía que hace siempre extensiva a nuestras medias naranjas. Nicholas nunca ha asistido a ninguna de las noches de juegos de Brandy, ni a las barbacoas de Zach, ni a las excursiones de Melissa al minigolf, lo cual me parece bien. Así él puede ir a hacer sus cosas con sus amigos, que ni siquiera le caen bien; si sigue saliendo con ellos es porque cuesta mucho hacer nuevas amistades a los treinta y dos.

He cruzado la mitad del patio cuando Leon grita inesperadamente:

—¡Eh, Nicholas!

Nicholas lo saluda con la mano, confundido. Mis compañeros de trabajo suelen ignorarlo cada vez que entran en contacto, y viceversa.

—¿Hola?

—¿Vendrás hoy a la noche de juegos? —le pregunta Leon.

Se me escapa una carcajada que suena a «baj», porque por supuesto que Nicholas no vendrá. No le cae bien a ninguno de ellos, y se pasaría toda la noche malhumorado y a la defensiva, lo cual le quitaría toda la diversión para mí. Si fuera, mis amigos (aunque ella prefiera que no lo haga, sigo contando a Melissa como amiga porque mantengo la esperanza de que vuelva a tratarme bien algún día) podrían darse cuenta de que no somos los tortolitos yin y yang que vengo haciendo ver en mis *stories* de Instagram. En cierto modo me conviene que Nicholas evite a mis amigos y que no se nos acerque lo suficiente como para que lo inspeccionen. Saber que nuestra relación parece envidiable desde el exterior es lo único que nos mantiene en marcha, porque en realidad nuestra relación no es para nada envidiable.

—¿De qué te ríes? —pregunta Nicholas con expresión ofendida.

—Nunca vas a las noches de juegos. ¿Para qué te lo pregunta? —Y le grito a Leon—: ¡No, tiene cosas que hacer!

—Lástima —contesta Leon—. Sabes que serás bien recibido si quieres pasarte cuando tu agenda te lo permita, Nicholas.

Los ojos entornados de Nicholas no se apartan de mí mientras contesta:

—¿Sabes qué? Creo que iré.

Leon se despide con un alegre movimiento de la mano, lo cual contrasta radicalmente con la conmoción que me apresuro a ocultar.

—¡Guay! ¡Hasta luego, Naomi! —dice, y se pone en marcha.

Alguien ha dicho algo de lo más sencillo, «Hasta luego, Naomi», y a mí se me ha ocurrido una idea extraña.

Hace mucho tiempo que nadie me ve, porque mantengo escondida una gran parte de mí. De mí, de quien soy en realidad, una persona que lleva viva veintiocho años, veintiséis de ellos sin conocer la existencia de Nicholas Rose. He estado lentamente purgando las partes Westfield de mí para convertirme en la pre-Naomi Rose. Ya casi la señora Rose. Llevo casi dos años siendo la mitad de un todo y últimamente no sé si cuento siquiera como una mitad.

Pero, cuando alguien me llama Naomi con una voz agradable, me siento como la chica que fui. Durante el breve lapso que tarda el coche de Leon en desaparecer al final de la calle soy Naomi Westfield de nuevo.

—¿No quieres que vaya? —pregunta Nicholas con tono acusador.

—¿Qué? No seas ridículo. Pues claro que quiero.

Le dedico la más amplia de mis sonrisas. Para que sea convincente, la sonrisa tiene que llegar hasta los ojos. Una sonrisa de verdad. Cada vez que hago una, me gusta imaginarme que lo estoy mirando por el retrovisor, largándome de Morris a toda leche, para no volver a verlo nunca más.

Estoy en el sofá, mirando algo que me pudrirá el cerebro, medio escuchando las quejas de Nicholas sobre el amigo de un amigo que se apunta a sus partidos de fútbol en el parque algunas veces al mes. Es el que se cree mejor jugador que Nicholas, el que cree saber más de fútbol que Nicholas, y un día de éstos Nicholas piensa cantarle las cuarenta. Lleva diciendo lo mismo desde que lo conozco. Al menos se ha tragado mi historia sobre el motivo por el que he ido caminando al trabajo: estoy dando pasos para llevar un estilo de vida más saludable, y caminar es mi última pasión. Nicholas debería seguir mi ejemplo e ir caminando también al trabajo, en lugar de destruir el planeta con sus gases efecto invernadero. Sinceramente, podría aprender una o dos cosas de mí.

Le dejo que se desahogue. Asiento y me muestro de acuerdo con lo que dice, como la prometida buenecita que soy, pero no soy una prometida buenecita, porque tengo la sensación de que voy a derrumbarme en cualquier momento.

Soy buena actriz. Es un motivo de orgullo para mí. Lo que es motivo de orgullo para Nicholas es que cree saber hasta el más pequeño detalle sobre mí. Siempre le está diciendo a la gente que no puedo ocultarle nada. Soy transparente como el aire e igual de valiosa en lo intelectual. El hecho de que pueda mirarme a los ojos y creer que estoy completamente enamorada de él es la prueba de que soy una actriz fantástica y de que no lo sabe todo acerca de mí; ni siquiera lo sabe casi todo sobre mí.

En proporción, diría que estoy enamorada de Nicholas al cuarenta por ciento. Quizá no debería decir que estoy «enamorada». Hay una diferencia. El enamoramiento es un arrebato. Un aleteo. Un alud. Es el sudor nervioso y el corazón que martillea, y una tremenda sensación de idoneidad, o eso he oído. Y yo no tengo eso. Lo quiero al cuarenta por ciento.

Si piensas en las parejas que conoces, no es tan malo como suena. Si son sinceras, muchas de ellas darían un número más bajo que el que declaran en voz alta. La verdad es que no creo que dos personas cualesquiera se sientan enamoradas al cien por cien exactamente a la vez y todo el tiempo. Quizá se turnen al setenta y cinco por ciento, su récord personal, mientras el otro marca un sesenta.

Soy una cínica miserable (es la novedad) y una soñadora romántica (siempre lo he sido), y la combinación de ambas es tan terrible que no sé cómo me aguanto a mí misma. Si fuera sólo una de las dos cosas, quizá estaría asintiendo y coincidiendo con Nicholas, sonriéndole ampliamente, en vez de fomentando una de las ensoñaciones favoritas en las que me concentro cuando no quiero vivir en el mundo real. En ese sueño es el día de mi boda y estoy frente al altar, al lado de

Nicholas. El cura pregunta si alguien tiene algo que objetar a nuestra unión y alguien entre el público se pone en pie y proclama atrevidamente: «¡Yo!». Todo el mundo lanza un grito ahogado. Se trata de Jake Pavelka, la controvertida estrella de la decimocuarta temporada de *The Bachelor*.

En la vida real, Jake Pavelka no interrumpirá mis votos, y Nicholas y yo no podremos librarnos el uno del otro. Repaso mi calendario mental y me siento mareada al pensar en el poco tiempo que me queda. Ahora mismo, la idea de dar el «sí, quiero» hace que mi pulso se ponga a galopar como un caballo desbocado.

Me estoy viniendo abajo y Nicholas ni siquiera se da cuenta.

Es algo que me pasa cada vez más. En cuanto comienzo a pensar que la extrañeza ha desaparecido y que vuelvo a sentirme satisfecha conmigo misma, que he reprimido toda sensación de descontento, el péndulo vuelve a caer sobre mí. A veces, la emoción me asalta cuando estoy a punto de quedarme dormida. Me sucede mientras conduzco de vuelta a casa y mientras ceno, lo cual implica que pierda el apetito de inmediato y que tenga que inventarme cualquier explicación pasable.

Por culpa de mis excusas, Nicholas piensa que tengo el estómago delicado y que mi síndrome premenstrual dura tres semanas. Con frecuencia comentamos mi consumo de gluten y finjo que estoy considerando la posibilidad de quitar el azúcar de mi dieta. Esto es lo que sucede cuando sales con un tipo durante once meses y te comprometes seis horas antes de irte por fin a vivir con él, para acabar descubriendo quién es en realidad la otra persona en el día a día. Contratar al Novio Nicholas y recibir al Prometido Nicholas un poco más tarde fue toda una maniobra de enganche y engaño, déjame que te lo diga. Cuando lo pesqué pensé que me había llevado el premio gordo, pero después de ponerme el anillo en el dedo me relegó a un Eterno Segundo Puesto.

Cuando estoy sola o cuando tanto da que no lo esté, porque él me está ignorando a fin de pasar unos valiosos momentos en compañía de su ordenador, al menos disfruto del alivio temporal de poder extraviar la sonrisa. No tengo que malgastar mis energías fingiendo que estoy bien. Pero, por mucho que lo desee, tampoco me entrego durante demasiado rato a estas ideas molestas y oscuras, porque me da miedo que, si me pongo completamente en plan Morrissey, si clavo la mirada en el infinito de la pared y me pongo a reflexionar sobre qué es con exactitud lo que me hace infeliz, luego me será imposible doblar esas ideas y guardarlas pulcramente en un cajón para examinarlas de nuevo otro día.

Sintonizo la perorata de Nicholas el tiempo suficiente para captar algunas palabras claves: «Stacy, nada de pantalones chinos, indicador de gasolina». Ha encontrado la manera de combinar sus tres quejas preferidas en una sola diatriba tempestuosa. Odia las nuevas reglas de vestuario que su compañera, la doctora Stacy Mootispaw, está intentando implementar y que aprueban sólo los pantalones de vestir de color negro y prohíben sus queridos chinos. Nicholas odia a Stacy. Y odia el indicador de gasolina de su coche de lujo, al que acusa injustamente de no haberle

advertido de que se estaba quedando sin combustible la semana pasada, cuando tuvo que salir de la ciudad.

Pongo una expresión comprensiva y le aseguro que Stacy es la escoria de la Tierra y que la prohibición de los caquis es discriminación. Soy una prometida leal, me indigno en su nombre, estoy dispuesta a entrar en combate contra todos los agravios que sufra.

Pienso que «actriz» es otra manera de decir «mentirosa profesional».

He pasado a engañarnos a los dos constantemente, y no sé cómo dejar de hacerlo. Faltan tres meses para la boda y, si le suelto a Nicholas todo sobre estos miniataques de pánico, él los atribuirá al miedo de última hora, que al parecer es algo normal. Descartará todo lo que siento con esas pocas palabras. Esta boda no me ha emocionado nada desde que me la arrebataron, desde que me arrancaron todas las decisiones de las manos, y saber que no me siento emocionada hace que me entre la ansiedad. Si no me emociona la idea de casarme, ¿qué demonios estoy haciendo?

Pero ahora mi problema va más allá de la entrometida de su madre, más allá de la eterna discusión sobre el destino de nuestra luna de miel y el tamaño del pastel, que ya no me importa porque no me salí con la mía en lo del limón. «A nadie le gusta el limón, Naomi.» Llevo tanto tiempo cocinándome en todos los agravios recibidos que el resentimiento acumulado ha rebasado la olla y ha manchado todo lo referente a Nicholas, incluyendo sus partes inocentes. A pesar de todo, soy una persona tan solícita que reprimo mis emociones negativas y no las comparto con él. En cualquier caso, tampoco las entendería.

Cuando me pregunta qué me pasa y mi problema no es de los que desaparecen con unas pocas palabras de consuelo, Nicholas se siente frustrado. Me recuerda a aquello que dijo mi madre en una ocasión, que no debes contarles a los hombres los problemas que no tengan solución, porque intentarán solucionarlos y, al no lograrlo, se les fundirán los circuitos.

¿Es el mío un problema sin solución? Es que no sé cuál es mi problema. Probablemente el problema sea yo. Nicholas tiene un montón de cosas positivas, que he enumerado en un documento protegido con contraseña en mi ordenador. Lo leo cada vez que necesito que me recuerden que todo-va-bien.

Quiero tomarme una pastilla mágica que me haga sentir perfectamente satisfecha. Quiero mirar amorosamente a Nicholas mientras rebusca sin suerte en las entrañas de los armarios de la cocina. Llevamos diez meses viviendo juntos y aún no sabe dónde guardamos las cosas.

Nuestros nombres quedan muy románticos sobre el papel. Nicholas y Naomi Rose. ¿Has oído alguna vez algo más encantador? También les pondríamos a nuestros hijos nombres románticos comenzados por N, y lo convertiríamos en algo recurrente. Un hijo llamado Nathaniel. Los abuelos lo llamarán Nat, cosa que yo odiaré. Una hija de nombre Noelle. Su segundo nombre tendrá que ser Deborah por la señora Rose, ya que al parecer se trata de una tradición que se mantiene desde hace exactamente una generación. A la hermana de Nicholas le han dicho lo mismo, así que, si somos obedientes, algún día habrá una dinastía de pequeñas niñas llamadas Deborah.

Cierro los ojos e intento imaginar lo que habrá sido criarse como la hija biológica de esa mujer, y la imagen es tan horripilante que tengo que blanquearla con algún pensamiento feliz protagonizado por otro de los aspirantes a mi corazón —Rupert Everett en el papel del doctor Gang en *Inspector Gadget*, de 1999—, que abre de golpe las puertas de St. Mary's y se pelea con Jake Pavelka para decidir quién se acaba casando conmigo. Uno de ellos tiene una garra mecánica, así que no es un combate justo. «¡No tan deprisa!», grita otra voz. Levanto la mirada y veo a Cal Hockley, el héroe incomprendido de *Titanic*, que desciende haciendo rápel desde el techo sujetando el Corazón del Mar entre los dientes. «¡Esto es para ti, Naomi! ¡Eres la única mujer que lo merece!» Nicholas lanza un grito de protesta mientras se aparta del altar, pero se cae de inmediato por una trampa en el suelo.

Hago un esfuerzo consciente por mirar a Nicholas e intentar sentir mariposas en el estómago. Es responsable. Nos gustan las mismas películas. Cocina bien. Son cosas que me encantan en los hombres.

—Naomi —me dice mientras golpea los armarios—, ¿dónde guardamos los táperes? Me voy a la tienda a comprar galletas para llevarlas mañana a la oficina. Qué detalle, ¿no? Ni siquiera tengo que ir a trabajar. Nadie se pasa sólo para dejar tentempiés. —Rise and Smile suele cerrar los fines de semana, pero todos los meses eligen un sábado en el que algunos de los empleados han de ir. Para aliviar el dolor de tener que trabajar en su día libre, todos llevan cosas para picar —. Quiero que parezca que las he horneado yo mismo —prosigue Nicholas— o no dejarán de echármelo en cara jamás. Stacy dice que nunca hago ningún esfuerzo extra. Le voy a demostrar lo que es un puto esfuerzo extra.

Aquí hago algo imperdonable, que es coincidir para mis adentros con Stacy. Nicholas jamás hace esfuerzos extras, sobre todo en lo que tiene que ver conmigo. El último día de San Valentín no me compró flores, y no pasa nada porque las flores son una estupidez, supongo. Me recordó que no iban a hacer más que morir. Nos pasamos el día de San Valentín sentados en habitaciones diferentes, etiquetándonos mutuamente en efusivos estados de Facebook. No necesitamos decirnos cosas dulces en persona porque sabemos lo que es el Amor Verdadero.

Hay cosas más inteligentes en las que gastar nuestro dinero que alguna joya carísima (cuando esa joya es para mí) o unas plantas que languidecerán lentamente durante una semana hasta convertirse en compost (de nuevo, si son para mí). Podríamos destinar ese dinero a algo mejor, como una pulsera de diamantes o un jardín entero para su madre.

Tampoco me compró flores por mi cumpleaños, pero no pasa nada porque sabemos lo que es el Amor Verdadero y no tenemos que demostrarnos nada el uno al otro. Le compra flores a su madre cuando se está recuperando de un estiramiento facial porque ella las espera, pero yo soy razonable. Lo entiendo. Sé que no las necesito, mientras que la señora Rose sí. Está tan contento de que no vayamos a ser nunca como sus padres...

Por nuestro aniversario ni siquiera tenemos que salir de verdad, o tomarnos el día libre para estar juntos, porque no lo celebramos de ninguna manera. Tenemos una actitud relajada y

despreocupada, nada que ver con sus padres. Nuestro amor es tan verdadero que podemos quedarnos sentados en el sofá viendo el fútbol, como si fuera un día sin importancia, como si fuera cualquier otro día. Hacemos lo mismo todos los días. Es como si todos los días fuera nuestro aniversario.

Las palabras me borbotean en la garganta. Intento tragármelas, me esfuerzo por encontrar palabras diferentes.

—En el armario de encima del microondas.

—Gracias. De hecho, ¿tienes tiempo de cocinar unas galletas esta noche? Stacy sabrá reconocer que no las he preparado, y no quiero que me dé el coñazo.

Le dirijo una mirada desdeñosa que él no ve.

—No, esta noche voy a casa de Brandy.

—Yo también, pero tenemos un montón de tiempo hasta la hora de salir, ¿no? Y tengo que darme una ducha, mientras que tú estás sentada en el sofá sin hacer nada. ¿No puedes hornear unas galletas en plan rápido?

—¿No puedes hacerlas tú mismo mañana? Y además, ¿por qué las necesitas justo ahora?

Ha puesto a precalentar el horno. Ni siquiera sabe si tenemos todos los ingredientes necesarios. Asume que puedo improvisar algo desde cero igual que los ratones de la Cenicienta.

—No pienso levantarme al alba para preparar tres docenas de galletas. Es más fácil hacerlas esta noche. —Su voz se convierte en un gruñido—. Stacy tiene suerte de que vaya a hacer todo esto... si mañana ni siquiera me toca ir. Ya veremos si le gusta hacer el turno del sábado, para variar.

Me quedo mirando a Nicholas y me hierven las tripas, porque piensa que no sé lo que está haciendo. El único motivo por el que ha decidido darse una ducha ahora mismo es el de tener una excusa para pedirme que le haga las galletas. Es como cuando volvemos a casa después de ir al supermercado y finge que acaba de recibir una llamada importante para no tener que ayudarme a guardar la comida en su sitio.

Está sacando los cuencos para la mezcla y es aún más iluso que yo si piensa que voy a llenar el fregadero de cacharros que luego tendré que lavar a fin de alimentar a una persona a la que odia mientras él se atribuye el mérito. Stacy puede atragantarse con galletas compradas en la tienda, igual que el resto de nosotros. Es que... ¿para qué las quiere llevar? Son dentistas. Tendrían que comer apio.

Considero la posibilidad de persuadirlo para que se quede esta noche en casa, pero entonces se me ocurre que lo necesito para que me lleve a casa de Brandy. No podré probar a cambiar el neumático hasta que él no esté fuera de casa durante un período de tiempo considerable. Estoy picada con él porque es de esas personas que no dejan de repetirte «Te lo dije», y eso me impide confesar la verdad. Verme obligada a ser tan tozuda como él es irritante.

—Seguro que si le dices a tu madre que necesitas unas galletas las tendrá listas para ti en veinte minutos —contesto perezosamente—. Con forma de grandes corazones rojos, y con tus

iniciales sobre el glaseado.

—Hablando de mamá —dice él, y se aclara la garganta—, me ha dicho que ha hablado con la costurera acerca del vestido de la dama de honor, para asegurarse de que las medidas fueran las correctas. Y nos hemos puesto los dos tan contentos, pero tan contentos, de que puedan ayudarnos... —Siento que mi alma se marchita y se convierte en polvo con un «puf»—. Todo el mundo sabe que generalmente son los padres de la novia quienes pagan todo, así que tenemos suerte de que mamá y papá nos hayan ayudado tanto.

Sí, nos han ayudado mucho. Una imagen del vestido de novia aparece en mi cabeza: me va una talla pequeña porque mi futura suegra quiere que sea ambicioso, de corte trapezoidal y almidonado, más blanco incluso que los empastes nuevos de su marido. Yo lo quería de colores crema y rosado, con cintura imperio, pero ella dijo que me daba aspecto de embarazada de cuatro meses. Nicholas le ha dicho que nos estamos reservando para el matrimonio, porque la mujer está ridículamente chapada a la antigua, y hay que consentirla y contarle mentiras, así que cuando me dijo que parecía embarazada estuve sumamente tentada de decirle que eran gemelos.

Ese día salí de la tienda de novias traumatizada y arruinada, con un cargo de tres mil dólares en la tarjeta de crédito. A fin de mantener mi integridad insistí en que pagáramos a medias, así que la señora Rose pagó los otros tres mil dólares. Seis mil dólares por un vestido. Me persigue el recuerdo de las palabras de color escarlata estampadas en mayúsculas sobre la bolsa de plástico en la que se están asfixiando los seis mil dólares de tela que harán imposible que pueda comer durante la recepción (que era la parte que más me apetecía): NO REEMBOLSABLE.

Además, le han ofrecido a su hija Heather, que vive fuera del estado y a la que conoceré el mismo día de la ceremonia, el papel de dama de honor principal en la boda. Cuando me mostré molesta por ello, me dijeron que será mi cuñada, así que ¿quién más podría desempeñar ese papel? Brandy, mi amiga más íntima, se quedó destrozada cuando se lo conté.

Otra de las cosas que Heather va a sacar de mi boda es un vestido de colores crema y rosado, con cintura imperio, igual que el resto de las damas de honor procedentes del lado de la familia de Nicholas.

Nicholas quiere que me trague el sapo y que aguante que me pisoteen tal y como él ha aprendido a hacer. Que monte un escándalo, incluso si es para defenderme a mí misma, sería para él algo inconveniente. He soportado tantas cosas terribles con tal de mantener la paz que podría aspirar a la beatificación. No he expresado verbalmente mi resistencia ni mi rabia, pero sé que él las percibe, porque vaya si le gusta evitarme últimamente. Se queda perdiendo el tiempo en el trabajo después de la hora. Pasa más ratos en casa de sus padres que en la nuestra. Y cuando está en casa parece impaciente por que el mínimo de tiempo que compartimos llegue a su fin para poder escabullirse hacia su estudio y encorvarse sobre el ordenador hasta que llegue la hora de irse a la cama. En mi cabeza he bautizado a su ordenador como Karen, por la esposa computadora de Plankton en *Bob Esponja*.

A los padres de Nicholas les sale el dinero por el culo y han soltado un montón para esta boda.

No me importa lo que diga Nicholas, porque no lo hacen por bondad o porque yo les caiga bien. Sólo soy el útero que albergará a los Rose del futuro, intercambiable con cualquiera de las exnovias de Nicholas.

Sus padres me han estado recordando durante cada etapa del camino lo afortunada que soy al haber contado con su ayuda, y lo elevados que han sido los costes. Yo no necesito que en mi boda se sirva el mejor champán del país. Estaría perfectamente feliz con algunas cajas de vino. Pero no, no: sólo lo mejor para su Nicky.

No te preocupes, Nicky. Mami y papi se encargarán de todo. Ya sé que los padres de Naomi no pueden hacerlo. Al señor Westfield lo echaron de su trabajo, ¿no es así? ¡Y la señora Westfield sólo es una maestra de escuela! Qué pintoresco. Los señores Westfield apenas pueden permitirse la gasolina y el coste de sus platos, los pobrecillos. Ahora recuerda, Naomi, no arrastres los pies. Búscate una expresión diferente, por favor. Quizá deberías cambiarte toda la cara. ¿Es ése el color de ojos que has elegido? ¿Estás segura? Llevarás tacones, ¿verdad? No, ésos no. Ésos son tacones de bailarina de *striptease*. Vas a ser una Rose, querida. Es un apellido que significa algo. Siéntate recta. No juguetees con el anillo. Para nosotros eres como una hija, te queremos muchísimo. Ven a colocarte justo detrás de nosotros en este retrato familiar y mete barriga.

Hay aquí todo un bufé de sandeces detestables, pero creo que lo que más odio acerca del señor y la señora Rose es que sigan llamando Nicky a su hijo. Él no me deja llamarle Nicky ni a mí. Cuando no lo están llamando Nicky o besándole las mejillas como si tuviera cinco años, lo llaman doctor Rose y van y cuelgan fotocopias de sus títulos odontológicos en su propio estudio. Son dentistas delegados, y sermonean a sus amigos acerca de la enfermedad de las encías.

Ya no me puedo echar atrás. Todo el mundo se pondría a cotillear sobre mí, a lanzar rumores. Quedaría como una fracasada y una idiota. Habría malgastado miles de dólares. No hay ningún plan de huida, así que estoy aguantando el aliento e improvisando sobre la marcha.

Miro a Nicholas y me doy cuenta de que de veras voy a casarme con este hombre. En un cuarenta por ciento porque lo quiero y en un sesenta por ciento porque me da demasiado miedo suspender la boda. Todo el mundo, incluyendo sus padres, dijo que nunca llegaríamos a estar frente al altar. Soy tan orgullosa que lo haré sólo para demostrarles que estaban equivocados.

—De acuerdo, pues no me ayudes —resopla Nicholas mientras me dirige una mirada irritada. Le he estropeado la tarde. Estupendo—. Iré justo de tiempo y ya estoy estresado, pero no es nada nuevo.

—Amén, hermana —murmuro entre dientes.

Él gruñe y sigue golpeando los armaritos, lo cual me produce una sensación extrañamente satisfactoria. Al fin y al cabo, desgracia compartida es desgracia menos sentida. Si voy a pasarme toda la noche teniendo ideas de venganza, ¿por qué no arrastrarlo a la trinchera conmigo?

Cuando aparcamos delante de la casa de Brandy, Nicholas ve a Zach en el porche y me mira de reojo.

—Genial. El tipo ese está aquí —murmura Nicholas.

Sabe cómo se llama, pero finge que no es así. Esta noche va a simular que no se sabe sus nombres, como si no fueran merecedores de su atención. Es su venganza por no caerles bien.

Zach no está haciendo nada más que acariciar a un gato que se ha subido a la baranda del porche, pero me he quejado de él diez mil veces delante de Nicholas porque en el trabajo me roba comida de la fiambra y se salta los turnos sin avisar, así que, por más que desee discutirle todas y cada una de las palabras que salen de su boca, bajo la mirada hacia mis cartas y decido que no voy a jugar esta mano.

—¿Cuánto rato hemos de quedarnos? —refunfuña él—. ¿Habrá algo para comer? No he cenado antes de salir de casa. Y no quiero quedarme hasta tarde. Mañana tengo cosas que hacer.

Cualquiera pensaría que lo he obligado a venir. Intento recordar lo que se siente al enamorarse y no lo consigo. Debió de pasar muy rápidamente.

Creo que ha percibido que estoy perdiendo la paciencia, porque, cuando cierro la puerta de golpe, él no dice una sola palabra, se limita a embutirse las manos en los bolsillos y me sigue despacio como si fuera camino de la silla eléctrica.

Yo nunca me he comportado de esa manera cuando los papeles se invierten y estamos con sus amigos. Tengo unas sombras de color morado bajo los ojos a perpetuidad, y cada vez que me ven me preguntan si estoy enferma. Cada. Maldita. Vez. Uno de esos amigos es una ex de Nicholas, así que sé que lo hace sólo para fastidiarme.

Zach entorna los ojos y su mirada se afila cuando ve a Nicholas, que sube por el camino de acceso pisando con fuerza y con el ceño fruncido. Zach deja de acariciar al gato y toma un largo trago de cerveza con un dedo encorvado alrededor del cuello de la botella. No le quita la vista de encima a Nicholas mientras la vacía.

—Bueno, bueno, bueno —dice con una sonrisita—. Mirad quién ha decidido honrarnos con su presencia.

Nicholas intenta no ser el primero que rompa el contacto visual, porque están enfrascados en una especie de duelo masculino, pero parece un poco desconcertado. Zach me sostiene la puerta, y es el primer acto caballeroso que le veo hacer. Entonces se cuela detrás de mí antes de que Nicholas llegue al último peldaño y deja que la puerta se le cierre en la cara.

Le lanzo a Zach una mirada asesina y le abro la puerta a mi conmocionado prometido, a quien nunca habían tratado de una manera tan grosera. Sin duda llamará más tarde a su madre para contárselo todo. Zach me dirige su mirada vacía marca de la casa, se encoge de hombros y se encamina hacia la cocina sin volver la vista.

Nicholas no encaja en esta parte de mi vida y los dos lo sabemos. Está aquí porque se tomó mi carcajada como una provocación y se siente tan resentido como yo. La noche de juegos ha perdido su encanto para mí, y en el fondo de mi alma sé que va a acabar mal.

SAL YA MISMO.

Es el mensaje de texto que le mando a Nicholas. Sólo llevamos media hora aquí y ya ha ido cinco veces al lavabo para acariciar al gato de Brandy, que ella ha escondido allí por mi alergia. Su tendencia excesiva a esconderse en el baño está ralentizando el flujo del juego Cards Against Humanity y la gente comienza a irritarse. Cuando sale de su escondite, se entretiene tanto fulminándome con la mirada que pisa por accidente una de las máscaras de Brandy, que se había caído de la pared, y la rompe.

Para celebrar a sus antepasados aborígenes, Brandy tiene en el pasillo una fila de hermosas máscaras talladas en madera de rostros de animales. La mayoría de ellos son animales que se encuentran en Alaska, como osos, focas y lobos. Mudarse al sudoeste de Alaska, de donde proceden sus padres, es el sueño de su vida, y solemos visitar páginas web de agencias inmobiliarias a la caza del tipo de casa en la que queremos que viva. Mientras tanto, ella ha intentado darle a su hogar un toque rústico con muebles de cedro y una chimenea falsa.

—¡Bien hecho! —dice Zach.

Nicholas se sonroja y se pasa una mano por el pelo para acabar sujetándose la nuca con ella.

—Lo siento mucho. ¿Qué es esta, hum, cosa? Te traeré una nueva.

Si Brandy está enfadada, lo esconde bien.

—No te preocupes. ¡Un poco de cola para madera y quedará como nueva!

Brandy recoge la máscara y se dirige rápidamente hacia la cocina.

—Puedo comprarte otra. ¿Cuánto te costó?

—Déjale que la pague —la anima Zach—. Es lo mínimo que puede hacer. Uau, doctor, de verdad quieres largarte, ¿eh? Vienes y te pones a romper cosas.

—Ha sido un accidente —digo entre dientes y le froto el hombro a Nicholas, que se pone en tensión y se aparta; me doy cuenta de que Melissa lo ha visto, así que vuelvo a pegarme a Nicholas.

—¡No pasa nada! —vuelve a canturrear Brandy, que parece un poco alterada—. Todo está bien. Volvamos a la partida. —Se toma su labor de anfitriona con mucha seriedad, así que está ansiosa por suavizar la situación. Nicholas podría pisotear todas sus máscaras y ella le sonreiría y se disculparía por haberlas colgado de la pared, donde cualquiera podría tropezar con ellas—. ¿Os lo estáis pasando bien? ¿Sí? ¡Qué divertido es esto!

Los ojos de Nicholas se pasean disparados entre Zach y Melissa, que intercambian cuchicheos y sonrisas. Yo no estoy lo suficientemente cerca como para haber oído lo que se decían, pero Nicholas sí, y ha apretado los dientes.

Melissa suelta una risita. Sus ojos se posan en los pulcros mocasines de Nicholas y le comenta algo en voz baja a Zach. No oigo su respuesta completa, pero él se asegura de que las últimas tres palabras sean audibles: «Se esfuerza demasiado».

—¿Cómo va ese diente? —le pregunta Nicholas con un tono de voz en absoluto agradable.

Zach fue una vez a ver a Nicholas por un dolor de muelas y, cuando éste le dijo que haría falta una endodoncia, la cosa estalló, con gritos de «¡Los dentistas sólo quieren sacarle el dinero a la gente!» y «¡Los dentistas exageran cualquier problema menor para poder defraudar a las compañías de seguros!». Alguien que estaba en la sala de espera grabó los seis minutos de diatriba, los colgó en internet y los enlazó a la página de Rise and Smile en Yelp. Desde entonces, mi prometido y mi compañero de trabajo son archienemigos de perfil bajo.

Zach le dirige una sonrisa falsa.

—Mucho mejor. —No es cierto. Zach se ha negado a volver al dentista y ya no puede masticar con el lado derecho de la boca—. Fui a Turpin, que es lo que le recomiendo a todo el mundo que haga.

—Eh, tengo una idea —digo—. Volvamos a la partida.

Melissa me ignora.

—La gente de Turpin es más profesional —asegura.

Zach asiente.

—En vez de matasanos vanidosos.

Brandy está empezando a sudar.

—Vamos... Ah... Vamos a llevarnos todos bien. Nada de problemas, ¿de acuerdo? ¿A quién le toca?

Parece una maestra de guardería agobiada.

—Yo no tengo ningún problema —añade Melissa con dulzura, y su mirada cae sobre Nicholas—. ¿Tú tienes algún problema?

Zach parece exultante. Le encantan los dramas y sin duda desea que alguno de ellos tenga ese problema.

La cara de Nicholas se oscurece mientras guarda silencio. Una nube de tormenta comienza a rotar por encima de mi cabeza y absorbe toda mi energía. Cuando quiero que esté cerca no lo está. Cuando no quiero que esté cerca es como el diablo y se me sube al hombro. Si se pelea con mis amigos, mi vida laboral se volverá horrible. ¿Le importa eso a él? No.

Estamos jugando al Cluedo sentados a la mesa de la cocina cuando Nicholas realiza su siguiente movimiento. Su ego ha quedado maltrecho y magullado, así que era sólo cuestión de tiempo que contraatacara.

Se vuelve hacia Melissa y ladea la cabeza.

—¿Tú no saliste con Seth Walsh?

Sabe perfectamente bien que Melissa salió con Seth. También sabe que Seth la engañó con una higienista dental que trabaja con él. Rise and Smile es un semillero de escándalos.

Melissa lo fulmina con la mirada, y luego hace lo mismo conmigo.

—Sí.

—Mmm... ¿Y por qué rompisteis?

El Cíclope de la Patrulla X no es nada comparado con la furia ardiente que hay en la mirada de Melissa.

—Rompimos —dice maliciosamente— porque un día, al salir del centro comercial de West Towne, vi el coche de Seth en el aparcamiento. Y al acercarme me lo encontré follándose a otra mujer en el asiento de atrás.

No lo añade, pero todos pensamos el resto: «Encima del suéter de la Lawrence University de Melissa».

Recuerdo vívidamente el día que los descubrió. En ese momento yo llevaba apenas tres meses trabajando en el Junk Yard, una tienda de rarezas y productos eclécticos de segunda mano, y mantenía una relación amigable con Melissa. Nos había unido nuestra común aversión hacia la lista de reproducción de Zach a la que él nos somete todos los miércoles, cuando le toca llevar el control de la música, además de tener el mismo conjunto de camisa a cuadros y tejanos de color rojo, que solíamos ponernos el mismo día a propósito.

Desde que discutimos no he vuelto a ponerme la camisa a cuadros con los tejanos de color rojo, porque no quiero que piense que echo de menos los viejos buenos tiempos, cuando verme no la hacía vibrar de furia. «¿Cómo es posible que no lo supieras? ¡El mejor amigo de Nicholas follándose a una compañera de trabajo de Nicholas! Él tuvo que enterarse, y sin duda te lo habrá contado. Habéis permitido que quedara en ridículo con ese tipo y no me dijisteis nada.» La verdad es que no me enteré de que Seth la estaba engañando y sigo sintiéndome culpable por haberlos presentado. Nicholas dice que él tampoco lo sabía, pero en ese apartado no puedo prometer nada.

—Seth es un gilipollas.

Son palabras de Zach, que lanza el dado y se queda a una casilla de la puerta de la cocina. El arma del crimen tiene que ser la sogá, ésa es la única pista que he logrado resolver. Zach lo va a adivinar todo. Tiene un don sobrehumano para este juego y ha ganado las dos rondas anteriores en cuanto ha conducido su fichita del coronel Rubio hasta una de las habitaciones.

Nicholas, que se ha negado a jugar a menos que lo dejaran ser el profesor Mora, le dirige una mirada asesina.

—No conoces a Seth, así que no hables de él. Es amigo mío.

—Entonces eso no dice mucho de ti.

Zach no le tiene miedo a nada, y es capaz de decirte directamente a la cara todo lo que piensa de ti. Es una cualidad que me parece estresante cuando me tiene como receptora, y ahora mismo me encuentro en algún punto entre el disfrute de ver que alguien le planta cara a Nicholas y la

vergüenza por el hecho de que mi invitado personal esté a punto de arruinar la fiesta. Me olvido de que soy una actriz que finge estar completamente enamorada y, al notar mi silencio, Nicholas me lanza una mirada antes de volverse hacia Zach.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

Zach es un tiburón.

—Quiere decir que tienes amigos que son unos gilipollas y que eso da una imagen negativa de ti.

Al otro lado de la mesa, Brandy juguetea con su figurita de la señorita Amapola y Leon me lanza una mirada fugaz.

—Es evidente que Melissa sigue dolida por el engaño de Seth —prosigue Zach—. Podrías haber mantenido la boca cerrada, ya que sabes que tiene todos los motivos para estarlo, pero en su lugar te apresuras a defenderlo. Hay un motivo por el que empatizas con ese gilipollas, y ese motivo es que te reconoces en él. Ergo, tú también eres un gilipollas.

Se podría oír el aterrizaje de una mosca sobre la pared.

Se supone que debería cogerle la mano a mi pobre prometido. Decirle a Zach que se calle. Declarar que nos vamos. Pero la expresión de Nicholas me detiene.

Frunce los labios mientras prepara su refutación, y pasea la mirada por la habitación con evidente desdén. Se está viendo a sí mismo como el exitoso hijo de dos pilares pudientes de esta minicomunidad, como el encargado de rescatar a la sobreazucarada población de Morris empaste tras empaste. Está viendo a mis compañeros de trabajo como humildes gusanos que se arrastran por el detrito de la parte más baja del vertedero. Trabajan en el Junk Yard, donde venden cabezas de caimán y cojines de pedorretas con la cara de Whoopi Goldberg. Frijoles saltarines y tazas en las que aparecen palabrotas al llenarse de agua caliente. Cuando juzga a mis colegas y los encuentra faltos de valor, se olvida de que soy uno de ellos. Para Nicholas, es un nosotros contra el resto.

Brandy parece ansiosa. Es tan dulce y jovial que dudo que haya discutido de verdad con nadie a lo largo de toda su vida, y que la gente no se lleve bien es lo peor que puede suceder en su presencia.

—Zach —le advierto con retraso a través de mis dientes apretados.

—¿No puedes intentar llevarte bien con todo el mundo? —le implora Brandy—. ¿Alguien quiere más rollitos de pizza? También tengo *cupcakes*. ¿Todo el mundo está servido? —Se levanta a medias de la silla—. ¿Agua? ¿Soda?

Zach le pone dos dedos sobre el hombro y la empuja hacia abajo para que vuelva a sentarse.

—Me llevo bien con todo el mundo. Tu turno.

A Brandy le tiembla la mano al tirar el dado, y Nicholas ha acabado de decidir la vulgaridad que quiere decirle a Zach.

—Entiendo que te muestres tan sensible. No disponer de una verdadera seguridad laboral pondría de los nervios a cualquiera. ¿Cuántos clientes entran a diario en tu tienda, tres? Tenéis que

estar desangrándoos económicamente. —Exhibe la misma sonrisa falsa que Zach le ha estado dedicando toda la noche—. Cuando estés preparado, conozco a un tipo en una agencia de trabajo temporal que podrá ayudarte.

Zach me mira arqueando las cejas, como si compartiéramos una broma privada de la que Nicholas no está al tanto, y a continuación le dice:

—Eres consciente de que tu novia trabaja en el mismo sitio que yo, ¿no? Si cierra, no seremos los únicos que notarán que se han quedado sin trabajo.

—Yo gano dinero más que suficiente. A Naomi no le hace falta trabajar.

La rabia brota de mí como si estuviera hecha de rayos ultravioleta.

—La tienda va bien —digo.

Es una mentira cochina. La tienda está en sus últimos estertores. Lleva ahí desde siempre, ya que el señor y la señora Howard se casaron en los años setenta, y en su momento fue muy popular porque nos especializamos no sólo en artículos de broma para regalar, sino en curiosidades extrañas. La gente solía venir en coche específicamente hasta nuestra tienda. Pero, desde la aparición de eBay y Amazon, ya no hay que complicarse la vida para encontrar chucherías raras o de culto. Con un clic te las traen directamente a casa.

Los señores Howard saben que no pueden competir con la compra online, y por ese motivo nuestras horas se han ido reduciendo progresivamente y han acabado vendiendo su querida estatua de Homer Simpson haciendo de Elvis, que había dado la bienvenida a los clientes en la entrada desde 1997. Son tan compasivos que no soportan la idea de reducir la plantilla pese a que fácilmente podríamos llevarles el Junk Yard entre dos personas en vez de cinco.

Apenas hay trabajo suficiente para todos, y estamos desesperados por que nos den más horas. La frase «el último en llegar es el primero en salir» me sigue a todas partes como el Fantasma de las Navidades Futuras.

—La tienda está al borde de la ruina —dice Nicholas con ligereza, sacudiendo la mano—. A ti no te afectará, Naomi. Tú estarás bien.

Brandy deja escapar un sonido entrecortado.

—¿Qué quiere decir que no le afectará? Naomi adora el Junk Yard.

Nicholas no dice nada, se limita a ordenar sus cartas en un pulcro montoncito. Es la gota que colma el vaso.

—Si el Junk Yard cierra, quizá les pregunte a los señores Howard si me quieren contratar para trabajar en su restaurante.

Los Howard tienen una casa encantada que funciona todo el año en Tenmouth, junto a un restaurante de comidas extrañas, inspiradas en películas de terror, llamado Comido Vivo. Todo el mundo se queda mirándome. A Nicholas se le infla la vena de la frente.

—¿Eso no está muy lejos de aquí?

En perfecta coordinación, tiro el dado mientras digo con teatralidad:

—Dos horas de coche.

Su voz suena inexpresiva:

—Conducirías dos horas para ir al trabajo. A un restaurante. Y dos horas más para volver a casa, todos los días.

—Mmm... —Finjo que lo considero—. Si me mudo a Tenmouth tendría que conducir sólo cinco minutos. Hasta podría ir en bicicleta.

He absorbido la atención de toda la estancia, y es glorioso. Ha aparecido un destello de la vieja Naomi Westfield y eso me ha quitado de encima diez meses de polvo acumulado. Al menos yo pienso que es ella. Ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez que esa Naomi y yo estuvimos juntas en la misma habitación que no estaría segura de reconocerla si me cruzara con ella por la calle.

Mi minúscula señora Blanco está ahora en la biblioteca, al lado del padre Prado, de Leon, dispuesta a acusar a alguien de asesinato. Tiene una soga, y estoy considerando mis opciones para ver a quién cuelgo con ella.

Mis ojos caen sobre el pretencioso cabroncete que merodea por la sala de billar.

Bingo. El profesor Mora.

La encarnación del profesor Mora es un sujeto especialmente hipócrita, que advierte a los niños que no deben comer chucherías mientras deja que los Skittles llenen su lado de la cama noche tras noche. Es un villano que se ha fugado de Chuchelandia. Es el ladrón que me ha robado la alegría y es el futuro padre de mis hijos. Ahora mismo le quiero al veinte por ciento.

El tono de Nicholas es gélido:

—Mi vida está aquí. No pienso mudarme a Tenmouth y renunciar a todo para que tú puedas servir sándwiches de queso a camioneros, Naomi.

Cuando me llama Naomi, sin duda quiere decir señora Nicholas. El diamante que llevo en la mano izquierda me aprieta demasiado, me corta la circulación. El veinte por ciento se reduce a un diez, un mínimo histórico que hace saltar las sirenas de mi supervivencia. Éstas lanzan destellos y giran: «¡Alerta roja! ¡Alerta roja!».

—Quiero acusar a alguien —digo en el preciso instante en que él anuncia con tranquila autoridad: «Creo que deberíamos irnos a casa».

Pero mi conjetura podría poner punto final a la partida, así que se queda expectante. Lo prolongo sólo para contrariarlo. Odia cuando dejo una separación entre dos frases.

—Yo acuso... —Nicholas se inclina hacia delante. Cojo su ficha y la llevo hasta la biblioteca. Es un sitio que será de su agrado, donde podrá llenar estanterías enteras con libros sobre cómo hay que lavarse los dientes haciendo movimientos circulares en vez de mover el cepillo de un lado al otro— ... al profesor Mora.

Brandy lanza un grito ahogado. Melissa garabatea algo furiosamente en su libreta de detective. Los ojos de Zach brillan de alegría maliciosa. Nicholas simplemente parece molesto. Pero Leon, lo veo, sonrío. Apenas, pero lo suficiente para que, cuando poso los ojos en él, me dirija una mirada interesante, que dice: «Así que estabas ahí»...

Prosigo con voz potente y audaz:

—¡Yo acuso al profesor Mora de asesinato! Lo hizo en la biblioteca, como el capullo presuntuoso que es, y usó el candelabro. —Sé que no es el candelabro porque yo misma tengo esa carta, pero lo suelto igualmente porque—: Es el arma más estúpida posible.

Nicholas me mira directamente a los ojos durante una espiral eterna de tiempo, y resulta perfectamente posible que vayamos a romper por culpa de un juego de mesa, lo cual sería una magnífica manera de acabar. Su madre pasará una época de bonanza al recuperar todos sus depósitos. La oportunidad de llamar a los dueños de esas pequeñas empresas para gritarles que más les vale que no le cobren por las rosas esculpidas en hielo será la guinda de su año.

—Adelante, pues.

Sus ojos no abandonan los míos mientras indica el centro del tablero con el mentón. Me doy cuenta de que me he quedado abstraída en el color de ojos de Nicholas. Por el motivo que fuera, pensaba que eran grises. Pero de cerca, fieros a raíz de mi desafío, tienen todos los colores del arcoíris.

Ajeno al hecho de que yo esté teniendo una epifanía, me mira furioso y sus iris se oscurecen, pasan de un gris pálido al verde forestal como si fueran uno de esos anillos que cambian de color según el estado de ánimo de su dueño.

—Comprueba las cartas.

Lo hago tan lenta y dramáticamente como me es posible, entusiasmándome con la vieja Naomi. Él se muere de ganas de tumbar la figurita del profesor Mora y cruzarse de brazos, pero está intentando seguir siendo civilizado. Los dentistas ya tienen mala reputación con los miedosos y él no puede permitirse más prensa negativa, por mucho que sea entre los gusanos que componen el personal del Junk Yard.

Miro las cartas y dejo escapar un siseo. Zach me dirige una mirada cómplice.

La señora Blanco, en la cocina, con una sogá.

—¡Bueno, quién lo iba a decir! Parece que soy la asesina —digo alegremente—. No pensé que fuera capaz de ello.

Nicholas me dirige una mirada recelosa. Creo que esta noche dormiré con un ojo abierto.

Lo peor de toda la velada es la rapidez con la que Nicholas se olvida de ella.

Estamos en casa. Yo sigo irritada, y él ya no. El tipo está horneando unas galletas y me ha prometido que fregará todos los platos, y yo no tengo adónde dirigir mi rabia, porque se-le-ha-pasado y eso quiere decir que ha vencido.

Me ofrece la espátula para que la lama, y yo la rechazo porque quizá su truco consista en servirse de la salmonela para asesinarme. Me planta un beso torpe en el pelo y se aleja sonriéndome como si yo fuera una cría inocente.

Sabe que ahora no puedo discutir con él, porque si saco algún trapo sucio quedaré como una

mezquina. Así que me quedo en mi desgastado lugar del sofá (el extremo derecho), donde sumo mil horas de vuelo haciendo como que miro la televisión y que escucho a Nicholas y que soy feliz.

Le saco una foto de espaldas a mí y la cuelgo en mi Instagram con un filtro rosáceo. La subtitulo con tres corazones y la leyenda «¡Noche de juegos con mi amor! No hay mejor manera de poner fin a un día estupendo, ni mejor persona con quien pasarlo. #EstoEsVida #MeCasoConMiMejorAmigo #ElBesoDeUnaRosaEsAmorVerdadero».

#ElBesoDeUnaRosaEsAmorVerdadero es el *hashtag* de nuestra boda y, al buscarlo en Pinterest, hay un millón de fotos de ramos, decoración de mesas y vestidos que me gustan (pero que no se me permite tener). Un hilo de dopamina comienza a fluir con la primera respuesta a mi estado: «Dios mío, sois tan monos», pero esa sensación afelpada y mullida queda reducida a un choque de metal contra metal cuando Zach contesta con un «m parto. seguro». Borro su comentario.

Si sigo metida en este lío es por mi culpa, y lo sé. Soy la mayor cobarde que haya conocido. No le hago ningún favor a nadie al negarme a dar marcha atrás. Si Nicholas tuviera medio cerebro, él también cancelaría la boda, así que quizá estemos bloqueados en un empate silencioso, esperando a ver quién se retira antes.

Sé los motivos por los que él no lo hará. Su madre lo ha estado agobiando para que se case y le dé unos nietos que ella pueda clasificar por grado de favoritismo, según las características físicas que nuestra desafortunada progenie haya heredado. Si Nicholas abandona el barco ahora, Deborah volverá a darle la lata para que procee utilizando los óvulos congelados hace diez años por Abigail, su amiga del tenis, que se murió hace un año y a saber por qué infame razón le legó sus óvulos a la familia Rose. Heather, la hermana de Nicholas, sería la incubadora de esa abominación hecha niño.

Yo tampoco puedo abandonar el barco. He estado proclamando a los cuatro vientos que soy completamente feliz en mi perfecta relación, y si salgo corriendo ahora quedaré como un fraude.

Aparte de eso, la señora Rose ha insinuado más de una vez que, si me echo atrás, me pasará una factura por las molestias que se ha tomado. Si dejo a su hijo, sin duda me llevará ante un tribunal de instancias para que le reembolse los candelabros de cristal de Swarovski personalizados con la letra R (todos han sido encargados a medida para que tenga la letra R), en cuya elección yo no tuve nada que ver. No dispongo de grandes ahorros, pero sí que he logrado apartar un poco de dinero, y pienso defenderlo con uñas y dientes.

—Mamá no deja de insistir en lo del acuerdo prenupcial —dice Nicholas desde la habitación de al lado.

Es posible que nos hayamos pasado toda la tarde aquí, y que mi cabeza se haya inventado la visita a casa de Brandy. Estoy sentada en el mismo sitio, mirando fijamente hacia el mismo lugar, y la incómoda sensación de agitación en la boca del estómago es un tercer miembro invisible de nuestro grupo. Puedes confiar en que se materializará cada vez que hablemos de la boda.

—Le he dicho que de ninguna manera —prosigue él cuando yo no contesto—. Papá y ella nunca

firmaron uno. ¿Por qué deberíamos hacerlo nosotros? Tampoco es que vayas a dejarme nunca...

A Nicholas le encanta felicitarlo por no tener un acuerdo prenupcial. Piensa en ello constantemente, y lo sé porque no deja de sacar el tema. Está esperando que yo me sume y le dé unas palmaditas en la espalda, pero lo dejo con la palabra en la boca.

—El peinado que se ha hecho Mandy es horrible —señala Nicholas mientras me lanza una mirada calculadora—. Ese flequillo... Puaj.

Sabe que se llama Brandy. La menciono al menos una vez al día. Echo humo por las orejas no sólo por ese motivo, sino porque yo misma llevaba flequillo cuando Nicholas y yo nos conocimos. No deja de repetir lo bonita que era, que se quedó pillado de mí inmediatamente, y aun así se ha pasado el último año recordándome cada vez que ve a una mujer con flequillo lo mucho que lo aborrece.

—Yo creo que le queda bien —digo a la defensiva.

Es la verdad. Brandy se ha hecho un flequillo picado y extravagante para su corte capeado y le queda de fábula. Su pelo está siempre de primera. Le gusta mucho experimentar con el color, y el estilo de este mes es una mezcla cautivadora de negro y granate. Cuando sale al exterior, el efecto de la luz del sol sobre su magnífico cabello es digno de un anuncio de televisión. Nunca sale de casa sin haberse maquillado de manera impecable, y es la única persona que conozco que puede salirse con la suya combinando un delineador de color azul eléctrico, sombra de ojos de color naranja difuminado y lápiz de labios de color fucsia.

Nicholas se pone a silbar una melodía inocente por lo bajo. Suena a «Si tú lo dices...».

Estoy perdiendo la cabeza de manera tan silenciosa que casi ya no sigo aquí. Dentro de mi mente, hago clic sobre el archivo de mi ordenador que enumera la lista de los atributos positivos de Nicholas y repaso cada una de esas líneas que me sé de memoria. Ya han dejado de impresionarme; creo que se debe a que las he leído tantas veces que me he quedado insensibilizada.

Nicholas suele sostener el paraguas por mí y se asegura de que no me moje. Cuando aparca el coche bajo la lluvia, se pega a la acera para que la puerta del copiloto se abra sobre la acera y no sobre la parte embarrada y cubierta de hierba del bordillo. Se acuerda de lo que pido en todos nuestros restaurantes favoritos y se lo recita con exactitud a los camareros mientras yo estoy en el lavabo.

Tiene el cabello hermosamente revuelto y abundante, de color marrón chocolate, y allí donde vamos hay un montón de mujeres que le lanzan miradas de reojo. Dice que mis ojos son de color champán, bebida que después de conocernos se ha convertido en su preferida precisamente por ese motivo, y cada vez que me sonreía una sensación maravillosamente espumante y alegre corría por mis venas.

Le gustan los perros. No lo suficiente como para tener uno, pero sí como para soltar una risita cuando me arrodillo para acariciar el perro de alguien, justo antes de decirme en broma: «No te hagas ilusiones».

No se pone a ver nuestros programas favoritos furtivamente sin mí. Cuando vamos en el coche y suena una canción en la radio que él odia, no cambia automáticamente de emisora, sino que me pregunta antes si a mí me gusta. Sigue llevando el par de calcetines con el dibujo de un caniche que le di cuando comenzamos a salir, por más que fuera un regalo de broma.

Quizá parezcan cualidades menores, o incluso obviedades que debería dar por sentadas, pero me aferro a ellas como si fueran un salvavidas.

Amo esos detalles en un hombre. Pero no amo a este hombre.

Es algo que sé con todo mi corazón, sentada aquí, en la casa donde vivimos juntos, mientras la cuenta atrás de nuestra boda va sonando con más fuerza con cada día que pasa. Es un reloj del fin del mundo. Él y yo juntos vamos a ser un desastre, pero cuando pienso en adoptar medidas proactivas para evitarlo se me traba la lengua y mis extremidades se paralizan. No consigo expresarme. No puedo ser yo la que acabe con esto.

Si él tiene una lista sobre mí, estoy convencida de que es mucho más corta. No tengo ni idea de lo que estoy aportando a nuestra relación ahora mismo, aparte del hecho de que sirvo para mantener lejos los óvulos congelados de la difunta Abigail.

Pensar en esto atiza la herida, la agranda, la empeora, porque cada vez soy más consciente de lo enorme que es mi ansiedad y lo profunda que resulta mi insatisfacción. Es a la vez una terapia y una tortura. Algo no va bien. Hay algo que falta. Estoy hecha polvo.

No tengo derecho a sentirme tan infeliz, y ojalá Nicholas fuera indiscutiblemente horrendo, para así tener una justificación para marcharme. Fantaseo con la idea de encontrármelo con una higienista dental en la parte trasera de su coche en el aparcamiento de un centro comercial.

Él piensa que nuestra relación es perfecta, o al menos eso es lo que dice. También es lo que yo le digo a la gente. Le cuenta a todo el mundo que soy genial. Cree que lo adoro. Somos los únicos conocedores del Amor Verdadero.

—¿Qué quieres mañana para cenar? —le pregunto con un tono que suena como si lo amara; supone un esfuerzo y me quedo exhausta.

—Elige tú.

—Tacos de pollo.

—Yo estaba pensando en un salteado —contesta.

Y sé que es totalmente injusto, pero mi diez por ciento cae hasta el nueve. A estas alturas de la partida no hace falta nada en absoluto para descontar puntos. Si esta noche, mientras duerme, se pone a respirar demasiado fuerte, se levantará con un marcador de menos cincuenta. Llevar la puntuación así es terrible. Soy una persona terrible. Nuestra relación quizá sea lo peor que me ha pasado nunca, pero cuando le doy vueltas con un estado de ánimo positivo no me parece tan mala, así que me entra la inseguridad.

¿Cómo me enamoré de Nicholas? De hecho, ¿cómo nos conocimos? No consigo recordar nada positivo, porque todo se ha visto eclipsado por el intenso rechazo que estoy sintiendo en estos momentos. Quizá nos conocimos a través de una *app* de citas. Quizá me estaban poniendo un

empaste. Quizá los dos doblamos una esquina a paso ligero en sentidos opuestos y chocamos el uno contra el otro como si fuera algo salido de una película, y unos papeles sueltos y nuestros vasos para llevar y mi bolso salieron por los aires por culpa del golpe. Lo único que sé es que, hace unos pocos meses, desperté de un largo sueño y descubrí que estaba prometida a una persona a la que apenas puedo aguantar.

—Tesoro —dice, es la manera en que me llama cuando es día de paga o su equipo favorito ha ganado o sabe que la ha cagado y que tiene que arrastrarse un poco—, me he olvidado de decírtelo. Mamá ha ido a ver a la florista y quiere que te diga que va a cambiar los delfinios por claveles, o algo parecido. —Su mano dibuja un círculo—. Seguramente tú sabrás más de eso que yo. Las flores son más importantes para las mujeres.

—¿No te parece que me habría gustado opinar sobre el tipo de flores que habrá en nuestra boda? —contesto—. ¿Y tú qué? ¿No quieres opinar?

Nicholas me mira fijamente y parpadea. Hay una emoción escondida en sus ojos, y yo intento identificarla antes de que gire la cabeza en un ángulo más agudo y se desvanezca.

—Ya está decidido. Ha escogido los claveles, ya que te has mostrado tan ridículamente inflexible en que no haya rosas. ¿O crees que no es demasiado tarde para hacer cambios? Estrújate las neuronas, Naomi. ¿Hay algo en lo que quieras echarte atrás?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué crees que quiero decir con eso?

Entorno los ojos.

—¿Estás sugiriendo que puedo echarme atrás con los claveles, pese a que literalmente me acabas de decir que ya está decidido que habrá claveles?

—Quizá no esté hablando en absoluto de los claveles.

Mi columna vertebral se endereza con un chasquido y le aguanto la mirada, veo que la emoción vuelve a salir a la superficie. Y entonces me doy cuenta.

Me está deshilachando la cuerda.

—¡Oh!

Nicholas levanta un hombro. Lo deja caer.

—Podemos hablar sobre cualquier cosa. ¿Qué me dices, Naomi? ¿Hay algún peso que quieras quitarte de encima?

Espera pacientemente mi respuesta, pero lo único que hago es mirarlo fijamente. La cabeza me va a un billón de kilómetros por hora, silbando entre una revelación y otra. No me puedo creer que haya sido tan lerda.

A lo largo de todo este tiempo he pensado que era la señora Rose quien movía los hilos, pero ha sido Nicholas el que se ha estado sirviendo de los poderes de Deborah, de su habilidad para sonar como quien pasa las uñas sobre una pizarra, a fin de conducirme hasta el punto en que sea yo quien cancele todo esto. Seré la exnovia loca que hizo crac. Toda la culpa será mía, apareceré

como la responsable de los elevados costes de un compromiso y de una boda fastuosa rotos. Todo el mundo se compadecerá de él por lo que ha tenido que sufrir, abandonado en el altar.

Es que ya lo veo, con el mentón en alto. «Sólo quiero que ella sea feliz», dirá. Un jardín entero de Rose lanzará un suspiro entrecortado y se preguntará qué otro ángel podría mantenerse tan sereno en una situación tan terrible. Él cerrará los ojos con fuerza, pensará en aquella vez en que un tipo le golpeó el coche con su camión y exprimirá una única lágrima.

En el lapso de un latido, veo nuestra situación a través de sus ojos. Si acabo con esto, él tendrá la oportunidad de fingir el luto por la muerte de nuestra relación y podrá sacarle partido fácilmente durante al menos un año. Un año durante el cual Deborah no podrá tocarle los huevos con que le dé nietos porque «las heridas aún están frescas». Todo el mundo a su alrededor hará lo imposible por satisfacerle. Por otro lado, si es él quien lo finiquita, yo saldré de ésta resplandeciente. No tendré ninguna culpa, nadie me tachará de fraude. Si acaso, ganaré puntos de simpatía. La gente me dirá: «¿Cómo pudo dejarte escapar?» y «Si necesitas hablar con alguien, aquí estoy».

Cuando edificas una vida con alguien, muchos de tus bloques de construcción apuntalan a tu pareja, tal y como muchos de los bloques de tu pareja te apuntalan a ti, hasta que los cimientos de ambos acaban combinándose, y marcharse conlleva el riesgo de que los dos acabéis desestabilizados. Tenemos cuentas corrientes y de ahorros conjuntas. Nuestros móviles forman parte del mismo plan. Los nombres de ambos figuran en el contrato de alquiler, y parece lógico que quien se raje pierda la casa. Sus padres han invertido en mí, me han estado preparando para que sea una buena señora Rose. Tenemos obligaciones conjuntas. Planes a largo plazo. No puedo trazar una línea entre Nicholas y yo, y alejarme flotando, porque estamos enmarañados.

Sí. Lo observo y, por una vez, puedo ver más allá de mi nube de resentimiento el tiempo suficiente para descubrir que él tiene la suya propia. Es perspicaz, de acuerdo. Lleva bastante tiempo sabiendo cómo me siento. Después de todo, no soy tan buena actriz.

Nuestro porcentaje amoroso cae hasta el cero por ciento y un temblor hace que el suelo se estremezca. Las baldosas y los muebles se despeñan por una grieta que baja serpenteante hasta el centro mismo de la Tierra y que separa la cocina de la sala de estar, a él de mí. La verdad es simple, se despliega frente a los dos, pero, para variar, he tardado en captarla porque he estado aguantándomelo todo dentro mientras intentaba racionalizar mis intuiciones. He estado centrada en mí misma, he estado tan ocupada procurando esconderme que no me he dado cuenta de lo que él estaba haciendo.

Mi compromiso con Nicholas Rose es un choque de trenes.

Es el día uno desde que sé que me encuentro atrapada en una batalla de voluntades y que me he quedado rezagada. Nicholas ha dispuesto de un largo plazo de tiempo para estudiar, tranquilamente y sin interrupción, nuestro campo de batalla, mientras que yo he estado forcejeando a ciegas como si fuera un personaje de videojuego atascado en un error del programa. Él ha estado paseándose por ahí con las manos cruzadas a la espalda, enterrando minas antipersona con sutileza. Va a ganar, igual que gana siempre. Pienso en su Maserati dorado y en mi Saturn compartiendo bordillo.

Lanzo un gemido y estoy a punto de darme por vencida cuando me incorporo en la cama y me arranco el Skittle a medio derretir que me ha dejado pegado en el brazo, donde quedan algunas coloridas escamas de sirena. Hoy Nicholas no trabaja, pero se habrá ido a algún otro sitio después de dejar esas estúpidas galletas, probablemente a hacerle unas trenzas a su madre. ¿De veras se come los Skittles o simplemente los tira por la cama para intentar cabrearme?

Me siento tentada de hacer la maleta e irme ahora mismo, pero eso implicaría hacerle el juego a sus deseos. Si hay alguien que va a pagar a Deborah por las trescientas copas de champán con el grabado N & N, ése será él, llevado por la culpa, después de que me deje. A continuación empeñaré mi anillo de compromiso y me tomaré una merecida luna de miel por mi cuenta para celebrarlo. Una «sola-como-la-una de miel».

Comienzo a pensar las maneras en las que puedo obligarlo a que rompa primero, como negarle el sexo, pero la verdad es que no creo que eso lo moleste. Han pasado nueve semanas desde la última ocasión en que me dio tema, y lo hizo con bastante poco entusiasmo. Si no fuera por las ventajas de tener períodos más cortos e infrecuentes, mi estricta fidelidad a un régimen anticonceptivo no tendría el menor sentido.

Quizá podría colgar un perfil falso en internet para embaucarlo. Cuando caiga en la trampa, señalaré mi obra y me indignaré con razón. Me iré hecha una furia. Su madre romperá a llorar. Sacaré una foto de ese momento y haré que me la enmarquen.

Voy a culpar a los Skittles de lo que sucede a continuación.

Entro en el baño con unas tijeras, tiro de un mechón de pelo sobre mi frente y lo corto antes de perder el coraje. Mi reflejo me muestra unos ojos muy abiertos, de maníaca, y me encanta. Me encanta la Naomi que puede hacer cosas como ésa sin que le importe una mierda. ¿A Nicholas no le gustan los flequillos? Fantástico. A mí no me gusta Nicholas.

Me doy cuenta de que mi nuevo flequillo está ligeramente torcido, así que lo recorto para

igualarlo. Acabo pasándome con la corrección, así que tengo que volver a cortar, y lo que me queda no se parece en nada al hermoso peinado de Brandy.

Lo que queda es una visión que me lleva a murmurar:

—Ah, joder.

Es mucho peor que cuando eres una niña y tu frugal madre, que va a la peluquería sólo para que le hagan el pelo a ella, te pone un cuenco sobre la cabeza y corta lo que sobresale por el borde. Por mi aspecto se diría que me he cortado el cabello al acercarme demasiado a una trituradora de papeles. Y, de algún modo, el flequillo ha quedado en una doble capa. Si intento igualarlo aún más me lo acabaré arrancando hasta alcanzar casi el cuero cabelludo.

Me quedo plantada en la casa vacía y escucho el zumbido que producen los neumáticos al atravesar los restos de lluvia mientras intento calcular la distancia que me saca Nicholas, el número de movimientos que debo realizar antes de atraparlo. Miro hacia fuera y observo un suceso sospechoso: mi neumático pinchado ha vuelto a la vida y está inflado. O bien alguien me ha hecho el favor de cambiarlo o me he imaginado todo ese mal trago. Ahora mismo, la segunda opción me parece más probable.

Veo que Nicholas no ha fregado los platos pese a que prometió que lo haría, y estoy a punto de admirar ese toque diabólico. La dejadez con los platos es una cosa. Pero decir voluntariamente que vas a hacerlo y a continuación no hacerlo es un acto de hostilidad.

No obstante, ha enjuagado la cafetera, porque es el único que la utiliza. Es una prueba más de que se está comportando como un capullo a propósito. La pongo de nuevo en el fregadero y la decoro con jarabe de arce. Entonces le dejo un mensaje en la pizarra Velleda y le escribo que no veo el momento de casarme con él. Lo llamo Nicky, algo que no había hecho nunca, y, después de superar las arcadas que esto me provoca, dibujo dos corazones entrelazados.

«A ver qué te parece eso.»

Me sumerjo en mi armario y vuelvo a salir de él con la prenda más gloriosamente anti-Nicholas que puedo encontrar: una sudadera de los Steelers que perteneció a mi exnovio. La encontré en un cajón hace dos meses, y creo que fue un comentario de Nicholas al señalar que no sé nada de deportes, y que por tanto no había motivo para que me aferrara a ella, lo que me llevó a conservarla para alguna tarde de lluvia.

La sudadera es un «jódete» por sí misma, pero para añadirle un insulto a la herida me introduzco contoneándome en unas mallas que él considera bochornosas, porque son tan viejas y están tan gastadas que en algunas partes se puede ver a través de la tela, y en una de las nalgas tienen un agujero del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. Estas mallas y yo hemos pasado por muchas cosas juntas. Rupturas. Citas malas. Aquella vez en que Tyra Banks le gritó a Tiffany en *America's Next Top Model*. Cuando mis padres/hermanos han cancelado sus planes de visitarme, siempre y sin falta, por más que luego encontraran gustosamente el tiempo para irse hasta Florida en coche a ver las carreras de la NASCAR. Estas mallas son como un plato de comida casera y no pienso renunciar a ellas nunca.

Lo remato todo con el tipo de maquillaje que su madre describiría como «impropio» o «indecoroso». Mis labios son del color de la sangre fresca, lo que hace que mi boca se vuelva más llamativa que la del gato de Alicia en el País de las Maravillas. Mi lápiz de ojos es una gran mancha negra que se extiende mucho más allá de su razón de ser, y el brillo de mis párpados asciende hasta las cejas, como si fuera a participar en un concurso de belleza. No es suficiente. Voy añadiendo kilos de colorete y bronceador a mi cara hasta que resulta indistinguible de una carroza de carnaval. He dado un rodeo por lo «impropio» y me he lanzado de cabeza hacia la categoría de pesadilla de Deborah. Tengo exactamente el mismo aspecto que la primera esposa de su marido, la infame Magnolia Rose.

Me dedico a mí misma una ronda de aplausos y le mando un beso de agradecimiento a Magnolia Rose, mi mayor heroína a raíz de que se negara a dejar de hacerse llamar «señora Rose» después del divorcio, por más que su matrimonio con Harold durara sólo un año y no tuviera frutos. Actualmente vive en Cayo Largo con su marido número cinco, que tiene veinte años menos que ella. Tiene quince loros que viven en una pajarera del tamaño de mi habitación, bautizados todos ellos con nombres de asesinos de *Ley y orden*. Lo sé porque me añadió como amiga en Facebook, probablemente para provocar a Deborah, que ha intentado demandar a Magnolia dos veces por la angustia emocional que le ha provocado que «echara a perder a Harold». De mayor quiero ser Magnolia Rose.

Nicholas se estará preguntando obsesivamente para quién me he maquillado así hasta que le dé una úlcera. Mi imagen en el espejo inclina la cabeza hacia atrás y se ríe como si su piel estuviera a punto de rasgarse para dejar escapar a cien demonios voladores.

Ayer estaba apática y mi actividad favorita era holgazanear, pero hoy estoy llena de una energía maligna y crepitante. Ahora que tengo un plan, todo es diferente.

Nuestra boda está programada para el 26 de enero, así que dispongo de tres meses para desgastar a Nicholas hasta convertirlo en un cascarón inerte. Voy a adoptar diez canes y voy a convertir el estudio de Nicholas en el Cuarto de los Perros. Será agradable evitarme el engorro de tener que ir a la oficina de correos a cambiar mi dirección y de tener que instalar internet y televisión por cable en algún lugar nuevo, tal y como le tocará hacer a Nicholas. ¡Qué putada ser él! El propietario nos ofreció una ganga y el alquiler es lo suficientemente bajo como para que pueda pagarlo yo sola pese a que en el Junk Yard cobro una miseria. La economía se ha ido por el retrete y yo necesito toda la ayuda que pueda recibir.

En mi cabeza lo escucho diciendo con desdén: «La tienda está al borde de la ruina», y siento que se me revuelve el estómago. Se equivoca. Mi trabajo no está en peligro y todo irá bien. El que se va a quedar sin trabajo es él. Han abierto una nueva clínica dental frente al primer semáforo, la Turpin Family Dentistry, y aceptan tantas compañías de seguros que la doctora Stacy Mootispaw lo ha calificado de «grotesco».

No dispongo de seguro médico, pero el coste de tener que pagar de mi bolsillo quizá valga la pena si Nicholas me ve yendo a Turpin para que me hagan una limpieza. Es un escenario con el

que sueño mientras froto la fuente en la que él ha horneado la pasta vegetariana.

De cara a armarme de valor para lo que estoy a punto de hacer a continuación, escucho tres temas rabiosos de Eminem y marco el número que tengo registrado entre mis contactos como 666. Es un número al que no llamo nunca. Mi móvil intenta salvarme al apagarse de manera espontánea y reiniciarse, pero ya no hay nada que pueda detenerme. Me separan al menos cien movimientos de Nicholas en nuestro campo de batalla. Estoy rodeada de explosivos indetectables mientras él retoza entre las flores silvestres sin el menor temor. Lleva tanto tiempo haciéndome morder el anzuelo que no sé cuántas de sus gilipolleces han sido deliberadas y cuántas involuntarias. No estoy segura de conocerlo, pero vaya si conozco a su madre.

—¿Hola? —dice la señora Rose.

—¡Deborah!

Esponjo mi tono de voz con miel y azúcar mientras doy vueltas en la silla giratoria de Nicholas. Estoy en su despacho, donde no le gusta que entre porque necesita intimidad para poder «hablar con su madre». Los dos deberían dirigir un motel juntos.

—¿Naomi?

Suena insegura. La tercera sílaba de mi nombre se enmudece: se ha apartado del teléfono para comprobar la identidad de la persona que la ha llamado y asegurarse de que mi voz no es una alucinación auditiva.

—Espero que no estés ocupada —digo con una inmensa sonrisa en la cara. Es sábado por la mañana. Deborah tiene más actividades marcadas en el calendario que el presidente, así que sin duda estoy interrumpiendo algo—. Quería hablarte de los cambios florales que se han introducido en mi boda sin mi consentimiento.

Me doy cuenta de que ella no esperaba ninguna resistencia con este tema, pero se recupera con rapidez. Pone la voz de nana relajante con la que le recuerda a Harold que se ha de tomar la pastilla de aceite de pescado.

—Espero que no te importe, querida. La florista no podía cambiar la cita para ningún otro momento, y no quise molestarte. Sé lo ocupada que estás en el... oh, no recuerdo el nombre del sitio ese en el que te pasas todo el día. ¿The Dump, ¹ se llama?

—Sí —digo alegremente—. The Dump. —Me dedico a escarbar bajo las montañas de basura como una rata—. Nunca me pasaste el número de la nueva florista, después de que cambiaras de negocio por tercera o cuarta vez. ¿Lo tienes a mano? Quiero afinar un par de cosas.

—¿Afinar? —Suena sobresaltada—. Estoy segura de que es demasiado tarde para eso. Ya está todo decidido.

—Deborah... —Me río. Deborah, Deborah, Deborah...—. ¡Si viste a la florista ayer mismo! Estoy segura de que se prestará a escuchar a la novia. Que soy yo. Yo soy la novia. —Me atuso el bigote de villana. Nunca había sentido tal rechazo a ser la novia. Ahora mismo tendrían que arrastrar mi cuerpo inconsciente hasta el altar y hacer que una ventrílocua proyectara su voz imitando mis votos—. Es sólo que las flores que has elegido no son de mi gusto.

—No es temporada de delfinios. Y los claveles quedarán encantadores en una boda celebrada en enero.

—Los claveles están pasados de moda. —Todos mis instintos me indican que Deborah y Harold usaron claveles en su propia boda—. Estoy pensando... —Veo mi reflejo incoloro en el cristal de una foto enmarcada de Nicholas que hay sobre su escritorio. Tiene seis años y de su mano cuelga un pececillo. Es una perca sol. Su sonrisa es tan amplia que sus ojos están entornados, lleva un tupé mucho más preponderante que ahora y le faltan los dos incisivos. Su madre está plantada detrás de su hombro, con sus largas uñas de color melón rosáceo hundiéndose en él. Me la imagino haciendo lo mismo en nuestra boda, susurrándole cosas al oído—. Magnolias —termino.

Los espumarajos borbotan dentro de mi boca de Babadook color rojo sangre y el vértigo se apodera de mí. Es lo más cercano a la dicha que he sentido en mucho tiempo. Voy a dejarme llevar por esta sensación, aunque me conduzca directamente hasta el infierno.

Deborah está tan callada que tengo que comprobar que la línea no se ha muerto.

—¿Deb? —la invito a hablar mordidiéndome los nudillos para no perder el control.

—No creo que Nicky esté de acuerdo con esa elección —acaba obligándose a decir ella.

—Nicky me ha dicho que está todo bien. —Hago girar la silla de nuevo, con las rodillas pegadas al mentón. El asiento es de un cuero suntuoso y resulta maravillosamente cómodo, es como si me estuviera hundiendo en un jacuzzi. La silla de mi ordenador es cinco centímetros más baja de lo que me gustaría y está hecha de madera. La conseguí en una venta de garaje. Le pongo un cojín lleno de bultos para estar más cómoda, pero la disparidad en este tema es intolerable. Esta silla ha pasado a ser mía—. Además —añado—, es mi boda, ¿no? Debería ser tal y como yo quiero.

—También es la boda de Nicky.

¿Y a Nicholas qué le importa? Se casará por lo menos tres veces a lo largo de su vida. Cuando tenga sesenta, me lo encontraré con un peinado tipo cortinilla y una veinteñera cogida del brazo, porque los hombres son terribles y les permiten ser así.

—Ya sabes lo que se dice —contesto alegremente—: «¡Esposa feliz, vida feliz!». Y él hará lo que sea necesario para hacerme feliz. Ha aprendido de vuestro ejemplo, observando lo bien que te trata tu marido.

Nunca me he opuesto a las órdenes de Deborah, ni siquiera educadamente. Es más sencillo dejar que haga lo que quiera. Ésta es una experiencia por completo nueva para Deborah, y probablemente para las participantes de su club de lectura, que nos están escuchando. Está sentada delante del alcalde y de su sororidad al completo, esforzándose por mantener la sonrisa pegada a la cara mientras en espíritu me acogota hasta el último aliento. Su fea costumbre de poner a la gente en altavoz para que todos los presentes puedan reírse con ella se ha vuelto en su contra.

—¿El número, Deb? —la pincho.

Al cruzar los pies sobre el escritorio de Nicholas hago que se caiga una pila de papeles, que se

abren en abanico por el suelo como una escalera real.

—Sí. Hum. Déjame ver —dice a trompicones.

No puede darme un número falso, pero tampoco puede darme el de verdad. No voy de farol, y vaya si pienso encargarme mil millones de magnolias para adornar St. Mary's. Me imagino la cara de Harold cuando vea la factura. Deborah gana tiempo mientras pasa las páginas de su agenda. Oigo cómo le rechinan los dientes. Guardo un completo silencio hasta que vuelve a mí y se pone a escupir los números.

—¡Gracias! —gorjeo—. Y, ya que te tengo aquí, ¿te importaría darme también el número de la pastelería? Sé que originalmente había sugerido una concreta, en Hatterson, pero creo que decidiste ir a otro sitio, ¿correcto? Estoy segura de que sabes lo que te haces, pero de todos modos me gustaría tener el contacto, por favor.

La boca de Deborah gotea ácido.

—¿Por qué sería eso necesario, querida? Ya me he ocupado yo del pastel.

—Y yo te lo agradezco. ¡Has estado genial! Simplemente genial. Todo tu tiempo, todo tu dinero... ¿Por qué no dejas que te quite parte de este peso de encima? Te has ganado poder relajarte y disfrutar de tus años dorados. Pasan tan rápido... Simplemente voy a encargarme de alguna cosita aquí y allá, y tú no tendrás que preocuparte de nada, Deb.

—Pero...

—Lo único que tendrás que hacer será presentarte el día de la boda. Quiero que te lo pases bien. ¡No podrás pasártelo bien si estás ocupada organizándolo todo! —Si mi voz sigue subiendo octavas se convertirá en un silbido.

—No creo que Nicky...

La interrumpo.

—¿El número, Deb? Muchas gracias.

En toda su vida, nadie se había atrevido a acortar su nombre, y yo estoy abusando de ese privilegio que no me he ganado mientras los espumarajos gotean por mi barbilla y empapan la parte frontal de mi sudadera de los Steelers favorita.

Cuando Deborah recita rabiosa la información de contacto de la pastelería, cada dígito entrecortado dice en código «Como no sea un pastel marmolado de vainilla y chocolate, te mato». Eso me inspira para cambiar la decoración de la parte superior, que hasta ahora era una elegante lluvia de pétalos. La figura del novio será una imitación de Spider-Man que hay en la tienda de todo a un dólar: el Chico Tarántula. Yo estaré representada por una vela medio derretida con ojos saltones, y todos los conocidos de Deborah, todos sus seres queridos, tendrán que verlo. Cuando Nicholas corte el pastel, uno de mis ojos saltones se desprenderá como una especie de profecía. Yo le sonreiré con mi boca roja de película de terror y una mirada salvaje que hará que deteste el color champán por los siglos de los siglos, y se le helará la sangre.

—Graciaaaaaas —trino—. Deb, eres la mejor.

—Espero que Nicky esté de acuerdo con todo esto —dice ella con tono pesimista.

—No te preocupes por él. Tengo a nuestro Nicky cubierto. Y muy pronto tendrá a una nueva suegra para ocuparse de él. Es tan mono... El otro día me decía que después de la boda comenzará a llamarla mamá. A mi madre le en-can-ta-rá.

Una mano fantasma sale del móvil y me rodea la garganta.

—Eso está bien —dice Deborah con voz ronca.

—¿Verdad que sí? Pasaremos el día de Acción de Gracias con ella. Y la Navidad. No hay nada más importante que la familia, ya lo sabes.

Deborah está alterada, pero es una profesional. Me recuerda que era una maestra en el Arte de Ser una Zorra varias décadas antes de que yo naciera cuando contesta:

—Oh, sí, estoy totalmente de acuerdo. Pero yo reconsideraría esos planes, porque por Acción de Gracias pensaba firmarnos el cheque del catering, y precisamente el día de Navidad es cuando la costurera viene a probarte el vestido de nuevo. Si no te presentas, quién sabe lo que pasará. Me sentiría fatal si tuvieras que ir hasta el altar con un vestido que no se pudiera abrochar hasta arriba del todo.

A través del ojo de mi mente, veo los candelabros enjorjados de los centros de mesa del salón donde celebraremos el banquete de boda estallar en forma de vapor pulverizado. Voy a reemplazarlos por confeti de aluminio y palomas de plástico a diez centavos la unidad. Todo el mundo pensará que la elegante señora Rose, vestida de Louis Vuitton y Marc Jacobs, se encargó de elegirlo y se preguntarán por qué la decoración parece propia de un día de San Valentín en una residencia de ancianos. Chismorrearán que se ha declarado en bancarrota.

Dejo escapar una carcajada corta.

—¡Eso sería un desastre! Menos mal que llevaré un velo largo. —Durante los últimos minutos me he estado comportando impecablemente, pero no puedo resistirme a añadir—: Nos vemos en la cena del domingo, Debita.

Finalizo la llamada y me pongo a admirar mis uñas, desparejas y astilladas.

Estamos a domingo y Nicholas no se puede creer que siga sin quitarme mi mejor sudadera, ni siquiera para ir a cenar a casa de sus padres. Le dirijo una mirada de desaprobación cuando se pone a murmurar entre dientes. Soy una fan leal de los Steelers. Son mi equipo favorito en juegos de pelota y moriría por ellos.

Sigue enfadado por lo de las magnolias. La señora Rose me delató, le estuvo llorando entre un mar de pañuelitos empapados, y él la tranquilizó prometiéndole que mantendría los claveles y que defendería el nombre de la familia. Las magnolias son completamente indignas. Yo soy completamente indigna. Frunce el ceño para decirme: «Eres una desgraciada», pero yo sé que ese ceño fruncido obedece en realidad a la metralla que lleva en la pierna. Me he convertido en un soldado lleno de motivación, vestido con su equipo táctico al completo. He convertido a su madre

en un arma involuntaria contra él: lo ha estado llamando todo el día para que la consolara, y cada vez que suena el teléfono veo cómo se muere un poco más por dentro.

—No me lo puedo creer —me dice.

—Yo sí.

Sueno mucho más feliz que él, pese a que generalmente éste es el momento en que él luce su sonrisa de niño bueno y yo me abstraigo mentalmente para que los comentarios groseros de su familia tengan menos poder sobre mí.

Estamos en el coche, camino de la casa de Harry y Debberoni. Viven en el único vecindario semiexclusivo que Morris puede ofrecer: son peces gordos en un estanque pequeño, tal y como a ellos les gusta. No residirían en un lugar donde «dejaran entrar a cualquiera». Tienen a «un hombre» que les cuida el jardín y a «una mujer» que les hace la comida. El señor y la señora Rose no los consideran lo suficientemente importantes como para llamarlos por su nombre. Se dan tantos aires que la primera vez que fui allí de visita pensé que iba a encontrarme con que los topes para las puertas eran barras de oro. Cualquiera diría que Harold fue secretario de Estado en vez de inversor bancario.

Oigo un crujido de plástico y miro de reojo para descubrir que hay un ramo de flores sobre el asiento trasero. Durante un estúpido y miserable latido se me sube el corazón a la garganta, pues pienso que son para mí..., pero entonces me doy cuenta.

Por supuesto. Son rosas.

No puedo evitarlo.

—Uau, gracias por las flores. Eres tan dulce...

—Oh. —Se le sonrojan las mejillas—. En realidad son para mamá.

—¿Qué se celebra? ¿Es su cumpleaños?

Su cumpleaños fue en enero, igual que el de Nicholas. Le compró a su madre una cinta para correr que ella le había marcado con un círculo en un catálogo, y además le regaló muy ufano un pequeño pergamino donde se decía que había hecho que bautizaran una estrella con su nombre.

—No. Las flores son... porque sí.

No debería permitir que esto me afectara, pero me afecta. Este tipo es un prometido pésimo. Imagínate lo malo que será como marido.

—Estaría bien que me trataras como tratas a tu madre —le digo al parabrisas, porque no soy lo suficientemente valiente como para decírselo a la cara. Repito lo que le acabo de decir en mi mente y se me desorbitan los ojos.

—¿Quieres que te haga regalos porque me sienta obligado a hacerlo, y no porque me apetezca? Lo considero.

—Sí. Al menos de ese modo recibiría flores. Si tengo que esperar a que quieras regalarme flores, recibiré las mismas que ahora. Es decir, ninguna.

—Por Dios, Naomi —balbucea—. Hace siglos me dijiste que no querías flores. Dijiste que no te hacían falta.

—¡Bueno, pero no lo dije en serio! Es evidente que quiero flores. ¿Qué chica no las quiere? Me muero de ganas de tener un hijo adulto para que al fin me regalen flores.

Puedo sentir su mirada ardiente.

—Si yo te dijera que no quiero algo, ¿me lo comprarías de todos modos?

Me vuelvo hacia él.

—¿Y tú para qué quieres flores?

Su risa es escalofriante.

—Sí, ¿a cuento de qué se te pasaría por la cabeza darme nada? ¿Una muestra de afecto? Pues claro que no se te ocurren esas cosas...

Pero sí que le estoy dando algo. Paciencia. Es un regalo. Le estoy dando el milagro de no lanzarme sobre su asiento y ahorcarlo por insistir en que quedáramos con sus amigos el día de mi cumpleaños, cuando los invitó a alitas de pollo y palitos de queso frito; por quedarse hasta tarde en el trabajo el Cuatro de Julio, cuando yo quería que fuéramos a un parque acuático, para luego comprarle una enorme bola de fuego a su madre —él, el rey de los monólogos acerca de los regalos sin utilidad—. Si la galaxia hiciera implosión mañana, mi último pensamiento inteligible sería: «¡Ja, ja, ahí tienes tu puta bola de fuego, so zorra!».

—¿Cuánto tiempo llevas molesta por esto? —exige saber.

Una eternidad.

—No estoy molesta. Estoy bien.

—Claro. —Otra carcajada falta de humor—. Estás enfadada conmigo porque no te traigo regalos. Mientras tanto, en casa me ignoras, siempre con la mirada fija en la tele. Te quedas ahí sentada como una muñeca en un estante. Haces pucheros cuando vamos a estas cenas en casa de mis padres, pero tú no tienes ningún pariente que viva cerca y yo me estoy esforzando por que dispongamos de algún tipo de cimiento familiar. Es increíble que nos sigan invitando, francamente, porque te pasas todo el tiempo metida dentro de tu propia cabeza. Desde el momento que entramos por la puerta no hay en ti la menor señal de vida. —Niega con la cabeza—. Por el mismo precio podría ir solo.

Me quedo estupefacta durante un instante, porque se supone que él no ha de saber que me paso esas cenas haciendo pucheros para mis adentros. Desde mi punto de vista, he representado de manera convincente mi felicidad y satisfacción. Si ha sabido durante todo este tiempo que estaba fingiendo, ¿por qué no me lo ha echado en cara antes?

Me paso el resto del viaje hasta Sycamore Lane pensando que mi próximo prometido estará en las antípodas de Nicholas. Tendrá cabellera de *hippie*, larga y rubia, y será un artista que se restriegue Peta Zetas contra los dientes. Se llamará Anthony, pero lo escribiré «&thony». Será indiscutiblemente huérfano.

De repente, estamos en el camino de acceso a la casa, apuntando a lo que con seguridad serán dos horas horribles. No puedo recordar la última vez que Nicholas y yo pasamos un buen rato juntos. Practicamos las sonrisas que vamos a lucir delante de la gente y él se apresura a rodear el

coche, con lo que me recuerda el único rasgo que le redime: hay algo fascinantemente fluido en la manera en que se mueve cuando no está ocupado avanzando a pisotones para dejar algo claro.

Sus ojos se posan de golpe en los míos a través de la ventanilla, y su mano se dirige hacia mi puerta.

Entonces sonrío con suficiencia y opta en su lugar por abrir la puerta de atrás para coger las rosas. Se dirige solo hacia el porche. Yo lo sigo como si fuera un perro callejero y suspiro por poder gruñir y ladrar como uno de ellos.

Hay una placa shakespeariana atornillada al revestimiento de ladrillo: LA ROSA NO DEJARÍA DE ESPARCIR SU AROMA AUNQUE SE LLAMASE DE MUCHOS OTROS MODOS. Se supone que en la cita no aparece ese «muchos». Lo busqué una vez para asegurarme de que se trataba de un error, pero nunca se lo he indicado al señor y a la señora Rose porque no quiero que se hagan una placa nueva con la cita correcta. Encuentro un placer malicioso en el hecho de saber que su placa está equivocada.

Pienso en la primera vez que estuve delante de esta puerta, nerviosa y optimista, deseando ansiosamente encajar a la perfección en su mundo y que me trataran como parte de la familia. Nicholas me había rodeado los hombros con el brazo y me besó en la mejilla con una sonrisa de oreja a oreja. «Estarán encantados contigo», me dijo.

La puerta se abre. Deborah me muestra toda la dentadura con una sonrisa que no es sincera y me dan ganas de meterme el dedo en la garganta ahí mismo, delante de ella.

Nicholas y yo intercambiamos una última mirada de desprecio mutuo antes de sonreír y cogernos de la mano. Él estruja la mía. Yo le devuelvo el apretón con más fuerza aún, pero acabo haciéndome daño en los dedos.

Su guarida huele como una tienda de jabones postapocalíptica que llevara diez años cogiendo polvo, con un toque de fondo a laca. Ese hedor a polvo siempre me ha confundido, ya que nunca he logrado encontrar allí una sola mota. Todas las habitaciones son lujosas y recargadas, se esfuerzan por evocar los castillos franceses con sus sillas Luis XV mientras aspiran a que no repares en las manchas de la moqueta rosa. Si tienes menos de veinte años, se espera de ti que te quites los zapatos. Hay sólo un televisor, en el «salón»: una reliquia de los setenta que no se enciende nunca y cuyo único propósito consiste en reflejar tu conmoción cuando descubres que en algunas casas sigue habiendo aparatos tan descomunales.

En cuanto cruzas el umbral, un silencio absoluto cae sobre ti como una capota. Has entrado en el escenario de un asesinato a lo Agatha Christie y eso te lleva a hablar en voz baja, cosa que el procesador de emociones humanas de la señora Rose traduce como admiración.

Ésta es su oda a una edad dorada ya desaparecida, cuando los niños suprimían todas sus ideas y emociones para hacerles la vida más simple a los alcohólicos de sus padres. Madera de cerezo, telas gruesas, damascos de ónice sobre carbón. Un *bourbon* de mil dólares con el tapón intacto y bomboneras de cristal que no contienen nada. Marcos ornamentados con trozos de sogá dorada y ceniceros del siglo XVIII que «puedes mirar pero no tocar», encerrados al otro lado de una vitrina retroiluminada. Un museo dedicado a la historia de los Rose que no le importa a nadie más que a las viejas y marchitas rosas que crecen aquí, y quizá a mí, la inoportuna y fea mala hierba, si es que acabo entrando en esta leonera por vía matrimonial.

Los lazos de las matrículas de honor de Nicholas en el instituto cuelgan enmarcados en la cabecera del comedor. Han borrado todas las pruebas de que tienen una hija salvo por una habitacioncita a la que llaman «el pa-laaazo» y que contiene un gran piano, una horda de figuritas de porcelana con forma de gato y el retrato de Heather en su último año de colegio. En segundo plano hay rayos láser y ella lleva aparatos de color negro en los dientes. A veces su madre habla de ella como si estuviera muerta. Nicholas me ha contado que es DJ de música electrónica, y sólo por eso es mi miembro favorito de esta familia.

—¡Naomi! ¡Querida! Me alegro tanto de verte —grita Deborah.

Se mece hacia delante para besar el aire sobre una de mis mejillas, y a continuación sobre la otra. Aprendió de su propia suegra (una persona verdaderamente aterradora a la que llegué a ver una vez antes de que Satán la hiciera volver a casa) a ser gélida y pasiva-agresiva. Honestamente,

esta mujer no tiene la menor noción de dónde está. Por todos los santos, que vivimos en Morris. La mitad de nuestra población viste prendas de piel y se alimenta de las bayas del bosque.

Conocer a Deborah en persona fue una experiencia chocante. Durante un tiempo escribió con tanta persistencia a la *Beaufort Gazette*, tenía tantas quejas sobre la vida en general, que le acabaron dando su propia columna de consejos, «Querida Deborah», desde donde reparte perlas de sabiduría para los fieles lectores que tiene por todo el condado. Yo sé que las perlas de Deborah son en realidad de bisutería, porque nunca se ha enfrentado a un problema sin salir corriendo a buscar a Nicholas para que se lo solucione. La foto que acompaña sus diatribas tiene por lo menos quince años. Sigue luciendo el mismo corte de pelo bob, ahora con más mechas, pero la piel alrededor de los ojos está estiradísima pese a que los ojos mismos parecen haberse encogido hasta alcanzar la mitad de su tamaño original. Lleva unos pendientes tan pesados que se le han estirado los lóbulos unos cinco centímetros.

Toma mi cara entre sus manos suaves y frías. No estoy segura de que tenga sangre en las venas. A veces su rostro se sonroja ligeramente, pero eso se debe sólo a que la han dejado enchufada durante demasiado rato y la toma de corriente se ha sobrecalentado.

—¡Cielos, Naomi, te has cortado el pelo! ¡Y justo antes de la boda! ¿En qué demonios estabas pensando? Dime el nombre de tu estilista y haré que la despidan por lo que te ha hecho.

Me paso una mano por este flequillo penosamente corto mientras Nicholas esconde una sonrisa, satisfecho de contar con su madre para que me insulte en su lugar.

—Es un estilo. Como Amélie.

Amélie va a ser mi referencia de cabecera ante esta carnicería. Estableceré comparaciones con ella cada vez que pueda.

Es como si Deborah tuviera un montón de abejas dentro de la boca y se estuviera aguantando.

—La verdad es que no se adecua nada a la forma de tu cara. Aunque estoy segura de que eso ya lo sabes, y de que has pedido cita para ponerte unas extensiones. —No espera a oír mi confirmación, ansiosa como está por zambullirse en su análisis de mi apariencia. Es lo que hace siempre que me ve—. Tienes un aspecto completamente penoso, querida. Tan pálida e hinchada... ¿Estás enferma?

—Sí —contesto alegremente y le doy un abrazo, cosa que no había hecho nunca (¡mírame, probando todas estas cosas nuevas y divertidas!). Bajo su vestuario de puritana, sus huesos se desplazan y crujen. Su clavícula es tan protuberante que da la sensación de que alguien haya enterrado sus huesos a muy poca profundidad.

Ella se echa hacia atrás, cubierta por mis gérmenes imaginarios.

—Naomi está bromeando —dice Nicholas con voz lastimera—. En el coche me ha dicho que estaba bien.

Deborah se da unos golpecitos en el pecho como si tuviera palpitaciones, y la seguimos al salón para ver su perchero nuevo (de madera de secuoya gigante, mil doscientos dólares) y

alabarlo. Nos llega un olor de la cocina y la promesa de una comida gratis es el único motivo por el que no voy inmediatamente a empalarme en ese perchero.

Cuando la señora Rose se marcha a ver a «la mujer» para controlar cómo va la cena saco el móvil y me pongo a teclear.

—Flores secas aromáticas —digo en voz alta—. Cuadros garabateados. Siniestras figuritas de Hummel de niños campesinos haciendo tareas domésticas.

Nicholas me dirige una mirada recelosa.

—¿Qué haces?

—Tomo notas sobre cómo hacer que nuestra casa resulte más atractiva para ti. Sientes tanta adoración por ésta que no quieres irte de ella nunca, así que estoy buscando la manera de replicar su magia. —Vuelvo a teclear en el móvil—. Ramos de flores dispensados por seres queridos. Mmm, tendré que encontrar a algún ser querido.

Él señala un buqué marrón y crujiente de la semana pasada, un regalo que le hizo «porque sí».

—¿Quieres eso? —pregunta sarcásticamente—. ¿Un feo manojito de flores de cuarenta dólares? —A continuación señala un prendedor de esmeralda bastante chabacano que hay en una vitrina de cristal—. ¿Y qué me dices de eso? ¿Una joya inútil te haría feliz, querida?

Si vuelvo a oírle decir que algo es «inútil» lo meto en el maletero.

—Róballo y lo vemos.

Nicholas aprieta los labios con fuerza. Saber que lo estoy sacando de quicio me sienta de vicio.

La señora Rose vuelve a estar al alcance del oído, así que cojo una vasija que había pertenecido a la madre de Harold y digo:

—Me gusta esta urna.

—Es una vasija, querida.

Dice «vassja». Es imposible que no odie la vasija. Según la leyenda, ella y su suegra llegaron una vez a las manos durante una discusión sobre el lugar en el que debía enterrarse a Harold: al lado de su esposa o al lado de su queridísima mamá. Sinceramente, los problemas de Nicholas vienen en gran parte de él.

—Me sorprende que esta urna tan bonita no esté ocupada ya —digo como si no la hubiera oído—. Aunque supongo que algún día lo estará. —Observo a Deborah detenidamente, de arriba abajo, con lentitud, desde la coronilla hasta las puntas de sus zapatos, de un blanco immaculado—. Tienes unas reliquias familiares maravillosas. Es una lección de humildad pensar que algún día las tendré todas en mi propia casa. Nick, ¿te imaginas esta bonita urna encima de nuestra nevera?

Su mirada se afila al oír que lo llamo Nick, pero no tiene tiempo para contestar porque la señora Rose dice:

—Nicky, ¿tú qué opinas del nuevo corte de pelo de nuestra querida Naomi?

Él pone cara de póquer, pero sólo porque está plantado justo delante de una ventana. Lo tendría demasiado fácil para empujarlo por ella.

—Naomi siempre está estupenda. —Entonces da tres pasos hacia un lado antes de añadir—: Su frente es lo suficientemente amplia como para que le quede bien el flequillo corto.

Los dos ocultan sus sonrisas maliciosas tras la mano, en un gesto idéntico. Nicholas se da cuenta de ello y deja caer la mano. Parece un tanto agitado. Le sonrío para confirmar sus peores temores.

«Sí, Nicky, te estás convirtiendo en tu madre.»

—Pero qué bonitas son esas rosas... —le digo a Deborah señalando las flores muertas y marrones de la semana pasada—. Tu hijo es muy considerado al traerte flores constantemente.

—¿Verdad que sí? —canturrea ella—. Nicky me tiene muy malcriada. Es un muchacho maravilloso. Y estoy segura de que a ti te debe de tratar igual.

Mi sonrisa se retuerce en las comisuras de los labios mientras Nicholas encuentra algo cautivador en la alfombra.

—¡Ven a ver éstas, que están frescas! —me dice Deborah haciendo gestos para que la sigamos al salón.

Otros cuarenta dólares en remordimientos de Nicholas me observan con sorna desde una mesita. Le quitó al plástico que las envuelve el adhesivo de la gasolinera, y pienso que, con la llegada del frío, le va a costar cada vez más encontrar rosas. Pronto estará apoquinando cien dólares a la semana en el Interflora.

—¿No son preciosas?

Deborah me mete el ramo debajo de la nariz. Me inclino e inspiro.

—¡Así que a esto huelen las flores! No había tenido la oportunidad de ver unas tan de cerca, así que no tenía ni idea.

Nicholas suspira en dirección al techo.

—Mira, esto también me lo ha traído mi Nicky.

Deborah le quita la tapa a una cajita de terciopelo negro en la que descansa un resplandeciente anillo de diamantes de color chocolate. Nunca les he encontrado el atractivo a los diamantes marrones. No quiero esa monstruosidad. Si alguien me la regalara, no me la pondría nunca. Pese a todo, los celos me conducen casi hasta la náusea.

—Eres una mujer afortunada. —Mantengo la mirada fija en Nicholas. Mi tono suena completamente falso, sé que todos lo notamos—. ¿Qué se celebraba?

—Mi aniversario con Harold. —Harold está dormitando en una silla, con el cuerpo encorvado y torcido hacia un lado. Ella lo despierta tirándole del cuello de la camisa hasta que endereza la espalda—. ¿A ti qué fue lo que te regaló, querido? ¿Unos palos de golf?

Harold pega un salto y resopla. Está versado en el habla nasal.

—Muy muy muy afortunada —canturreo—. ¡Es una suerte que tu hijo os compre diamantes y palos de golf para celebrar un aniversario que ni siquiera es el suyo! ¡Ni me imagino de lo que será capaz de hacer cuando se trate de nuestro propio aniversario!

Esta vez no miro a Nicholas, porque querrá captar mi atención para que vea que está furioso,

así que, al no dirigirle la vista, le privo de eso.

Las conversaciones con la señora Rose consisten en comentarios embelesados sobre Nicholas al cincuenta por ciento y en escuchar sus quejas al otro cincuenta por ciento, así que ya va siendo hora de que esta charla oscile hacia el segundo apartado. Nos pregunta cómo es posible que nadie haya recibido aún la invitación para la boda, cuando ella dejó ya listos el texto y el tipo de invitación. Al guardar silencio mientras Nicholas intenta componer una respuesta, le estoy dejando a la intemperie.

La verdad es que Nicholas y yo no nos hemos puesto de acuerdo en el retrato de compromiso que queremos añadir a las invitaciones. La mayoría de las parejas usan uno en las cartas con las que sugieren a la gente que se reserven la fecha de la boda, pero, puesto que no enviamos este anuncio, Deborah dice que «¡desde luego que tenemos que incluirlo en las invitaciones!».

La fotografía que yo quiero utilizar me ha capturado en un ángulo mágico. Transmite la ilusión de que tengo las pestañas largas y los labios más carnosos. Mis pechos parecen más grandes. En ella he absorbido toda la magia de la fotogenia y no le he dejado nada a Nicky, que tiene el ojo derecho completamente cerrado y el izquierdo a medio camino de lo mismo. Nos hicimos las fotos un día que hacía mucho frío, y lo primero en lo que uno repara son sus pezones, que se marcan a través de la camisa. Me río cada vez que lo veo.

En la foto que Nicholas quiere usar él parece un modelo de *GQ*, y a mí el pelo me tapa completamente la cara. Nicholas le dice a su madre:

—Oh, pensé que ya las habíamos enviado. Error mío.

—Más vale que lo hagáis —dice Deborah admonitoriamente—. O no vendrá nadie.

Al oír eso, Nicholas reacciona. Parece haber encontrado la inspiración. Esas invitaciones no llegarán nunca al correo. No tengo derecho a sentirme ofendida por el hecho de que no quiera casarse conmigo, ya que yo tampoco quiero casarme con él, pero lo estoy. Me consuelo a mí misma diciéndome que yo tengo más ganas de no casarme con él de las que él tiene de no casarse conmigo.

Pero, cuando nos quedamos solos por un instante, su sonrisa se desvanece y me susurra al oído:

—¿Por qué nunca me cubres las espaldas? Siempre me dejas tirado.

—Tú siempre me dejas tirada antes —le digo entre dientes.

«La mujer» ha hecho ternera. La ternera me da dentera, y la señora Rose lo sabe. Por ese motivo, hasta ahora me había ofrecido platos alternativos cuando había ternera en el menú. Pero esta noche no es así. Se trata de una represalia creativa, eso se lo concedo.

Ella me observa atentamente, ansiosa por ver mi reacción, así que la miro directamente a los ojos y le doy un mordisco enorme. Esta noche no me importan mis convicciones morales. Me pienso comer un feto de vaca ensangrentado y a medio formar con las manos si con ello consigo

que Nicholas se comporte como un completo tonto del culo y me abandone delante de su madre. ¿En qué se ha convertido mi vida, si ése es ahora mi objetivo?

Nicholas me clava una mirada furiosa. Cuanto más se enoja, más deseos tengo yo de bailar. Me está ofreciendo un montón de señales no verbales que representan un gran apoyo para saber que estoy yendo en la dirección correcta. Espasmos musculares. Esa mandíbula apretada. Los puños cerrados. Alguien tiene que hablarle a este hombre de lo que revela el físico al jugar al póquer o acabará con los bolsillos vacíos por completo. Probablemente gracias a mí, durante el inevitable divorcio. Mi brillante abogado y yo nos iremos cabalgando hacia la puesta de sol con todas sus posesiones.

—Es que a Nicky le encanta la ternera —ronronea la señora Rose.

No es así, pero Nicky no se lo discutirá.

—¿Qué más le encanta a tu hijo? —replico—. No hay nadie que pase más ratos con él, así que eres la persona a la que hay que preguntárselo. —Dejo escapar un suspiro dramático—. Pese a todo el tiempo que llevamos juntos, aún hay tantas cosas que desconozco... Nuestro Nicky es sorprendentemente misterioso.

En ese momento, la mirada de Nick sale disparada hacia mí, y en ella acecha un destello risueño.

—No te subestimes, Naomi —contesta—. Creo que estás comenzando a comprenderme.

—Sí, creo que sí. Me ha llevado algún tiempo.

—No todos podemos ser tan espabilados.

Hago girar mi vaso de zumo de arándanos mientras nos miramos el uno al otro con los ojos entrecerrados.

—Deberías contarles a tus padres esa noticia tan especial —digo al fin elevando una de las comisuras de la boca.

Él frunce el ceño y su madre se inquieta. Probablemente no se puede creer que pase algo en la vida de su hijo sin que ella sea la primera en enterarse.

—¿Noticia? ¿Qué noticia? Cuéntanosla, Nicky.

—Cuéntasela, Nicky —repito como un loro.

Deborah pasea su mirada afectada entre los dos. Es evidente que le produce pánico que yo esté embarazada. ¡Un bebé fuera del matrimonio! ¿Qué diría el padre Thomas? Sólo para asustarla un poco más, me llevo distraídamente la mano al estómago. Ella produce un sonido seco y áspero, como el de la pata de una silla al rascar contra un suelo de madera.

Nicholas se da cuenta de a qué estoy jugando.

—Querida, creo que no sé a qué noticia te refieres.

—Es una noticia inesperada. —Me estoy deleitando con esto—. No planeábamos que fuera a suceder tan pronto, pero así es la vida.

—Si tienes una noticia —dice él haciendo rechinar los dientes—, sé que no tiene que ver conmigo.

Ladeo la cabeza.

—No ha sucedido nada relevante en nuestras vidas desde hace tiempo, ¿no?

—¡Hablando de noticias! —nos interrumpe Deborah, que se muere por volver a apuntar el foco hacia sí misma—. Estoy a punto de celebrar mi quinto aniversario en el periódico.

—Somos conscientes de ello —murmura Harold mientras despliega una servilleta de papel sobre su regazo. Deborah lo mira fijamente mientras él se introduce una segunda servilleta en el cuello de la camisa. Les doy un año antes de que ella comience a obligarle a llevar babero—. Todos somos conscientes de ello.

Para su consternación, Deborah le sirve más corazones de alcachofa en el plato.

—Ellos quizá no.

Le ha mandado tres mensajes de texto a Nicholas durante la semana en los que le habla del tema e insinúa que, si quiere invitarla a comer para celebrarlo, está boicoteando a tres lugares diferentes por las discusiones que ha tenido con el personal de esos restaurantes.

—Felicidades —dice Nicholas de forma mecánica.

—Sí, es todo un logro, ¿verdad? ¡Creo que he solucionado más problemas que el alcalde! Últimamente he salvado matrimonios por doquier, pero cuando leáis la columna de mañana veréis que ni siquiera yo puedo salvar a una mujer que me escribió hace poco para solicitar mi ayuda. — Deborah sonríe como el gato que se ha comido al canario—. Está teniendo una aventura con el empleado de mantenimiento.

—Ojalá Nicholas fuera más manoseador..., quiero decir manitas —digo robándole el foco de nuevo—. He estado haciendo las tareas de mantenimiento yo sola. Pero lo interesante es que cada vez obtengo mejores resultados.

La mirada de Nicholas es de las que te dejan seca.

—Suena improbable.

—¿Tareas de mantenimiento? —repite Deborah volviéndose hacia él—. ¿Se ha roto algo? Naomi no debería intentar arreglar nada. Podría empeorar las cosas.

—No tengo otra elección —le digo en voz baja y conspirativa—. Es una situación desesperada, y Nicholas no quiere usar sus herramientas.

Me doy unos golpecitos sobre la boca con una uña y veo cómo él se pone rígido.

—A Nicholas no se le dan nada bien las herramientas —comenta Deborah de forma categórica, sin darse cuenta de que estamos hablando en odio encriptado—. Si hay algo que no funciona tienes que llamar a un profesional.

—Bien pensado. ¿Sabes a qué empleado de mantenimiento se refería la mujer que te escribió? Nicholas está harto.

—Ser un manitas no te reporta ninguna satisfacción cuando tu prometida está tan evidentemente distraída y apenas te ayuda en nada —me dice mientras unos nubarrones de tormenta atraviesan su expresión.

Tiene las manos calientes y sudorosas. Me doy cuenta por la manera en que sujeta el tenedor.

Se lo merece por haber dicho que yo era una muñeca en un estante. ¿Que no converso lo suficiente con sus padres durante la cena? Lamentará haber dicho eso.

—Harold —ladra Deborah.

Harold pega un salto.

—Los chicos viven en una choza destartalada. Haz que llamen a un técnico.

La idea de que Harold nos obligue a Nicholas o a mí a hacer algo resulta ridícula. Si no logra obligarse a permanecer despierto durante un anuncio televisivo... Harold sólo se levanta del sillón para dirigirse a otro asiento. Su esposa y él llevan hoy jerséis de color borgoña a juego. El vello de la espalda y de los hombros le rodea inquietantemente el cuello babero de la prenda, lo que me lleva a ver con malos ojos la manera en la que Nicholas va a envejecer. Harold dejó de tener sus propias opiniones en 1995, y sólo vive por el momento en que le dicen que ya puede volver a la cama.

Confía en mí: no quieres saber nada más sobre Harold. Es como una lasaña que se ha pasado tres meses abandonada al fondo de la nevera. Con cada capa, la cosa va empeorando.

Bebe soda en todas las comidas, y el cabello blanco le brota de la coronilla en forma de pequeños copetes de algodón, igual que esas cejas que crecen fuera de control. Cuando te sientas frente a él puedes ver a través de su pelo, que tiñe todo lo que tiene detrás con su extravagante pelusa. Se comunica principalmente a través de resoplidos, gruñidos y eructos. En una ocasión me lo encontré hojeando un *Playboy* y me dijo: «¿Alguna vez has estado con un hombre mayor, Nina?».

El señor Howard, mi jefe, dice que conoció a Harold cuando eran jóvenes y que los «viajes de trabajo» de éste durante los ochenta en realidad eran estancias en el club para caballeros Bella's. Siendo un rayo de sol inocente e ingenuo, las palabras «club para caballeros» me hicieron conjurar imágenes refinadas de hombres jugando a las cartas y fumando cigarrillos. Entonces Zach me contó de qué se trataba en realidad y me dejó traumatizada y cautivada a partes iguales.

Aún no le he contado a Nicholas ese descubrimiento. Es un golpe de gracia que me estoy reservando para más adelante, cuando ya lo haya noqueado pero necesite algo para asegurarme de que no vuelve a levantarse. «Voy a conseguir esa maldita tarta de limón y tu madre ya no está invitada a la boda.» Patada giratoria. «Llevaré puesto un esmoquin y nos fugaremos.» Golpe rápido a la garganta. «No llamaremos Deborah a nuestra hija.» Patada alta. «Llevo un año sin usar hilo dental.» Gancho. «Tu padre se va de putas.»

—Llamad al técnico —nos recomienda Harold—. Decidle que no puede llevarse nada a menos que tenga una orden judicial. Luego id a esconderlo a vuestra casa de vacaciones.

Ojalá pudiera vivir en el mundo en el que Harold está ahora mismo, manteniendo una conversación completamente distinta en paralelo a la nuestra.

—En realidad —digo—, la noticia es que estamos pensando en tener un perro.

—No es verdad.

Nicholas se aferra al tenedor con más fuerza. Yo le doy un trago a mi zumo de arándanos. Es

repugnante.

—Uno pequeño, que ladre un montón. Quizá un terrier, o un chihuahua.

Uno de los músculos de su mejilla da un bote.

—Quizá también podríamos tener un gato —sugiere él.

Deborah me mira frunciendo el ceño.

—¿Naomi no era alérgica a los gatos?

—¿Ah, sí? —Nicholas le sonríe a su plato vacío. Se lo ha comido todo, incluidos los trocitos de champiñones con crema que sé que no le gustan. Qué niño tan bueno. Seguro que está meneando el rabo al anticipar las caricias que va a recibir. Hace como que está reflexionando—. Quizá dos gatos, para que no se sientan solos.

—He estado pensando —lo interrumpo. Nuestra disfunción es cada vez más evidente. Incluso Harold nos presta atención—. Voy a mantener mi apellido de soltera. Es algo que hacen muchas mujeres hoy en día.

Eso no molesta en absoluto a Deborah. Estoy segura de que le ha encantado oírlo. Menos mujeres con las que compartir apellido. Impávida, cambio de táctica.

—De hecho... —alargo la frase como provocación—. Hoy día, a veces es el hombre el que se cambia de apellido. Nicholas Westfield tiene un cierto encanto.

—¡Nicholas no puede cambiarse de apellido! —grita Deborah.

—¿Por qué no? Las mujeres lo hacen constantemente. Lo que es bueno para uno es bueno para el otro.

Nicholas no se digna a contestar a esto y niega con la cabeza.

—Eso es ridículo —resopla su madre—. Tiene un apellido encantador. No es que el tuyo no sea... bonito..., pero no es tan especial como Rose, ¿no crees? Y en esta comunidad se lo conoce como doctor Rose. Ahora no se lo puede cambiar. Y estoy segura de que querrá que sus hijos lleven el apellido de la familia.

—No vamos a tener hijos —declaro—. Soy estéril. Perdí el útero en una estafa piramidal.

Nicholas tira el tenedor estrepitosamente y se pone en pie. Su trasiego es ruidoso, pero no lo suficiente como para camuflar el grito de sorpresa de su madre.

—Se está haciendo tarde. —Me mira frunciendo el ceño—. Vamos, Naomi.

Agito la mano por encima de mi plato, fingiendo que no lo entiendo.

—Pero si aún no he terminado.

Él me coge de la mano.

—Oh, vaya si has terminado.

Lo único que le falta a Nicholas para sacarme de esa casa es cargarme sobre el hombro. Noto que mi triunfo ha hecho que me sonroje y sé que tengo los ojos brillantes y relucientes. Soy un caso completamente perdido. Así es como quiero aparecer en la foto que usemos en las invitaciones. Ojalá pudiera caerme al suelo y reírme hasta que me crujieran las costillas, pero él me arrastra hacia la puerta. Todos los músculos de su cuerpo están en tensión.

—¡Gracias por la cena! —grazno a mi espalda—. ¡Vuestro hijo y yo estamos muy agradecidos!

—Deja de decir eso —dice él con brusquedad, y tira de mi brazo cuando intento clavar el tacón en una de las flores del patio.

—¿Que deje de agradecerles la cena? Ésos no son modales, Nicky.

Los dos nos sufrimos en silencio durante el trayecto hasta casa, mientras preparamos argumentos mentalmente. En cuanto aparcamos bajo el halo de nuestra farola, nos bajamos y rodeamos el coche, cerrando las puertas con fuerza huracanada.

—No des portazos en mi coche.

Como si él no hubiera hecho lo mismo.

Está enamorado de ese coche como símbolo social, y con toda probabilidad se casaría con él si fuera algo socialmente aceptable.

—Tu coche no es tan atractivo, y ni siquiera ganó el premio a coche del año. Espero que un pájaro se cague en él a diario de por vida.

En el parabrisas, justo delante de su cara, un gran plaf blanco.

—Te molesta sólo porque tú conduces un mamut lanudo.

—A mi coche no le pasa nada.

—Estoy seguro de que estuvo en plena forma. En 1999.

Escucha a este hombre manifestando su privilegio. Probablemente nunca ha conducido un coche que tuviera más de dos años.

—Compro lo que me puedo permitir. No todos tenemos padres ricos que nos pagan la matrícula de una universidad pija de Nueva Inglaterra.

—¿Quieres ir a la universidad? ¡Pues ve a la universidad! Pero no me culpes a mí por tener éxito y poder comprarme un coche bonito.

Y hemos llegado al punto crucial de la cuestión. Naomi no tiene un título universitario. ¿Cómo podemos medir su valía sin ese artículo imprescindible? Pienso en mis padres cuando decían que debería haber trabajado más duro y haber solicitado becas. Pienso en el comentario de Nicholas durante la noche de juegos, cuando dijo que no me hacía falta trabajar, y concluyo que nadie cree en mí. Ojalá pudiera viajar en el tiempo y cerrar el coche con dos portazos.

Dejo que sus zancadas superen las mías para poder entrar en casa en segunda posición; de ese modo puedo pegar un portazo tan fuerte como quiera. Las paredes vibran, las tablas del suelo se desplazan como placas tectónicas. El techo se quiebra formando un mapa de carreteras de líneas negras e irregulares. Los dos nos ponemos en guardia, preparados para la batalla, mientras la habitación se llena de una neblina carmesí y palpita de hostilidad.

—A tu indicador no le pasa nada —le cuento, y es una de las cosas más mezquinas que podría decir—. Eres incapaz de admitir que no te diste cuenta de que tenías poca gasolina.

Tiene ojos de sujeto trastornado. Durante la noche de juegos me di cuenta de que cambian de color, y ahora mismo son del tono de los cuatro jinetes que anuncian el apocalipsis cabalgando sobre unos animales fustigados por un nubarrón. Casi puedo ver el fogonazo del relámpago que

ilumina una tormenta de langostas. Él se pasa una mano por el pelo y se lo deja completamente revuelto. Una rueda colorida de insultos gira en su cabeza y acaba marcando uno con el que yo no contaba:

—No me gustan tus espaguetis. No saben a nada.

Pues vale. Me está dando una excusa para no cocinar.

—A mí no me gusta tu estúpida corbata de *Cómo entrenar a tu dragón*.

Se siente muy orgulloso de esa corbata, porque en ella aparece el dragón Desdentado. Una broma ingeniosa cuando uno se dedica a la odontología.

La rabia hace que le brote un sarpullido rojo y ardiente a lo largo de la mejilla.

—Retira eso.

Me encojo de hombros sonriendo para mis adentros. Es una sonrisa maliciosa exclusivamente para mí misma, pero me da la sensación de que la ha visto por la mirada que me dirige.

—A veces no sé por qué me esfuerzo contigo.

Me muestro de acuerdo.

—Sí, ¿por qué lo haces?

Él explota.

—No haces más que poner a parir a mi madre, como si yo no supiera ya cómo nos complica la vida. ¡Que estés siempre con la misma perorata y echándome a los leones no mejorará la situación! Y tú tampoco eres ningún encanto, Naomi. ¿Crees que no hay cosas de ti que me ponen de los nervios? ¿Crees que no siento que me impides alcanzar mi verdadero potencial?

Respira con agitación y da la impresión de que podría salir por la puerta para no volver nunca más. Para hacer que se enoje aún más, estallo en carcajadas.

—Por favor, ilumíname, Nicholas. ¿Cómo te impido yo eso?

Oh, está fuera de sí. Los brazos en jarra, el nudo de la corbata suelto. Está tan enfadado que puedo ver su piel retraerse para que asome la sombra de una barba incipiente. Su boca es un tajo de desdén. Sus ojos bajan hasta el logo de los Steelers de mi sudadera y aprieta los dientes con tanta fuerza que sé que se ha formado en ellos una fina fractura que lleva mi nombre. Algún técnico de rayos X se quedará pasmado el día que encuentre la palabra NAOMI grabada en sus huesos.

—Para comenzar, odio esta casa.

Mis cejas se arquean tanto que están a punto de tocarme el flequillo.

—La escogiste tú.

Después de salir juntos once meses, empaquetamos nuestras vidas en solitario y vinimos aquí para convertirnos en una unidad. Fue la primera casa de alquiler que vimos. Rebosábamos de vitalidad y mariposas en el estómago, haciendo planes grandiosos. «Pondremos estanterías. Quizá el dueño nos permita cambiar los azulejos del baño. ¡Hacer proyectos juntos será divertido!» Rememorar tiempos más felices es como intentar recordar un sueño de hace cien años: todo es un borrón deforme que ya no tiene sentido.

Cuando visitamos la casa, fantaseamos tanto con nuestro nido de amor que no tuvimos en consideración que lo limitado del espacio para aparcar en la calle iba a hacer que alojar dos coches resultara una lata. No nos dimos cuenta de que el suelo era irregular, lo cual implica que cada vez que se me cae el cacao de labios tenga que perseguirlo antes de que se meta rodando debajo de algún mueble. No pensamos en el hecho de que sólo había una habitación extra que se pudiera transformar en despacho.

Se la quedó él, como es natural.

—A veces tomo decisiones precipitadas —contraataca él dejando claro que se refiere a cuando me pidió matrimonio—. No me gusta esta calle, ni este vecindario. En realidad, Morris es un pueblo pintoresco si estás en el lugar adecuado, y nos hemos mudado precisamente a la parte más fea. Aquí no hay nada. —Puede ver el signo de interrogación en mi rostro—. ¡Preferiría estar más cerca de la naturaleza! —espeta—. Todos estos bosques, todo este campo que nos rodea, y estamos aquí sentados con un patio tan pequeño que puedes escupir desde un extremo y llegar al otro.

—Entonces ¿qué? —le provocho—. ¿Quieres ser como uno de esos tipos de los anuncios de colonias? ¿Sentarte en medio de la montaña con tu labrador retriever y que el olor a árboles te la ponga dura?

—¡Sí! —dice él al borde del grito—. Eso es lo que quiero. Creo que así podría prosperar. Pero tú no me vas a dejar prosperar, Naomi. Ya me estoy dando cuenta. Tú estás satisfecha aquí, en tu cárcel de cemento...

—Oh, por Dios. —Pongo los ojos tan en blanco que puedo ver el reino de los espíritus—. Sal a dar caminatas.

—... encerrada en una habitación a oscuras y sin salir nunca, rogando por pillar una depresión estacional. Ir a trabajar no cuenta, porque durante el trayecto sigues estando sentada. Y te observo, Naomi. Veo que nunca miras el cielo o te detienes a oler... —Ve lo excitada que estoy esperando a que acabe la frase, así que le pone fin de forma abrupta—. Apenas estás viviendo, ¿lo sabes?

—No tenía ni idea de que te sintieras tan ávido por unirme a la naturaleza. —Hago el gesto de entrecomillar en el aire al decir «unirme a la naturaleza». Él odia que la gente haga el gesto de entrecomillar—. Demonios, ¿qué tipo de vídeos de YouTube has estado viendo ahí dentro, en tu ordenador-esposa? En serio, ¿de dónde sale todo esto?

—¡¡De mi corazón!!! —ruge él, y se muestra tan sincero y agitado que me doblo con un ataque de risa—. ¡Cállate! Deja de reírte.

Ahora se ha puesto a caminar de un lado a otro. Ha estado pensando muy profundamente en todo esto. ¿Quién es este hombre que está en mi sala de estar con mirada apocalíptica y el deseo anhelante de tirar piedras a un lago haciendo que reboten sobre su superficie?

—Quiero un casco con linterna incorporada —desvaría—. Quiero una chimenea. Una escopeta por si aparecen los coyotes. Quiero palas y una cabaña en la que guardarlas. Quiero una canoa.

—No dejes que yo te impida tener una canoa —le digo completamente serio—. Nicholas, estoy

aquí para apoyar todos tus sueños. Por favor, ve a comprarte una canoa. Nada me gustaría más que verte remar en medio de un lago.

—¡Necesito sentirme vivo!

—Creo que lo que tú necesitas es una barrita de granola y quizá una prueba con los Boy Scouts.

—Sabía que no me tomarías en serio. Ése es el motivo por el que no he dicho nada. Pero no pienso reprimirlo por más tiempo, Naomi, lo juro por Dios. Voy a comenzar a vivir de la manera en que quiero vivir. Voy a llevar la vida que deseo, voy a tener todo lo que quiero, sin importar lo que me cueste. No dispongo de la eternidad, ya estoy en la treintena.

—Tienes razón, eres casi un anciano. ¡Éste es tu momento! Comienza a vivir de la mejor manera posible.

—Lo digo en serio. —Coge una moneda de cinco centavos que descansa sobre el soporte del televisor—. Cara, comenzamos a hacer las cosas a mi manera. Cruz, seguimos igual.

—¿Quieres planear nuestras vidas jugándotelo a cara o cruz? Eso suena bastante bien.

Ya que está, me gustaría que lanzara una moneda al aire para decidir el destino de nuestra relación. Cara, rompemos. Cruz, volvemos a lanzarla. Podríamos dejarnos el uno al otro y echarle toda la culpa a la moneda.

Él tira la moneda al aire. Ésta cae sobre el dorso de su mano. Nicholas se queda mirando su brillo plateado.

—¿Y bien?

—Supongo que ya te enterarás.

—Fabuloso, asegúrate de mantenerme informada. —Me despatarro sobre nuestro sillón de tres plazas y le lanzo una sonrisa perezosa—. Buenas noches.

—¿Buenas noches? Si pretendes que me vaya a dormir tendrás que moverte. Esta noche duermo en el sofá.

—No, puedes quedarte con esa cama llena de Skittles. Yo me quedo aquí.

Se va hecho una furia al dormitorio y cierra la puerta con un clic apenas audible, lo cual de algún modo es peor que si la hubiese cerrado de manera violenta. Oigo que le echa el pestillo y me quedo sola en medio del silencio.

Nunca nos habíamos gritado. Por lo general sentimos tanto recelo ante la idea de agitar las aguas que quizá sólo estemos siendo sinceros el uno con el otro al ochenta por ciento. Por una vez hemos subido el dial hasta el cien por cien, y en toda lógica sé que no debería sentirme mejor, pero la verdad es que sí. Mientras pasan los minutos, escucho cómo cierra los cajones de su cómoda y cómo los muelles del colchón se comprimen cuando rueda sobre ellos de la manera más furiosa posible, y entonces tengo una revelación interesante.

Llevamos casi dos años juntos y ésta ha sido nuestra primera pelea de verdad.

Necesito seis horquillas estratégicamente situadas para que no parezca que llevo flequillo. Tardo veintiséis minutos en perfeccionar ese disfraz, y el lunes, cuando entro furtivamente en el Junk Yard, dejo escapar un suspiro de alivio porque la carnicería que le he hecho a mi cabello ya no es visible.

Brandy se da cuenta de inmediato.

—Te has dejado flequillo.

—Las cosas en casa no marchan bien, ¿eh? —añade Zach.

—Solía llevar flequillo.

Me toco la frente con timidez. La frente es lo primero que critico en mí cuando me miro al espejo. ¿Tiene un tamaño normal? ¿Es más grasienta que la mayoría? Ahora no veo más que frentes. Durante el fin de semana no he dejado de encontrar fotos de mujeres hermosas en internet, y ninguna de ellas lucía flequillo. Sólo veo fotos de mujeres hermosas con flequillo cuando yo no llevo flequillo.

Busqué en Google qué podía hacer para que el flequillo creciera más rápidamente, y he encargado un envío urgente de champú y acondicionador carísimos. Estoy tomando vitaminas prenatales porque en un foro las recomendaban para acelerar el crecimiento del cabello.

—Me gusta este flequillo —anuncio—. Éste es mi nuevo yo.

—Ve con cuidado, mundo —dice Brandy, mi copiloto en esta aventura hacia el delirio.

Melissa me mira y se muerde el labio para reprimir una sonrisa. Zach le da un pequeño codazo en el hombro y comparten una risita gemela. Por enésima vez pienso que me gustaría que Melissa y yo siguiéramos siendo amigas. Me encanta trabajar aquí, pero me gustaba aún más antes de presentarle a Melissa al hombre que le rompió el corazón. Jamás dejará de castigarme por ello.

Aun así, sigo sintiéndome afortunada por haber conseguido este trabajo. Empapelé todo el condado con mis solicitudes de empleo, pero los únicos que me contestaron fueron el señor y la señora Howard. Nicholas no dejaba de repetir que no me hacía falta trabajar, pero después de que me echaran de mi antiguo puesto en la ferretería (que cerró), me aburrí de tanto dar vueltas por la casa sin hacer nada y tuve que ponerme un objetivo. Un conducto a través del cual pudiera canalizar toda mi energía libre antes de que ésta comenzara a dispararse aleatoriamente contra las paredes y en algún rebote volviera para acribillarme.

El señor y la señora Howard vinieron el primer día a supervisar mi aprendizaje. Eso me llevó a creer que se presentarían todos los días, y el hecho de que rara vez volvieran a aparecer me dejó

confundida, sin saber quién se suponía que estaba al mando. Se lo pregunté a Zach, que parecía amigable, y durante tres meses seguidos me tuvo convencida de que él era mi jefe. El muy capullo me puso a limpiar retretes para su propia y sórdida diversión.

Sin la presencia de los dueños para mantenernos a raya, la atmósfera es laxa y relajada. Aunque Melissa pueda mostrarse gélida a ratos, formamos un grupo peculiar, que se lo pasa bien tonteando sin hacer nada. Y con «nada» quiero decir nada, porque el negocio está comatoso. Cada vez que entra un cliente nos ponemos a mirarlo con tanta intensidad que al final se asusta y se larga. Hubo una semana extrañamente ajetreada, en la que chocábamos las manos al final de cada turno con la caja registradora llena pensando que el barco había cambiado de rumbo. Pero no, allí donde miro hay icebergs. Y el barco está agujereado. Nos hundimos.

Sé que los Howard no podrán aguantar mucho más tiempo. Van a endeudarse sólo para asegurarse de que los cinco sigamos recibiendo nuestros cheques. Es algo que nos hace sentir mal a todos, pero también queremos mantener nuestros puestos tanto tiempo como sea posible, así que nadie piensa renunciar por más que ello implique ampliar la expectativa de vida de los otros cuatro. El tema ha salido algunas veces, suele ser Brandy quien lo saca, y el resto nos ponemos a jugar con algo y evitamos mantener ningún contacto visual con ella.

Hoy estamos Zach, Melissa, Brandy y yo en la rotación. Leon estará solo mañana, ya que es el único que prefiere trabajar de esa manera. No es demasiado hablador y se avergüenza con facilidad. Creo que es posible que lo abrumemos cuando nos ponemos a tontear con las estatuillas disecadas de animales atropellados, o cuando nos interrogamos haciendo tests de BuzzFeed para averiguar «Qué posición sexual eres».

Unos treinta minutos después de entrar me encuentro demostrando mi valía para la empresa fabricando collares hechos con sujetapapeles para todos (suelo hacer un montón de joyería con cachivaches para pasar el rato) y escuchando la negociación que mantienen Melissa y Brandy sobre la programación musical. Brandy suele escoger la música los lunes, pero Melissa no estará aquí para el turno del viernes e intenta que Brandy se lo cambie. Debo decir a favor de Brandy que no está cediendo. Me gusta pensar que he ejercido en ella el tipo de buena influencia que necesitaba.

Suena la campanilla de la puerta principal y todos orbitamos para mirar sorprendidos a quienquiera que haya entrado. Se trata de un excéntrico multimillonario que viene a salvarnos. Va a comprar todo lo que hay en las estanterías y exigirá que los Howard vuelvan a rellenarlas. Nos pagará el doble de lo que pidamos.

En realidad es un chico larguirucho y con granos que no tendrá más de veinte años y que empuja un carrito lleno de flores. Hay por lo menos diez ramitos en jarrones de cristal, con un papel de color rojo transparente para protegerlos de la lluvia.

—¿Naomi Westfield? —pregunta mientras consulta una tablilla portapapeles.

Brandy me coge la mano y la levanta en el aire. No puedo hablar. Tengo un mal presentimiento en la boca del estómago y no sé por qué.

—Son para ti.

Puesto que no me muevo, él vacila ligeramente y comienza a colocar los ramos sobre el mostrador. La cara de Melissa desaparece detrás de un bosque de plumas de color verde y pétalos blancos.

El repartidor se marcha sin que ninguno de nosotros se haya movido de su sitio. Veo una tarjeta que sobresale y la examino. Se supone que ha de contener un mensaje del tipo «Te amo» o «Lo siento, soy una persona horrible y estaba equivocado».

Está en blanco. Pero sé quién las ha enviado, y vaya si he recibido el mensaje. Podría haberlo puesto en una señal de neón: «Aquí están las malditas flores que tanto necesitabas. Disfrútalas».

—¿A qué se deben? —pregunta Zach.

Tengo la boca seca.

—A nada.

—Esto es... ah... —Melissa no encuentra las palabras.

—Excesivo —termina Zach su frase—. Si no hay nada que celebrar.

—¡Qué bonitas! ¿Qué son? —me pregunta Brandy como si fueran mis flores favoritas.

Yo no tengo una flor favorita. Pero sin duda sé cuál es la flor que menos me gusta.

—Ni idea.

Nos vamos de safari por nuestro nuevo jardín botánico, pero allí no hay adjunta ninguna información. Ni siquiera tienen esas pequeñas etiquetas que se clavan en la tierra para indicarte la frecuencia con que las debes regar.

—Parecen una especie de adelfas —dice Melissa con cautela.

Zach ladea la cabeza.

—¿Las adelfas no son venenosas?

De repente, las flores cobran sentido. Son un intento de asesinato. Todos sacamos rápidamente los móviles y nos ponemos a buscar fotos de adelfas, y es cierto, veo el parecido. Cinco pétalos blancos en una especie de molinillo, entre racimos de verde.

—¿Por qué habría de vender una floristería plantas venenosas? —pregunto—. ¿Es legal?

Melissa señala que ni siquiera podemos estar seguros de que procedan de una floristería regulada. Ninguno de nosotros logra recordar si el repartidor llevaba un uniforme en particular. Podría haberse tratado de cualquiera. Quizá Nicholas lo haya contratado en Craigslist: «Se busca cómplice de asesinato».

Ejercitamos los dedos con una búsqueda frenética en Google. Yo en efecto creo que la amenazadora entrega que he recibido se parece a las adelfas, pero también se parece a un millón de tipos florales diferentes. Todos tienen el mismo aspecto. Descubrimos que sería realmente muy sencillo matar a alguien con esa planta, y según la IMDb ése fue precisamente el argumento de una película de Michelle Pfeiffer. El personaje de Michelle usó unas adelfas para matar a un hombre llamado Barry que era su amante. Me están Barry-endo.

Oh, Dios. Oigo el chiste y estoy a punto de desmayarme.

—Según el lenguaje de las flores —dice Melissa—, regalarle adelfas a alguien es una manera de decirle que vigile. En plan amenaza.

—«Vigila» en plan vamos a morir, ¿se refiere a ese «vigila»?

Mi voz suena excepcionalmente aguda.

—¡Me va a dar algo! —grita Brandy retorciéndose las manos—. Me va a dar algo, tíos. ¿Sabemos seguro que son de Nicholas? Quiero decir que parece... —Me dirige una mirada avergonzada—. Estoy convencida de que es un buen tipo.

—Pues claro que son de Nicholas —muerde Zach—, y no, no es un buen tipo. Los dentistas son monstruos. Probablemente sigue cabreado porque gané todas las rondas del Cluedo. Cuando uno es un monstruo, no hace falta nada para activar su lado oscuro.

—Que te pusieras a gritarle aquella vez en la consulta podría haberlo activado —dice Melissa, que no necesita que la convenzan de nada—. Por eso estás en su lista.

—Y tú eres la ex de su amigo. Ya sabes cómo es la gente con las exparejas de sus amigos. —Me señala—. Tú eres un cabo suelto. Quizá te esté engañando.

—¿Y qué hay de mí? —pregunta Brandy.

—A estas alturas ha desarrollado un gusto insaciable por el asesinato. Eres un daño colateral.

Brandy parece ligeramente decepcionada al saber que su deceso no se debe a motivos más personales.

Debería alarmarme al ver la rapidez con la que hemos degenerado hasta el «Nicholas es un asesino a sangre fría», pero las tardes raras y melodramáticas son habituales entre nosotros. Cuando nunca tienes clientes, el aburrimiento está al acecho y el más minúsculo acontecimiento puede hacer que broten las teorías conspirativas, que nos vamos pasando unos a otros hasta que la histeria colectiva se adueña de todos nosotros. Zach es siempre el instigador, y siempre acaba estando equivocado, pero aun así la histeria prende en cada ocasión. Cuando se lanza a gesticular con las manos y pone esa mirada desorbitada y apasionada, puede lograr que cualquier teoría demencial suene verosímil.

—Las adelfas —susurra—. En el Junk Yard. Por el doctor Rose. ¡De eso es de lo que se trata! Es una especie de tarjeta de visita, como las que usan todos los asesinos en serie de primera división. Es el asesino del Cluedo.

Vuelvo a inspeccionar la tarjeta en blanco. No aparece el logo del florista. Por el mismo precio podría mostrar la sonrisa demente del profesor Mora.

—¿Quiere matarnos a todos porque perdió al Cluedo? —pregunta Brandy con reservas—. No puede ser.

Volvemos a zambullirnos en nuestra búsqueda.

Una página web diferente proclama que las adelfas significan «disfruta lo que tienes ante ti y deja el pasado en el pasado», que es una posibilidad más agradable que «vigila», pero entonces Zach encuentra una web que parece bastante de fiar. Ésta nos informa de que, en el mundo del lenguaje de las flores, las adelfas son universalmente interpretadas como «cautela». Oigo las

campanas lentas y lúgubres que doblan durante mi funeral y espero que alguien competente se encargue de maquillarme si la ceremonia es de ataúd abierto. Se me ocurre que soy un poco macabra.

—¿Te puedes morir sólo por exponerte a respirar el mismo aire que ellas? —pregunto—. ¿Tienes que tocarlas o con estar cerca ya es suficiente?

Encorvado sobre su teléfono, Zach murmura:

—Yahoo Answers es un pozo negro.

—¿El repartidor llevaba guantes? —plantea Melissa.

Ninguno lo recuerda. A estas alturas no recuerdo un solo detalle del repartidor. Quizá fuera una mujer. Un producto de mi imaginación. Estoy alucinando en la sala de urgencias.

—Es posible que tu prometido sea un maníaco —me dice Brandy—. Ven a mi casa. Espera, esta noche tengo una cita. —Hace una pausa—. ¡Podrías quedarte en casa de mi hermana! Aunque tiene cinco gatos, así que quizá estornudarías un montón.

Es una oferta muy dulce, pero no pienso dormir entre gatos. Su pelo se pega a todo y yo tendré unos ojos permanentemente enrojecidos que me darán el aspecto de alguien que ha estado comiendo galletas de marihuana. Tampoco quiero quedarme con mi propia hermana, que vive a cuarenta y cinco minutos en dirección este. Hemos descubierto que esa distancia es un buen colchón, y ése es el motivo por el que mi hermano vive a cuarenta y cinco minutos en dirección oeste. Mis hermanos y yo no tenemos gran cosa que decirnos, e interactuamos sobre todo durante las fiestas en casa de nuestros padres, que se encuentra a una hora en dirección norte.

—En realidad creo que debería enfrentarme a él. —Soy tan valiente que me impresiono a mí misma—. Sí, eso es lo que tengo que hacer. No puedo permitir que se salga con la suya y me intimide de esta manera.

Brandy suelta un grito ahogado:

—¡No!

—Tienes que poner fin a esto. —Los ojos de Melissa son negros y predatorios. Se inclina tanto hacia mí que puedo revisar el pomelo que se ha tomado a la hora de comer—. Naomi. Tienes que romper con él. No hay otra elección. Hazlo ya mismo. Mándale un mensaje.

—Sí, no cortes con él cara a cara —me aconseja Zach—. Una vez salí con una cirujana y crucé la frontera del estado antes de dejarle un mensaje de voz para decirle que se había acabado. Ésta es la misma mierda. Nicholas se siente como en casa usando instrumentos afilados. Esas cosas con las que te raspan los dientes pueden ser como un bisturí sobre la yugular cuando uno sabe lo que se hace. Podría acabar convirtiéndose en el psicópata de los dentistas.

Sé que Zach no se cree una sola palabra de lo que está diciendo, pero tengo un fogonazo de Nicholas en plan película gore, con su bata blanca y los ojos rojos y brillantes sobre una mascarilla hipoalérgica, empuñando armas de tamaño muñeca. Se ha puesto ciego a gas de la risa con aroma a chicle y en la neblina de su cerebro de zombi lo único que recuerda es que insulté su corbata.

—Si no me veis mañana, será porque estoy muerta —digo.

Zach me recuerda que el que trabaja mañana es Leon, no nosotros.

—Si no me veis el miércoles, será porque estoy muerta.

—Vale. Entonces esperaremos hasta el miércoles para llamar a la policía.

Me muerdo las uñas. Jugueteo con las flores aunque puedan ser venenosas. Son tan atractivas que me cuesta dejar de hacerlo. Nicholas también es atractivo. Su atractivo rostro será lo último que vea antes de alejarme flotando de esta vida. Sólo tengo veintiocho años y apenas he hecho o visto nada. Oigo su voz, mi memoria se curva en los bordes formando una sonrisa burlona. «Apenas estás viviendo, ¿lo sabes?»

Tengo que destruir estas flores asesinas.

Nos ponemos a correr de un lado a otro como animales fugados del zoo, intentando averiguar cómo podemos sacarlas de la tienda sin llegar a tocarlas. Melissa, Brandy y yo somos feministas acérrimas, pero hoy le damos la espalda a la igualdad, jugamos la carta del «ayúdame, no soy más que una chica» y votamos para que Zach se sacrifique por el equipo.

Su boca se transforma en una línea severa y se la juega como un machote. Le envolvemos los brazos hasta los hombros con bolsas de plástico, y las sujetamos con gomas elásticas. Le subimos el cuello del jersey para que le tape la nariz y la boca.

Comienza a hacer carreras entre el mostrador y un bidón de quemar que el señor Howard tiene en la parte de atrás para deshacerse de las hojas y las ramitas, y pienso que quizá sea un poco pirómano cuando derrama una botella entera de líquido inflamable sobre las flores y les tira una cerilla. Se queda ahí plantado, observando las llamas como hipnotizado, mientras Melissa le dice a gritos que el humo quizá también sea venenoso.

Tengo la seguridad de que no se cree nada de lo que estamos haciendo aquí cuando la ignora y se pone a tirar otras cosas dentro del bidón para verlas arder. Periódicos viejos. Una botella de Dr. Pepper. Los recibos que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Cuando comienza a derretir monedas de un centavo lo damos por perdido y nos alejamos de la puerta trasera.

Brandy y yo fregamos el mostrador y el suelo con lejía, deteniéndonos de tanto en tanto para comprobarnos las pupilas y el pulso la una a la otra. Es una lástima que no pudiera quedarme con las flores. Eran aromáticas, casi como una loción o un perfume. Incluso al arder despidieron un olor dulce hasta que Zach comenzó a tirarles basura por encima.

Éste se cansa después de una hora y le echa agua a una montaña de restos humeantes antes de empujarla con un palo de hockey hasta el otro extremo del aparcamiento. Nos pasamos el resto del turno jugando al tres en raya sobre la arena de un jardín zen en miniatura. Hacemos algunos cuestionarios de BuzzFeed y descubro que, si fuera una criatura sobrenatural, sería un espíritu burlón. A Brandy le toca un fénix. Cuando llega la hora de cerrar nos hemos olvidado ya de nuestro encuentro con la muerte.

Entonces me pita el móvil.

¿No has recibido las flores?

El mensaje de Nicholas me recuerda que él es el villano malvado de esta historia y que debería conducir cuarenta y cinco minutos en un sentido u otro para recuperarme del trauma en casa de alguno de mis hermanos. Aprieto los labios y contesto:

Si me estás preguntando si sigo viva, la respuesta es sí.
¡Buen intento! Las he incinerado.

Él me contesta inmediatamente.

K COÑO, ¿LAS HAS
QUEMADO EN SERIO?

—Pues claro —resoplo para nadie, sola en el coche.

El respiradero sigue expulsando aire frío pese a que llevo diez minutos con el motor encendido. Su maldito Maserati tiene asientos calefactables que hacen que te sientas como si estuvieras sobre el regazo del demonio.

¿Qué más podía hacer
con unas adelfas?

Él contesta:

No has hecho nada con unas adelfas, a la vista de que te he mandado jazmines.

Miro la pantalla con los ojos entornados, intentando decidir si debo creerle. Hasta hace muy poco no me he enterado de que Nicholas es un actor de talento, así que me cuesta confiar en él.

Después de una pausa de dos minutos, él añade:

Si HUBIERAN sido adelfas, quemarlas habría sido una idea realmente estúpida. Para que lo sepas, las adelfas son tóxicas.

Él también lo ha buscado en Google. Es imposible que supiera eso por su cuenta. A Nicholas le gusta investigar cosas y pretender que cualquiera de los datos oscuros que descubre forma parte del saber popular. Ve programas de cultura para poder fanfarronear (y porque es un hombre de ochenta años atrapado en el cuerpo de un príncipe Disney), y le da un subidón cada vez que dice la respuesta correcta antes de que lo haga el concursante. A continuación me mira de reojo para estar seguro de que me ha impresionado. Cuando me levanto y salgo de la habitación, él pone el programa en pausa para que no me pierda un solo momento de su genio.

Un nuevo texto ilumina mi pantalla.

Es ridículamente desmesurado, incluso para ti, dar el salto entre «Oh, mi novio me ha mandado flores» y «Oh, mi novio está intentando envenenarme».

Para que lo sepas, si fuera

a envenenarte de verdad encontraría un método más barato.

«Para que lo sepas» es su manera de decirle a la gente «no seas idiota» sin que le den un tortazo. Si lo destruyo antes de que él me destruya a mí, me aseguraré de que su epitafio diga: PARA QUE LO SEPÁIS, TONTAINAS, ESO DE QUE EL CABELLO Y LAS UÑAS SIGUEN CRECIENDO DESPUÉS DE MUERTO ES UN MITO.

No queda nadie más en el aparcamiento del Junk Yard. Observo mi aliento hincharse dentro de este congelador de metal porque me da miedo volver a casa. Para postergar el momento, consulto el significado del jazmín en el lenguaje de las flores y busco subtextos ocultos como si fuera una amante victoriana.

Hay muchas clases distintas de jazmín. No sé con exactitud a qué variedad pertenecían los que me ha comprado. La mayor parte de su simbolismo es típicamente romántico. Dudo que Nicholas sea consciente siquiera de que las flores esconden significados, o que fuera a escoger una deliberadamente por un mensaje simbólico que yo desconocería a menos que lo consultara en internet. Con toda probabilidad hizo que la recepcionista del Rise and Smile buscara la floristería más cercana y les dijera que eligieran la oferta del día.

Ya veo su ceño fruncido. El meneo de su cabeza. «Inútil.» Sabe con exactitud la cantidad de gasolina que podría haber puesto en el tanque por el precio de esos jazmines. Se sabe el tipo de cambio de la compra del súper y de la factura del móvil.

Me descubro lamentando no haberme quedado al menos una flor antes de recordar que no tiene sentido. Jamás debería haber sacado a colación toda esta pataleta de que no me manda flores. No me siento en absoluto satisfecha con los jazmines, porque tuve que insistir para conseguirlos, y no me los ha mandado por amor. Me los ha mandado porque se ha sentido obligado, tal y como hace con su madre. Pero, frente a Deborah, que logra de algún modo obtener satisfacción, yo no lo consigo.

Es un gesto vacío, una condena oscura. Allí donde se supone que ha de satisfacer, a mí me provoca escozor.

Es martes y a Nicholas le pasa algo. Ha llamado a la consulta para decir que hoy no iría y ha salido de casa sin decirme una sola palabra. Se ha pasado todo el día fuera. Yo deambulo entre una habitación y otra mientras miro el teléfono por si ha llamado o ha mandado algún mensaje, esperando a que vuelva a casa. Es un recorrido corto, porque nuestra casa es pequeña. Puede acoger a dos personas si esas dos personas se quieren y no les importa estar cerca la una de la otra. En un futuro cercano, acogerá cómodamente a una sola.

Me suena el móvil y doy una sacudida, esperando que me digan que Nicholas se ha rendido y que no regresará nunca más, pero es la señora Howard.

Me armo de valor antes de responder. Adoro a la señora Howard, pero, tras pasarse cincuenta

años fumando un Virginia Slim tras otro, tiene la voz de dos ladrillos que se rascan entre sí.

—Hola, soy Naomi.

Lo especifico porque ella siempre lo pregunta..., y entonces lo hace de todos modos.

—¿Eres Naomi?

—Sí.

—Cariño, soy Goldie Howard.

Sonrío.

—Hola, ¿cómo está?

—Estoy muy bien, querida. Bueno, en realidad no tan bien. ¿Tienes un minuto?

Se me cae el alma a los pies. «El último en llegar es el primero en salir.» Es el telón final para mí.

—Hum, sí. Un momento, hum... —Por algún motivo, cojo una libreta y un bolígrafo. Me zumba el cerebro. La paranoia, la ansiedad y la náusea me atraen hacia sí y me estrujan contra ellas—. Sí, ¿qué hay?

Ella se lanza de cabeza.

—Estoy segura de que sabes que las cosas en el Junk Yard no son lo que eran hace veinte años.

—No... no van tan mal —gimo.

—Cariño, sí que van mal. Melvin y yo hemos estado repasando la contabilidad, y parece que no tendremos más opción que hacer limpieza.

No puedo llorar. La señora Howard ha sido demasiado buena conmigo, y no quiero que se sienta más culpable por hacer lo que tiene que hacer.

—Me va a despedir.

—Voy a despedir a todo el mundo. Cambiaremos algunas cosas, reubicaremos lo que queda en los estantes al resto de nuestros negocios, pero para mediados de noviembre habremos cerrado. Le vendería el Junk Yard tal y como está a un nuevo propietario, pero el negocio inmobiliario en Morris se ha desplomado.

Tiene razón. Cuando haya cerrado la tienda, seguramente se quedará ahí durante siglos, vacía, antes de que algún capullo optimista la convierta en una pastelería que no durará ni seis meses. Todos nuestros pequeños negocios están cerrando y Morris será un pueblo fantasma dentro de diez años.

—Estamos intentando ver qué más podemos hacer por vosotros, chicos —dice la señora Howard con amabilidad—. Nunca lo hemos apostado todo a una sola carta. Yo hago cabaré, Melvin se ordenó como pastor. En verano vamos a un montón de ferias por el Medio Oeste y le damos a la cosa circense. Y luego están el Comido Vivo y la Casa de los Gritos. —Se aclara la garganta, lo que me hace pensar en un puñado de polvo de ladrillo que cae suelto por una chimenea—. Sé que Tenmouth es un sitio un poco remoto para ese novio tuyo, pero si quieres mudarte aquí te tendremos algo preparado.

Me imagino con una máscara y una sierra mecánica, saltando por sorpresa frente a los clientes

de una casa encantada. O con una máscara y una sierra mecánica en el Eaten Alive, destripando postres de gelatina. Pienso en mi decisión de no sacarme un título universitario y en Nicholas cuando dijo que no me hacía falta trabajar.

En esto se ha convertido mi vida.

—Gracias, señora Howard. Es una oferta muy generosa.

—Piénsatelo, ¿de acuerdo? No hace falta que me digas nada todavía. Tómate tu tiempo, habla con tu novio. Si decides que no, pero acabas cambiando de idea, pégame un telefonazo. Creo que a Melissa le interesa un puesto de ayudante de cocina en el Eaten Alive, así que habrá alguien conocido.

La opción del restaurante se desvanece ante mis ojos. La House of Screams será.

—Lo siento mucho —dice ella. Su voz suena más gruesa de lo habitual, y pienso que quizá está llorando—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Las cosas están difíciles ahí fuera. No hay demasiados empleos estables y con un sueldo decente, y sé que no os hemos podido ofrecer prestaciones u horas extras, pero al menos había algo. Tendrías que habernos visto hace veinte años. El aparcamiento lleno a diario.

Intento imaginarlo y no puedo. Nunca he visto la segunda fila de plazas de aparcamiento ocupada. Los cuatro o cinco vehículos de los empleados llenan el espacio y generan la ilusión de que estamos medio llenos de gente.

—No pasa nada, lo entiendo —me apresuro a decirle—. Me siento agradecida por el hecho de que me contratara en su momento. Me lo he pasado muy bien allí.

Me inunda la nostalgia y mi voz se viene abajo como la de la señora Howard.

—Cuídate, cariño.

Colgamos, y no tengo ni idea de lo que voy a hacer a partir de ahora. Me queda una, quizá dos pagas que tendré que estirar hasta sus hilos más invisibles. Sé lo que haría si no hubiera un Nicholas en la película: comenzaría a hacer las maletas para irme a Tenmouth y dedicarme a una carrera de falso gore y bandas sonoras de gritos, de luces estroboscópicas en la oscuridad. De fregar vómitos y limpiar grafitis. Es un futuro deprimente, pero no puedo permitirme ser quisquillosa.

Aunque consiguiera que Nicholas me dejara y acabara quedándome con la casa, no tendría cómo pagar el alquiler. Necesito con desesperación encontrar un empleo cerca de Morris. Conseguiré un compañero de piso. Dos compañeros de piso: se convertirán en mis mejores amigos y todo irá bien, perfectamente bien. Ése es mi plan A.

Trasladarme a Tenmouth es el plan B. El plan C es imposible dado el estado nocivo de mi relación con Nicholas, así que ni siquiera lo tengo en consideración. Lo desecho. El plan C consiste en un robo de identidad. Disfrutaré de unas pocas semanas de relax como Deborah Rose en mi casa de la playa de Malibú hasta que el FBI me localice.

Continúo preocupada por mi crisis de los veinticinco cuando Nicholas irrumpe con una enorme sonrisa en la cara. Si no lo odiara ya, esa sonrisa sería suficiente para cerrar el trato.

—Hola, Naomi —me saluda regodeándose; quizá ya se haya enterado de lo del Junk Yard.

Me doy la vuelta. Él se dirige silbando hacia la nevera y la abre. Pienso en meterlo dentro de ella de un empujón. Él la cierra sin sacar nada y me mira; lo sé porque puedo verlo de reojo: un borrón de colores marrones y bronceado. Espera a que le dirija la mirada y se echa a reír.

—¿Qué? —digo bruscamente.

Mi actitud le entusiasma. Me dirige una sonrisa de superioridad, y es insufrible. Sabe algo que yo ignoro. Yo también sé algo que él ignora. Le he echado un chorrito de salsa picante sriracha a su crema de afeitar.

—¿Qué? —repito, esta vez con un gruñido.

Él se ríe más fuerte, se coge del marco de la puerta como si yo fuera tan graciosa que apenas puede tenerse en pie. Este tipo es un lunático. ¿Cómo he acabado yo aquí? La idea suena con tanta fuerza dentro de mi mente que me acaba saliendo por la boca. Nicholas se toma un momento para reflexionar.

—Si no me falla la memoria, te hice una pregunta y tú contestaste que sí.

Y de ese modo comenzó ésta, mi historia de infortunio. Al menos la memoria acierta sólo con uno de nosotros; por suerte, la amnesia ha emborronado la mía.

—¿Cómo es posible que nos conociéramos siquiera? —me maravillo.

Se frota un ojo con los nudillos, sonriendo con un rictus.

—Te recogí en una feria agrícola. En lo alto de la pila parecías estar bien. No fue hasta traerte a casa que descubrí que estabas completamente podrida por dentro.

Mi boca dibuja la forma de un beso, lo cual transmite el mensaje equivocado. La arreglo para que quede fruncida y digo:

—Le voy a contar a tu madre que dices palabrotas. Te hará ir a la iglesia. —Él echa la cabeza hacia atrás y vuelve a reírse—. ¿Dónde has estado todo el día?

Me guiña un ojo.

—¿Me has echado de menos?

—Ni por asomo. —Mi mirada se desplaza hacia la ventana, donde veo que hay un jeep Grand Cherokee aparcado en su plaza—. Los invitados de los vecinos han vuelto a bloquearte el paso. Qué lástima.

No veo su coche, así que debe de haberlo dejado muy al final de la calle. El pobre doctor Rose ha tenido que caminar bajo la lluvia.

Se mete en mi espacio personal para mirar hacia fuera. Tiene el cabello ligeramente húmedo y con un olor afrutado, igual al de mi acondicionador. Voy a comenzar a esconder mis artículos de aseo personal.

—No —dice él.

—¿Uh?

Me pone un dedo bajo la barbilla y la levanta para que se me cierre la boca.

—Tan hermosa —murmura con los ojos brillantes: tienen el color de la escarcha matutina y se

están echando unas risas a mi costa.

La manera en que me mira hace que el corazón me comience a latir errático. He estado desconectando la atracción que siento por él y de repente ésta ha regresado con un martilleo vengativo. Lo único que veo son los adorables rizos de su pelo, la sensual curvatura de su sonrisa, las notas deliciosas de su colonia. Es bellissimo y lo odio por estropearlo todo con su personalidad.

Remata la frase:

—Como hermoso fue el momento en que nos vimos por primera vez, de un extremo a otro de la sala. El día de visita, en la cárcel.

Trago saliva.

—No tardaré en volver allí, estoy segura.

—He oído que dan clases. Podrías aprender al fin lo que significa la expresión «sea lo que fuere».

—Valdrá la pena por dormir en una habitación con inodoro, sabiendo que no estás por ahí, arruinándole la vida a nadie. Sea lo que fuere. —Hago una pausa. Quiero dejarlo pasar, pero no puedo—. Dime dónde has estado todo el día.

—Adivina.

—Engañándome, espero. Asegúrate de dejar pruebas para que las encuentre.

Se le tuerce la sonrisa, que se acaba secando de esa manera. Yo cojo una pila de correo basura y ojeo los cupones del supermercado, emito murmullos de aprobación ante los artículos rebajados. Esta semana hay un dos por uno en mi jabón favorito. Las pizzas congeladas están a cinco por diez dólares. Nicholas va a estrangularme con su corbata de Desdentado.

—¿Qué vas a hacer para cenar? —me pregunta.

No «¿Qué vamos a hacer?». Es «¿Qué vas a hacer?». La risa ha desaparecido de su voz. Yo no levanto la mirada.

—Está en el horno.

Lo oigo girar sobre sí mismo. El temporizador no está encendido. No hay ninguna lucecita roja. Él abre la puerta del horno y sucede lo que esperaba.

—Aquí no hay nada.

Me permito una sonrisa minúscula. Me lo merezco, después del día que he pasado. Sin saber lo que tramaba mi prometido. Despedida del mejor empleo que he tenido nunca. Con un flequillo espantoso que no se parece en nada al de Amélie.

—Eso es lo que he hecho. Todo un festín de nada, sólo para ti.

Él se va refunfuñando al despacho. El cerrojo hace clic. Emerge media hora después y se planta frente a la puerta.

—¿Qué haces?

Nicholas me dirige una mirada de desdén, como si le hubiera hecho la más indiscreta de las preguntas. Oigo una puerta de coche que se cierra y unos segundos más tarde tiene una caja de

pizza entre las manos. Una pizza individual. Bien jugado, Nick.

Cierra la puerta de una patada y regresa al despacho. Yo me apresuro a esconder todos los platos de papel, con la esperanza de molestarlo, pero a él no le importa. Coge del armarito uno de los platos buenos y me sonrío mientras enrolla una porción de pizza y se come la mitad de un mordisco.

Cuando acaba, deja el plato sin usar en la pila para que yo lo friegue.

Nicholas y yo vamos uno a dos. Yo gané el domingo al arruinar la cena de los Rose. Él ganó el lunes al hacerme creer que me iba a morir, aunque no fuera ésa su intención. Y volvió a ganar anoche al hacerme oler su pizza a través de la pared y no ofrecerse a compartirla.

Resulta apropiado que hoy sea Halloween, porque estoy tan concentrada en la idea de quebrantar el espíritu de este hombre que mis ojos aterradores son como esas bolitas de electricidad de los centros científicos que hacen que el pelo se erice al tocarlas. Voy a provocar descargas a todo el mundo en un radio de quince metros.

Estoy instalada en el porche, sujetando un caldero de plástico con golosinas para los chavales que vengan a hacer truco o trato cuando un jeep Grand Cherokee se cuele en la plaza de Nicholas del aparcamiento. Nicholas se baja del jeep y luce una expresión petulante mientras trota por el camino de acceso. Espera que le pregunte qué demonios se trae entre manos, pero me he comprometido a averiguarlo por mi cuenta. Anoche encontré sus llaves y me di cuenta de que el llavero del Maserati no estaba allí. A modo de experimento, introduje una llave que no me sonaba en el jeep y en efecto: es de Nicholas. Qué compra tan extraña viniendo de él. Según el informe Carfax de la guantería, el jeep ni siquiera es nuevo: tiene como diez años de antigüedad y ha pasado por otros dos dueños. Harold debe de estar revolviéndose en su cama solar.

¿Dónde está el Maserati? No tengo ni idea. Me muero de ganas de averiguarlo, pero preferiría lamer un polo de fibra de vidrio antes que preguntárselo y darle la satisfacción de que no me conteste.

Hoy hay un par de detalles incorrectos acerca de Nicholas. El primero es que se ha puesto sus gafas viejas en vez de las lentillas. Me gustan esas gafas porque se ajustan bien a su rostro y le hacen parecer sofisticado y centrado a la vez. Cada vez que se lo digo, él arruga la nariz y meneaba la cabeza con timidez. Además, lleva tejanos y zapatillas de deporte, que no están permitidos en el Rise and Smile.

—¿Has vuelto a faltar al trabajo? —conjeturo.

Él se limita a darme unos golpecitos en la cabeza y me rodea para entrar en la casa. Guay. No tengo ni idea de lo que mi prometido ha estado haciendo estos últimos dos días. Me esconde sus secretos con avaricia, como si fuera el señor Scrooge. Esta relación nuestra es completamente normal y funcional.

Pienso en Seth y la higienista dental montádoselo en la parte trasera del coche de él y entorno los ojos hasta convertirlos en rendijas.

Nicholas se reúne conmigo en el porche delantero en el momento en que los niños comienzan a llegar y no dice una sola palabra relativa a mi más reciente esfuerzo por cabrearlo: he añadido su tarjeta profesional a todas las bolsas de plástico, que llevan el mayor contenido de azúcar que he podido encontrar. Caramelos bañados en pica-pica. Ositos de azúcar. Palomitas dulces. Piruletas para untar.

La idea de que un dentista haya repartido a los niños sustancias que hacen que se pudran los dientes les parecerá una vulgaridad a los padres que esta noche se pongan a rebuscar en las bolsas y los cubos de sus hijos. «Menuda grosería —mascullarán—. Ya voy a Turpin Family Dentistry.»

Pero Nicholas no parece molesto mientras entrega las golosinas a esas manitas y hace reverencias frente a las princesas y finge asustarse con los monstruos. Quizá no ha reparado en las tarjetas porque está demasiado ocupado recordando el rato que ha pasado retozando con una higienista dental en el asiento trasero de su jeep. En mi mente, ella se parece a la enfermera buenorra de la portada de aquel viejo disco de Blink 182.

Lo miro y pienso: «Te mataré». Se me ve en la cara.

Él arquea las cejas y sonríe. Reconozco de inmediato esa sonrisa: es la de las mentiras de cortesía, la que pone las dos veces al año en que vamos a visitar a mis padres y ellos nos preguntan qué tal está eso de vivir en pecado. La que le dirige a mi hermano Aaron cuando éste lo acorralla para convencerlo de «por favor, dame dinero para pagar el alquiler, que me he gastado la paga en otra PlayStation». La que le dedica a mi hermana Kelly cuando ésta se le acerca demasiado y lo mira demasiado fijamente y se enrolla un mechón de cabello en el dedo de una manera que ella considera seductora.

Quiero sisear: «¿Dónde has estado todo el día?». Aprieto los dientes hasta que rechinan para mantener las palabras dentro de mí. «No preguntes, no preguntes, no preguntes.» Es lo que él espera, ganduleando en tejanos y con gafas, con las manos entrelazadas sobre la nuca. En eso está concentrado de principio a fin. *Pregunta, pregunta, pregunta*. Puedo oír su recitado telepático.

Los niños llegan y se van en pequeños rebaños, con el maquillaje corrido y la mitad de sus disfraces tapados por abrigo y gorros. La temperatura se desploma con la puesta de sol, y yo entro a buscar una manta que echarme por encima. Cuando paso a su lado me recibe el dejo de un aroma que ya he olido antes. La respuesta a mi *déjà-vu* está en un cajón cerrado con llave, es tan vaga y apagada que no puedo señalar en qué momento del pasado me crucé con ella. No se lo preguntaría ni aunque me torturara. Cuando regreso, él exhala ruidosamente y se va dentro a por su propia manta.

«¿Qué has hecho con tu Maserati?»

«¿Dónde diablos has estado?»

Nos ignoramos el uno al otro.

Tomo nota entusiasmada de cada hombre viril que pasa delante de mí y me pregunto qué más habrá ahí fuera. Sin duda me estoy conformando.

Pienso que es posible que haya ganado esta ronda, porque he decidido por mi cuenta repartir

dulces en vez de preguntarle si quería ir a la fiesta de alguno de sus amigos. Pero está tan en paz aquí, sentado en una silla a mi lado, diciéndole a cada niño que le encanta su disfraz e incrementando las posibilidades de que sus padres le paguen para que abra agujeros a golpe de taladro en sus boquitas, que se podría pensar que éste era su plan en vez del mío. Él tiene una manera de hacerme sentir así, como si lo siguiera a todas partes.

—Tengo una sorpresa para ti —dice al fin.

Lo miro y veo que tiene los ojos cerrados. La punta de su nariz y los lóbulos de sus orejas están enrojecidos por el frío, y su nuez hace un esfuerzo al tragar.

Me va a decir algo desagradable, así que no le contesto.

—¿Me has oído?

—Mmm-hum.

Me pongo de pie. No quiero oír su sorpresa. Es una cabeza de caballo entre las sábanas. Le ha puesto asbestos al bocadillo que me llevaré mañana al trabajo. Ha dejado embarazada a la higienista dental. Va a cortar conmigo. He vencido, pero igualmente me va a echar de casa. Tengo cinco minutos para recoger mis cosas antes de que llame a la policía.

—Te enseñaré la sorpresa el viernes, después del trabajo.

Me voy para dentro sin responder. El viernes no pienso volver a casa después del trabajo.

Es 2 de noviembre. Viernes.

—Mándame un mensaje cada hora —me apremia Brandy—. Si no tengo noticias tuyas, asumiré lo peor, así que... No. Te. Olvides.

Hoy estoy sola con Brandy y Leon. Zach ha renunciado. Hace semanas se asomó a su bola de cristal y vio que el fin se acercaba, así que ya tenía un nuevo empleo listo. Melissa se ha pedido el día libre, y me apuesto algo a que es para ir a una entrevista de trabajo. Soy una idiota por no haber tomado medidas cautelares.

Los ánimos están apagados. Rastreamos los anuncios de trabajo y nos prometemos que le pasaremos a nuestros nuevos jefes las referencias de los otros si encontramos algo que esté bien. Morris es una ciudad muerta comercialmente hablando. No está mal para vivir, pero si quieres ganarte la vida de verdad tienes que desplazarte a otro sitio mejor. La mitad acabaremos mudándonos a Beaufort, el pueblo más cercano, para trabajar en la fábrica de comida para perros. La otra mitad regresará a casa de sus padres. Ninguno de nosotros consigue decidir en qué campo preferiría caer.

Brandy está muy sensible. Le preocupa que después de esto vayamos a alejarnos, y probablemente tiene razón. Mantendré el contacto con ella, pero no me apena despedirme de Melissa ahora que ya no somos amigas. Con toda probabilidad Zach tirará para adelante con una rapidez ofensiva y se olvidará de nuestra existencia. Es gracioso y más listo que el hambre, pero también se comporta como un capullo la mitad del tiempo y se sirve de sus mejores cualidades

para mostrarse mezquino. Le gusta jugar a pasarse mi bolso con los otros, y se tira horas repitiendo todo lo que digo, incluso cuando intento preguntarle algo importante. Cuando me dejo el móvil sin bloquear sobre el mostrador, le envía mensajes de texto a mi madre y le dice que me he alistado en el ejército o que estoy embarazada y no sé quién es el padre.

Leon ha manifestado su interés por comprarle la tienda a los Howard para transformarla en un restaurante con terraza al aire libre. Quiere poner un oso pardo disecado en la entrada, allí donde Homer Elvis solía hacer de centinela.

—Si alguna de las dos quiere un trabajo, os contrataré —nos dice—. Quiero que el restaurante esté en marcha en primavera.

Asentimos y le decimos: «Claro, claro...», sabiendo que eso no va a pasar.

—Si pudiera permitírmelo, me la jugaría y me mudaría —se lamenta Brandy mientras juguetea con su gargantilla—. Ni siquiera me llevaría nada, simplemente me iría.

—Cuando gane la lotería te compraré una isla frente a la costa de Alaska —le prometo—. Con una habitación de invitados para poder quedarme cuando vaya a visitarte.

—Gana esa lotería lo antes posible, por favor. Me pulí la mitad de los ahorros este verano, cuando se me rompió la nevera, y he tenido que hacerle un préstamo a mi hermana para que se compre los libros de la universidad.

Apoyo la cabeza sobre su hombro.

—Lo conseguirás. Antes de que puedas darte cuenta estarás temblando a cincuenta bajo cero encima de unas raquetas para la nieve y hablando conmigo por teléfono mientras conduces a un grupo de perros de trineo hasta el supermercado.

—Me han contado que el lunes pensasteis que os ibais a morir —anuncia Leon mientras mete en cajas los frascos de huevos de serpiente de cascabel en vinagre y de larvas de gorgojo para hacer a la barbacoa, que el señor Howard pasará a recoger más tarde, pues piensa llevarse la mitad de la mercancía a Tenmouth y liquidar drásticamente el resto. En todos los postes telefónicos de Langley han grapado carteles de azul fosforescente que dicen: LIQUIDACIÓN POR CESE DE NEGOCIO EN EL JUNK YARD. ¡LLEVÁOSLO TODO! Lo que incluye a la gente que ha construido su vida aquí.

—Por poco —digo con un resoplido.

—Muerte por jazmín.

Brandy y yo lo miramos inquisitivos, preguntándonos cómo ha sabido que mis flores eran jazmines, pero él se encoge de hombros y sonrío. Maldita sea, Zach. Esto es típico de él. Ojalá estuviera aquí para poder pegarle unos gritos; sabía que eran jazmines y nos dejó creer otra cosa. Pero está en otro lugar, garantizando su propia seguridad económica, como un capullo integral.

Pienso en mudarme a Tenmouth, lo cual sería una putada. Pienso en quedarme en Morris sin ser capaz de encontrar otro empleo, lo cual sería una putada. Contemplo miserablemente el bote salvavidas de Leon, copado por el oso pardo y que ya se está llenando de agua. Lo único que

podría empeorar el día de hoy es que me viniera el período de manera espontánea, así que eso es justo lo que sucede.

—Os voy a echar muchísimo de menos —dice Brandy sonándose con un clínex—. Odio que esté pasando esto.

—Es el final de una era —respondo con gravedad.

Las luces llevan dos días cascadas, pero no nos hemos molestado en cambiar las bombillas. Apenas queda nada por vender, así que aguantar una semana más sería un milagro. Inspecciono mi entorno y pienso que ojalá pudiera despertar de esta pesadilla. Las estanterías vacías resultan especialmente deprimentes.

Una de mis partes preferidas de este trabajo ha sido la de reorganizar los exhibidores, creando elaborados retablos vivos con marionetas que se lanzaban un disco volador o recreando escenas emblemáticas de películas con muñecos de la cultura popular. Solía vestir a *Toby*, nuestro fiel y viejo mapache disecado, con jerséis y gorritas de perro, y lo colocaba cada día en una nueva posición: leyendo una revista al lado de la caja registradora, fumando una pipa encima de la gramola, mirando hacia fuera con un par de pequeños prismáticos desde el alféizar de la ventana. A Brandy y a Leon les encanta buscar a *Toby* cuando llegan, y dicen que mi talento para concebir escenas completas con la mercancía se está echando a perder en un lugar donde no entra nadie a comprar. Ese talento ahora es inútil, puesto que toda la mercancía ha desaparecido.

—Creo que no estoy preparada para la siguiente era —dice Brandy, y suspira. Yo tampoco—. Para enero te habrás olvidado totalmente de mí y no me invitarás a la boda.

—¡Por supuesto que estás invitada a la boda! —le aseguro, pero no habrá ninguna boda.

Vuelve a sonarse la nariz. Su cabello tiene un aspecto fantástico y me odio a mí misma por no haberle preguntado hace una semana a qué peluquería va. Si no fuera por mi carácter impulsivo, ahora podría tener un flequillo tan bonito como el de Brandy.

—He estado pendiente de la invitación —me dice mientras nos ponemos las chaquetas. Aún no son las seis, pero no sirve de nada quedarse aquí por más tiempo—. ¿Quizá se ha perdido en el correo?

—Oh. —Intento no retorcerme de la vergüenza—. Aún no las hemos enviado.

—Pero ¿no tendríais que haberlo hecho para darle tiempo a la gente a confirmar su asistencia? El proveedor del catering querrá saber el número de personas que debe esperar.

Leon me salva de tener que contestarle.

—Aún tiene tiempo. En fin, ¿cuál piensas que será la sorpresa, Naomi?

Abro la boca y no se me ocurre una sola cosa agradable en la que pueda consistir. Sea lo que sea, Nicholas está un peldaño por encima de mí. Estoy atacada de los nervios.

—Una cena —contesto—. Me va a servir a un puma.

En un caldero hirviendo con lechuga y zanahorias, como en un corto de Bugs Bunny. Leon se ríe.

—Creo que eso es un poco dramático.

Es posible, pero Nicholas también tiene un ramalazo dramático. Se lo ganó viendo la televisión en horario de día cuando iba a la escuela primaria y se hacía el enfermo para poder quedarse en casa y evitar a los abusones que lo llamaban Cuatro-ojos y que se reían de la corbata de nudo francés que le obligaba a llevar su madre. Nicholas sabe exactamente lo que les diría a sus acosadores infantiles si se cruzara algún día con uno de ellos. Ha perfeccionado su discurso en la ducha, de la que debe de pensar que está insonorizada. Tantos episodios de *Dawson crece* en sus años de formación le han convertido en una diva vengativa.

Para ser sincera, tengo la esperanza de que algún día pueda pronunciar ese discurso. Es increíble.

—Voy a postergar el irme a casa durante todo el tiempo que me sea posible —les digo. Brandy asiente sabiamente—. Quizá me vaya a ver una película. Y después a comer algo. Y después a ver otra película. Cuando llegue a casa, el puma se habrá impacientado tanto que ya se habrá comido a Nicholas. Nos pondremos a ver Netflix juntos en el sofá. Un documental sobre vida salvaje.

Me río de mi propia broma, pero el sonido se me atasca en la garganta cuando se abre la puerta y una versión de Nick surgida del Otro Lado de *Stranger Things* entra en el Junk Yard. Lleva puestas unas botas de montaña y una chaqueta de segunda mano de colores forestales. Parece tan poco propia de él que tardo diez segundos enteros en procesar que es de camuflaje. Nicholas Rose se ha puesto ropa de camuflaje.

Cuando mis ojos llegan a lo alto de su cabeza me quedo boquiabierto. Lleva el cabello remetido debajo de una de esas anticuadas gorras invernales con orejeras forradas de vellón. Los colores de su cuadrícula son un feo tono de naranja y marrón. Es horrenda. El conjunto completo ha resultado fatal para un puñado de mis neuronas y quizá para mis retinas.

—Dios mío —digo con un susurro ronco—. Me vas a arrastrar hacia el interior del bosque y me vas a pegar un tiro, ¿verdad?

No estoy siendo dramática. Está vestido como uno de los muchos ávidos cazadores que hay en Morris.

Nicholas pone los ojos en blanco, pero percibo un cambio en su humor. Hay en él una serenidad que me inquieta.

—He venido a buscarte. ¿Recuerdas la sorpresa de la que te hablé?

Brandy se aferra a mi brazo y casi puedo oírla pensar: «¡Son más adelfas!».

No sé por qué, pero le digo una mentira:

—No. ¿Qué sorpresa?

Él frunce el ceño, y ése debe de haber sido el objetivo de mi mentira. Mi subconsciente es cruel y quiere que él piense que no escucho nada de lo que me dice, lo cual es cierto sólo la mitad de las veces. Me siento mal al respecto hasta que recuerdo que abandonó por completo la planificación de la boda en cuanto su madre metió su entrometida nariz, y que no impidió que ella pisoteara todas y cada una de mis contribuciones. Todos nosotros estamos invitados a la boda de Deborah en enero.

Me han enseñado que no debo subirme al coche de gente extraña, así que con gran sabiduría digo:

—Tengo el coche aquí. Volveré a casa en él.

—No.

Me coge del brazo y me lleva hacia fuera antes de que pueda lanzarles un SOS a Brandy y Leon en código morse con los párpados. Arrastro los pies a propósito, pero él me abraza contra su costado y me levanta, de modo que más o menos me hace planear sobre el asfalto. Los pies me cuelgan e intento patear el suelo para dejar un rastro. Voy a morir así: ligeramente reticente pero en última instancia perezosa.

Le dirijo una mirada suplicante a mi coche cuando pasamos por delante de él, pero no cobra vida como Christine para vengarme. Muy pronto estoy encerrada en el asiento del copiloto de su jeep, cuyo origen aún no me ha explicado, y me debato entre la curiosidad y el cabreo.

—Eres un prepotente.

Él me coloca el cinturón de seguridad y pone el motor en marcha. El jeep huele como si fuera el tío loco de su Maserati. El que bebe demasiado y se estrella contra los buzones de correo. El que hoy ha comido en Taco Bell.

—¿Y qué hay de mi coche?

La pregunta surge en forma de gemido, y él recompensa la capitulación de mi dignidad con una sonrisa paternalista que no llega hasta sus ojos.

—Ya volveremos a por él.

—Pero ¿por qué no...?

No tiene sentido que acabe la frase. Ahora está hecho de gravilla y acero, y no me dará una respuesta directa. Su extraño vestuario ha hecho que mi conocimiento de él se viniera abajo de manera irrevocable. No sé quién es este hombre. Me hallo en una grave situación de desventaja. Si esta estrategia de perplejidad es una represalia por mi maquillaje compacto y mi sudadera de los Steelers, está funcionando.

—¿Estás teniendo una crisis de la mediana edad?

Es un poco joven para eso, pero por otro lado se lee las secciones más aburridas del periódico y suele llevar un montón de caramelos Werther's en los bolsillos. Menciona muy a menudo su plan de pensiones.

Ladea la comisura de los labios.

—Quizá.

No giramos hacia la calle en la que vivimos, sino que seguimos adelante. Espero sinceramente que nos crucemos con el coche de Deborah para que le eche un vistazo a la manera en que se ha vestido su hijo. En realidad, ahora mismo ni lo reconocería. Asumiría que estoy teniendo una aventura, lo cual —debo admitirlo— es lo que esto está empezando a parecerme. Es imposible que éste sea Nicholas. Una bruja de mil años de edad se ha apoderado de su cuerpo.

El sereno lenguaje corporal de Nicholas es una monstruosidad comparado con el recelo que

rezuman mis poros. No sé nada sobre este vehículo. En el Maserati sabía dónde estaba todo: las servilletas, las gafas de sol y el frasco del ibuprofeno. Por algún motivo me obsesiono con la botella de té dulce que hay en el posavasos más cercano al salpicadero en vez del que está junto a la consola central. Tratándose de Nicholas debería ser al revés. Es un detalle minúsculo, pero me fascina. ¿Por qué? Además, él nunca bebe té frío. Sólo caliente.

Doy unos golpecitos sobre la tapa.

—¿De quién es esto?

—Mío.

Se me desencaja la mandíbula. Él nota que lo estoy mirando embobada y no puede reprimir una sonrisa. Lo intenta, no obstante, hundiendo los dientes en su labio inferior.

En el suelo hay un paraguas que no había visto nunca. Abro la consola y me encuentro unos caramelos Tic Tacs, un estuche con unos CD antiguos y un tenedor de plástico de Jackie's que sigue dentro de su envoltorio. Jackie's es una pequeña hamburguesería que no tiene servicio para automóviles y en el que apenas hay sitio para sentarse, así que los clientes han de entrar a hacer su comanda y pedirla para llevar. El único plato del menú por el que vale la pena repetir son las patatas fritas, pero es que sus patatas fritas son legendarias. Sin lugar a dudas, las mejores que he probado, y solíamos pasarnos por allí a cenar antes de ir al autocine a ver una película. Llevo casi un año sin comer en Jackie's, desde que Nicholas y yo dejamos de ser la pareja perfecta. Es una blasfemia que él aún sea capaz de disfrutar de nuestro restaurante predilecto para salir a cenar sin mí.

El posavasos que no contiene un té extraño está ocupado por una carta enrollada, un sobre erróneamente dirigido a ambos: Nicholas y Naomi Rose. Quiero tirarlo por la ventanilla. Su chaqueta habitual es un bulto de color marfil en medio del asiento de atrás. Tiene el mismo tono que su piel. Me hace pensar en la bruja que lo ha despellejado y que lo lleva puesto como si fueran unos leotardos.

Se acaba de comprar este coche y en él ya hay una existencia completa de la que yo no he formado parte. No creo que eso me guste.

Me reprimo para no exigirle que me diga hacia dónde nos dirigimos. Al otro lado de mi ventanilla, las casas han dejado de pasar zumbando en grupos densos y se han reducido a una mínima expresión de destellos dispersos cada cuatrocientos metros. Los campos de color marrón se van volviendo cada vez más altos y agrestes. El cielo es una niebla blanca que se extiende hasta la eternidad y que resulta extrañamente luminosa a esta hora de la tarde. La carretera se escora hacia la derecha, nos engulle entre muros de imponentes arcos con sus hojas de un color escarlata incandescente. Pasamos retumbando sobre un puente lleno de baches y los dientes me castañetean.

Así que esto es todo. Va a hacer que nos caigamos de un puente. Me viene a la cabeza la disyuntiva de Harry Potter y Voldemort: «Ninguno de los dos podrá vivir mientras el otro siga con vida».

Nicholas reduce la velocidad y se inclina ligeramente hacia delante para prestar especial

atención. No veo el camino de acceso hasta que giramos por él, tal es la manera en que lo oculta el bosque. La gravilla cruje bajo las ruedas del vehículo del Nicholas del Otro Lado, que nos conduce por un sendero sinuoso hasta una casa colina arriba.

La rodea un bosque de píceas azules y pinos blancos, así que seguro que cobra un hermoso aspecto de país de las maravillas navideño cuando nieva. Llevan siglos sin rastrillar el patio delantero, hay capa sobre capa de hojas muertas de arce que se elevan coloradas, y una montaña de madera cortada y apilada con cuidado. También hay un coche antiquísimo cubierto con una lona y con las ruedas medio enterradas en el suelo.

—Eso desaparecerá en un par de días —me dice Nicholas siguiendo mi mirada cuando los dos bajamos del jeep—. Tiene que encontrar a alguien con un gancho para que le ayude a arrastrarlo y llevárselo.

—¿Quién?

Creo que el crujido de las hojas bajo nuestros pies impide que me oiga. En algunas zonas están compactadas con firmeza, pero en otras están sueltas y tengo que escoger sabiamente dónde piso para no romperme el tobillo. Para evitar caerme, me apoyo en un retoño de hoja perenne. No es más que un redrojo retorcido y desnutrido.

—Ooh. —Acaricio sus agujas—. Es el árbol de Charlie Brown.

Emite un sonido indulgente. «Hum.» Deseo pellizcarlo. Está volviendo a hacerlo: menosprecia lo que digo aunque tenga razón.

—Antes de que entremos —dice cogiéndome de la manga para que detenga mis zancadas—, ¿qué te parece desde fuera?

—¿El qué? —le pregunto sorprendida.

Hace un gesto con el brazo hacia la casa. Yo sigo su movimiento. Es... una casa. Vieja, con toda probabilidad. Franjas horizontales de madera de color marrón oscuro y persianas de verde primavera, una de las cuales cuelga torcida. Un amplio porche delantero con escalones precarios iluminado por el alfilerazo de un timbre brillante. La chimenea es una columna de piedras toscas y redondeadas, y las ventanas son los alegres recuadros anaranjados de una lámpara Tiffany. Una marea alta de hojas se eleva contra el enlucido de la pared más oriental hasta alcanzar una ventana de vidrio emplomado y gran tamaño que debe de ser la de la sala de estar.

—Está bien, supongo. ¿De quién es?

—Nuestra.

«Nuestra.» La palabra resuena. Una paparruchada inconsciente. Innegablemente falsa.

Chasqueo los dedos y detengo el tiempo. Me vuelvo para mirarlo directamente. La criatura que habita el cuerpo de Nicholas me contempla desde arriba con una extraña mezcla de placer y solemnidad, y tengo la sensación de que está despierto, despierto por completo, mientras que yo justo estoy comenzando a moverme después del período de hibernación. Ha vuelto a pasar de las lentillas, sus ojos relucen con intensidad detrás de la montura de color gris pizarra. Las puntas de

su cabello, que brotan rizadas por debajo del gorro, parecen tan suaves que casi deseo tocarlas, pero retiro la mano porque me parece demasiado descarar. Es mi prometido, pero no lo es. No sé lo que somos. No sé quiénes somos.

Vuelvo a poner en marcha el paso del tiempo y él me sonrío.

—Bienvenida a casa.

Un cuadro renacentista de los dos se inventa en el aire, capturando mi desconcierto y el triunfo de Nicholas. El segundero se desliza en un lento goteo de dos millones de años y entonces...

—¿Qué quieres decir con «nuestra»?

—La he comprado.

Sus ojos no abandonan los míos.

Esto...

Pero...

Yo...

¡¡¡!!!

El mundo se vuelve del revés en el momento en que Nicholas le da ese vuelco a nuestros juegos psicológicos. No tiene el menor sentido que se compre una casa y espere que yo me mude a ella. Hemos estado peleándonos por la custodia de nuestra achaparrada casita de alquiler. Hemos estado peleándonos para lograr que el otro haga ondear una bandera blanca y se pierda para siempre.

—¿Te has cortocircuitado? —me pregunta ligeramente divertido.

Está doce pasos por delante de mí. Doce pasos por encima. Por detrás. Por doquier. No sé hacia dónde volverme y no sé cuál es su objetivo. Tiene razón, me he cortocircuitado. Mi placa base está echando humo. Tengo una casa.

No, no la tengo. Me recuerdo enseguida que no poseo nada que sea en parte de Nicholas. Él no me pertenece, así que la casa tampoco. Es la termita Midas. Todo cuanto toca acaba pudriéndose.

Sólo se me ocurre una cosa lúcida que decir:

—Deduzco que ganaste el cara o cruz.

—Sí.

—Pero... —Las palabras no me salen con facilidad. Mi cerebro no deja de rechazar los mensajes procedentes de mis ojos y mis oídos al darlos como imposibles—. ¿Una casa entera?

—Intenté comprar la mitad, pero no logré dar con ninguna que estuviera abierta por un lado o a la que le faltara el techo.

Apenas escucho la broma.

—¿Cómo? ¿Por qué? Yo no...

—Se la he comprado a uno de los tipos con los que trabajas. Leon. Me lo encontré hace unos días y nos pusimos a hablar sobre el tipo de lugar en el que yo deseaba vivir, y él me dijo que

quería marcharse del lugar en el que estaba ahora, y nos dimos cuenta de que los dos deseábamos lo mismo y nos podíamos ayudar el uno al otro. Resulta que es bastante agradable. Me dejó jugar con su serrucho y hemos hecho planes para construir un par de sillas.

—¿Leon? —Es con lo que me he quedado pillada ahora mismo—. ¿Le has comprado esta casa a Leon? ¿A Leon Duncan?

Él suelta una risita.

—Le haré saber que aún no te has olvidado de su apellido. Se quedará de una pieza.

Genial, han estado contándose historias sobre lo grosera que soy. Quizá el hecho de que me quedara en blanco con su apellido es el motivo por el que Leon no me ha comentado nada durante todo el día. Menudo Judas.

—¡Sabía que ésta era la sorpresa y me ha dejado creer que estaba a punto de ser asesinada!

—De verdad tienes que dejar de decirles a tus compañeros de trabajo que se me ha metido entre ceja y ceja asesinarte. —El enojo atraviesa sus rasgos como un aleteo—. No me da una buena reputación.

—Nunca hemos hablado del tipo de casa que podríamos comprar juntos —balbuceo—. Yo no he tenido nada que ver con esto.

—Quería que fuera una sorpresa.

—Tú lo querías.

Me mira fijamente, sin entender.

—¡No es de esas sorpresas que se le dan a una prometida! ¡Las parejas hacen estas mierdas juntas, Nicholas! Uno no hace algo de esta magnitud a espaldas del otro. Primero te deshaces de tu coche y te traes a casa ese... ese mastodonte de ahí. —Se ríe, lo cual me exaspera aún más, pero prosigo con determinación—: Te he estado preguntando dónde estabas. Te has negado a contármelo. ¿Tienes idea de lo que es eso?

—¡Sí! —grita él—. La tengo. No sé dónde has estado durante todo el año, Naomi. Tu cuerpo está aquí, pero tu cabeza está en otro lugar. Te has largado y me has dejado completamente solo.

Si alguien ha estado sola, ésa he sido yo, luchando la Guerra de los Rose por mi cuenta. Pero bajo ningún concepto pienso saltar a esa piscina de lava, así que escojo un tema más leve del que quejarme:

—Estamos en mitad de ninguna parte.

Él se encoge de hombros.

—¿Y?

Me pongo a buscar otro motivo de queja. Lo que sale de mi boca me deja anonadada incluso a mí.

—Siempre he querido tener una puerta principal pintada de morado. El color de la magia.

—Es un motivo terrible para rechazar una casa. Naomi, ¡he comprado una casa para los dos! Tómame un respiro y hazte a la idea. ¿Cuántas de tus amigas pueden decir que su novio les ha comprado una casa?

1. No es mi novio, es mi prometido. (Más o menos.)

2. No ha comprado esta casa para mí. Se la ha comprado para él mismo, sin preguntarme y sin querer que yo formara parte de ese proceso. ¿Se supone que le he de estar agradecida por permitir que me suba al barco después de que él haya tomado todas las decisiones? Si la idea es que pasemos nuestra vida juntos en igualdad de condiciones, éste no es un buen augurio.

3. Mi única amiga de verdad es Brandy, y en este momento cree que me estoy desangrando en una zanja.

Esto es una locura. Debería regresar a nuestra casa de alquiler ahora que aparentemente él está viviendo aquí, pero aún no puedo darme por vencida. La guerra continúa. Él intenta engañarme, pero yo sé que simplemente nos hemos trasladado a otro campo de batalla. No voy a decirme lo que llevo meses repitiendo para mis adentros: «Podría ser peor».

Eso es lo que he estado haciendo: justificar el hecho de permanecer a su lado recordándome que podría ser peor. «Mira a ésa. Mira a ése. Mira a toda esa gente. Están solos y no tienen a nadie. Mantienen unas relaciones terribles. Son tan infelices... Podría ser peor. Podría estar en su situación.»

Pero es que estoy en esa situación. He sido infeliz.

—De acuerdo —resopla él—. Más allá de la puerta principal, que no es morada, ¿qué te parece?

¿Sinceramente? Hay un montón de hojas muertas y sucias, y esto está en medio de ninguna parte y deseo con desesperación que sea mío. A duras penas caí en la cuenta de que aquí había una casa mientras aparcábamos, pero después de oírle decir la palabra «nuestra» ha sido como si los focos de un escenario teatral bañaran la escena y la volvieran tan hermosa que podría echarme a llorar.

Es el tipo de lugar en el que me gustaría establecerme con mi amor único verdadero; es decir, alguien que no sea Nicholas. Quiero que Leon recupere la casa y que me la guarde para poder comprarla algún día, cuando tenga una relación afectuosa y saludable. Con un hombre al que ame al menos al ochenta por ciento. Compartirla ahora con Nicholas la estropeará, tal y como algunas de mis películas favoritas han quedado manchadas por haberlas visto juntos, lo mismo que Generationals, el grupo que solíamos escuchar. Una de sus canciones estaba sonando en la radio cuando nos dimos nuestro primer beso, y a partir de ahí se convirtió en «nuestra banda». Incluso los hemos visto en concierto. Ahora apenas puedo escuchar su música sin revivir un millar de emociones desagradables.

Esta propiedad será por siempre más conocida como la casa que mi exprometido compró sin mi participación. Es la casa de la futura señora Rose, no la mía. Lo cual me escuece un poco.

—No quiero vivir aquí.

Él está perdiendo la paciencia.

—Para serte sincero, no me importa mucho lo que quieras. Aún no has vuelto a gustarme. Pero lo harás. Y yo volveré a gustarte a ti. Esta casa será nuestra salvación.

—¿Salvación? —No me molestó en minimizar lo espantoso de su afirmación—. Pensaba que

estábamos intentando acabar con esto.

Su expresión se vuelve tan desdeñosa que me estremezco.

—Naomi, si el problema fuera un meteorito que viene lanzado hacia la Tierra y que tiene la capacidad para destruirnos a todos, de algún modo tú seguirías sin verlo.

Me da la espalda y avanza con determinación hacia la casa. Pase lo que pase va a convertirse en un hombre de montaña, y yo simplemente estoy aquí para acompañarlo en su viaje.

Creo que puedo ver su nuevo punto de vista. Es incluso más perturbador que cuando procuraba que le dejara.

Es más barato y sencillo moldearme para que sea la clase de mujer con la que pueda tolerar casarse que romper conmigo. Si lo hace tendrá que sortear el centenar de citas sorpresa que su madre le enviará hasta dar con la siguiente aspirante a yegua de cría.

Mi horno para hacer bebés ha sido preparado e inspeccionado. Ya me he familiarizado con sus odiosos padres, que no han conseguido que salga corriendo. Hay un compartimento de mi cerebro que aloja a regañadientes un glosario de terminología dental. Tolero el ritual satánico en el que pela completamente el plátano y lo deja sobre la mesa, sin plato, tocándolo todo con los dedos y volviéndolo a dejar entre un mordisco y otro.

Soy una inversión. Si retira sus acciones ahora, la sangría de dinero y tiempo malgastado lo dejará todo perdido. Tendrá que comenzar de nuevo, habrá tirado dos años de su juventud por el desagüe. Pero tengo noticias para Nicholas Benjamin Rose: si cree que no soy la mayor pérdida de tiempo que ha vivido, no sabe lo que le espera.

Durante largo rato me quedo mirando la parte de la casa que se lo ha tragado. Algunos detalles en los que no había reparado debidamente se deslizan hasta un primer plano, reclamando mi atención: las tablillas del tejado de madera, que se comban en el centro; el felpudo gastado con un terrier escocés; la silueta que se pasea por detrás de la amplia ventana de vidrio emplomado. ¿Quería naturaleza? Pues ya la tiene. La hiedra se arremolina alrededor de la chimenea en su pretensión de abrirse paso hacia el interior de la casa. El aire es frío y puro. No oigo nada de tráfico, ni cualquier otro sonido procedente de la civilización.

La casa que ha comprado por su cuenta, asegurándose de que nunca vayamos a sentirla como «nuestra», descansa sobre una cresta entre dos valles de suave pendiente, y tengo la impresión de que ha elegido una magnífica colina para morir. Los dos seremos enterrados aquí. Nuestros fantasmas la rondarán, torturándose tanto el uno al otro como a cualquier comprador mal informado que espere vivir aquí su propia experiencia rural.

Continúo intentando orquestar el plan A, y Nicholas está socavando mis esfuerzos con el plan C. Sólo uno de los dos puede ganar, pero ya no tengo tan claro qué se quedará el vencedor y qué perderá.

Lo que más me gusta de esta casa que es mía, pero que no es mía, es que está poco iluminada y es

pequeña y acogedora. Dicho así no suena atractivo, pero cada una de las habitaciones transmite una sensación muy especial, lo cual hace que mi imaginación se ponga como una moto.

La sala de estar es exactamente el lugar donde te gustaría relajarte en un sillón cómodo con tus nietos desperdigados a tus pies en un semicírculo mientras les lees viejas historias de tierras lejanas. De piratas intrépidos y trenes voladores, de bandidos enmascarados y nobles elfos. Los libros están forrados en piel, sus lomos crujen entre tus manos envejecidas. Te sientas en silencio delante de un fuego trémulo con tu alma gemela mientras la lluvia tamborilea contra los cristales, más satisfecha que un gato estirándose sobre el alféizar de la ventana.

La sala de estar es el lugar donde nacerán los más preciados recuerdos de tus nietos relacionados contigo, donde te seguirán imaginando mucho después de que te hayas ido. Siempre que les llegue un olor a madera o a chocolate caliente retrocederán en el tiempo y recuperarán el sonido de tu voz elevándose y cayendo como una melodía mientras lees para ellos.

—¿En qué piensas? —pregunta Nicholas.

—Mmm. —Paso plácidamente a su lado para dirigirme a la cocina, disolviéndolo con el poder de mi mente para poder asimilarlo todo sin tenerlo a mi alrededor.

La cocina es espaciosa y está bien iluminada. Unas vigas de madera vista atraviesan su techo. De ellas, como en un carillón, cuelgan ollas de cobre y regaderas. De las macetas brotan explosiones verdes de hiedra. El aroma a pan recién horneado y a ropa del hogar colgada y bañada en sol perfuma el aire. En verano, éste es el lugar donde muerdes una mora y notas el sabor de su madurez rasgándose sobre la lengua. En primavera, te inclinas sobre el fregadero y te pones a regar los tulipanes de la maceta de la ventana.

Una bruja de la cocina vive aquí. Tiene siempre un caldero en el hogar y extiende manojos de hierbas secas sobre las vigas del techo. Hay una mesa de madera restregada y una serie de sillas desaparejas pintadas con todos los colores de la catedral de san Basilio. Las uñas del perro de la familia hacen clac-clac-clac sobre el suelo de pino y todo lo referente a esta habitación logra que el corazón se eleve y sonría.

—No hay ningún electrodoméstico —indica Nicholas—, pero no pasa nada. —Me detengo y él choca accidentalmente contra mi espalda—. Ups. Lo siento.

—¿Quieres darme un poco de espacio?

—Bueno, es que no dices nada.

—Ahora estoy hablando conmigo misma. Danos un minuto.

Es su turno de murmurar «hum». Me alegra que vaya a esconderse en el baño (el único que hay), porque me permite descansar de él.

El salón cuenta con tres ventanas altas y majestuosas que dan al bosque de la parte trasera. El patio allí desciende abruptamente, ofreciendo una excelente vista de un estanque con un muelle alargado. Ésta es la mejor habitación para observar las estrellas. Abres las suntuosas cortinas de terciopelo rojo y te encuentras con una luna en forma de hoz sobre el bosque y reflejada en el estanque. Aquí es donde tienes el árbol de Navidad y una familia de cascanueces para la repisa.

Las paredes están empapeladas en color azul medianoche con estrellas de papel de aluminio y abedules. Cuando se enciende el fuego, todo queda bañado en oro.

Nada más salir del salón hay una réplica del reloj de la estación Grand Central montada sobre el pilar de la barandilla de la escalera y, en mitad de la noche, cuando caminas sin hacer ruido por la casa en silencio para ir a sentarte en la mecedora sobre la gruesa alfombra tejida, dejas atrás la cara resplandeciente del reloj y oyes el tictac de sus manecillas. El mundo está callado salvo por ese tictac, por los suaves ronquidos de tu único y verdadero amor, que duerme en el piso de arriba; por los crujidos que producen tus hijos pequeños al dar vueltas en la cama y por el susurro de las ramas del bosque.

Esto.

Es.

Mágico.

Lo imagino todo de forma vívida. Y lo deseo. Me muero de ganas de tenerlo.

Nicholas entra en el salón cuando estoy decidiendo mentalmente dónde irá mi alijo de velas de menta y galleta de azúcar, y me saca de mi mundo sacudiéndome con su voz.

—Creo que me quedaré esta habitación como despacho. —Extiende los dedos frente al panel de ventanas resplandecientes—. Pondré una gran pantalla de televisión, para no tener que dividir el tiempo entre trabajar y ver el fútbol.

Los cascanueces de mi fantasía se caen de la repisa y se desploman sobre el fuego.

—Uf.

—¿Qué? —Me mira dos veces y a continuación se fija en la repisa, que es donde yo tenía clavados los ojos—. ¿No te gustan los hogares? Pensé que serían una de tus partes favoritas. También hay ventilación forzada de aire. No hace falta que encendamos el fuego para calentarnos si no queremos.

—Los hogares están bien —contesto con debilidad.

Me sorprende que mi nariz no se dispare a través de la habitación como la de Pinocho. Amo esos hogares con más intensidad que a cualquiera de mis parientes. Quiero clavar en ellos dos calcetines de Navidad de tamaño papá y mamá, junto a otros dos de tamaño infantil. Quiero comprar un conjunto de velas sin llama y dedicar tres horas a colocarlas tediosamente mientras Nicholas me observa afligido.

Nicholas me estudia y lo que ve en mi rostro, sea lo que sea, hace que sus ojos se suavicen.

—¿Vienes arriba?

—Sí, total...

En el piso superior hay tres habitaciones, básicamente del mismo tamaño y con la misma distribución. Paredes lisas, suelos de madera. La del medio es quince centímetros más estrecha que las otras dos y una bombilla se me enciende en el cerebro antes de que pueda aplastarla: el cuarto del bebé.

Nunca me perdonaré a mí misma esa idea.

—¿Cuál es mi habitación? —pregunto, sobre todo para provocarle.

Él ya había visto la casa antes, así que ahora no la está mirando y puede concentrarse por completo en cada una de mis reacciones. De ahí que me esfuerce por esconderlas: no puedo dejar que vea lo mucho que amo este lugar. Cada habitación en la que entro me parece bien. Pero, en el momento en que salgo de ella, se ha convertido en la mejor habitación que haya visto nunca. Voy a quedarme devastada cuando, de manera inevitable, tenga que irme. He estado viviendo todo este tiempo en la casa de alquiler como una imbécil integral.

—Escoge tú.

No puedo discernir en su tono si se está mostrando de acuerdo en que durmamos en cuartos separados. No he dormido en nuestra cama desde el día del lanzamiento de la moneda al aire, y no voy a dejar que eso cambie. No sé qué sería peor: dormir con él ahora que me estoy esforzando tanto por echarlo o intentar algo y que él me rechace porque está intentando echarme. Sigo confundida ante el fin de juego de Nicholas. Su estrategia es difusa.

—Una casa como ésta está llena de historias. Debería tener un nombre.

Él me dirige una sonrisa de satisfacción.

—Pónselo tú.

El viento golpea el techo como si estuviéramos en el ojo de un tornado. Nos hallamos tan alejados de todo lo que hemos vivido como pareja... No debería estar tan encantada. Somos los fantasmas de Heathcliff y de Catherine, abandonados en los páramos de Morris. Suelto el único nombre que se me ocurre.

—Desastre.

Su sonrisa desaparece.

—No pienso vivir en una casa llamada Desastre. Eso es llamar a la mala suerte.

—Colega, eso ya lo tenemos.

Suspira por la nariz, una característica que tomó de Harold. Solía pensar que todas sus pequeñas peculiaridades eran monas hasta que vi el patrón general a partir del cual él ha hecho un corta y pega. Ver a Nicholas empujando el vaso diez centímetros a la derecha del plato de la comida deja de resultar adorablemente raro cuando observas que su madre hace lo mismo. Conocer a Deborah ha aniquilado muchas de las cosas que amaba en su hijo.

—He hecho que mañana vengan los de la mudanza.

—¿Mañana?

—Correcto.

Se lo ve tan satisfecho de sí mismo... Creo que me está poniendo a prueba. Está intentando quebrarme, quizá, con todos estos cambios tan inesperados a la vez. Decido ponerlo a prueba yo también a él.

—¿Y si no me quiero mudar?

—La empresa de mudanzas cierra el domingo, pero si quieres alquilar un camión para el lunes, tú misma. Hasta entonces, todas nuestras cosas vendrán aquí.

Ahí está otra vez esa palabra tan engañosa: «nuestras».

Por desgracia, ninguno de los dos conservamos muchas de nuestras posesiones de cuando éramos solteros. Mis viejos muebles desaparecieron hace tiempo, igual que los suyos. Quisimos escoger juntos todo lo necesario para nuestra vida en común, probamos todos los sofás del *outlet* de muebles y nos pusimos a brincar sobre los colchones hasta dar con «el bueno». Hubo excepciones, como su escritorio y mi tostadora, pero en líneas generales nuestra colección la encargamos los dos como pareja. Repartírnosla será una putada.

No puedo permitirme reemplazar estas posesiones. Él sí. O podría, en todo caso. No sé cuál es la situación ahora que se ha comprado una maldita casa.

—¿Y si me quedo? —pregunto de golpe—. ¿Podré poner también mi nombre en el contrato? ¿O éste es el lugar que piensas compartir con cualquier mujer con la que acabes? Nada me garantiza que no me echés dentro de un mes.

—Ésta es nuestra casa, Naomi. ¿Por qué habría de echarte?

—¿Y por qué no habrías de hacerlo? Yo lo haría si fuera tú. Te dejaría en la vieja casa y te diría *arrivederci*.

Nicholas me fulmina con la mirada. Se da la vuelta y baja la escalera dando zapatazos. Continúo plantada en la habitación cuando vuelve a subir la escalera dando zapatazos con el rostro un tono más sonrojado que antes.

—Si quieres quedarte en la otra casa, adelante. No pienso obligarte a venir a vivir aquí. Pero sé que el Junk Yard va a cerrar. Leon me lo ha dicho. Así que buena suerte si has de pagar el alquiler sin mí, querida.

—No quiero tu dinero. Antes vendería el hígado. Preferiría trabajar en uno de los burdeles que solía visitar tu padre antes de que tu madre le derritiera el cerebro con los suplementos vitamínicos del doctor Oz.

Es un tiro de gracia, pero él eleva una carcajada a modo de escudo y el golpe rebota contra ella.

—¿Se supone que me he de escandalizar? Lo sé desde hace años.

Es una tontería, pero me molesta que lo sepa y no me lo haya contado. Es un chisme demasiado jugoso como para que se lo haya guardado para él solo. ¡Se supone que soy su prometida! Debería compartir conmigo todas esas historias humillantes acerca de sus padres.

—Tú eres la razón por la que seguimos viviendo en Morris —despotrica—. Si no fuera por tu ridículo apego a una tienda de regalos de estación de servicio habría aceptado aquella oferta de trabajo en junio. Una ciudad más grande, un sueldo mejor. Más oportunidades para los dos. Pero nooo, tú no querías mudarte. Dijiste que tu empleo de salario mínimo era igual de importante que el mío. Te negaste rotundamente a considerar la posibilidad de que nos mudáramos. Me obligaste a renunciar al que básicamente era el trabajo de mis sueños, así que ahora me voy a quedar atrapado aquí para siempre. Ya sabía en ese momento que el Junk Yard se estaba muriendo, y que lo iba a tirar todo a la basura por ti. Bueno, pues ahora tú también vas a tirar algo por mí. Vas a

tirar a la basura un mínimo de orgullo y vas a darle una oportunidad a esta casa durante un maldito minuto antes de decidir si quieres quedarte o irte. Al menos me vas a conceder eso.

El último hilo de sentimientos civilizados que nos unía se ha partido.

—Así que llevas cabreado conmigo desde junio por no haber cogido ese trabajo —contraataco—. Entré en el Junk Yard en febrero, y justo comenzaba a asentarme en mi nueva rutina. Me encantaba mi trabajo. ¿Por qué debía ser yo la que se sacrificara?

Él echa fuego por la boca.

—¿Por qué debía ser yo?

—No entiendo lo que estás haciendo. —Levanto los brazos—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Pensé que sería una sorpresa agradable. Pensé que te encantaría. Igual que cuando te quejaste de que nunca te mandaba flores. Pero cuando te las mando tú... ¡¡¡vas y les prendes fuego!!!

—¡Eso es historia antigua! ¿Cómo te atreves a sacarlo a colación? Tú mismo has admitido que no te importa lo que yo desee.

Él suelta un rugido brutal, animal, y vuelve a bajar la escalera dando zapatazos. Le oigo pegando portazos y estoy a punto de gritarle que no le haga eso a las hermosas puertas de mi hermosa casa nueva.

—¡Vamos! —me grita al cabo de unos minutos—. ¡Tenemos que ir a por tu coche! ¿Y qué coño quieres para cenar?

—¡Quiero una puta pizza! —grito yo, que llevo con ganas de comer pizza desde que el cabronazo hizo que le trajeran una a casa.

—¡Vale! ¡De todos modos tengo un puto vale de descuento para Benigno's!

—¡Genial! ¡Me encanta el puto Benigno's!

Nos apretujamos dentro de su coche con toda la rabia que podemos reunir y no nos decimos nada más hasta entrar en la pizzería. Cuando una mujer se nos acerca para llevarnos hasta la mesa, una Naomi diferente y un Nicholas diferente esbozan las sonrisas a-usar-delante-de-la-gente y nuestro tono de voz se vuelve tan calmo que da miedo, pero por dentro estamos hirviendo.

Mientras voy al lavabo, él me pide un Dr. Pepper, pues sabe que es mi bebida favorita.

Antes de irnos limpio todas las migas de la mesa y las dejo con las servilletas usadas en nuestros platos, que luego apilo, y sé que él lo apreciará porque le gusta ayudar en lo posible a los camareros.

Cuando regresamos al coche comenzamos a tramar la manera de arruinarnos la vida el uno al otro.

No sé cómo puede esperar Nicholas que le tome en serio.

Quiero decir que.

Es sólo.

Una carcajada me estalla en la boca antes de que pueda tragármela.

Esta mañana me he despertado con tres extraños en la sala de estar de mi casa y he chillado, manoteando para cubrirme, pero por suerte una manta había ido a parar sobre mí mientras dormía en el sofá y nadie ha visto mis piernas desnudas ni mis calzoncillos de chico. Me he puesto en pie aún envuelta con la manta y he estado a punto de tropezar con ella, para soltar un gañido cuando Nicholas me ha dado un cachete juguetón e inesperado en el trasero para que me pusiera en marcha.

—¡Apúrate! —ha dicho alegremente—. ¡Hoy tenemos un montón de cosas que hacer!

Eso ha sucedido hace algunas horas, y aún no sé de qué humor se supone que he de estar. La mudanza ha sido una auténtica putada, y estoy escaqueándome de ayudar todo lo que puedo. Me he pasado un montón de rato en el baño, fingiendo que se tardan diez minutos en cambiar un tampón. Después de mi tercera carrera a por un tampón falso en el plazo de una hora, al salir me encuentro con que Nicholas ha realizado un osado cambio de vestuario. Al ver la sonrisa maligna que se me dibuja en el rostro, su expresión se torna enojadiza y se pone a la defensiva, pero en esto no se me puede culpar de nada.

Nicholas se ha puesto un... ni siquiera sé cómo llamarlo. ¿Un mono holgado? Va de caqui de pies a cabeza, por lo cual debe de estar encantado, y sus botas nuevas de trabajo pesarán unos nueve kilos cada una. Creo que ha intentado vestirse de «hombre de la naturaleza tosco y robusto», pero en su lugar parece uno de los Cazafantasmas.

El gorro a cuadros con orejeras ha vuelto, pese a que debe de pasar calor con él después de cargar con la nevera y maniobrar con los estantes y todas las demás cosas que estoy fingiendo que no se me daría bien hacer porque soy una mujer de huesos frágiles cuyas delicadas rodillas le ceden cuando ha de transportar una caja de pañuelos. Si quiere comprar una casa sin mi ayuda, puede perfectamente bien llevar todas las cosas hasta allí sin mi ayuda. Creo que está esperando a que se lo eche en cara, y ése es el motivo por el que se muerde la lengua cada vez que me ve sentada sin hacer nada.

Este nuevo aspecto es antinatural en Nicholas. Se está esforzando tanto en luchar contra su propia genética, el muy bendito...

Tanto da la manera en que intente disfrazarlo, porque Nicholas fue criado para organizar bailes en Pemberley. Tiene un rostro aristocrático de niño bonito, todo él ángulos agudos y calma seducción, con la tez pálida, el cabello de color chocolate oscuro delicadamente despeinado con un pico de viuda. Su mirada debería ser maligna para reflejar al tipo de hombre que acecha en su interior, pero en cambio proyecta una inocencia sagaz, un rasgo innato de depredador que permite al lobo deambular entre las ovejas sin ser detectado.

Cuando sonrío, la arquitectura de su rostro resulta fascinante: la piel se estira sobre unos pómulos envidiables bajo los que se han esculpido sendos huecos, lo que le da un aspecto de estar continuamente chupándose las mejillas hacia dentro. Es un tipo de belleza enfurruñada y remilgada, que pide a gritos que la coloquemos sobre un diván de cuero para que podamos

contemplar lo que es el *ennui*. La idea de que pueda entrar en un bosque pavoneándose para cortar leña hace que me atragante. No es lo que se dice tosco, este hombre.

—¿Eres el gemelo malvado de Nicholas? —le pregunto—. ¿O eres el bueno? —Él frunce el ceño—. En serio, ¿por qué te has vestido así?

—Chist. —Lanza una mirada hacia la puerta que da a la habitación de al lado, donde los tipos de la mudanza están cargando la lavadora y la secadora en carritos. Sus botas de trabajo están rayadas y sucias, mientras que las relucientes botas de Nicholas despiden un olor químico a recién salidas de la caja—. ¿No puedes disimular un poco? Dios.

—No. ¿Estás intentando impresionar a esos tipos o algo así?

Cambia de tema antes de que los chicos guais nos oigan.

—¿Por qué no haces más que ir al baño?

Me debato entre dos posibilidades desagradables, procurando decidir cuál de ellas le parecerá más repulsiva.

—Cosas del período. —Él parece escéptico—. ¿Quieres los detalles? Si lo prefieres así, la próxima vez no tiraré de la cadena y podrás ver por ti mismo lo que hago ahí dentro.

—¿Cuál es tu problema?

—Tú. Tú eres mi problema.

Se marcha ofendido y yo me siento bastante bien, debo decirlo. Uno de los tipos de la mudanza se dirige pesadamente hacia mí y paso a reconsiderar la estrategia de escabullirme en busca de un escondite. El aire es un hervidero de testosterona, y yo me muero de ganas de echarle una calada. ¿He comentado ya lo estupendo que es que unos hombres masculinos y profesionales vengan a realizar un trabajo físico delante de ti? Hombres corpulentos y curtidos por el sol, de manos grandes y gruesas, y antebrazos con las venas salidas y vellosos. Uno tiene un tatuaje en su bíceps coriáceo de una modelo de los cincuenta recostada sobre el capó de un descapotable.

El de supervisor es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo. Me coloco en posiciones privilegiadas para ver cómo levantan cosas, se doblan y gimen, mientras sus músculos se hinchan al ponerse en tensión. ¡Los músculos de la espalda! ¡Quién me iba a decir que la espalda de una persona podía tener tantos músculos! Ahora ya lo sé. Olvídate de Tinder; cuando Nicholas tire la toalla contrataré una mudanza y encontraré a mi próximo novio entre los tipos que me la hagan.

Nicholas tiene un cuerpo bonito. Es elegante y tonificado, el tipo de cuerpo que podrías ver lo mismo dominando un piano que atravesando a la carrera un campo de rugby. Actualmente no dispongo de los privilegios suficientes para disfrutar de los beneficios de su cuerpo bonito y elegante, así que muchos hombres que antes no formaban parte de mi tipo me parecen ahora tíos buenos. Estoy mal. Hombres del tamaño de peñascos, con barbas a lo ZZ Top y tatuajes en la cara. Científicos que están quedándose calvos. El conde Chócula. La silueta de los créditos de *Mad Men*. Si esta sequía se sigue alargando comenzaré a desear la figura sin rostro de las señales de los lavabos masculinos.

Observo a uno de los hombres con un ligero interés de más y noto el calor de la mirada

amenazadora de Nicholas. Me aclaro la garganta y salgo de la habitación con una disculpa.

Un rato más tarde, él me encuentra y se dedica a dirigirme miradas asesinas hasta que me rindo y digo con un suspiro:

—¿Qué?

—¿Podrías ser un poco menos ostentosa, por favor? ¿Cómo te sentirías si me vieras comiéndome con la mirada a otras mujeres?

Doy por sentado que es algo que él hace a diario. Sé que ellas se lo comen con la mirada a él.

—No me estaba comiendo a nadie con la mirada. No sé de qué me estás hablando.

Él pone los ojos en blanco.

—Por favor. Nunca había visto a un ser humano pasar tanto tiempo sin parpadear.

—Estaba... observando —digo remilgadamente—. No crees problemas por nada. De todos modos, nadie podría culparme por mirar, aunque no lo estaba haciendo. Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad desde la última vez que eché un polvo como es debido con alguien que lo deseara.

Nicholas aprieta los labios. Su mirada es inquebrantable. Comienzo a sentirme un poco inquieta y rompo el silencio:

—¿Qué?

Él sacude la cabeza con gesto cortante.

—Nada.

Nicholas está mintiendo. Cuando dice «nada» lo que en realidad quiere decir es «Necesito tiempo para que se me ocurra algo devastador que decir».

Me preparo para recibir ese algo cuando los tipos de la mudanza se han ido ya y él y yo estamos plantados delante de nuestra nueva casa, que en realidad es su casa, a la que yo sigo llamando Desastre.

Me pongo a regar el arbolito de Charlie Brown porque necesito dar amor y no tengo ningún lugar en el que valga la pena volcarlo. Este árbol me necesita. Lo voy a alimentar y le limpiaré las agujas muertas y crecerá hasta convertirse en el mejor árbol del jardín, también el más grande. Alumbrará por polinización a un centenar de árboles nuevos, y yo los uniré con guirnaldas. Él será el patriarca y general de mi nuevo ejército arbóreo.

Se llama *Jason*. Ahora mismo es mi prioridad número uno en la Tierra.

Nicholas me observa con atención mientras le doy unos golpecitos a *Jason* y le murmuro cosas positivas. He oído que, según la ciencia, hablar a las plantas ayuda a que crezcan.

Cuando estoy segura de haberme ocupado debidamente de *Jason*, me dirijo hacia la casa. No he llegado a quitarme los zapatos cuando Nicholas la toma conmigo.

—Hay una diferencia entre que te necesiten y que te deseen. En algunas cosas me gusta que me necesiten. Con el sexo, necesito que me deseen. No puedo ser simplemente el tipo que se mete en tu cama para cumplir con su trabajo. No pienso practicar el sexo por inercia, sin conexión alguna contigo. Contigo no. Se supone que eres la persona con la que tengo una conexión más profunda.

—Sí que conectamos.

Oh, Dios, ¿es ésa mi voz? Sueno tan insípida... Mi talento para la mentira está por los suelos después de toda la honestidad brutal que hemos estado desplegando durante los últimos días.

—Has dejado de verme, Naomi. Has dejado de desearme. Un día de éstos vas a descubrir que sé identificar el momento en que comienzas a disociarte, que es la experiencia más devastadora que he vivido. Y no se detiene. Sucede constantemente. Cada vez que estás a punto de dejarte ir, que te metes en esa mente a la que no se me permite el paso, intento traerte de vuelta conmigo.

—No sé de qué me estás hablando.

Me siento muy incómoda, y la intensidad con la que habla hace que me arda la piel. Nicholas prosigue como si yo no lo hubiera interrumpido.

—No puedo mantener relaciones íntimas contigo cuando te disocias, porque no puedo permitir que eso se convierta en nuestro nuevo pan de cada día. Pero que tome distancia de ti como castigo porque te hayas distanciado de mí no parece motivarte a cambiar. Así que no sé dónde nos deja eso. Lo único que sé es que satisfacer tus necesidades físicas sin que tú satisfagas mis necesidades emocionales es una mala idea.

No pienso acercarme lo más mínimo al tema de las necesidades emocionales. Me cruzo de brazos y me apresuro a ponerme a la defensiva.

—¿Motivarme a cambiar en qué sentido? Exactamente, ¿qué te gustaría que cambiara de mí, Nicholas?

Veo que comienza a cerrarse en banda. Pues claro, ahora que ha dado su discurso quiere darse la vuelta y salir por piernas, pero no se lo voy a permitir.

—Sólo quiero que te preocupes por mí —me implora gesticulando con ambas manos hacia el espacio que nos separa—. Quiero que me escuches. Quiero que mis sentimientos te importen algo.

La culpa llama a mi puerta, una sola vez, antes de que recuerde el tema sobre el que hemos comenzado a discutir: que ha comprado una casa a mis espaldas. Su discreto resentimiento por no haber aceptado la oferta de empleo en Madison, asumiendo como evidente que yo renunciaría a mi trabajo aquí en deferencia al carácter superior de su carrera y de sus objetivos. Que bañe a su atroz madre en regalos mientras a mí me descuida, y que nunca se tome en serio mi trabajo ni a mis amigos, y que no salga en mi defensa cuando sus amigos o su familia me denigran. Este hombre que me mira a los ojos tan atormentado, que parece tan genuinamente afligido, lleva meses presionándome para que lo abandone.

Ha reformulado el diálogo para que parezca que yo soy la mala, y he estado a punto de tropezar y caer en ello.

—A este juego podemos jugar los dos —contesto entre dientes—. ¿Crees que no hay cosas en las que me gustaría que cambiaras?

Él se estremece.

—¿Cambiar qué?

—Descúbrela —le digo. Acto seguido, me doy la vuelta y subo la escalera en dirección a la

habitación de la derecha. Le he dejado el canapé y he dirigido el colchón hacia la que será mi habitación durante lo que dure mi visita—. Tienes hasta el 26 de enero.

Es domingo, el peor día de la semana. O solía serlo; ahora los domingos representan una oportunidad perfecta para que me frote las manos y vea hasta dónde puedo presionar a los Rose. Los domingos son mi nuevo cumpleaños.

No fanfarroneo al decir que mi siguiente movimiento es una obra de arte. Miro el reloj y cuento cuarenta y cinco minutos hasta la gran revelación. Cuarenta y cinco largos y atroces minutos en el que ha sido el día más lento que se recuerde. Me está costando reprimirme, sobre todo porque no ha sido ninguna coincidencia que mi sudadera de los Steelers se haya «perdido» durante la mudanza.

No quiero que anticipe la que se le viene encima, así que hoy me muestro generosa en sonrisas. Voy soltando preguntas de cortesía, digo «por favor» y «gracias» a modo de caballos de Troya. Pero quizá me haya salido el tiro por la culata, ya que él parece más receloso que nunca y las sospechas lo han puesto de mal humor.

—Sigues en pijama —me dice.

Vuelvo a mirar el reloj. Sólo faltan cuarenta y tres minutos. Si el tiempo fuera un poco más lento comenzaría a ir hacia atrás.

—¿Y? Tengo tiempo.

—Y que hemos quedado con mis padres en el restaurante dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Cuarenta y tres.

—... Y que tardas una hora en vestirme. Es simple matemática, Naomi.

Tardo quince minutos en vestirme cuando aún no he escogido mi vestuario. Tardo otros quince minutos en arreglarme el pelo, seguidos de otros quince minutos de maquillaje. Luego debo tener en cuenta otras cuestiones de último minuto, como depilarme las cejas o cortarme las uñas. Cambiarme las medias porque se han desgarrado. Buscar un zapato perdido. Tardo una hora en estar lista. Estar lista incluye más que el mero hecho de ponerse la ropa.

Decido ofenderme. Llevo tiempo sin hacerlo y es muy divertido, así que lo conduzco en la dirección adecuada para que me dé algún material que yo pueda malinterpretar.

—No pasa nada. Me pondré un jersey y unos pantalones poco antes de salir.

—¿No tardarás una eternidad en peinarte y maquillarte?

Perfecto. Gracias, Nicholas, eres un encanto.

—Entonces ¿crees que debo maquillarme?

—No es lo que he dicho.

—Estás implicando que no me puedo presentar en público a menos que lleve la cara llena de maquillaje.

—No. No he implicado eso en absoluto.

—Y supongo que también debería pasarme tres horas rizándome el pelo, ¿no? —Hago que me tiemble la voz. Soy víctima de crímenes terribles—. ¿Porque no soy lo suficientemente bonita al natural? Supongo que te da vergüenza llevarme con tu familia a menos que me amolde a los modelos imposibles de belleza que la sociedad tiene para las mujeres.

Él entorna los ojos.

—Tienes razón. Tu pelo al natural es una vergüenza, y tu cara se aleja tanto de la belleza femenina que, si sales así, voy a insistir en que camines de espaldas y a tres metros de distancia de mí. Quiero que subas ahora mismo a pintarte hasta que quedes irreconocible. —Arquea las cejas—. ¿Lo he hecho bien? ¿Eran ésas las palabras que querías que salieran de mi boca?

Me quedo boquiabierta. Él baja la mirada hacia el periódico y pasa la página. Lo ha hecho para conseguir un efecto dramático. Sé que no ha tenido la posibilidad de acabar el artículo que estaba leyendo.

—En realidad, me gustaría meterte una manzana en la boca y asarte espetado —digo.

—Adelante, Naomi, ve a la cena en pijama. ¿Crees que eso me molestaría? Podrías ir vestida de Papá Noel y no me importaría nada.

Ahora me siento genuinamente insultada.

—¿Y por qué no te importaría?

Él levanta la mirada hacia mí.

—Porque creo que eres hermosa de cualquiera de las maneras.

Uf. Ése es un golpe en verdad bajo, incluso para él. Giro sobre mis talones para alejarme de este mentiroso y me voy a lavar otra carretada de ropa de cama. Todas nuestras mantas y almohadas se mancharon de mugre durante la mudanza, así que Nicholas se ha pasado el día lavándolo todo mientras yo frotaba el resto de la casa con toallitas. No tengo nada en contra de Leon, y el tipo vivía de forma limpia, pero sí que siento la ligera necesidad de restregar la casa para sacarlo de ella. Sus ojos están en las paredes, siguiéndonos allí donde vamos.

Le echo un vistazo a la secadora y, Dios bendito, este hombre quiere que ardamos hasta los cimientos.

—¡Tienes que limpiar el filtro de las pelusas! Dejar que se llene de esta manera podría provocar un incendio.

—Tú podrías provocar un incendio —le oigo decir con claridad entre dientes.

—Sé que estás acostumbrado a tener a una mujer que haga todas las labores domésticas para ti, pero quizá yo no esté aquí para siempre. Deberías prestarme atención. Estoy intentando educarte y ayudarte a crecer como persona.

—¿Y si pones tu consejo en un folleto y me lo miro cuando te hayas ido al fin? —contesta.

Hago que el trayecto hasta el piso de arriba sea lo más violento posible. Quizá se me va un

poco la mano, porque resbalo con el borde de un escalón y me salvo abrazándome a la barandilla. Miro hacia abajo con la esperanza de que él no haya visto lo sucedido, pero por supuesto que ha sido así. Su risa callada le roba un año a mi esperanza de vida.

—¿Estás bien, cariño? —me grita, dulce como el algodón de azúcar.

—Cállate. Ve a prepararle a tu madre un baño de burbujas.

—Estás obsesionada con mi madre.

Estoy segura de que he traumatizado a la casa. Está acostumbrada a Leon, el sensible y silencioso. Probablemente no había tenido que vérselas nunca con este nivel de vitriolo. Ahora mismo, Nicholas y yo somos monstruos, nos hemos convertido en algo que no me gusta, pero desde luego tampoco me gusta lo que yo era antes, la Naomi que mantenía la boca callada y no decía su verdad, así que no hay vuelta atrás. Nicholas y yo estamos en caída libre.

Le suelto obscenidades a mi armario mientras tiro el pijama de Snoopy y Emilio por encima del hombro. Siento la tentación de dejármelo puesto, pero he hecho circular algunas solicitudes de trabajo y, conociendo la suerte que tengo, el encargado de alguno de los lugares en los que estoy intentando que me contraten me vería. Nadie va a un asador con un pijama de Snoopy y Emilio a menos que esté pasando-por-alguna-fase-de-mierda.

Lo que sí hago, no obstante, es escoger una camisa de color amarillo abejorro que no me pega nada. Me recojo el cabello en una cola de caballo baja y poco favorecedora, que me deja el flequillo disparado, igual que si me hubieran electrocutado. No me molesto en pasarme el corrector de ojeras. De hecho, me pongo una capa suave de sombra de ojos de color morado. Parezco una peregrina enferma de cólera. La señora Rose se va a poner las botas con mi aspecto, algo por lo que podré castigar a su hijo cuando volvamos a casa. Mis sentimientos están tan heridos que no puedo evitar sonreírle a mi reflejo.

—¡Apúrate! —se queja Nicholas al otro lado de la puerta de mi habitación. Hace girar el pomo y se encuentra que está cerrada con llave, evidentemente. Acabo de recuperar el lujo de disponer de una habitación para mí sola después de estar un año compartiéndola y él no está invitado—. Has esperado hasta el último minuto, sabía que lo ibas a hacer. ¡Llegar tarde es una irresponsabilidad! ¡Tendré que mandarle un mensaje a mamá para que nos vaya pidiendo las bebidas, porque te has pasado todo el día haciendo el tonto y no te has molestado en ducharte ni en ponerte ropa de verdad hasta que casi ha comenzado a anochecer!

—¡Ya estoy casi lista! —le contesto también a gritos—. No me queda más que ponerme los zapatos y... —lleno el resto de la frase con paparruchas en voz baja.

—¿Y qué?

—¡Deja de molestarme! Llegaremos cuando llegemos.

—Así no es como funcionan las sociedades civilizadas. ¿Y si coges tu estuche de maquillaje y te pones toda esa porquería en el coche?

Es adorable que asuma que estoy aquí poniéndome guapa en vez de dibujando un pentagrama en el suelo con mi propia sangre y lanzándole maleficios.

Me vuelvo por completo hacia la puerta.

—¿Por qué no vas a plancharte los calcetines, como el auténtico psicópata que eres? Vete si quieres. Nos veremos allí.

Ése ha sido el objetivo desde el principio. Quiero que se marche sin mí.

—Si vamos en coches diferentes, mamá y papá van a pensar que pasa algo.

—Tu padre probablemente no sepa siquiera en qué año estamos. Tu madre se sentirá agradecida por tener algo nuevo sobre lo que hablar. Lleva siglos con la cantinela de que Heather no le mandó una tarjeta por el día de la Madre.

Él vacila.

—¿Estás segura?

Es domingo por la noche. El tiempo de espera para conseguir mesa será absurdo. Me imagino la cola de gente saliendo por la puerta y dando la vuelta al edificio. Dos de esas personas llevarán conjuntos de jersey sin mangas a juego y estarán echando chispas por la misteriosa cancelación de su reserva.

—Vete.

Veo su jeep alejarse de la casa antes de bajar volando la escalera y coger mis llaves. Leon dijo que podíamos encontrarnos en el Junk Yard. Después tendré quince minutos para llegar a la reserva en Beaufort y montar un espectáculo. Nicholas es demasiado buen soldado como para doblegarse ante mi plan A y renunciar al suyo. No se rendirá a menos que su comandante le dé esa orden. Hasta ahora, cuando he necesitado a Deborah ha sido con el objetivo de molestar a Nicholas. Sabía que se quejaría de mí en privado. Pero que le gimotee ya no es suficiente. ¡Por suerte, puedo ser mucho peor! Pienso hacer que mi compañía se vuelva tan manifiestamente inadecuada que la señora Rose amenazará con borrar a Nicholas del testamento si no cancela la boda.

Mi estratagema es un pastel de siete capas. No tendré que cancelar la boda, y tampoco lo tendrá que hacer mi querido prometido. Haremos que sus padres se encarguen del trabajo sucio: es el plan D. Le estoy prendiendo fuego a todo con gesto despreocupado y me siento fenomenal.

El plan D es lo más estúpido que he hecho nunca, y me doy cuenta de ello a medio camino de Beaufort. Con tantas intrigas, cautivada por el atractivo visual de presentarme en la cena en este monstruo de Frankenstein hecho coche, no he recordado que el cambio de marchas de mi nuevo cochazo es manual.

He tenido que aparentar confianza al respecto delante de Leon, porque éste ya tenía las llaves de mi Saturn en la mano y estaba entusiasmado con el intercambio («¿Estás segura? Tu coche está en mucho mejor estado que el mío. ¿Por qué lo quieres? ¿Estás segura?»). En mi mente, la cosa iba así: Nicholas compró la casa de Leon sin consultármelo, así que yo compraría el coche de Leon sin consultárselo a él. Y dejaría estupefactos al señor y la señora Rose, que son tan esnobes

con el tema de los coches que obligan al jardinero a aparcar su camioneta oxidada en el garaje para ocultarla de la vista de los vecinos.

Al ver el jeep de Nicholas se darán cuenta de que tiene un problema en la cabeza. Y, cuando vean mi coche, sabrán que el problema de su cabeza soy yo. Soy una don nadie desvergonzada de clase baja que no se merece a su hijo. Soy una loca, y voy a arrastrarlo hasta mi nivel. Ningún club de campo en todo Wisconsin admitirá a su niño precioso cuando vean el tipo de mujer a la que se ha encadenado.

Presté atención durante la miniclase que me dio Leon, pero, aunque me dijo que tenía que acelerar a la vez que dejaba ir el embrague, al primer intento de moverme no solté el embrague a tiempo y el coche salió disparado hacia delante y golpeó uno de los contenedores de basura del aparcamiento del Junk Yard.

Ese mal comienzo me ha puesto nerviosa, lo admito. Mientras avanzo a sacudidas por la carretera en un coche que sigue oliendo a pino, con los nudillos emblanquecidos por la fuerza con que me aferro al volante y al cambio de marchas, mis nervios comienzan a chocar con el subidón de endorfinas que siento al imaginar la cara de Deborah cuando entre en el aparcamiento haciendo chirriar los frenos de esta monstruosidad.

Comienzo a pensar que he cometido un grave error de juicio con este tema.

Sé con seguridad que ha sido así cuando entro traqueteando estrepitosamente en Beaufort y el coche se me cala en un semáforo. Me he olvidado de pisar el embrague o de poner el punto muerto al frenar. O de algo por el estilo. Ya no recuerdo las instrucciones de Leon, porque hay una cola de veinte coches a mi espalda y el semáforo está en verde, pero mi vehículo me está acogotando como si le debiera dinero. Freno y vuelvo a poner el punto muerto, pero estoy estresada y piso el acelerador con el otro pie. Todo va mal. El pánico me abrumba. Toca luchar o huir.

Abandono el coche en el cruce, dejando la puerta completamente abierta. La gente me pita. Alguien baja la ventanilla y me grita. Quiero regresar y cerrar la puerta, pero la adrenalina me arde en las venas y no puedo hacerlo; no pienso volver a ese coche en lo que me queda de vida, ni a Morris, y lo único que sé hacer ahora es correr. Me meto directa en una zanja y, al subir por el otro lado, estoy en el aparcamiento de un supermercado cerrado. Corro, corro, mi sistema nervioso está en llamas. Pienso seguir corriendo hasta llegar a California. Me cambiaré de nombre y comenzaré una nueva vida.

Es la perspectiva más alegre que he tenido en siglos.

No me detengo para recuperar el aliento hasta que llego al otro extremo del aparcamiento. El aire de noviembre se solidifica y forma cubitos de hielo en mis pulmones. Me siento de lo más agradecida por el enorme edificio vacío que me protege de todos mis problemas. Uno de los conductores que me ha pitado estará sin duda al teléfono con una operadora del 911. Diez transeúntes le describirán la situación ansiosamente a un agente que no-tendrá-tiempo-para-esta-mierda, y todos los presentes deducirán que llevo un colocón de sales de baño. Llamarán a una grúa mientras un poli me persigue con una pistola paralizante.

El Frankencoche sigue registrado a nombre del pobre y bien intencionado Leon, que pagará por mis culpas. Tengo que volver. No pienso volver jamás.

Tengo los muslos fríos y raspados, así que el zumbido del bolsillo no capta toda mi atención hasta la cuarta vez que suena. Es Nicholas, por supuesto.

Llegas MUY tarde.
¿¿Dónde estás??

Estoy fuera de su alcance, doctor Rose. Estoy en tierra de nadie. Buena suerte si intentas encontrarme aquí fuera, detrás de la cáscara en descomposición de esta mega-tienda.

Eso es lo que desearía contestarle. Pero, según mi teléfono, estamos a once grados con una sensación térmica de ocho, y no estoy hecha para una vida de ejercicio constante. Estoy tan falta de forma que sigo resollando mientras el viento disuelve mis sueños californianos. Aquí fuera me van a pegar una cuchillada. Me alegro mucho de haberme puesto ropa de verdad en vez de salir con el pijama.

Así que, contesto en su lugar:

Sálvame.

También lo gimo en voz alta.

¿De qué?

De ti. De tu madre. De la congelación.

Saco una foto del aparcamiento y se la mando.

El coche se ha averiado.
Estoy tirada.

Su llamada me interrumpe a media frase:

Llevo unos caramelos Dots en el bolsillo de la chaqueta. Voy a dejar un rastro como Hansel y...

—¿Naomi? —Suena asustado—. ¿En qué parte del pueblo estás? ¿Qué ha pasado?

—¡Ese coche es una porquería! —exclamo—. Ha intentado asesinarme.

—Te he dicho un millón de veces que cambiaras el aceite y tú siempre me dices que no es asunto mío.

En su mente, Nicholas está haciendo piruetas por un campo de «te-lo-dijes». Ésa es su idea del cielo.

—Ese coche, no. Lo he cambiado por el cacharro de Leon. El cambio de marchas es manual, Nicholas. ¡No sé conducir con un cambio de marchas manual! Ha pasado algo malo y lo he dejado en mitad de la carretera. Ahora estoy en el aparcamiento de un supermercado. —Pateo una piedra

y miro con los ojos entornados el edificio gris, y a continuación el resto de los edificios oscuros y los aparcamientos vacíos que hay a lo largo de la misma calle. Estoy en un cementerio de comercios al por menor—. Quizá sea un Toys R Us.

—Dios mío.

Oigo los coches que pasan zumbando al otro lado de la línea. Está fuera, en la acera.

—No me dejes morir aquí. Quiero estar en algún lugar cálido cuando tenga que irme.

—Sí, lo mejor será que te acostumbres a temperaturas más cálidas. Hará mucho más calor cuando llegues a tu destino. —Estoy a punto de ponerme a gemir—. Tienes que decirme exactamente dónde estás.

Me retuerzo las manos. Nicholas está al teléfono, lo que hace que lo note cerca, así que no pasa nada si pierdo los papeles. Él va a mostrarse calmado pase lo que pase. Siempre hemos mantenido ese tipo de equilibrio: cuando uno pierde la cabeza, el otro no puede hacerlo. El que no se haya pedido «primer» con la histeria repentina no tiene más remedio que mantener la calma.

—El primer semáforo cuando entras al pueblo. Me he metido, hum, en una zanja. No con el coche. Quiero decir que me he marchado a pie.

—¿Por qué has dejado el coche?

—¡No lo sé! Todo ha pasado muy deprisa. Dame tiempo para pensar una excusa mejor.

—Voy enseguida. Tú vuelve al coche.

No vuelvo al coche, pero sí que salgo de puntillas de detrás del edificio y me quedo a un lado de la carretera. Hay luces parpadeantes: un agente de policía y una grúa. Oh, Dios, voy a ir a la cárcel.

Alguien me ve y me señala, y mi instinto consiste en agacharme. No hay nada detrás de lo que me pueda esconder, así que me agacho sin el menor motivo. Olvídate de la cárcel. Me van a meter en una celda acolchada.

Por la falta de costumbre, oteo la carretera en busca del fogonazo dorado del Maserati, así que cuando Nicholas se baja de un jeep tardo un segundo en recalibrar.

—¡Nicholas! —digo entre dientes.

Pero mi susurro en voz alta no sirve de nada. Lo ahoga el escándalo de los coches que pasan zumbando. Agito los brazos en el aire como un controlador de tráfico aéreo. No me ve, se dirige a grandes zancadas directamente al meollo del caos para tomar las riendas.

Mira dentro del vehículo abandonado y sacude la cabeza pensativo antes de coger mi bolso del asiento del copiloto y cerrar la puerta del conductor. Madre mía, me he dejado el bolso.

Varios hombres de uniforme convergen a su alrededor. Escondo la cara detrás de las manos a una distancia segura, no quiero oír lo que sin duda será un relato humillante de mi calada y fuga. Alguien hace un gesto apuntando con la barbilla en mi dirección y Nicholas gira veloz sobre sí mismo para enfrentarse a mí. Incluso desde esta distancia puedo ver un brillo extraño en sus ojos. Le leo la mente como si sus pensamientos estuvieran impresos en un bocadillo de cómic por encima de su cabeza.

Bueno bueno bueno. ¿Cómo te sientes ahora acerca de tus elecciones, Naomi?

Nada bien, así es como me siento. Pero al menos estoy plantada en el lado de la carretera en el que hay menos policías.

Nicholas le dice algo al agente, que me mira también. Identidad confirmada. Voy a salir de aquí esposada, lo cual representará una manera bastante prolija de alcanzar mi objetivo y que la señora Rose me catapulte lejos del árbol genealógico familiar.

Nicholas llama a alguien con el móvil y habla durante un minuto antes de pasarle el teléfono a un agente. Éste habla durante otro minuto mientras Nicholas no hace más que mirarme, y no tengo dónde esconderme de él. Es mi único aliado. Es mi peor enemigo.

Ha cruzado la carretera y viene hacia mí. Lleva puesto su abrigo de Sherlock Holmes, como yo lo llamo. Fue una compra cara, y es el regalo más bonito que le he hecho nunca. Se lo pone nada más comenzar el otoño y lo lleva hasta el final de la primavera, con una bufanda enrollada por debajo del amplio cuello de la prenda. El hecho de que aún no lo haya quemado para ponerse a bailar alrededor de sus cenizas me parece agresivamente agradable en mi estado de ánimo actual.

Su expresión no es sombría ni petulante, sino neutral salvo por el pequeño pliegue entre sus cejas. De preocupación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al acercarse.

Niego con la cabeza. No puedo hablar de ello. Ya estoy fingiendo que no ha sucedido nunca.

—¿Voy a ir a la cárcel?

—No. —Baja la mirada hacia mi bolso, que sigue en su mano—. ¿Tienes que coger algo del coche?

—No.

Quiere hacerme más preguntas, lo noto. Nicholas me dirige una larga mirada escrutadora, y a continuación se quita el abrigo y me lo pasa por encima de los hombros. Sus dedos juegan con el botón de arriba, como si fuera a abrocharlo, pero entonces deja caer las manos.

Me conduce hacia el jeep sin decir una palabra más. Cuando pasamos junto al coche de policía y la grúa me pongo a caminar más deprisa, aunque tengo la esperanza a medias de que alguien venga a por mí y me detenga. Después del enésimo vistazo fugaz y paranoico por encima del hombro, Nicholas sonrío con suficiencia.

—Relájate.

Esa sola palabra sirve para abrir el cerrojo de mi capacidad para hablar de una manera coherente.

—¿Leon tendrá algún problema? Aún no he hecho el cambio de nombre. ¿Qué le pasará al coche? En realidad no está estropeado.

—Pues claro que no. Si estuviera estropeado lo habrías arreglado tú misma —dice lanzándome una maliciosa mirada de reojo.

—Hum.

—O quizá no. No me gustaría que Dave, el de Morris Auto, comenzara a echarme de menos. —

Observa la aflicción en mi rostro y se vuelve para que yo no vea su sonrisa, pero sí puedo oírla en su voz—. Cuando le quité la muela del juicio, lo primero que dijo Dave al despertar de la anestesia fue: «No le cuentes al dentista lo del coche de Naomi». —Efectúa una pausa para que asuma que me han tomado el pelo, y el disgusto amenaza con hacer que me encoja hasta convertirme en una Naomi de tamaño de bolsillo. Dave se va a enterar de quién soy yo la próxima vez que me mande un correo con el asunto «¡Evalúa el servicio de Morris Auto!»—. El caso es que una empresa de remolques nos llevará el coche a casa. Podría conducirlo yo mismo y dejar que cogieras el jeep, pero te veo algo alterada.

Tengo la boca seca.

—El cambio de marchas es manual.

—Ya lo sé. Puedo conducir en manual.

El mundo se tambalea.

—¿Qué? ¿En serio?

—Ajá... —El regodeo es débil, pero está ahí.

Me deslizo sobre el asiento del copiloto y le pongo el seguro a la puerta para mantener alejado a cualquier policía que pueda cambiar de idea en el último minuto.

—Echo de menos los asientos calefactables.

—Pensaba que odiabas el Maserati.

—Lo odio. Lo odiaba. Pero me encantaban los asientos con calefacción. Era como...

—Estar sentado en el regazo del diablo —dice antes de que yo pueda acabar, pasando un brazo por detrás de mi reposacabezas mientras se vuelve para comprobar la parte trasera y dar marcha atrás.

Está tan cerca que puedo oler su loción del afeitado, y en mi corazón siento la punzada de una emoción parecida a la añoranza. No es la misma loción que llevaba últimamente. Es Stetson, la que le regalé por Navidad. Envuelta en un papel de aluminio dorado que guardó durante tanto tiempo que sigo oyéndolo crujir.

«Me encanta», dijo con una sonrisa. La fragancia Stetson lo une directamente y para siempre al recuerdo de esa sonrisa y a la adoración que yo sentía por él. ¿Y si alguien con quien salga en el futuro se pone Stetson, y tengo que pensar en Nicholas y su sonrisa cada vez que mire a otro hombre a la cara? Ha invadido tantos niveles de mi vida que no habrá manera de librarse de él.

Más tarde, después de que abriera el paquete, vi el tipo de productos de aseo que guardaba en el armarito de las medicinas, y me sonrojé al comprobar lo buenos y caros que eran. El precio de su colonia hizo que me avergonzara de mi regalo. Pero a partir de entonces se puso Stetson a diario, incluso cuando su sonrisa se desvaneció y nuestra relación pasó del Antes al Después. Lo usó hasta la última gota y no tiró la botella.

—¿Has podido terminar de comer? —le pregunto con timidez.

—Acabábamos de sentarnos, literalmente, cuando te mandé el mensaje para preguntarte dónde estabas. Habían extraviado nuestra reserva y mamá se puso hecha un basilisco. Hizo llorar al

encargado.

Me lo puedo imaginar. Deborah Rose nunca ha abandonado un establecimiento sin antes presentarse al encargado.

—¿Qué le has dicho a tu madre?

—Que has tenido un problema con el coche y que tenía que venir a buscarte.

Oh, no. Inclino la cabeza hacia delante y la hago oscilar de lado a lado.

—No quiero ir al restaurante. Por favor, no me obligues a ir. Me duele la cabeza. Tengo calambres. Y coágulos. Del tamaño de pelotas de golf.

Comienzo a enumerar otras dolencias, pero él me da unos golpecitos sobre la rodilla.

—De acuerdo.

Me enderezo en el asiento.

—¿En serio?

—Sí, yo tampoco quiero volver. Papá nos ha dejado y se ha ido a sentar al bar porque no podía esperar una mesa. Y mamá... —Hay un cambio en él. Una expresión oscura atraviesa su rostro—. Es mejor que esta noche no coincidiáis en la misma sala. Ha tenido demasiado tiempo para obsesionarse con el comentario que hiciste sobre que no querías tener hijos.

Haberle tocado la fibra sensible hace que sienta una cálida sensación de bienestar en mi interior. En cualquier caso, me reafirmo. Mi ADN y el de Nicholas son incompatibles para procrear. La madre naturaleza no lo permitiría nunca.

Contesto con un discreto «mmm».

Él vuelve la cabeza para mirarme. Es fugaz, y el coche está demasiado oscuro como para que pueda asegurarlo, pero me da la sensación de que está un poco triste. La idea me produce una ligera picazón.

—Nunca tratamos el tema de los niños —dice entrando en detalles—. Probablemente deberíamos haberlo hecho antes de comprometernos.

—En el momento de comprometernos sólo uno de los dos estaba preparado para la pedida de mano, así que esa culpa es toda tuya.

Él resopla con una carcajada.

—Supongo que es lo justo.

No quiero hablar de esto. Lo único que conseguirá es que nos pongamos más tristes, porque de ninguna manera vamos a tener niños juntos. En este momento, quedarme embarazada sería una señal de inmaculada concepción.

—No sabía que sabías conducir con cambio manual.

—Te lo había contado. Seguramente no me prestaste atención.

Tampoco me apetece que me sermoneen. «Nunca me escuchas» es el título de una historia sobre mis muchos defectos y fracasos. Ahí no hay terreno seguro.

Lo intento de nuevo.

—Es una gran sensación la de escaparse de la cena de los domingos, no te voy a engañar.

Él está a punto de esbozar una sonrisa. La veo coqueteando con las comisuras de sus labios.

—Es una lástima que no hayamos podido enseñarles a mis padres tu coche nuevo.

—No te hubiera gustado nada.

—Habría grabado su reacción con el móvil. Tomarles el pelo podría ser divertido, Naomi, si yo formara parte de la broma. Te olvidas de que sé mejor que nadie lo que se siente al verse asfixiado por Deborah Rose.

Estudio su perfil. Él mantiene los ojos en la carretera, pero debe de ser consciente de la intensidad de mi mirada.

—¿Les tomarías el pelo?

—Por supuesto. Se lo han ganado. Quiero decir que son mis padres y los quiero. Les estoy agradecido por un montón de cosas, pero también son un coñazo inmenso. Es como que cuando te pedí que te casaras conmigo...

Aprieta los labios.

—¿Qué? —lo invito a proseguir.

Nicholas traga saliva.

—Es como que esperaba que estuviéramos compinchados, o algo así. Cuando mamá intentara clavarle sus garras y yo no pudiera huir por mí mismo, tú me cubrirías. Los dos, como un equipo.

—Yo también quería eso —logro decir en voz baja. En pasado—. No sabía que tú lo desearas. He sentido que estaba en segundo lugar durante mucho tiempo.

—Nunca quise que te sintieras así. Pero... no diste un paso adelante. No te convertiste en mi compinche. Me dejaste solo para que me buscara la vida por mi cuenta.

—Sí, más o menos como cuando tu madre insulta abiertamente todo lo que tiene que ver conmigo y tú no dices nada —contesto con mordacidad—. Ese sonido que hace cuando digo que quiero postre. «Tut-tut.» Menospreciándome por el lugar donde trabajo, y por el hecho de que sólo tengo el título de la secundaria.

Miro desconsolada por la ventanilla, pero lo único que encuentro en ella es el reflejo, estirado y redondeado, de Nicholas. El semáforo de Beaufort ha quedado muy atrás, y ahora atravesamos una oscura nada que se extenderá hasta llegar a Morris.

Hablar ha relajado gradualmente mi cuerpo. La resaca del subidón que ha representado ponerme por completo en plan Ricky Bobby y salir corriendo de un incendio inexistente me ha dejado con un dolor de cabeza que esta vez no me estoy inventando.

—Mi madre es difícil —comenta él—. Cuesta mucho enfrentarse a ella. Me viene poniendo de los nervios desde que era pequeño. No sé hacerlo solo.

Siento pena por él, la siento de verdad, así que le acaricio el dorso de la mano con el pulgar.

—Sé que a veces debe de ser difícil tenerla como madre. Después de ahuyentar a todas tus novias, se mete contigo por no estar casado y tener ya cinco hijos. En eso tampoco estás solo. Imagínate si fueras la pobre nuera que se supone que ha de suministrarle esos cinco hijos.

Los faros del coche que viene en dirección contraria iluminan la sonrisa de Nicholas. El coche

que le sigue justo detrás pasa como un fogonazo y para entonces la sonrisa se ha desvanecido. Sé que se está preguntando si algún día seré la nuera de Deborah. Tendría que estar loca para casarme y entrar voluntariamente en ese circo, y él lo sabe. Si esto se hunde, tal y como los dos anticipamos, necesitaré una novia por encargo. Soy la única mujer en todo el país lo bastante estúpida como para probar suerte con la prole de Deborah.

Mi mente continúa desviándose hacia el incidente del semáforo. Me veo a mí misma a través de los ojos de Nicholas, plantada al otro lado de la calle, tapándome la cara con las manos. Las rodillas dobladas. Una lianta de cuidado. Oigo con tanta claridad lo que me va a decir durante nuestra próxima discusión que es como si ésta ya hubiera tenido lugar.

«Te cortas el flequillo para desgraciarte la cara. Te deshaces de forma voluntaria de un coche decente y ahora tendrás que ir a todos lados en ese cacharro que ni siquiera sabes manejar. Eres tan tonta que intentarías atrapar la miel usando moscas. Vaya, me la has colado de verdad.»

El Nicholas Auténtico no ha dicho nada de eso. Pero el Nicholas Imaginario es una mezcla de predicciones realistas basadas en las cosas crueles que me ha soltado en el pasado, así que no me cuesta oír su voz dando forma a esas palabras. No es justo que me sienta dolida o me enfade por algo que ni siquiera ha dicho, sobre todo porque las palabras que le he adjudicado en mi cabeza son todas ciertas, pero saber que potencialmente podría pronunciarlas —y que es muy probable que lo haga— es suficiente para que me hunda en un silencio oscuro del que no vuelvo a salir durante el resto del trayecto hasta casa.

Puesto que ninguno de los dos hemos cenado, al llegar a casa —o a alguna versión de lo que es una casa; yo sigo pensando que es la casa de Leon, sólo que ahora contiene nuestras cosas— nos dirigimos directos a la nevera.

Sus estantes vacíos nos devuelven una mirada titilante.

Nos apresuramos a echarnos la culpa el uno al otro.

—¿No has hecho la compra? —dice él, como si fuera lo que cabía esperar.

—Te olvidaste de hacer la compra —contesto yo, como si ya hubiéramos decidido que se escaparía al supermercado y se le hubiera olvidado.

A continuación nos miramos con desaprobación. Nuestros métodos ya no son encubiertos. Nuestros radares antichorradas están bien calibrados. Él consulta el reloj del microondas.

—Aún hay tiempo para que vayas a la gasolinera a por una pizza congelada.

Me da sus llaves.

—Estoy harta de pizza. —Le devuelvo las llaves—. Cuando vayas, píllanos unos burritos, yo quiero el de pollo con queso, no el de carne con queso.

Emprendemos una feroz partida de aguantar la mirada. Le estoy haciendo un favorazo quedándome aquí con él, en esta casa que probablemente estará encantada, salvándolo de esas cenas miserables con su madre en las que ella criticaría a todos y cada uno de los empleados del restaurante de la manera más devastadoramente personal posible.

—Ve a por esos burritos y seré buena contigo para siempre —le pido.

—Ve tú a buscarlos y yo seré bueno contigo para siempre.

No vale la pena.

—Na.

—¿No quieres saber qué tal va el jeep? Te gustará más que el Saturn. —Tuerce los labios—. Mucho mucho más que... ah... ¿de qué marca es el coche por el que lo has cambiado?

—Es un monstruo, y lo quiero como si fuera mi hijo. Además, no puedo ir a ninguna parte porque sigo alterada.

No estoy alterada porque estar lejos de Deborah me ha revitalizado. Y él lo nota.

—De acuerdo —se rinde mientras hace un nuevo inventario de nuestra nevera—. Entonces voy a prepararme algo.

—Yo también. —Abro los armarios y por Dios espero encontrarme una comida entera de Acción de Gracias—. Para mí sola.

Él saca el pan rallado y unos huevos. He visto ese patrón con anterioridad: va a hacer palitos de mozzarella. Lo cual suena de fábula.

Mi primera idea es cocinar espaguetis. ¿Que no le gustan mis espaguetis? Pues voy a cocinar espaguetis como para hacer un banquete, y llenaré a rebosar todos los táperes que tengamos.

Nicholas me ve sacar una caja de fideos.

—Veo que sigues enfadada por el tema de los espaguetis.

—No estoy enfadada. —Simplemente me la guardaré para siempre.

—Claro, claro.

Me sonrío, porque la idea de haber tenido éxito tocándome las narices le provoca tanta alegría como la que voy a sentir yo cuando se dé cuenta de que me he comido toda la mozzarella.

Me pongo a buscar un frasco grande de salsa de tomate, pero no doy con él. Lo que sí encuentro es un tubo de plástico que nos sobró de la salsa marinara de Benigno's y un montón de kétchup, así que digo «qué demonios» y lo vuelco en una sartén. Descubro que la caja de fideos sólo contiene cuatro rollos, así que tengo que complementarlos con cajas medio vacías de *fettuccine* sin gluten y de *farfalle* orgánico con arroz integral. Los pongo a hervir y siento deseos de vivir con alguien menos consciente de su nutrición en lo que a los carbohidratos se refiere.

—¿Qué estás haciendo? —dice con una risita.

—*Farfaccine*.

—Eso no existe.

—Es mi plato favorito de siempre. No dejo de hablar de él. No es culpa mía si no me prestas atención.

Él pone los ojos en blanco y se vuelve para inspeccionar la nevera. Mi cuerpo se enrosca en silencio como un muñeco sorpresa, expectante. Por fin:

—¿Has visto la mozzarella?

—No.

Su mirada recae en el cubo de la basura. Levanta la tapa y ve los envoltorios arrugados de los palitos de mozzarella. Me ha pillado.

—Maldito Leon —digo—. Fijo que se ha guardado una llave extra y que se coló en casa anoche. Deberíamos cambiar las cerraduras.

Nicholas me fulmina con la mirada, y a continuación vuelca el rebozado que había preparado en mi sartén.

—¡Eh!

—De todos modos será un asco.

—No lo será.

—Se te ha pasado la pasta. Y te has olvidado de revolverla.

—Jolines.

Me apresuro a colarla. Hay grumos pegados al fondo de la olla. Cualquier cosa que no lleve gluten es de por sí atroz. Y al hervirla no hace más que empeorar. Mientras me ocupo de la pasta,

el combo de marinara y kétchup comienza a chisporrotear. Me apresuro a revolverlo, y le tiro algunas especias. Soy toda una Alex Guarnaschelli.

—Interesante elección.

—¿Hum?

Nicholas da unos golpecitos sobre uno de los frascos de especias que acabo de utilizar. Canela.

—Oh. Sí. —Mantengo la cabeza bien alta—. Es el ingrediente secreto.

Nicholas sigue a la caza de un sustituto para la mozzarella. Es inútil. No tenemos nada. Se rinde y le lanza una mirada resignada a mi pasta.

—*Farfaccine*, ¿eh?

—Es un plato tradicional italiano que pasa de abuela en abuela.

Huele a aguas residuales.

—¿Quizá si estuvieran un poco más cremosos? —dice para ayudar—. Parecen un poco secos.

No nos queda leche, así que hacemos algo discutible y le echamos por encima media taza de crema para el café. La pasta tiene mejor aspecto, pese a que el olor nauseabundo se ha intensificado. Nicholas se pone gallito y le añade una pizca de sal rosa del Himalaya.

Nos ruge el estómago. Nos servimos varias cucharadas de esa bazofia en los cuencos y la pinchamos con los tenedores para asegurarnos de que no está viva. Hay tantas texturas extrañas en juego... Nuestros escasos suministros de comida son reflejo de nuestra despreocupación, y el único lugar en todo Morris que sirve a domicilio está cerrado. Una idea me golpea: es posible que los envíos de Benigno's no lleguen hasta aquí. Creo que su política de envío a domicilio se restringe a los límites de la ciudad.

Morris es una mierda. Nicholas tendría que haber aceptado ese trabajo en Madison.

Lo probamos a la cuenta de tres. Yo quiero escupir mi bocado, pero él lo mastica valerosamente, así que me obligo a hacer lo mismo.

Nicholas da otro bocado.

—Es lo peor que me he metido nunca en la boca.

Nicholas cree que las gominolas Haribo son alta cocina, así que no puede emitir juicios sobre mis *farfaccine*.

—Aquella coliflor que llenaste de salsa picante para hacerme creer que era una alita de pollo —le digo—. Eso es lo peor que me he metido en la boca.

—Lo siguiente será un taladro, con todos esos caramelos que te comes. Llenándote los carrillos como una ardilla y dejando que erosionen despacio tus molares. Tendrás que ponerte una dentadura postiza antes de llegar a los cuarenta.

—Y tú estarás ahí a mi lado, colega. Tú y tus Skittles. —No me puedo creer que sigamos comiendo. Vamos a acabar en la sala de urgencias—. Se me ha dormido la lengua. ¿Es normal?

—Estoy notando el sabor de esto en mis cavidades sinusales. No su olor: su sabor.

Desentierro una lata de La Croix y la compartimos. Los sabores se complementan terriblemente, así que la tónica se cumple a la perfección.

—Deberíamos marcar el día de hoy en el calendario y conmemorarlo comiendo esta farsa todos los años —señala él.

—Tomaré nota de la receta. Canela, pan rallado con huevo. Dios, ¿de verdad hemos usado crema para el café?

—Somos unos artistas. Nadie nos comprende.

Sorbe su salsa y le queda un anillo de color rojo alrededor de la boca.

Oímos el crujido de la gravilla y asomamos la cabeza a la sala de estar. Ha llegado la grúa. El conductor debe de haber tenido problemas para dar con la entrada a nuestro camino de acceso, porque llevamos cerca de una hora esperándolo. Tengo que correr escaleras arriba y esconderme si quiero preservar la ilusión de que esto nunca ha sucedido.

—Hasta la vista —digo, y me las piro.

—¡Cobarde! —grita él a mi espalda.

El lunes por la mañana, Nicholas me encuentra en la cocina calentando los *farfaccine* en el microondas. De la risa, mientras se endereza los puños de la camisa, se deja caer contra la jamba de la puerta. Va a salir para el trabajo. Hoy, el Junk Yard abre sólo de doce a tres, y Brandy y yo somos las únicas que hemos de ir. Brandy me ha mandado un mensaje esta mañana para contarme que Melissa había dimitido y yo me siento como si fuéramos los críos de la fábrica de Willy Wonka, cayendo como moscas.

—Te estás comiendo un bol de botulismo, Naomi.

—Tengo hambre. No me juzgues.

Él también coge un bol y arranca un pegote solidificado del contenedor. El microondas pita, pero yo sigo adelante y añado tres segundos más al temporizador. Cuando vuelve a pitar, le añado tres segundos más. Nicholas se queda ahí plantado y deja que siga a lo mío dos veces más antes de apartarme con un golpe de cadera.

—Realmente tenemos que ir a hacer la compra —le informo—. No hay nada para cenar.

—Esta noche probablemente cenaré en casa de mis padres. —Admira su reflejo en la reluciente puerta del horno y se alisa el cabello—. No hace falta que vengas.

Jamás me habían dado esa opción. Intento no mostrarme malhumorada.

—Muy bien.

—Pensaba que eso era lo que querías.

—¿Tener que cenar aquí por mi cuenta? ¿Sola del todo? Claro, soñaba con eso.

—Pero tú no quieres ir a casa de mis padres —señala él inexpresivo.

—No, no quiero. Pero creo que tendrías que intentar pasarte tres días sin ir por allí.

—Ya sabes cómo se pone mi madre. Sobre todo después de que anoche nos escaqueáramos. Quiero satisfacer a todo el mundo, pero no puedo, y siempre me quedo corto a ojos de alguien. No me pongas en la posición de tener que escoger.

Yo nunca le hago escoger, pero él lo hace de todos modos, lo cual me coloca en una posición en la que me veo obligada a ser una gruñona. Aprieto el botón del microondas para que la puerta se abra treinta segundos antes de que su comida esté lista, y a continuación me alejo de allí.

—Muy bonito.

Me escabullo hacia mi habitación para no tener que despedirme de él cuando se vaya, sopesando lo que voy a hacer con mi vida. Miro el móvil en busca de las llamadas perdidas de algún posible empleador, pero no tengo ninguna notificación porque nadie me quiere y soy una fracasada. Ni siquiera tengo correos basura.

Navego cinco minutos por Instagram y entonces tengo que apagar el móvil porque las vidas de todo el mundo son fantásticas y la mía es un agujero negro. Tengo cero ofertas de trabajo y un prometido de más. Dispongo de una abundante cantidad de prometido insufrible. ¿Cómo voy a librarme de él? No puedo casarme con este niño de mamá.

Cada vez que me imagino la boda me sale un sarpullido. Deborah querrá venirse de luna de miel con nosotros y me cambiará las pastillas anticonceptivas por placebos. Cuando llegue el bebé Nicholas Deborah Jr., entraré un día en casa y me encontraré todas sus posesiones abarrotando la habitación de la derecha. «He venido a quedarme con vosotros —amenazará con una sonrisa de pesadilla mientras la cabeza le da una vuelta completa—. ¡Para siempre!»

Voy a dejar el plan D para más adelante y retomar la inercia perdida con el plan A. Puedo hacerlo. Puedo convencer a Nicholas de que se raje sin tener que involucrar a su madre. No quiero volver a verla. Me imagino esta noche cenando sola en la casa vacía mientras Nicholas devora una comida de tres platos cocinada por «la mujer» y su madre le acaricia el cabello y le dice lo especial que es. Mi mente no alberga la menor duda de que, en algún momento de su vida adolescente, ella lo sometió a un baile madre-hijo en público.

Una no puede elegir a sus padres o abuelos, pero sí a los padres y abuelos de sus hijos. Aún no los tengo, pero creo que darles una abuela como Deborah significaría suspender algún tipo de examen de moralidad. Y resulta especialmente importante que mis hijos tengan parientes dulces y atentos a uno de los lados del altar, porque de mi lado no recibirán nada. Mis padres son tan distantes y poco afectuosos como Deborah es asfixiante y omnipresente, y no han demostrado interés por los sucesos que vienen teniendo lugar en mi vida más allá de un «Pero ¿no se supone que las bodas se celebran en primavera?». Ni siquiera vinieron a verme cuando Deborah y sus cuatro amigas más cercanas comenzaron a arrastrarme de una tienda de novias a la siguiente, lo cual se supone que es una experiencia crucial en las relaciones madre-hija. De una manera ingenua, tuve la esperanza de que podría mantener una relación cercana con la familia de Nicholas; que me darían esa sensación de pertenencia cálida, comprensiva y fundamental que llevaba mucho tiempo perdiéndome. Tengo tanto amor sin usar en mi interior, sin ningún lugar hacia el que dirigirlo...

Me gusta el Nicholas que lo deja todo y viene corriendo cuando me da un ataque de pánico a un lado de la carretera. El que me pasa su abrigo sobre los hombros y se come un bol de botulismo

conmigo. Pero no puedo esperar a que ese Nicholas aparezca de vez en cuando, momento en que me suele hacer tratar con una versión diferente de él: el hombre que me abandona de más de una manera para aplacar las exigencias de su madre.

Ése es el Nicholas en el que debo enfocar mis energías. No me puedo permitir olvidarlo.

Es 12 de noviembre y tengo que reconocérselo: Nicholas está subiendo el nivel de su juego. Tengo un nuevo documento en el ordenador para llevar la cuenta. A veces me pillo considerándolo con demasiada objetividad y, desde ese punto de vista, somos unos niños inmaduros y enfurruñados a los que habría que obligar a disculparse y darse la mano. No hará falta decir que intento mantenerme lo menos objetiva posible.

La última semana ha tenido esta pinta:

Punto Naomi: Cumple pirata, ja, ja.

Punto Nicholas: Foto Instagram.

Punto Naomi: Brownie.

Punto Nicholas: Brownie.

Punto Naomi: Pasta de dientes.

Punto Nicholas: Zapatos.

Punto Naomi: Zapatos.

Punto Nicholas: Ropa interior.

Si te paras a pensarlo, todo es culpa de Deborah.

Después de abandonarme para pasar una noche-de-diversión-familiar en casa de los viejos y queridos señor y señora Rose, Nicholas trajo un feo juego de salero y pimentero que le había dado Deborah. Son bebés de porcelana. Si alguna vez has visto alguna pintura medieval en la que aparezcan bebés, sabrás que tienen pinta de auténticos demonios. Sus caritas de anciano dan miedo, y sus cuellos se doblan en ángulos poco naturales.

El salero y el pimentero bebés de Deborah tienen exactamente ese aspecto. Sentí un escalofrío al verlos. Yo estaba decidida a enterrar su regalo al fondo de un armario, pero Nicholas se puso en plan «¡Son una reliquia familiar! ¿Y si mamá viene a visitarnos y pregunta dónde los hemos puesto? Hay que dejarlos sobre una mesa». Y yo me puse en plan «¿Me estás tomando el pelo, joder? Son repugnantes».

En cualquier caso, acabé metiendo uno debajo del colchón de Nicholas. El bulto era tan discreto que pensé que no se daría cuenta de que estaba ahí, y simplemente se levantaría con un poco de dolor en la espalda. Si hubiera escondido los dos, Nicholas habría sabido que pasaba algo, así que dejé al feo bebé pimentero sobre la mesa de la cocina y le tiré una manopla por encima.

Al día siguiente, el salero volvía a estar sobre la mesa, donde yo claramente no quería que estuviera. Seguía molesta cuando salimos a cenar a un restaurante de marisco. Fingí que tenía que

ir al baño, pero en su lugar le hice señas a un camarero para que se detuviera y le dije que era el cumpleaños de Nicholas. Le pregunté si el personal podía cantar para él, cosa que hicieron después de ponerle un sombrero honorario pirata de tres puntas, y él estuvo a punto de desmayarse por la humillación. En Facebook Live. (¡Fue increíble!: le pusieron un babero para comer langosta con un lorito de plástico sobre el hombro, y cuando sopló la vela de su *cupcake* todo el mundo gritó: «¡Yuju petimetre!»). Para partirse el culo de por vida.)

Pensé: «De acuerdo, ahora estamos en paz». Pero ¡no! Me desperté con una notificación en Instagram. Nicholas había puesto una foto en la que salía yo grogui en el sofá. La foto tiene un *zoom* brutal, se me pueden contar todos los poros de la cara, y no salgo ni remotamente mona. Se me cae un hilo de baba de casi veinte centímetros de la boca abierta y brilla en la media luz. Colgó la foto en blanco y negro, y como comentario le añadió tres corazones y un «¿No soy afortunado? Tengo la oportunidad de contemplar esta absoluta obra de arte cada día del año. #EstoEsVida #MeCasoConMiMejorAmiga #ElBesoDeUnaRosaEs AmorVerdadero».

Esa foto suma más comentarios que nada que haya colgado yo jamás, y cuando pienso en ella me entran ganas de ver cómo una bacinilla recoge su sangre para que se coagule en una gelatina que yo pueda volcar sobre una tarta de limón, que consumiré usando utensilios tallados con la piedra que reside allí donde debería estar su corazón.

Mi movimiento siguiente no fue premeditado. Volvía a casa del trabajo cuando vi a un perrito de color marrón que lamía la caja de cartón de un Whopper Jr. en la cuneta. No llevaba collar y no había muchas casas en la cercanía, así que asumí que sería un animal callejero. ¡Cualquier lo habría pensado! Después de recogerlo, mientras le rascaba y le acariciaba con la nariz, la voz de Nicholas sonó en mi cabeza: «No te hagas ilusiones».

Tengo un montón de ilusiones. Mis ilusiones tienen ilusiones.

Me lo traje a casa y le cociné una hamburguesa congelada, porque no tenemos comida para perros y me pareció que le iba a gustar. Se quedó dormido en mi regazo. Según internet, probablemente sea una mezcla de Jack Russell terrier y beagle. Decidí llamarlo *Whopper Jr.*, y lo quiero más que a ningún humano que haya conocido. Al llegar a casa, Nicholas me encontró cargando con *Whopper Jr.* en una de sus camisas buenas de trabajo, que yo había transformado en un cabestrillo-portabebés.

—Dios mío, ¿de dónde has sacado eso? —dijo

—¡Has sido papá! ¡Se parece a ti! —contesté, y *Whopper Jr.* estornudó sobre el cabestrillo-camisa a rayas. Fue monísimo.

A Nicholas le dio igual que el perro fuera mono. Lo único que le importó fue que teníamos que castrarlo y vacunarlo y ponerle un chip, y que «la comida de perro no es barata, para que lo sepas», bla, bla, bla. *Whopper Jr.* se meó en el abrigo de Sherlock Holmes de Nicholas (la culpa fue suya por dejarlo en el suelo), y Nicholas se volvió l-o-c-o.

Por desgracia, *Whopper Jr.* resultó ser *Brownie*, y se había escapado de su jardín trasero. Al

día siguiente (después de que el perro y yo nos pasáramos toda la noche haciéndonos amigos y de que yo le sacara un centenar de fotos con sombreros y gafas de sol, y sentado en cestas), Nicholas trajo un cartel que había arrancado de un poste telefónico en el que aparecía la adorable cara de mi nuevo perro rodeada por tres niños sonrientes. Él se encargó por mí de que *Brownie* se reuniera con sus dueños, porque yo me sentía demasiado emocionada para hacerlo, y cuando volvió en el coche tenía los ojos enrojecidos. Ya se había enamorado del perro.

—Deberíamos adoptar uno de los perros del refugio —dije.

—No es momento de pillar una mascota.

Algo que es un asco en las relaciones de pareja: tu compañero tiene poder de veto y tú no te puedes dejar llevar allí donde te conduzca el viento. No se te permite tener niños o mascotas a menos que los dos estéis de acuerdo. Puedes desear tener un perro más que ninguna otra cosa en el mundo, pero, si tu compañero dice que no, no hay tutía.

Lo cual nos conduce a la parte más mezquina de la lista.

Reemplacé el Sensodyne recomendado por el dentista por pasta de dientes de carbón activado, lo cual me valió una bronca increíblemente gratificante. Ese día, Nicholas llegó diez minutos tarde al trabajo porque tuvo que darme un sermón acerca de la pasta de dientes de carbón activado, en cuyo uso no cree. Así es como lo dice: «No creo en eso». Como si se tratara del Conejo de Pascua. Cuando comencé a reírme se enfadó aún más: «¡La higiene dental no es ninguna broma, Naomi!».

Como represalia, me escondió todos los zapatos, lo que llevó a que tuviera que ponerme zapatillas de andar por casa para salir de *brunch* con Brandy. Para devolvérsela, cogí los zapatos de vestir que se pone a diario para ir al trabajo y até los cordones con un nudo fuerte, cuyo centro unté con pegamento instantáneo. Verlo intentar desatarse los cordones mientras se enfadaba cada vez más está ahí arriba, en el top cinco de la clasificación de «momentos memorables en la vida de Naomi Westfield». No me arrepiento de ello, por más que él acabara clavando toda mi ropa interior al techo de mi habitación con una pistola de grapas.

El Junk Yard está oficialmente muerto y yo estoy oficialmente en el paro, así que ya no tengo motivos para madrugar más allá del de sabotear a Nicholas. Ese esfuerzo ha absorbido el cien por cien de mi concentración. Honestamente, si no fuera por la perspectiva de cabrearlo, lo más probable es que hubiera caído en una depresión profunda.

Pienso en ello mientras meto la mano de mi prometido, que aún duerme, en un cuenco de agua tibia y salgo de puntillas de su habitación.

Diez minutos más tarde oigo un aullido fabuloso. Sonrío y mezclo mis cereales Special K. ¡Va a ser un gran día! Miro el móvil por quincuagésima vez en la última hora, esperando tener alguna llamada perdida: un mensaje de voz de Print-Rite, una papelería de Fairview que quiere contratar a una recepcionista que trabaje cuatro días por semana, seis horas al día. El sueldo es de chiste, pero al menos no me exigen que tenga más de quince años de experiencia como secretaria y una diplomatura. No sabes la de puestos de categoría inferior que llevo señalados con un círculo en el

periódico, dejándome llevar por la esperanza y llamando para preguntar más detalles sólo para oír que necesito un doctorado y medio siglo de experiencia en ese terreno específico.

Baste con decir que la búsqueda de trabajo no va demasiado bien. De tanto en tanto, Nicholas comenta en voz baja algo sobre la infinidad de oportunidades laborales que hay en Madison y lo diferentes que serían nuestras vidas si hubiera aceptado ese empleo, y me hace sentir el tozudo deseo de demostrarle que se equivoca. Encontraré un trabajo aquí. Encontraré la plenitud. Me realizaré de tal manera que le haré vomitar.

Nicholas entra sigilosamente en la cocina con el cuenco vacío. Parece trastornado.

—¿Te pasa algo? —digo con un ronroneo.

—No me he meado encima, si eso es lo que esperabas. Pero sí que he tirado el bol mientras dormía, y se ha caído encima de mi móvil.

Me enseña la pantalla de su teléfono, que tiene más cortes que el diamante de mi dedo anular.

Oh, mierda.

—Yo no he tenido nada que ver con eso —me apresuro a decir.

—¡Lo tenía todo en el móvil! Todas mis fotos, mis contactos. Información importante.

—¿No lo tienes sincronizado con el ordenador? Deberías ser capaz de... —comienzo a decir, pero su mirada sombría hace que me calle.

—Aquí te has pasado, Naomi.

—¿Aquí me he pasado? Si he de serte sincera, creo que traerme a casa al perro de otra persona fue peor que esto.

Nicholas es una avalancha de piedras que se estrellan contra la casa. Sube ruidosamente al piso de arriba y coge del cesto algo de ropa limpia, que no he doblado y guardado porque estoy muy ocupada consultando el móvil en busca de las llamadas perdidas de mis empleadores. No tengo tiempo para ponerme a emparejar calcetines. Mi carrera está en juego.

Se mete ruidosamente en la ducha y, junto a todos los fantasmas que viven aquí, escucho a medias una discusión que con toda probabilidad cree estar ganando. Algunos de sus argumentos son válidos, pero de todos modos le respondo a gritos. Cuando sale está aún más enojado. Es una lástima que el truco del agua tibia no se tradujera en nada gracioso; me moría de ganas de probarlo desde pequeña y debo decir que me ha decepcionado.

—Es que no me lo puedo creer —brama negando con la cabeza.

—Estás demasiado enfadado para ser alguien que no se ha mojado los pantalones. ¿A qué viene todo esto?

Él agita el móvil roto delante de mí. Ah, sí. Ya me había olvidado. El hecho de que se me haya ido de la cabeza y esté metiéndome con tranquilidad en la boca una cucharada tras otra de Special K es más de lo que puede aguantar. Nicholas estira el brazo y golpea la caja de los cereales como si fuera un gato vengativo. Una lluvia de Special K cae sobre la mesa.

—¡Eh! —Me pongo en pie. La cocina está hecha un asco (cuando la barrí hace tan sólo cuatro días) y lo único que queda dentro de la caja de cereales son tres centímetros de polvo de color

arcoíris—. ¡Has malgastado toda la caja! ¿Cómo se supone que podré tomar mi desayuno equilibrado mañana por la mañana?

—¡No te mereces ningún desayuno equilibrado mañana por la mañana! Puedes comerte unas tostadas sin mantequilla mientras reflexionas sobre lo que has hecho.

Sus pies son bloques de cemento cuando se marcha a por su cartera y sus llaves. Continúa petrificada por la sorpresa, medio en pie y medio agachada.

—Pero ¿y mis nutrientes?

—¿Crees que me importan? —vocifera desde la otra habitación—. Me has metido la mano en un bol de agua tibia.

En serio, eso no es tan malo como cogerle el perro a alguien. Robé una criatura viva. Parte de la familia de alguien. Yo no perdí los estribos de esta manera cuando tuve que arrancar mi ropa interior del techo, aunque agujereara todas mis bragas favoritas. Nicholas es un bebé gigante.

—Pero ¡si ni siquiera ha funcionado! —le grito de vuelta.

No estoy del todo convencida de que no lo haya hecho, tal y como está reaccionando. Me vuelvo para ir a ponerle las zarpas encima a la montaña de ropa sucia que hay apilada al lado de la lavadora. La puerta de la secadora está por completo abierta y el tapón de pelusa es visible desde el espacio exterior. Reconozco los pelos de color turquesa de un suéter que sólo se pone para las visitas a su madre.

Me cago en la puta.

—Limpia el filtro de pelusa o te mataré. De verdad. Literalmente —lo amenazo—. Con un hacha. Tu sangre salpicará las paredes. Hay un millón de sitios para esconder un cuerpo aquí fuera.

—Oh, Dios mío, hazlo, por favor —responde—. Mátame y acaba con esta agonía.

—Mi rabia está mucho más justificada que la tuya. Tú estás enfadado sólo por lo de tu móvil, que no ha sido culpa mía. Llevo diciéndote desde siempre que es una estupidez tener el móvil toda la noche en el suelo, al lado de la cama.

Nicholas se materializa en la cocina, a un metro de mí. Tiene aspecto de querer empujarme por un tramo muy largo de la escalera y estoy convencida de que mi expresión hace juego con la suya. Me siento viva y despierta con toda la adrenalina que corre por mis venas. Todo se está viniendo abajo de manera maravillosa, espero.

—¡El cargador es corto! Por eso tengo que dejar el móvil en el suelo. No llega a la mesilla de noche porque el cable no es lo bastante largo.

No tengo que soltar un chiste inmaduro, porque mi sonrisa de suficiencia lo cuenta por mí. Él levanta las manos en el aire.

—¡Dios! A veces es como si me hubiera prometido con una niña de diez años.

—¿Qué dice eso de ti? —comento pensativa.

—Deja de distraerme. Llego tarde. Otra vez. —Me mira furioso como si fuera culpa mía que grapara mi ropa interior al techo, obligándome a devolverle el golpe—. Deja de hacer que llegue

tarde al trabajo. Ya sé que te amarga que yo aún tenga un empleo y tú no. Pero saca tu agresividad por otro lado.

Me aseguro de que vea cómo paseo la mirada por su fiambarrera cuando le contesto:

—Seguro.

Con un gruñido, él vuelca en la basura la comida que tenía ya guardada (y que yo ni siquiera había manipulado, pero el hecho de que él no pueda estar seguro de ello es un punto para Naomi) y se pone el abrigo. Se ha saltado el afeitado y su cabello es un nido de pájaros porque se ha olvidado de arreglárselo con gomina después de la ducha. La esperanza más luminosa que tengo en la vida ahora mismo es que no se acuerde de hacerlo, para que después de comer vea el trágico estado de su pelo en el espejo del lavabo y sienta deseos de darle un puñetazo a la pared. Nicole y Ashley, las dos entrometidas recepcionistas del Rise and Smile, murmurarán que hay «problemas en el paraíso». Ja, ja.

Él niega con la cabeza mientras se abrocha los botones del abrigo.

—Eres...

No encuentra las palabras adecuadas para transmitir sus sentimientos, así que lanza un gruñido gutural. Está tan enfadado que no deja de equivocarse con los botones, y se sonroja desde las raíces del cabello hasta más allá del cuello de la camisa.

—¿Soy qué?

—Increíblemente egocéntrica.

Camina de espaldas en dirección a la sala de estar mientras me clava cuchillos con los ojos. Aún no se ha dado cuenta de que ha olvidado ponerse sus productos para el cabello y éste, al secarse al aire, se convertirá en algo salido de un vídeo musical de los ochenta. Este frío seco no será amable con él. Miro de forma furtiva hacia fuera. Hace muchísimo viento. Alguien ahí arriba me ama.

—¿Egocéntrica? —repito en mi registro más agudo. ¡Qué calumnia tan tremenda!—. ¿Tienes alguna idea del número de pulseras de apoyo a Lance Armstrong que he tenido? ¡Ah, y he dejado de matar a las abejas! ¿Tú qué has hecho en tu vida?

Lo sigo hasta la puerta. Él la cierra de un portazo, pero yo vuelvo a abrirla y le sonrío mientras aterroriza al pobre camino de acceso. Las hojas nunca habían sido pisoteadas con tanta fuerza. Se da cuenta demasiado tarde de que había un charco escondido bajo algunas de esas hojas y una ristra de maldiciones le rasga la garganta mientras inspecciona el dobladillo empapado de sus pantalones.

—Si tuvieras un poco de sentido común no habrías mojado la cama, ¿no crees?

—¡Si tuviera un poco de sentido común —grita mientras se mete en el coche—, no te habría pedido matrimonio nunca!

El comentario es un golpe directo contra mi orgullo. Es más afilado de lo que parece, me sorprende cuando atraviesa directamente su objetivo y se aloja a varios centímetros de profundidad. Me cruzo de brazos.

—Ah, cállate. El hombre que me tenga será un afortunado. Soy un trofeo.

—Eres el trofeo que se les da a los perdedores que llegan en última posición.

Se da cuenta de que se ha machacado a sí mismo y comienza a golpear el volante con la cabeza.

—¡Buena suerte! —le grito por encima de las revoluciones del motor—. ¡Que pases un gran día, bomboncito! Intenta no pensar que todo el mundo te está mirando el grano que te ha salido en la barbilla.

Él me asesina con la mirada a través del parabrisas. La totalidad de su alma hace presión contra sus iris y éstos adoptan el color del odio. Ansían desesperadamente disponer de poderes telequinéticos para mandarme volando hacia el cielo y hacer que atravesase el tejido de nuestro universo y entre en uno diferente. Espero que sea un universo paralelo con unos Nicholas y Naomi paralelos. Quiero torturarlo con dos como yo.

Estoy tan ocupada soñando que hago piña con fines malévolos con mi yo de un universo paralelo que no me doy cuenta de que, al dar marcha atrás, Nicholas ha pisado el retoño de hoja perenne que asomaba torcido del suelo. El árbol de Charlie Brown. *Jason*.

Se echa hacia delante sobre *Jason* y vuelve a dar marcha atrás. Las ramas enclenques se quiebran y crujen. Estamos a cinco grados bajo cero y yo sigo plantada en el patio con una camiseta sin mangas y un viejo par de calzoncillos de Nicholas que reivindicé como míos hace mucho tiempo. La máscara de ayer se ha convertido en grumos sobre las pestañas, y luzco en la mejilla el diseño de mi reloj de pulsera. Deberíamos estar en el programa de Jerry Springer. Inspiro la mitad del oxígeno que hay en Morris y digo con un rugido:

—¡¡¡Nicholas Rose, eres un mierdecilla que no tiene perdón!!!

Él arquea una ceja mirándome. A continuación, para poner a prueba mis nervios, deja el cambio de marcha en aparcamiento y le da al acelerador. Intento expresar con la mirada exacta lo muerto que estará si atropella a *Jason* una vez más. Pobre *Jason*. Está tan lastimosamente inclinado que un nuevo golpe acabará con él.

Nicholas sonríe. Entonces su jeep se echa hacia delante y arrastra a *Jason* hasta arrancarlo de raíz.

Nicholas y yo somos una parábola sobre lo que sucede cuando se reprimen las frustraciones. Hemos estado infligiendo una violencia silenciosa a nuestras emociones al confinarlas en espacios diminutos en los que sólo había una pizca de oxígeno, y hemos hecho que fermentaran en un feo proceso químico incompatible con el amor. Los dos notábamos que el cristal temblaba por el aumento de la presión, pero continuábamos sufriendo por debajo de nuestras sonrisas.

Miro su cara, estúpida y engreída, y ¡bum! Entra en combustión, deja escapar una metralla verbal en forma de gritos sin sentido.

—¿Qué has dicho? —Su mano hace de altavoz detrás de la oreja—. Has dicho... ¿«lo que te pasa» por destruir mi propiedad?

—¡No he roto tu teléfono a propósito! Y sabes lo mucho que... ¡¡¡quiero a ese puto árbol de los cojones!!!

Él inclina la cabeza hacia atrás y se ríe, se ríe con más fuerza que nunca: es una risa afilada y sorprendida, y atravesada por los necesarios jadeos para tomar aire. Me parece ver que una lágrima rueda por su sonrosado rostro. Tengo ganas de tirarle una piedra, pero no puedo moverme de lo fascinada que me siento ante esta risa nueva, extraña y magnífica. La capota de su coche refleja el sol, que rebota en el anillo chabacano de mi mano izquierda y me deslumbra. Odio este maldito anillo. Es un símbolo de posesión, de amor y de eternidad, que le declara al mundo que he sido adquirida. El hombre que me lo dio continúa riéndose, veo su reflejo en el retrovisor lateral mientras se aleja de mi vista y de esta frontera sin ley para regresar a ese mundo real del que tanto nos hemos distanciado.

Nicholas ya no se está riendo cuando irrumpe por la puerta después del trabajo. Yo estoy apoltronada en el sofá, con calcetines desaparejos y una piruleta de cereza en la boca, cambiando de canal con los ojos vidriosos. Él está en tensión y preparado para intercambiar golpes, mientras que yo estaba a punto de dar una cabezada. Dispongo de medio segundo para llegar a su nivel de intensidad si quiero estar mínimamente bien en la pelea que estamos a punto de mantener.

Excelente. Las cosas por aquí estaban bastante aburridas.

Se acerca a grandes zancadas y se coloca entre mis pies con los ojos centelleantes. Su cabello debería tener un aspecto horrible, pero está lloviendo, así que por desgracia ha adoptado una postura sexy, caído sobre su frente en un dibujo de olas húmedas y brillantes. Entorno los ojos y muerdo la piruleta con fuerza.

—¿Qué hay? —digo arrastrando las palabras.

—Dame tu móvil.

Emito un sonido parecido a «¡Puaj!».

—¿Qué? No.

—Has destrozado el mío, así que lo justo es que me quede con el tuyo.

—Yo no he destrozado tu teléfono, tontito. No tengo ni idea de cómo fue a caer el cuenco encima de él. Quizá deberías dejar de llevarte cuencos a la cama.

Él me palpa los bolsillos, lo que me provoca una risa tonta.

—¿Dónde está?

Lo aparto de mí, pero él se sujeta a los cojines del sofá. Me he hecho un bonito nido de bombones de chocolate con manteca de cacahuete, mantas, envoltorios de Kit Kat, el plato de cartón del Strudel para tostadora que me he comido al mediodía y dos de los relojes de Nicholas. Les he estado quitando eslabones gradualmente para que le aprieten cada vez más, pero me he olvidado de devolverlos a su habitación.

—¡Todo el día! —exclama—. El teléfono sonando y yo no puedo responder a la llamada. Mi madre ya no me puede localizar en el móvil y ¿adónde supones que llama a continuación?

—Espera un momento, déjame adivinar.

Pero no me deja adivinarlo. Qué grosero.

—¡A la oficina! Y no a mi extensión personal, puesto que la tengo desviada al buzón de voz. Ha estado llamando a la recepción sin parar por cada maldita idea que se le pasaba por la cabeza. No era tan terrible cuando tenía un móvil que funcionaba, porque podía mandarla al buzón de voz y

contestarle con mensajes de texto. Breve y sencillo. Pero ¡no! En su lugar tengo a Ashley interrumpiéndome cada cinco minutos, llorando porque sabe que se supone que no debe interrumpirme por mierdas sin importancia como éstas, pero mamá no le deja otra opción. «Doctor Rose, su madre quiere que le envíe un PDF de su calendario para poder marcar la hora en que la llevará de compras este sábado.» «Doctor Rose, vuelve a ser su madre. Necesita que se pase a verla después del trabajo para decirle a su padre que ha de consultarle a un médico lo del quiste que tiene en la espalda.» «Doctor Rose, su madre quiere saber si tendrá tiempo durante la pausa de la comida para ir a comprar esas nueces que llevó a su fiesta de Navidad en 2011. Su amiga Joyce las necesita lo antes posible.»

—Parece que el doctor Rose ha tenido un día ajetreado —digo con una risita.

—¡Todo el mundo ha sido testigo de mi falta de profesionalidad! Podría perder pacientes por culpa de esto.

—¿Y aun así te cabreas conmigo en vez de hacerlo con, por ejemplo, la persona que te ha estado llamando todo el día a la oficina?

Me meto un bombón en la boca y le dirijo una mirada tipo «Sí, lo mío tiene mucho más sentido que lo tuyo».

—Pero ¡de ti espero que seas la más madura de las dos! Ya sabes que mamá no lo entiende. He intentado explicarle que no puede llamar a recepción a menos que se trate de una emergencia, pero para mi madre todo son emergencias.

Gruñe mientras se alisa el cabello. Hoy se ha puesto el *blazer* de color azul marino y el efecto es bastante especial. Sus ojos son de un negro diabólico, y no me disgusta nada esa barba de un día que gasta. Nicholas tiene una mandíbula muy bonita; cuando aparece un poco sombreada, como ahora, a juego con la montura de color gris pizarra de sus gafas, me recuerda a un profesor de literatura inglesa atormentado que acaba de tocar fondo.

Estoy descubriendo en este mismo instante que «profesor de literatura inglesa atormentado que acaba de tocar fondo» es específicamente mi tipo. Ni siquiera se da cuenta del repaso que le estoy dando con la mirada porque está ocupado buscando mi móvil en un mar de envoltorios de cosas dulces.

Esa epifanía tan inoportuna es típica de Naomi Westfield. Si Nicholas supiera lo que estoy pensando ahora mismo, se sentiría tan frustrado conmigo que probablemente se subiría a un avión y abandonaría el país.

—Tu primer error ha consistido en esperar que yo fuera la más madura de las dos —contesto—. Deborah se pasa las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, tocándote los huevos, y tú la bañas en atenciones. ¡Obtiene resultados! ¿Sabes cómo no se consiguen resultados? Siendo comprensiva todo el tiempo y diciendo «Lo que tú necesites, muñeco. Pisotéame. Olvídate de que estoy aquí». Que yo sea la persona más madura de las dos te permite poner mis sentimientos en segundo lugar siempre. Tengo que ser comprensiva. Tengo que ser paciente y tengo que mantener la boca cerrada mientras tú la consientes a ella. Pues voy a cambiar de estrategia,

porque seguir con lo que he estado haciendo y esperar un resultado diferente es una estupidez. El manual de Deborah funciona. Ser un coñazo lastimero funciona. Quizá yo también debería comenzar a llamar a recepción.

Mira lo bien que le he dado la vuelta a las cosas. ¡Es una de mis mejores improvisaciones! Me parece que todo este aire fresco forestal y las horas sin interrupción que dedico a tramar su ruina han fortalecido mi capacidad para hacer el mal. Me siento divina. Vivir en la naturaleza salvaje es de veras una forma de cuidar de una misma.

Él abre la boca, dispuesto a replicar, pero se ve interrumpido por un zumbido grave. Tengo el móvil en silencio, pero acabo de recibir una notificación. Los dos miramos hacia la repisa de la chimenea, donde el teléfono está conectado al cargador. Ambos nos abalanzamos hacia él.

Yo estoy envuelta en mantas, y los dos segundos que tardo en salir del revoltijo son cruciales. Él ya está junto a la chimenea cuando me libero, y su mano se cierra sobre la pantalla a oscuras. Una lucecita de color verde lanza destellos. ¿Es un correo? ¿Un mensaje? Podría tratarse de la respuesta de Print-Rite a mi solicitud, y el contenido de mi estómago se agita salvajemente cuando repaso mi historial. Estoy en un cien por cien de noes y en un cero por ciento de síes. «Su perfil es prometedor, pero no es lo que buscamos en este momento. Usted está bien, pero no lo bastante bien.»

Que esté a un milímetro de conseguir mi objetivo hace que el fracaso sea incluso peor. Preferiría oír: «Es que ni te has acercado. No te hemos considerado ni por un segundo». La ansiedad entra en acción y mi cerebro se quiebra, las ideas son como astillas lanzadas en cientos de direcciones. Me estoy ahogando rodeada de aire y mi cuerpo enrojece de calor, una reacción física que debo ocultar. Es un no. Siempre será un no.

Las probabilidades no son de una entre diez o de un cincuenta-cincuenta o de cualquier otra proporción a la que pueda aferrarme con optimismo. La posibilidad es ésta: sin duda alguna, alguien me acaba de rechazar. No puedo permitir que Nicholas vea el correo de ese rechazo. No puedo permitir que cuente mis fracasos y diga el número en voz alta. Él no entiende lo que significa no conseguir lo que deseas; es una de esas personas que creen que si trabajas lo bastante duro puedes obtener cualquier cosa.

Para él, soy una holgazana inconsciente que para comenzar no tiene la suficiente ambición, y, cuando se me mete una entre ceja y ceja, me rebajo para aliviar el dolor de la inevitable decepción. «Una persona de bajo rendimiento.» Ese pecado mortal para los Rose, y la raíz de todos mis problemas. Estoy convencida de que es lo que susurran a mis espaldas.

Lo que él no sabe es que lo intento, y entonces escondo mis fracasos. Es uno de los motivos por los que no puedo odiarlo por completo cuando me lanza pullas sobre el hecho de que no fuera a la universidad: ignora que intenté entrar en ella. Él no estaba allí cuando rompí en pedazos las cartas de rechazo, la prueba de que mis padres tenían razón y yo debería haberme centrado más en estudiar que en pasar notitas durante las horas de clase.

Eso fue antes de que me armara de valor y cambiara mi actitud con el único mecanismo de

defensa que tenía a mi alcance. De todos modos, ¿quién quiere un título? Yo no. Me alegro de no haber ido. Mira a todos esos capullos con sus créditos universitarios, endeudados hasta las orejas sin nadie que los contrate.

—¡Dame eso! —grito, y le doy una patada en la cara interna de la rodilla.

Él sostiene el móvil fuera de mi alcance. Odio que haga eso, que use su altura como una ventaja contra mí.

—Te lo cojo prestado hasta que consiga uno nuevo. Es lo justo.

—¡Devuélvemelo! —Salto, pero no logro cogerlo—. ¡Es mío!

Aprieta los labios, sus ojos recelosos evalúan mi rostro enrojecido y mi agudo tono de voz.

—¿Por qué tienes tanto miedo de que vea tu teléfono?

—No tengo miedo. —Él oye la mentira en mi voz, estoy segura—. Dámelo. —Me revuelvo desesperada, pero es inútil. Es demasiado alto y yo estoy atrapada en una especie de ciclo a lo Benjamin Button: con cada salto me voy sintiendo más baja—. Lo digo de verdad, Nicholas. Lamento que se te rompiera la pantalla. Te compraré un teléfono nuevo. Lo siento, ¿vale? Pero devuélvemelo.

Su expresión se torna completamente letal. Desde tan cerca puedo ver la impresión de mi propio rostro aterrorizado en cada una de sus pupilas, que son sendos espejos negros. Veo lo que él está viendo, y sé lo que parece.

—¿Alguien te ha mandado un mensaje?

Su voz suena aterciopelada, pero su punta está tan afilada que podría cortarte una arteria sin hacer la menor presión.

—No. ¿Por qué dices eso? Dame el móvil. —Extiendo la palma de la mano expectante e intento infundir toda la autoridad posible a mi orden—. Ahora.

Las ventanas de su nariz se dilatan.

—Es de él, ¿no?

—¿De quién? ¿De qué estás hablando? —Niego con la cabeza y replico con brusquedad—: ¡Dámelo! Lo digo en serio. Es mi propiedad privada y quitármelo es ilegal.

La mirada de Nicholas se desliza hacia el móvil y su pulgar se desplaza como si fuera a golpear la pantalla para sacar mis notificaciones a la luz. Pierdo los papeles mucho más allá de lo que la situación justifica y lo siguiente que sé es que estoy colgada de su espalda. Tengo los brazos alrededor de su cuello, lo cual me acerca a mi objetivo, pero él se retuerce para sacarme de encima.

—¡Dámelo! —chillo—. ¡Es mío! —Pierdo cualquier noción de cuáles son las palabras que están saliendo de mi boca y cuáles están estallando en forma no verbal en el interior de mi frenético cerebro—. ¡Haz lo que te digo o verás!

Nicholas retrocede contra una pared. Y tampoco lo hace con suavidad. Le tiro del pelo y él se gira sobre sí mismo y cae de espaldas sobre el sofá. Es un movimiento que no debería haber hecho, porque yo cierro brazos y piernas en torno a él en un abrazo férreo, y él se convierte en una

tortuga a la que le han dado la vuelta. Consumo un arrebato de valiosa energía tirándolo del sofá, boca abajo contra el suelo, y me deleito en ese momento triunfal antes de que él comience a contraatacar.

—¡Suéltame!

Nos hace rodar, pero soy aguerrida y he estado reservando mis energías a lo largo de todo el día entre los bombones y episodios de realities. Nicholas está estresado. Su madre lo ha llamado cincuenta veces a la oficina. Tengo esa ventaja sobre él.

Ahora estoy sentada a horcajadas y tengo las manos alrededor de su garganta.

—¡Dame el teléfono!

Él tira mi teléfono contra el sillón que hay al otro lado de la estancia. Considero la posibilidad de lanzarme a por él, pero me sigue doliendo el codo de cuando me ha estampado contra la pared, así que le levanto la camisa y se la paso por encima de la cabeza, como un abusón de quinto de primaria, y le pellizco los pezones. Nicholas grita.

Con los ojos tapados, se revuelve para recuperar el uso de los brazos y se tuerce con un golpe las gafas cuando tiro de su camisa hacia abajo.

—¡Quédate quieto! —le ordeno—. Me merezco ganar esta vez.

—Lo que te mereces es una tenia.

Se ha sonrojado y está esforzándose más de lo que le gustaría tener que admitir. Experimento una oleada de sensación de poder al descubrir que estoy siendo una rival decente en este enfrentamiento.

—Me has estampado contra la pared a propósito.

—Yo no he hecho eso, duendecilla. —Me pongo a saltar arriba y abajo, y él hace un gesto de dolor—. En realidad no eres una duendecilla. Eres un espíritu que se ha adueñado del cuerpo de aquella chica tan agradable que conocí.

—Se llamaba Naomi, ¿no? —digo inclinando la cabeza—. Lo siento por ella.

—Sí. Yo lo siento por los dos.

—No volverás a verla nunca.

Se revuelve y yo me desplazo hacia su regazo para conseguir un mejor agarre. La sorpresa me sacude como una descarga eléctrica cuando noto que se ha puesto duro. La carcajada hace que me quede sin aire en los pulmones.

—Oh, Dios mío, ¿por qué?

Tiene las mejillas completamente sonrojadas.

—Se te ha bajado la camiseta y te estás revolviendo encima de mí. ¿Qué esperabas?

Esperaba que estuviera concentrado del todo en su cruzada para acabar conmigo, eso es lo que esperaba. Me fascina la capacidad que tiene este hombre para pensar a la vez en su venganza y en el contacto con su pene. Lo que para mí era un enfrentamiento salvaje a lo *WrestleMania* se ha convertido para Nicholas en unos preliminares. Debería haberlo sabido. Los hombres son basura.

Cuanto más me río, más me restriego sin querer contra él, y más se deslizan sus ojos hacia la

oscuridad. Está increíblemente cachondo y eso le pone furioso. En este momento tengo un mayor control sobre su cuerpo del que tiene él. La deliciosa sensación de poder se me sube a la cabeza.

Sus manos salen disparadas y se cierran sobre mis costillas. Dispongo de cerca de un segundo para preguntarme si va a besarme o a matarme cuando él se saca un comodín de la manga y comienza a hacerme cosquillas. Yo seguía con las manos en torno a su cuello, pero cuando se pone a hacerme cosquillas en todos los puntos débiles es como si hubiera apretado el botón de eyección. Me desplomo hacia un lado mientras me agito sin control.

—¡Aaah, para! —digo con un grito ahogado—. ¡Tengo muchas cosquillas!

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Se está vengando de mí por haber hecho que se pusiera caliente y avergonzarlo.

Le doy una patada en el mentón y me alejo serpenteando, me tomo un descanso para ir a por el móvil. Él me coge del tobillo y tira de mí, pero la suavidad del movimiento con que me deslizo por el suelo contra mi voluntad es propia de una atracción de feria y, en vez de irritarme, simplemente hace que me ría.

La risa muere cuando Nicholas me inmoviliza. Su cabello cuelga a lado y lado de mi cara, su aliento se estrella contra mis labios. Me sujeta con fuerza y se limita a mirarme. Hacía siglos que no lo tenía tan cerca de mí. Mi cuerpo se acuerda de él y se estremece.

Tiene los ojos de un negro tan profundo que me parece ver el infierno en su interior. Aunque su mirada tiene la capacidad de comprimir las almas hasta convertirlas en diamantes, y los diamantes en polvo, sé que, si le diera un lametón a su lengua, ésta sabría a hilo de azúcar. Es la viva imagen del sirope de maíz alto en fructosa y yo quiero pegarle un mordisco. Quitarle su brillante envoltorio. Contar el número de señales que mis dientes habrán dejado por debajo.

El aire es fino como en la cima de una montaña.

—Eres un demonio —le digo.

—Y tú has sido un fantasma —me contesta con voz entrecortada.

Tengo que tomar la delantera, pero soy más pequeña que Nicholas. Utilizo una de las pocas armas que tengo a mi disposición: la sorpresa. Meto la mano entre sus piernas y le doy un apretón firme, pero no desagradable. Él abre mucho los ojos y la reacción involuntaria de su pupila al dilatarse resulta cautivadora. En el tiempo que tarda en parpadear, una galaxia de colores atraviesa danzando sus iris: son jade y marrón, y de todas las variedades del azul, desde el de la lluvia veraniega hasta el del fogonazo nocturno de luz de luna sobre las olas del océano.

Le tengo acostado de espaldas antes de que pueda darse cuenta de lo que sucede.

—Este momento marca tu perdición —le comento en son de burla. Aprieto con las caderas a lado y lado del cuerpo y él se muerde el labio—. Se supone que has de estar cabreado, no cachondo.

—Puedo mezclar ambos estados. Tú no eres mi jefa.

—Podría acostumbrarme a este Nicholas —digo jugando con él—. Estás aquí de verdad.

Lo está, a diferencia de las últimas veces que hemos dormido juntos, cuando apenas me miraba.

Le disgusta estar tan excitado ahora mismo y no consigue discernir qué emoción quiere que dirija la embestida. Para Nicholas, tan lógico y práctico, que tiene que mantener la calma en todas las situaciones, la lujuria es algo aterrador.

—Siempre estoy aquí —replica masticando las palabras—. Eres tú la que nunca está presente.

Lo ignora, acaricia su mejilla. La atmósfera se estremece, está tan tensa que podría darle un golpecito al aire y oíría la reverberación de un bombo.

—Pareces vivo —digo, y pongo la palma de la mano sobre su corazón palpitante—. Sí, muy vivo, como si fueras un humano de verdad. No habría tenido manera de saberlo, ya que nunca me tocas. ¿Has olvidado cómo se hacía?

Él cierra su palma en torno a mi nuca y la deja reposar ahí, recordándome que puede hacer que cambien las tablas en cualquier momento si así lo desea.

—Dime que lo lamentas y dejaré que lo descubras.

—¿Que lamento qué?

—Tu mitad.

Su pecho se eleva y se hunde con fuerza. Reconozco todas las señales, pero llevaban tanto tiempo latentes que es como si pertenecieran a otra vida. No dejo de preguntarme «¿Cuándo fue la última vez que vi a este Nicholas?», porque me olvido de que este Nicholas es nuevo para mí. Es un territorio desconocido. Quiero explorar las partes que representan una sorpresa y castigarlo por las partes reencarnadas que intenta traer consigo de su antigua vida con la vieja Naomi. Éste no es su lugar.

—Mi mitad —repito, y me siento más recta. Lo noto debajo de mí, y ha pasado tanto tiempo... Lo que hayamos hecho durante los últimos meses no cuenta. La última vez que practicamos el sexo, entre nosotros hubo un espacio muerto que ninguna emoción llegó a quebrantar: ni el amor, ni la atracción, ni la tensión. Ahora mismo, dos de tres no están mal. Mi cuerpo desea volverse líquido y derramarse encima de él, pero me aventuro a decir—: ¿Mi mitad de qué?

—De lo que fue mal.

Trago saliva. Es como si alguien me hubiera rascado la garganta con sus garras.

—Para comenzar, nunca estuvimos bien.

Él arquea una ceja.

—¿No?

—No. La Naomi Poseída es la misma persona que la Naomi de la Primera Cita, sólo que, de tanto frotarla, se ha perdido su brillo cobrizo. Nos acostumbramos demasiado a ver la mejor versión de nosotros mismos, así que ninguno de los dos pudo llegar a relajarse y mostrarse con normalidad. Nos hemos estado escondiendo.

Me mira fijo desde abajo. Se ha quedado boquiabierto, pero sus músculos continúan completamente tensos. Cuando habla al fin, sus palabras me pillan desprevenida.

—¿De quién es el mensaje en tu móvil?

Antes de que pueda contestarle, me pone una mano sobre la boca con delicadeza. Su piel está

cálida y huele a mi acondicionador. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que deslizó los dedos por mi cabello el tiempo suficiente para que el aroma pasara a él. Ha transcurrido toda una vida desde que alguno de los dos tuvo el olor o el sabor del otro. Desde que alguno de los dos sintió hambre por el otro.

—Dímelo, por favor. —Su voz suena aterciopelada y persuasiva. Peligrosa—. Sé honesta y podrás tener lo que quieras.

Deja que su mano caiga de mi boca. Yo vacilo. Temo que me esté tendiendo una trampa. Es eso o que estoy paranoica después de haber tendido tantas trampas de las mías. No veo más que trampas.

—No me han mandado ningún mensaje. ¿Quién iba a hacerlo? Los únicos que me mandáis mensajes sois Brandy y tú, y Brandy está ocupada con el curso de orientación de su nuevo trabajo.

—Entonces ¿puedo ver tu móvil?

Me pongo en tensión.

—No. Es privado.

—¿Incluso para mí? Yo te dejaría ver el mío.

No me lo creo ni por un instante.

—¿Y qué? Yo no te pediría que me dejaras ver el tuyo. Tu móvil no es asunto mío.

—Yo soy asunto tuyo. —Se incorpora, su cara queda delante de la mía. Me bajo de su regazo inmediatamente e introduzco una cantidad saludable de espacio entre los dos—. O se supone que lo he de ser.

—No te fías de mí —digo.

—Tú tampoco te fías de mí.

Nos observamos el uno al otro. Llevamos tanto tiempo observándonos que cada vez que aparto la mirada veo la sombra débil de su silueta proyectándose sobre todas las superficies, como en uno de esos trucos ópticos en blanco y negro que continuas viendo impreso sobre los espacios vacíos incluso después de apartar la vista. El cielo se ha oscurecido sin que nos diéramos cuenta. A través de la ventana de la sala de estar veo un tablero de estrellas que se muestran mucho más brillantes que en cualquier otro lugar del mundo. Aquí, en el campo, estamos dentro de nuestra propia burbuja.

Esta casa está fuera del tiempo. Es fácil que, mientras giramos el uno alrededor del otro, perdamos el sentido de las horas, los días, las semanas. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? Tienen que haber transcurrido años.

Me esfuerzo por recordar cómo acabé compartiendo un espacio íntimo con este otro ser humano. Me suena algo sobre un zumbido en mi torrente sanguíneo, el chasquido entre dos imanes. Risas. Esperanza. Los inicios son tan centelleantes, tan espontáneos... Puedes imaginar que la otra persona será aquello que tú quieras. En todos los huecos del conocimiento que tienes de ella, puedes pintar las cualidades que deseas a modo de marcadores. Puedes pintar a la otra persona como un sueño cuya altura le será imposible alcanzar.

Nos conocimos durante un triatlón benéfico, comenzamos a hablar cuando él se trastabilló y yo lo ayudé a enderezarse. Nos conocimos haciendo de voluntarios en un refugio para gente sin techo. Nos conocimos en un banco, mientras depositábamos millones de dólares en nuestras cuentas respectivas. Haciendo collares trenzados con jóvenes en situación de riesgo.

Tiene razón, no me fío de él.

Está de rodillas en el otro extremo del puente de cuerda, dándole golpes de machete a la soga que me sostiene. El puente se va a venir abajo antes de que yo pueda cruzarlo sana y salva. Sus ojos relucen al ver que me entra el pánico. Se muere de ganas de verme caer.

Nicholas se pone en pie y mira por la ventana, la sorpresa le recorre el rostro al ver que en el exterior ya es de noche. Creo que también se está dando cuenta de que nos encontramos en un lugar fuera del tiempo. Se encoge de hombros para volver a ponerse el abrigo.

—¿Vas a salir? —le pregunto siguiendo sus pasos.

—Hay aviso de heladas para esta noche. Con toda esta lluvia, debería adelantarme e ir a echar sal al camino de acceso de mamá y papá.

Reprimir el deseo de poner los ojos en blanco es como intentar contener un estornudo. ¿Cómo puedo haber olvidado esa costumbre en particular del niño mimado? Cada vez que hay aviso de heladas y alguna precipitación, Nicholas se va a casa de sus padres a echar sal sobre el camino de acceso. Cuando nieva, coge la pala y se encarga de quitar esa nieve. Podrían contratar fácilmente a alguien para que se hiciera cargo de esa tarea, pero el querido Nicky asume esa responsabilidad porque es «un hijo tan bueno»... y porque ansía su aprobación como si fuera cocaína.

—Nosotros también deberíamos echar sal en nuestro camino de acceso —digo.

Y con ese «nosotros» me refiero a él. Hace un frío que pela y yo llevo puesto mi pijama de día.

—Nuestro camino de acceso no quedará tan mal como el suyo, porque no está pavimentado. — Se pone los guantes y flexiona los dedos, admirando la calidad de la piel—. Tengo cadenas en los neumáticos y conduzco un cuatro por cuatro.

—Yo tengo... —Me viene a la cabeza un fogonazo de mi coche monstruoso. Me da miedo probar de nuevo con él, pero el otro método de transporte a mi alcance es una vieja bicicleta que Leon no quiso llevarse—. ¿Y si quiero ir a algún sitio?

Sabe que he tirado el anzuelo para que diga algo equivocado, o que quizá estoy esperando que apruebe mis exámenes imposibles y diga lo correcto. «Dispara y averígualo, Nicholas.»

—Hay una bolsa de sal en el cobertizo.

Lo sigo hasta la puerta. Tengo la sensación de que él se va cada vez que yo quiero que se quede. Y cuando necesito que se quede y él se va, pierdo algo, una y otra vez. Me lo arrebató al irse. Siempre está yéndose. Nunca me pertenecerá. Nunca querrá quedarse a mi lado. Nunca seré suficiente. Incluso cuando no estamos juntos, cuando estoy fuera haciendo alguna cosa, me molesta ese rígido sentido del deber hacia sus padres, el chasquido de dedos que hace que salga corriendo. Es más fácil decidir que no lo quiero a mi alrededor, porque entonces al menos no me puede decepcionar.

—Nicholas —le digo cuando baja del porche. Cada hoja de hierba es un iceberg en miniatura que cruje bajo sus botas de trabajo nuevas. Voy a ser más honesta de lo que me haya mostrado nunca con ninguno de los dos, en voz alta. Ahora mismo—. Te amo al dieciocho por ciento.

No es una gran cifra, pero las ha habido peores. Las gafas y el cabello revuelto le sientan indecentemente bien, y se ha mostrado más abierto conmigo. Y más brutal. Ha matado a un retoño por rencor.

Se detiene de golpe. Se vuelve.

—¿Qué has dicho?

—Es un porcentaje. —Me aclaro la garganta—. Dieciocho.

Se ha quedado tan quieto que pienso que una ventada bastará para tumbarlo.

—Eso de querer a alguien al dieciocho por ciento no existe.

—Sí que existe. He hecho el cálculo.

—No se puede medir el amor. —Su voz se vuelve afilada en la última palabra, antes de torcerse. Ahora la recorre completamente la burla—. Pero, si vamos a jugar a los números, entonces supongo que debo decir que te tolero al dieciocho por ciento, Naomi.

—Entonces no me amas.

—Yo no he dicho que no te ame.

Tampoco ha dicho que lo haga. Me cruzo de brazos y espero a que diga algo más.

—¿Y bien?

Pero él no contesta. Su expresión es tan turbulenta que el corazón me da un salto, y él se va sin decir una palabra más. Yo vuelvo a entrar, un tanto mareada después de nuestra conversación. Me paso el día mareada últimamente, pero es un paso adelante respecto a mi fuga disociativa de antes, cuando veía y oía la mitad de cuanto me rodeaba. Cojo el teléfono con el corazón martilleándome en el pecho. Pero no se trata de una respuesta negativa a alguna de mis solicitudes. Es un mensaje de mi madre, lo cual es raro.

Veo que aún no hemos recibido
la invitación de la boda. ¿Has olvidado nuestra dirección?

Le escribo una respuesta:

Aún no las hemos enviado.
No hemos decidido la foto
que vamos a incluir.

Mordiéndome el carrillo por dentro, lo borro todo y escribo:

Ya están listas. Las
enviaremos pronto.

Vuelvo a borrarlo todo. Entonces descarto el mensaje y no contesto.

Es sábado, lo cual ahora tiene un nuevo significado al que aún estoy acostumbrándome.

En nuestra antigua vida, cuando no me tocaba trabajar, jamás pasábamos el sábado en casa. Yo me iba a ver mercadillos y tiendas de segunda mano, mientras que Nicholas quedaba con sus colegas: Derek, Seth y Kara, la ex de la que es «sólo amigo» y a la que le encanta decirme que parezco cansada. Me da igual que esté casada y felizmente consagrada a su marido. Nunca nunca me caerá bien.

La indiferencia de Seth hacia mí evolucionó en forma de celos cuando nos prometimos, como si yo fuera una usurpadora que buscaba arrebatarse a Nicholas. A solas es buen tipo. Pero en cuanto lo metes en un grupo más numeroso intenta convertirse en un cómico. Cuando eso sucede, todas sus bromas son sobre Nicholas. Le lanza pullitas constantemente y lo hace con una sonrisa, lo cual disfraza sus insultos bajo la forma de burlas juguetonas. La apariencia de Nicholas suele recibir bastantes golpes. «Bonita chaqueta. ¿Te vas a pasar por el club de campo más tarde?» Cada vez que bromea sobre una prenda de Nicholas, ésta desaparece de la circulación de su vestuario. Ha dejado de ponerse el reloj Cartier que sus padres le dieron como regalo de graduación y se deja las Ray-Ban en el coche. Cuando usa una palabra compleja, Seth se ríe y le pregunta si se considera muy listo: «¿Te crees que estás en un concurso de deletreo o qué?».

Puesto que no se me permite degollar a Seth y he recibido instrucciones para que mantenga la boca cerrada cada vez que «se pone a bromear», he dejado de ir a aquellos actos sociales en los que sé que va a estar Seth. Le he preguntado a Nicholas muchas veces por qué aguanta todo esto, y leyendo entre líneas sus respuestas de mierda he llegado al verdadero meollo de la cuestión: Seth fue el primer tipo que quiso ser su amigo en la universidad, y ahora se siente como si le debiera lealtad eterna. Dado que Nicholas quiere ser una persona beligerante, pero lo cierto es que no lo es, deja pasar todos esos comentarios con un «Oh, venga» y una carcajada avergonzada.

Ofender a la gente que lo trata mal no forma parte de su naturaleza, así que me siento orgullosa de Nicholas por haberle echado pelotas e ignorado los últimos mensajes de Seth: «Ven a ayudarme con la mudanza, gilipollas. Tú pones la cerveza». Manda narices que Seth exija la ayuda de Nicholas con su mudanza, considerando que desapareció por completo cuando la situación fue a la inversa, así que Nicholas tuvo que contratar una mudanza profesional. La gente siempre acude a él cuando necesita algo, porque sabe que no puede decir que no. Me tiene fascinada que no haya sucumbido aún a la culpa para largarse a casa de Seth con una caja de cerveza y una pizza de tamaño grande.

Aunque parezca raro, de toda la gente con la que podía quedar, Nicholas ha escogido a Leon. Para irse a caminar por la montaña. Dos veces. Se ha negado a contarme sus temas de conversación y me ha llamado engreída porque piensa que he asumido que hablan de mí (lo cual es cierto, pero fijo que es lo que hacen).

Más allá del día en que Brandy me llevó al Blue Tulip Café para hablar de su nuevo novio (un oculista y padre soltero llamado Vance, que cuenta con mi apoyo porque es un hombre dulce y eso es justo lo que ella se merece), últimamente tampoco he tenido deseos de quedar con nadie. Hoy, en concreto, nos sentimos antisociales. Nicholas y yo estamos demasiado ocupados torturándonos el uno al otro como para abandonar nuestra casita de odio.

Todo comienza con una broma que no soporto.

Estamos en extremos opuestos del sofá, jugando con nuestros móviles. (Se ha comprado uno nuevo.) Yo leo un artículo de prensa porque tengo que estar al tanto de los asuntos de actualidad. De ese modo, si Nicholas se pone a hablar sobre un tema del que se acaba de enterar, yo podré contestarle: «Ah, ya lo había oído». Es algo excelente para practicar con alguien a quien aborreces cuando el objeto de tu... ¿aborrecimiento?... es un sabelotodo presuntuoso. Es un diez sobre diez, lo recomiendo.

Murmuro y refunfuño acerca del artículo. Cuando él no me pregunta por lo que estoy leyendo, me lanzo a por ello con un grito ahogado:

—Ay, Dios mío...

—¿Sí, dime?

Nicholas levanta las cejas inquisitivamente, como si acabara de decir su nombre. Lo hace a menudo cuando me dirijo a una deidad. Sabe que lo odio, y creo que le da energía. Estoy añadiendo minutos a su esperanza de vida con mi irritación.

—Odio esa broma.

—Hay gente que la encuentra graciosa.

—Nadie la encuentra graciosa.

—Stacy se ríe siempre que la hago.

La doctora Stacy Mootispaw, la activista contra los caquis que lo acusa de no hacer nunca esfuerzos extras. Nicholas la ha mencionado tantas veces que no te voy a mentir: antes de conocerla tenía la esperanza de que fuera una abuelita con olor a polvos de talco. Del doble de edad que él, con jerséis que se teje ella misma y decorados con gatos. Una orgullosa madre de felinos con un marido anciano y jovial al que quiere tanto que lo llama en cada pausa del trabajo.

Como habrás podido adivinar, Stacy no se parece en nada a esa imagen.

Su cerebro es más veloz que Usain Bolt. Tiene un millón de títulos universitarios y, básicamente, podría hacer lo que le diera la gana. El mundo está a sus pies. Si alguna vez quiere dejar el negocio dental, podría hacer sin problemas de modelo para J. Crew. Tiene el cabello moreno más brillante que yo haya visto, y una sonrisa deslumbrante que debe de representar el cincuenta por ciento de los motivos por los que se dedica a este negocio en particular. Una figura

perfecta. Una piel radiante y sin imperfecciones, como si se la acabaran de pintar con aerógrafo. No lleva una sola mota de maquillaje, pero se la ve fantástica de todos modos, y la odio por ello. No hay que fiarse de la gente que se levanta de la cama con un aspecto glamuroso.

Pongo los ojos en blanco y me voy a transportar un montón de ropa entre la lavadora y la secadora, para acabar pasando un poco la aspiradora y organizando cosas. Supongo que ahora soy un ama de casa. O una arrendataria de casa.

—Uf, aquí hace calor. Bajemos la calefacción.

—Tienes calor porque estás moviéndote de un lado para otro.

—No, aquí hace calor de verdad.

Manipulo el termostato. Dice veintidós grados, pero es imposible que estemos a menos de veinticuatro. Está averiado.

Me siento y él me dirige una mirada de oso irritable.

—Hablando de Stacy —comienza a decir, y yo reprimo un retumbo en mi pecho—. Me ha tocado en el amigo invisible. ¿Alguna sugerencia?

—Pasta de dientes.

Me lanza una mirada áspera.

—El hecho de que seamos dentistas no implica que estemos enamorados de la pasta de dientes.

—Una tarjeta-regalo, entonces.

—Mmm, ¿no es demasiado impersonal?

—¿Qué más da? Se la vas a dar a una compañera de trabajo, no a tu mejor amigo.

—Pero es que quiero pensarlo un poco.

—Si quieres pensarlo un poco, ¿por qué me pides que te dé ideas? Apenas conozco a esa pava.

—Pensé que podrías ayudarme —resopla—. ¡Las dos sois mujeres!

—Claro, y todas las mujeres somos iguales. A todas nos gustan las mismas cosas, igual que a todos los hombres les gusta lo mismo. Creo que voy a coger el regalo que tenía pensado para mi padre y en su lugar te lo daré a ti por Navidad. ¡Sorpresa, es una maqueta de la casa de los Brady!

Mi padre es muy aficionado a coleccionar recuerdos de viejos programas televisivos como *La tribu de los Brady* o *Mamá y sus increíbles hijos*.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo que sé es que eres un machista. —Me echo una manta por encima—. Hace frío.

Nicholas me fulmina con la mirada.

—Eso es.

—¿Qué es eso? —le pregunto mientras se levanta del sofá para ir en busca de su abrigo y sus zapatos—. ¿Qué haces?

—¡Lo que se supone que debería estar haciendo!

Espero que «lo que se supone que debería estar haciendo» no sea ligarse a Stacy Mootispaw. Lo sigo hasta la puerta y observo cómo se dirige hacia su coche. Deshacerse del Maserati fue una

Este tipo. En serio.

Vuelvo a llamarlo. Esta vez contesta.

—¿Qué? —dice con brusquedad.

—¿Qué haces?

—¿Qué te parece que hago?

Parece que no sabe lo que se hace. Pero no puedo decirlo o me colgará. Por el bien de la psicología, tengo que monitorizar la situación tan de cerca como él me lo permita. Por el bien de la ciencia. Por el bien de los programas que emiten vídeos graciosos de gente anónima, posiblemente. Sigue peleándose para colocar el cebo en el sedal porque no quiere quitarse los guantes.

—¿Los peces no hibernan durante esta época del año?

Él hace una pausa.

—Eso no..., los peces no hibernan.

—Creo que he oído que sí lo hacen.

—Chist. Me estás haciendo hablar y voy a ahuyentar todos los peces.

—¿Te dijo Leon que había peces en este estanque?

Su silencio me indica que no tiene ni idea, pero Nicholas es un hombre orgulloso. Se va a quedar aquí hasta que llegue la primavera y pueda pillar una rana. Demacrado, con un peso de siete kilos, me pondrá la rana delante de los ojos. «¿Lo ves?»

—Chist. Estoy intentando coger la cena.

—No pienso comer pescado de este estanque. No sé si el agua está contaminada.

—Primero de todo, no me he ofrecido a compartirla. Segundo, por favor, deja de hablar. Por múltiples motivos.

Cuelga y no contesta a mi nueva llamada. La siguiente va directa al buzón de voz. Esto es muy irresponsable por su parte. Podría tener una emergencia en este momento y él ha renunciado a estar disponible, lo cual será lo primero que les contaré a las enfermeras cuando me despierte del coma.

Nicholas intenta tirar el anzuelo, pero no ha apretado el botón de disparo en el instante preciso y el cebo no ha abandonado su canoa. Mirando por encima del hombro para ver si he sido testigo de lo sucedido, se pone en pie y vuelve a probarlo. Al pobrecillo le cuesta mantener el equilibrio y es consciente de que tiene público, lo que sin duda empeora las cosas. No me gustaría nada que Nicholas me viera procurando pescar.

Es como cada vez que me lo encuentro haciendo flexiones y su cuerpo lo traiciona. El simple hecho de que me plante ahí a observarle transforma la actividad en una representación pública, y las piernas y los brazos se le vuelven de gelatina. Me apuesto algo a que, cuando llegue al infierno, allí habrá un montaje de vídeo en bucle y para la eternidad de sus contribuciones a las obras teatrales de la escuela primaria.

Nicholas acaba lanzando el anzuelo a metro y medio de la canoa y se sienta con los hombros

caídos. Conozco con precisión el momento en que se acuerda de la terrible postura de su padre, porque de golpe los levanta de nuevo. Lleva una camisa de franela a cuadros por debajo del mono, y ha estado intentando persuadir a su pelusilla para que se convierta en una barba de verdad, pero por mucho que se esfuerce por transformarse en un leñador fornido sigue teniendo aspecto de miembro de una *boy band*. Poco a poco, el viento hace girar la canoa en círculo hasta que, contra su voluntad, vuelve a estar de frente a mí y tiene que tirar de nuevo el anzuelo.

Se muere por levantar la cabeza y mirarme. Soy un espectro en su periferia. La culpa de que no sepa pescar es mía. Probablemente acaba de caer en la cuenta de que el crío que pescó aquella perca sol contó con alguien para ponerle el cebo en el anzuelo y hacer todo el trabajo de brazos. El Nicholas adulto es una diva. Usa gusanos de goma en vez de los de verdad.

Para evitar el contacto visual, baja la caña y comienza a remar a fin de que la barca gire de nuevo. El corcho pega un tirón y él suelta el remo de forma instintiva para recoger el sedal. Cuando el remo abandonado empieza a inclinarse sobre el borde de la canoa, Nicholas se estira patosamente en busca de la caña y del remo, y pierde ambos. Ambos. Esto sólo le podría pasar a Nicholas.

Oh. Dios. Mío.

(«¿Sí, dime?», responde Nicholas incluso en mi imaginación.)

Me imagino al tacaño este en la tienda, mientras se preparaba para autorrealizarse comprando todo ese material para actividades al aire libre, preguntándose si valía la pena pagar por un segundo remo. Ya había gastado tanto dinero en esa caña de pescar de última generación... Sé a la perfección cómo razonó la compra de un solo remo. «Daré una remada a un lado de la canoa, y luego al otro. Fácil.»

Nicholas se queda plantado sobre la canoa vacía, completamente devastado por este giro de los acontecimientos, mientras el viento la voltea con lentitud.

Yo también me pongo en pie y hago un altavoz con las manos alrededor de la boca.

—¿Qué tal va?

Nicholas se quita la gorra y la tira al suelo, encolerizado, para pasarse los dedos por el cabello. El remo viene flotando hacia mí. No puedo evitarlo. Mi risa se convierte en el sonido más ruidoso del universo. Resuena a través del bosque, hace que se eleve una onda expansiva de mirlos. Late con fuerza en las venas de Nicholas, hace que desee explotar.

Si no fuera porque me estoy riendo de él, lo más probable es que Nicholas se hubiera sentado para formular un plan que no implicara tener que mojarse. Pero sé sacarle tan bien de sus casillas que cualquier idea coherente se queda en agua de borrajas y su comportamiento se vuelve impropio de él a extremos sensacionales.

Recoge el gorro, se lo cala con fuerza en la cabeza y se zambulle en las aguas heladas. Me río con más fuerza aún, tanto que me duelen las costillas y me entra el hipo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto entre dos carcajadas salvajes.

Se ha quedado varado. Varado de verdad. Y ahora tiene que volver a la orilla nadando. Es lo

mejor que me ha pasado nunca. Mi cuerpo quiere dejarse ir, está tan debilitado por la risa que me apoyo sobre la tumbona.

A medida que Nicholas se acerca, mi visión se afila y distingo la ferocidad en sus ojos. Las botas y la ropa deben de parecerle anclas, pero viene nadando hacia mí con una agilidad que nace de la cólera.

Oh, mierda.

Me retracto.

—¡Te habría ayudado! —le grito—. Deberías haberte quedado donde estabas.

Es cierto, habría dado con la manera de ayudarlo. Después de dejar que se estuviera ahí sentado durante una hora y de haber colgado un vídeo en internet.

Los dientes le castañetean cuando emerge del estanque empapado por completo. Se mueve con pesadez, pero viene directamente hacia mí.

—¡Agh! —chillo agachándome y cruzando los brazos a modo de escudo delante de la cara.

Me levanta en el aire y me tira sobre su hombro, y mi primera idea es «hostia bendita». Es más fuerte de lo que parece. Quizá sea una fuerza provocada por la adrenalina.

Gira sobre sus talones y se dirige de nuevo hacia el estanque. Cuando me doy cuenta de lo que está a punto de hacer, me aferro con fuerza a él y me revuelvo y pataleo simultáneamente.

—¡No! ¡No te atrevas! ¡Nicholas, lo digo en serio!

Me balancea para pasarme bajo su brazo y afianza las botas a sesenta centímetros de distancia la una de la otra sobre el muelle. Me agito como una serpiente, pero él no sólo no me suelta, sino que me va inclinando hasta que mi cara se queda flotando a tres centímetros del agua. Nuestras miradas reflejadas se encuentran. Mis ojos están aterrorizados y los suyos son abrasadores.

—Nicholas Benjamin Rose, te juro por Dios que si no me sueltas ahora mismo voy a llamar a la policía.

—¿Ahora mismo? —pregunta burlón mientras hace que me deslice un centímetro más hacia abajo: va a ahogarme.

—¡No literalmente! ¡En el suelo! ¡Déjame en el suelo!

Pataleo, pero el movimiento no hace más que echarme hacia delante. Va a dejar que caiga de cara.

Nicholas vacila. Se lo piensa. A continuación realiza una impresionante demostración de fuerza al darme la vuelta como a una tortita para que quede boca arriba. Acerca su cara hacia mí y es como si en medio de un baile me hubiera inclinado para besarme. Mis pulmones se olvidan de funcionar y me quedo paralizada, con los ojos muy abiertos por la sorpresa mientras él se va acercando cada vez más, y más, y más. Sus labios están a punto de rozar los míos y sus propósitos se consolidan en su mirada. Acepto mi destino, cierro los ojos para besarlo y de repente me inclina hacia atrás hasta que mi cabello queda sumergido. El agua helada me sube hasta las raíces.

Pego un chillido. Él se ríe y me pone recta.

—¡Imbécil! —le grito mientras le doy una palmada en el brazo. Nicholas se ríe con más fuerza.

Mi cabello es el Polo Norte y he quedado traumatizada de por vida—. ¡Está helada!

—Imagínate cómo me siento yo.

—No es culpa mía que hayas saltado al agua, pedazo de idiota.

Él se vuelve y se aleja con paso tranquilo.

—No deberías haberte reído de mí.

Gruño y salto sobre su espalda, lo cual hace que se estrelle contra el suelo. No soy consciente de lo que hago, sólo sé que tengo que destruir a este hombre. Estiro los brazos a lado y lado de nuestros cuerpos y cojo puñados de hojas muertas que le tiro con furia por encima.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta boca abajo, mientras las hojas se desparraman sobre su nuca. Se le hincha el pecho, y a continuación me sacudo, me sacudo, me sacudo, salto de arriba para abajo cuando comienza a reírse—. ¿Estás intentando enterrarme?

—Calla y deja de respirar.

La risa de Nicholas es un aullido. Estoy tan molesta por el hecho de que no me tenga miedo y no se esté tomando el final de su vida con mayor seriedad que me pongo a botar sobre él como reprimenda.

Nicholas rueda y me sujeta las manos antes de que éstas se disparen para estrangularlo. Entrelaza nuestros dedos con una sonrisa torcida.

—Tendrías que ver tu aspecto ahora mismo —me dice.

Probablemente debo de parecer un Jack Frost asesino. La imagen desata otro ataque de furia y lucho por recuperar el control de mis manos. Él no las deja ir, sus dedos aprietan con más fuerza.

—Deja de no dejar que te destruya.

Se ríe y las lágrimas se escapan por ambos lados de su cara. Tiene las mejillas sonrosadas y su aliento se eleva en forma de nubes blanquecinas. Me doy cuenta de lo mucho que me gusta su risa. Su sonrisa. Su sonrisa es común y corriente cuando la tomas por sí sola, pero, combinada con las adorables arrugas que le provoca la risa y con la luz que irradian sus ojos de color cambiante, se transforma en algo notable.

Algunas de las hojas con las que he estado enredando escondían agujas de pino y éstas me han pinchado las palmas de las manos, que ahora me pican. Las froto contra los dos costados de su mandíbula, usando su barba de pocos días como rascador. Nicholas arquea las cejas de incredulidad, y le brotan más lágrimas de las comisuras de los ojos. Me mira y no deja de mirarme.

—Estás como una regadera —me dice, no con crueldad.

Me río por la nariz. Nunca le había oído decir que alguien estaba como una regadera. Me ha dicho que soy ridícula medio millón de veces, pero «regadera» es una palabra tan tonta que también me pongo a llorar de la risa.

Su sonrisa se vuelve más amplia.

—¿Qué?

—Eres un mamacallos.

Los dos nos reímos.

—Lo vi en internet, por alguna parte —insisto—. Es una palabra de verdad.

—¡Tu madre es una palabra de verdad!

—Tu madre es una palabrota de verdad.

Me suelta una mano para poder secarse los ojos.

—*Touché*. —Entonces me pregunta—: ¿Qué significa «mamacallos»?

—Deduzco que es alguien que mama callos.

—Por supuesto.

Me salgo de encima de él. Cuando se incorpora, lo empujo y salgo corriendo hacia la casa, carcajeándome por la treta con la que le he sacado esta ventaja. Sé que lo primero que deseará hacer al entrar será darse una ducha caliente, así que quiero llegar antes que él. Nada más cruzar la puerta comienzo a quitarme la ropa, temblando como una hoja por el pelo mojado, y me encierro en el lavabo. Mua-jua-jua. Ahora tendrá que esperar. Voy a darme una ducha de una hora y a gastar toda el agua caliente.

La ducha acaba de alcanzar el calor necesario para escaldarme agradablemente cuando Nicholas abre la puerta e irrumpe en el baño. Tenemos uno de esos pomos que se pueden forzar introduciendo una moneda en el hueco y haciéndolo girar. Yo utilizo ese truco cada vez que necesito algo del baño y él se ha encerrado allí para afeitarse o admirarse en el espejo, pero creo que no me agrada ser receptora de él.

—¡Eh! —chillo mientras intento cubrirme todas las partes de interés con las manos. La puerta de cristal de la ducha está empañada por completo, así que para él probablemente no soy más que un borrón de color carne—. Podría haber estado haciendo popó.

—¿Con la ducha corriendo?

—Nunca se sabe.

Mis ojos se abren como calabazas cuando se deshace de su mono mojado y se pasa la camisa de franela por encima de la cabeza. Vientre. Pecho. Brazos. Aquí hay un montón de piel desnuda y no me voy a quejar por ello. Le ha sentado bien convertirse en el hermano de la jungla de Leon y jugar con esas hachas y herramientas eléctricas.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy a darme una ducha.

—Estoy yo.

—Me alegro por ti.

Nicholas ignora por completo mi conmoción. Soy una damisela puritana, inocente y recatada, y él está aquí para robarme la virtud. Me vienen a la cabeza fogonazos de algunos episodios previos en que no llevé ropa estando con Nicholas y ya me va bien que el agua esté tan caliente, porque de otro modo se daría cuenta de que me estoy sonrojando. Me acuerdo de la manera en que su madre se engaña a sí misma al pensar que Nicholas es virgen, y sonrío burlona antes de poder evitarlo.

Él levanta una ceja mientras hace deslizar la puerta y entra en la ducha. Espero a que su mirada

descienda, pero no lo hace. Niega con la cabeza divertido, probablemente porque sigo intentando cubrirme, y a continuación se da la vuelta y comienza a enjabonarse.

No me muevo. Tengo que lavarme el pelo, pero eso requeriría el uso de las manos. Decido ponerme de espaldas a él, reduciendo lo que pueda ver. La espalda no es tan interesante como la parte frontal, creo.

Pero me equivoco, y mi error se vuelve manifiestamente patente cuando veo nuestros reflejos sobre la puerta de la ducha. Me está mirando. Mis ojos se deslizan por debajo de su cintura sin permiso, y se me hace evidente que ha encontrado algo de su agrado en lo que ve.

—No me mires —digo entre dientes.

Su risa es profunda y suena enriquecida en la acústica de nuestro baño neblinoso.

—No lo hago.

—Sí que lo haces.

—¿Cómo lo puedes saber si no me estás mirando?

Coge mi acondicionador. Me giro sobre mí misma y se lo quito.

—Es mío y es caro. Cómprate uno.

Sonríe como si estuviera a punto de reírse porque he metido la pata con la colocación de las manos, así que me apresuro a taparle los ojos. Él los entorna debajo de mi mano, arrugando la nariz.

—Te sigo viendo.

—Dios... —digo volviéndome de nuevo.

—¿Sí, dime?

Quiero pisarle el pie. Mi única línea de actuación es darme prisa para poder escapar. Intento inclinarme un poco hacia delante para hacerme más pequeña, porque en mi cabeza eso le proporcionará menos cosas que ver, mientras le lanzo miraditas a través de la puerta de la ducha. En toda su vida se había lavado con tanta lentitud, y lo hace mirándome abiertamente. Creo que pretende ponerme nerviosa. Si es así, lo está consiguiendo. Me paso una mano por la espalda, intentando abarcar con los dedos todo mi trasero e impedirle que vea nada disfrutable, pero eso sólo lleva a que se vuelva a reír.

—Cierra los ojos —le exijo.

—Vale.

No cierra los ojos.

—¡Ciérralos!

—Ya lo he hecho.

(No lo ha hecho.)

Tengo que enjuagarme el cabello, pero él está plantado justo debajo del chorro, lo cual me deja muy poco espacio para maniobrar. Le pongo una mano sobre el pecho y obedece de inmediato, echándose hacia atrás. Bajo las yemas de mis dedos, la piel de Nicholas es un satén cálido que responde a mi contacto erizándose y con un pulso más acelerado. Deseo hundir las uñas en el

mínimo acolchado que me ofrece su carne, pero ahora mismo cada encogimiento, cada paso y cada giro y cada inclinación transmiten un mensaje primordial. Está esperando la señal que le diga: «Sírverte lo que quieras. No derroches nada. Lámeme hasta la última gota».

Para impedirme a mí misma extenderle una invitación que soy demasiado gallina para cumplir, mantengo los ojos cerrados mientras me aclaro el cabello y dejo la mano plantada sobre su pecho para asegurarme de que no se me pueda acercar. Cuando vuelvo a abrir los ojos, su mirada está en llamas; su mandíbula, blanca y desencajada, y me imagino que las grietas recorren el hueso hasta llegar a la parte más alta de su cráneo. Hay perlas de rocío en sus cejas y pestañas, el sudor se concentra sobre el puente de su nariz y en los huecos de sus pómulos. Es un paisaje ondulado por el calor y con un gesto por mi parte estará feliz de asarme viva. El corazón me martillea, es una criatura alada encerrada en mi caja torácica. Él parece a punto de perder el control y, no te mentiré, me siento un poco ansiosa ante lo que pueda hacer.

Llevo doce semanas sin sexo. También han sido doce semanas para Nicholas, si no me ha estado poniendo los cuernos.

La imagen de pillarlo con las manos en la masa mientras se acuesta con otra mujer no me inspira la misma sensación victoriosa de antes. Es como un jarro de agua fría sobre todo este «te necesito, tómame» acelerado y mareante, y una furia ciega recorre mi torrente sanguíneo y genera un cortocircuito en mis sinapsis. Si lo descubro engañándome en el aparcamiento de un centro comercial, acabaré apareciendo en el telediario de la noche. Más vale que Stacy Mootispaw se mantenga alejada de los caquis de mi prometido, prohibidos por las reglas de vestuario, o tendrá que volver a colocarse sus propios dientes en la boca después de que se los rompa de una patada.

No me puedo permitir pensar en él de esta manera, conmigo o con cualquier otra persona. Es demasiado peligroso, y Leon dejó demasiadas hachas en el cobertizo. Si me pongo a evocar recuerdos de nuestras posturas más íntimas y superpongo la cara de Stacy sobre la mía, perderé el conocimiento y, cuando lo recupere, las paredes estarán llenas de agujeros hechos a golpes.

Me apuro con lo que estoy haciendo, como si pudiera huir de estos pensamientos compulsivos, y estoy a punto de caerme al salir de la ducha aún con espumarajos en el cabello. Le dirijo una mirada rápida a Nicholas mientras cojo la toalla. Él no dice una sola palabra, pero bien podría tener un bocadillo de cómic sobre la cabeza con un pensamiento acusador que dijera: «Cobarde».

Tengo la sensación de que correr representaría entregarle una dosis de mi poder, pero abrazo mi cobardía y subo a toda prisa a la habitación para vestirme. Cuando me he calmado lo suficiente para volver al piso de abajo de puntillas, Nicholas está en el sofá y ya se le ha secado el pelo. Es increíblemente molesta la rapidez con la que a los hombres se les seca el pelo y les queda perfecto.

—Mira fuera —me dice.

Miro por la ventana y mi corazón se eleva cuando un remolino de los copos de nieve que están cayendo en cascada se adhiere al cristal. A continuación se derriten uno tras otro.

—¡Nieva!

Estamos a mediados de noviembre, pero para mí la Navidad comienza con la primera nevada. Las fiestas logran que me centelleen los ojos y que me ponga a hacer piruetas por la casa mientras voy esparciendo decoraciones del Tiger a diestro y siniestro. Escucho todos los clásicos en sonido envolvente y monto el árbol mucho antes del día de Acción de Gracias. Pertenezco a ese tipo de personas a las que odias sin dudarlo en las redes sociales porque en mayo dicen cosas como «¡¡Faltan 224 días para Navidad!!». Todas las celebraciones navideñas, su dicha y su magia, me hacen feliz, así que tiendo a estirarlas tanto como me sea posible.

Me vuelvo para ver qué está viendo en la tele y tengo que fijarme dos veces. El televisor está apagado. Me está observando en el negro de la pantalla.

Hay algo en la manera en que me siguen sus ojos que me provoca una sensación de intimidad y hace que me fallen las piernas. Soy muy consciente de la manera en que balanceo los brazos al moverme, y de mi forma de andar. Se parece a la manera en que a veces me desplazo en sueños, cuando me encuentro con una resistencia inexplicable. Es casi como si estuviera intentando avanzar por debajo del agua.

Me dirijo al salón porque quiero ver la nieve a través de los tres hermosos ventanales, pero su enorme escritorio me lo impide. Nicholas percibe el cambio en mi expresión cuando regreso a la sala de estar.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

No habla, pero entorna los ojos. Tiene un tobillo apuntalado encima de la rodilla, tamborilea con los dedos sobre el brazo del sillón.

Nada.

Es la respuesta de una mártir autoproclamada. Garantiza que el asunto seguirá sin resolverse, y que sufriré yo sola por mi cuenta. ¿Qué gano diciendo «nada»?

—Es sólo que... —Me siento sobre el otro brazo del sillón, fuera del alcance de sus manos—. La primera vez que me mostraste la casa, una de las cosas que más me gustaron fueron las ventanas en, hum..., ahí dentro. —Él lo llama su despacho u oficina, pero yo sigo llamándolo «el salón» porque en alguna vida pasada fui una duquesa y nunca he acabado de acostumbrarme a haber vuelto a nacer como plebeya en esta época—. Pensé: «Vaya, qué vista tan bonita. Se podrán ver todas las estrellas sobre el bosque». Pensé en poner un sillón, para poder sentarme a admirar el paisaje. Me gusta esa habitación. Pondría, no sé, quizá un cascanueces sobre la repisa de la chimenea, o algo así. No lo sé.

Me encojo de hombros para quitarle importancia. Parezco una demente. ¿Un cascanueces? ¿En serio? ¿Ése es el motivo de mis quejas? He estado supercentrada en unos detalles tan minúsculos...

Admitirlo en voz alta hace que me sienta de inmediato avergonzada, y estoy a punto de cerrar la cosa con un «da igual» cuando Nicholas se pone en pie y se dirige al salón. Plantado al otro lado

del escritorio, se mete las manos en los bolsillos y se queda mirando las ventanas como si hasta ese momento no hubiera tenido una buena vista del bosque que hay más allá.

—Tienes razón —dice, y ladea su perfil hacia mí: sus ojos son del color de un abeto plateado, están hechos de niebla y de luz de luna.

No sé con seguridad a qué parte de mi perorata se está refiriendo, pero lo acepto. Caemos en un patrón completamente nuevo, pero que de algún modo parece haber arraigado ya: preparamos la cena juntos, sin hablar, y nos vamos a sentar delante del televisor. No lo encendemos. Comemos en un silencio amigable mientras la nieve cae sin descanso a nuestro alrededor y la oscuridad apaga el mundo.

Nuestro alto el fuego llega a su fin, como era de prever, y lo hace veinte minutos después de cenar, cuando él oye el zumbido de mi móvil sobre la repisa de la chimenea. No me levanto.

Él mira hacia la repisa, y a continuación hacia mí. Es una mirada larga, reflexiva.

—¿No vas a ver quién es?

—No.

Su recelo es palpable, pero no estoy mentalmente lista para ver mis notificaciones. Mi corazón se ha disparado con sólo saber de lo que podría tratarse, y necesito darme tiempo para descender del ataque de ansiedad y prepararme para recibir las malas noticias antes de atreverme a echarle un vistazo.

Una de las personas con las que he estado en contacto en secreto, respecto a un puesto en una tienda de manualidades que de verdad, de verdad, me gustaría conseguir (y sobre el que ya me he hecho ilusiones), me dijo hace tres días, después de la entrevista, que se iba a tomar tres días para contrastar mis referencias y considerar a otros solicitantes antes de enviarme un correo con su decisión. Me he pasado el día ora consultando obsesivamente el móvil (y mi ordenador, en caso de que por cualquier motivo el correo no apareciera en el teléfono), ora fingiendo que internet no existe. Tengo los nervios hechos trizas.

Cuanto más tiempo paso haciendo como que no tengo una notificación, más intensa se vuelve la mirada de Nicholas. Me pesa en su suspicacia. Veo con claridad cuál es su problema, porque yo misma me he estado enfrentando a él: tiene preguntas que plantear, pero en el estado en que se encuentra actualmente nuestra relación hay ciertas informaciones que parecen privilegiadas. No estamos en posición de exigir respuestas.

Es como cuando dos personas salen de manera informal y aún no lo han oficializado. En esa fase tan delicada no están autorizados a saber todo lo que desearían saber el uno del otro, así que no pueden comportarse con una familiaridad que no se han ganado. Ésa es la sensación que existe entre nosotros dos.

La limitación hace que Nicholas se sienta frustrado. La situación al completo es un baile irritante que alimenta el resentimiento.

—¿Qué tal le fue a Brandy la orientación?

Me sorprende su interés, sobre todo porque ni siquiera ha fingido que no recuerda su nombre.

—Dice que su jefe es asqueroso. Ya está buscando un nuevo...

—¿A Melissa le va bien? —pregunta interrumpiéndome.

—Hum.. —Tanto Melissa como yo nos sentimos agradecidas por haber podido abandonar nuestra amistad—. No he hablado con ella.

—¿Sigues en contacto con Zach?

Me encojo de hombros. No me extrañaría que Zach y yo no volviéramos a encontrarnos. Es de esas personas a las que te puedes imaginar largándose por capricho a Los Ángeles, donde inventa algún artefacto simplísimo que se convierte en algo esencial para tu día a día, algo sin lo cual no te puedes ni imaginar, y en cinco años está en la lista Forbes de multimillonarios.

La mirada de Nicholas se oscurece. Su pie golpea sin descanso contra su rodilla.

—¿Qué tipo de loción llevas? —me pregunta.

—¿Hum?

—He estado pensando algunas ideas para el amigo invisible. Tu loción huele bien.

Se llama Dulce Seducción, y me embadurno con ella después de la ducha. La idea de que le regale a Stacy Mootispaw algo llamado Dulce Seducción y de que en adelante esa mujer huela igual que yo hace que desee arrancarme los ojos con las uñas.

—Creo que lo que hueles es mi champú.

—No, no es eso.

Me pongo a ojear una pila de correo publicitario porque necesito desesperadamente interrumpir el contacto visual. No estoy tan dotada para la mentira como solía pensar, y no quiero que él vea cuánto me fastidia. No pienso darle el nombre de mi loción ni aunque me clave astillas de bambú debajo de las uñas de la mano. Stacy puede seguir oliendo a guantes de látex y antiséptico sin abandonar su propio puto carril.

Mi teléfono vuelve a vibrar. ¿Será por el puesto de la tienda de manualidades? ¿O alguien más para darme una respuesta negativa? Hay un cero por ciento de probabilidades de que sean buenas noticias, así que para qué me voy a molestar en levantarme... ¿Qué sentido tiene arruinar el resto de la noche y pasarme el día de mañana deprimida? No pienso volver a mirar el móvil nunca más. Me convertiré en una reclusa antitecnológica. Me volveré completamente dependiente de Nicholas, cosa que a él le encantará. Quiere arrancar todas mis redes de seguridad antes de poder arrojarme al mar.

—Creo que alguien te está mandando mensajes —dice en voz baja.

Me encojo de hombros.

—Seguro que son correos basura.

—¿Y no quieres comprobarlo? Podría ser Brandy..

—No lo creo. Está en una cita con Vance, el oculista.

Él percibe el miedo en mi voz, la obstinada negativa. Sus ojos son rayos láser que me atraviesan; puedo oler cómo mi carne se va calentando y comienza a humear. El hecho de que ignore que todas mis notificaciones son mensajes de rechazo significa que no ha intentado husmear en mi móvil cuando yo no miraba, cosa que agradezco. Por mucho que este tema le fastidie, no invadirá mi intimidad.

—Joyería, quizá —dice de repente.

Levanto la mirada. No he mandado solicitudes a ninguna joyería. Pero claro, él no sabe lo que estoy pensando. Él ignora que un tornillo de banco está estrujándome los órganos internos.

—¿Qué joyería?

—Para Stacy.

El tema ya cansa. Estoy completa, definitivamente molesta, y me están creciendo espinas por toda la piel. ¿A quién le importa lo que reciba Stacy? ¿Alguna vez ha dedicado tanto tiempo a pensar un regalo para mí? Voy a darte la respuesta a esa cuestión: no.

—Sigo sin ver dónde está el problema en darle una tarjeta-regalo.

—Algo de joyería estaría mejor.

—Una joya cara sí, pero ¿no hay un máximo para la cantidad que te puedes gastar? La mayoría de los trabajos donde hacen el amigo invisible ponen un límite de menos de veinte pavos, o algo por el estilo.

—No, no hay límite —dice despacio. Le brillan los ojos, una de las comisuras de sus labios comienza a elevarse. Yo contengo la respiración, porque sé que está a punto de arrojar una granada—. Además, quiero que ella sepa que me he preocupado por el regalo.

—No sabrá que es tuyo —le recuerdo—. Es el amigo invisible.

—Creo que lo sabrá.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabrá, Nicholas?

Dios, es una estupidez que los adultos se hagan regalos de Navidad. Cuando se trata de compañeros de trabajo, al menos. Es denigrante. La gente que trabaja junta no debería verse obligada a socializar de manera innecesaria. ¿Qué ha sido de la profesionalidad en el ámbito laboral?

Ahora le toca a Nicholas encogerse de hombros, pero hay algo de satisfacción en su semblante.

—Nos conocemos muy bien. Somos muy amigos. Creo que será capaz de notarlo así —dice chasqueando los dedos.

—Regalarle joyas a una mujer con la que trabajas es inadecuado —le digo con gelidez—. Lo mismo que una loción. Cómprale un par de calcetines, perverso.

Él mira para otro lado y se tapa la boca con la mano.

—¿Quizá un servicio de suscripción? Un envío mensual de flores.

Me hierve la sangre. La imagen de él obsequiándola con flores hace que me entren instintos homicidas.

—Cómprale una revista de viajes. Debería salir más a menudo del estado. O incluso del país.

—Mmm, creo que tiraré por la joyería. Unos pendientes. ¿Qué les gusta a las mujeres, Naomi? Con esto sí me puedes ayudar. ¿A las mujeres les gustan los diamantes?

—¿Diamantes?! —chillo—. ¿Para una compañera de trabajo? ¿Qué tipo de mensaje estás intentando transmitir?

—Yo no les veo nada de malo a los diamantes —contesta con gesto angelical dirigiéndome una

expresión de perplejidad falsa—. Stacy es un miembro muy valioso de nuestro equipo. Creo que Stacy se merece...

—Te lo juro por Dios, Nicholas: si te vuelvo a oír pronunciando el nombre de esa mujer te voy a encolar los labios. Te arrastraré fuera y te tiraré de nuevo en ese estúpido estanque, sólo que esta vez en bolas. Iré a tu consulta y me encadenaré a tu muñeca para que no puedas mantener ninguna interacción íntima con ella. Y si intentas regalarle unos diamantes, se los robaré y te los pondré en la comida. Me importa una mierda lo valiosa...

Me detengo. Nicholas se está riendo.

—¿Esto te parece gracioso? —Sueno estridente como una sirena.

—Un poquito —admite procurando esconder su sonrisa—. Y es «en pelotas». Ésa es la expresión, para que lo sepas.

—Si le regalas flores a esa mujer —gruño—, voy a...

—¿Vas a qué?

Se pone en pie y se dirige tan rápidamente hacia mí que no tengo tiempo de reaccionar. Sus manos se hunden en la tela del sofá a lado y lado de mi cabeza, su cara se queda flotando sobre la mía. Intento echarme hacia atrás, pero no tengo adónde ir. Mi pulso es tan enérgico que comienza a dolerme el corazón.

Nicholas me dirige una mirada oblicua y feroz, de ojos implacables.

—¿Qué harás, Naomi?

Hay un estremecimiento de anticipación y suspense en su tono; algo que mantiene la esperanza pese a nuestros ataques constantes. Estiro el brazo en busca de algún arma afilada, pero no encuentro ninguna. Cara a cara en nuestro campo de batalla, me despojo de toda mi armadura.

—Me pondré a llorar —susurro.

Los hilos de nuestra reticencia se rompen y él cae encima de mí, a horcajadas sobre mi regazo. Las rodillas se le hunden en el sofá para aguantar su peso. Sus dedos se enredan en mi cabello y sus labios encuentran los míos, suaves y cálidos y apetecibles.

No se muestra dulce. Su lengua es un dardo que resigue exigente las costuras de mis labios, y yo los abro para él, porque la cabeza me da vueltas y la concentración es un mito y me está besando de esta manera. ¿Me había besado alguna vez así? Si lo hizo no me acuerdo.

Tardo un par de segundos en recuperarme, pero cuando lo hago me quedo pasmada ante lo ansioso que se muestra mi cuerpo por traicionar mi sentido común, olvidándose de todos los actos de destrucción que nos hemos hecho el uno al otro. Todas esas ideas se van hundiendo despacio mientras arqueo el cuerpo contra el suyo y él inclina sus caderas hacia las mías, necesitado de un contacto más íntimo. Nos estamos besando con tanta fuerza que renunciamos constantemente a la necesidad de respirar. En este momento no tiene importancia. Son detalles nimios.

Cuanto más nos tocamos más confusa me siento, hasta que comienzo a pensar que he entendido las cosas al revés. Creo que lo odio al dieciocho por ciento.

Nicholas nos recoloca para que yo pase a estar sobre su regazo, lo cual me otorga una

electrizante dinámica de poder. Podría hacer descarrilar esto ahora mismo si así lo deseara. O podría sujetarle con fuerza las muñecas y besarlo, morderlo, saborearlo. Puedo hacer lo que quiera. Noto que él me lo permitirá.

Pero hay algo que debe aclararse ahora mismo.

—No le regalarás nada a Stacy en lo que te queda de vida —le informo—. No me importa si te pide un chicle. No me importa si te pregunta qué hora es. No va a recibir nada de tu parte.

Su risa malvada es un estremecimiento contra mi cuello.

—No hay ningún amigo invisible.

Me despego de él para examinarlo mientras mis dedos se enroscan en torno al cuello de su camisa.

—¿Cómo?

Él no contesta, así que le doy un golpecito en el hombro con el dorso de la mano.

—No, en serio. ¿Cómo?

Los ojos de Nicholas están teñidos de lujuria, son volátiles. Su voz es un raspón procedente de la garganta.

—Dime algo, y no me mientas. ¿Me estás engañando con Zach? ¿Lo has hecho en algún momento?

Hasta ahora, algunas claves probaban que estaba atrapada en un sueño, pero esto viene a confirmarlo. Lo miro fijamente intentando establecer si lo dice en serio. No puede estar diciéndolo en serio.

—¿Te has vuelto loco?

—No, por favor. No me hagas sentir que todo esto está sólo dentro de mi cabeza.

Es la expresión torturada con que lo dice, y ese «por favor», lo que me persuade. No estoy segura de haber sido tierna con Nicholas anteriormente, ¿y no es una vergüenza? No sé mostrarme vulnerable delante de él, pero aquí no hay otra alternativa. Tengo que pisar con cautela. Intento besarlo, pero él no mueve sus labios contra los míos. Está esperando la verdad, espirando su aliento en pequeños jadeos entrecortados. Está tan mellado como yo.

—No —digo mirándole a los ojos, para que sepa que estoy siendo sincera—. No te he engañado con Zach ni con nadie más. ¿Por qué me preguntas algo así?

Su respuesta sale a presión, acelerada:

—No te gusta que esté cerca de tus compañeros de trabajo. Zach me odia. Siempre que me ve se muestra hostil sin motivo alguno. Te ríes muy fuerte cuando lees sus mensajes de texto. Y has perdido interés en mí, lo cual tampoco es algo que esté dentro de mi cabeza. He sentido cómo te alejabas.

En realidad, lo que dice tiene sentido, pero a la vez es tan absurdo que no puedo evitar la carcajada que brota de mi pecho.

Es la reacción equivocada. Los ojos de Nicholas centellean de rabia. Intenta apartarme de un empujón, pero lo sorprendo entrelazando los brazos alrededor de su cuello. Sacudiéndome aún

por la risa le digo:

—Lo siento. Es sólo que me estoy imaginando la expresión en el rostro de Zach si te oyera acusándolo de haberse liado conmigo. —Se siente avergonzado e irritado y ahora está forcejeando de verdad, así que me apresuro a decir—: No le caes bien porque eres un dentista/hombre del saco y te tiene miedo porque piensa que estás sediento de sangre y que quieres hacerle veinte endodoncias sin anestesia. Le encantaría saber que ha estado metido en tu cabeza de esta manera, porque es que Zach es así. Disfruta haciendo irritar a la gente. Pero no, entre Zach y yo no hay nada. No lo ha habido nunca. Si no me crees, puedes ir a preguntárselo. Él y su novio se lo pasarán pipa, estoy segura.

Nicholas se queda quieto, me observa con gesto escéptico.

—¿Novio?

—Sí. Pero creo que también sale con mujeres, o al menos solía hacerlo. —Me encojo de hombros—. No es asunto mío. Nunca hemos mostrado ese tipo de interés el uno por el otro. —Entorno los ojos—. ¿Qué hay de ti? ¿Alguna vez me has engañado?

—No.

Suena sincero. Parece sincero. Quiero creerle, pero...

—¿Ni con Stacy?

Él traga saliva y aparta la mirada. Se me sube el estómago a la boca.

—He estado hablando de Stacy para fastidiarte. Sólo deseaba una reacción. Quería ver si llegaba a importarte el hecho de que pensaras que yo... —Está perdido en su búsqueda de una explicación decente—. No debería..., aaah.

—¿Has intentado deliberadamente que pensara que podía interesarte otra mujer? ¿Para hacerme daño?

—Para hacerte daño, no. Para ver si eso era capaz de hacerte daño. Suena mal, pero hay una diferencia.

No estoy segura de que la haya.

—Tienes razón, sí que suena mal.

Pero no estoy libre de culpa en todo este asunto. Hace sólo un par de días limé un milímetro de la madera de una de las patas de su escritorio para que éste se bamboleara. Yo también he intentado volverlo loco a propósito.

Acto seguido, me inclino hacia él y vuelvo a besarlo. Su sorpresa da paso al deseo, y sus manos se cierran sobre mis caderas. Es electrizante lo ilícito que me parece esto. Yo no soy la misma Naomi y él no es el mismo Nicholas. Es como si le estuviera poniendo los cuernos a mi prometido. El beso no deja de cambiar de nombre con cada nuevo significado. Es rápido y firme, duro, y a continuación lento, explorador. Nos mantenemos sincronizados con cada transformación, pacientes, y luego ya no, curiosos e indagadores y desesperados. Por encima de todo, conscientes. No me olvido de a quién estoy besando. No desconecto.

Ése es el elemento que con más fuerza descuella para mí: lo vivo que está este hombre. Cada

parte de él se comunica vívidamente con todos mis sentidos. No es que nunca lo haya visto así, o sentido así, o saboreado así. Es que he estado dormida. Me pregunto qué tipo de revelaciones le estará provocando nuestro beso. Lo que estará descubriendo acerca de mí en este momento.

Es un alivio maravilloso que, durante estos instantes, nos encontremos en la misma longitud de onda. Enfrentarse a él ha sido agotador y hacer que la habitación se caliente de otras maneras representa un agradable cambio de aires. Quiero producir una niebla de lujuria tan espesa que él no sea capaz de hallar nunca más la salida.

Sabe a caramelo, de esos que comienzan siendo agrios y, al disolverse, te dejan un dulzor insoportable en la lengua. Hemos quedado reducidos a nuestras necesidades básicas y nada más. La piel cálida, abrasadora. Las pestañas bajas. La respiración pesada. Las manos por doquier. Quiero que me toque sin preguntarse qué estoy pensando: toma el cuerpo, deja el corazón. Estar tan cerca que no pueda estudiarme es una bendición, me escondo justo frente a él, distrayéndolo con la boca en el cuello cada vez que vacila y se inclina en busca de mis pensamientos.

Recuerdo haber meditado, durante besos pasados, que el que él estuviera demasiado cerca para ver mis expresiones me proporcionaba un buen escondite. No estoy segura de lo que aquellos besos significaron para ninguno de los dos. Para mí, quizá una liberación insatisfactoria. Para él, creo, una reconexión que nunca tuvo lugar.

Aún estoy intentando decidir lo que significa este beso cuando lo rompemos. Nos apartamos despacio, observándonos el uno al otro. Es posible que él esconda algunas armas a la espalda, pero de algún modo pienso que no es así. Las mías están al alcance de la mano.

Las emociones que me atraviesan a la carrera son tan desconcertantes que me siento agradecida cuando Nicholas se levanta para ir a ajustar la calefacción. Por lo general no soy una persona asustadiza, pero ahora mismo me estoy precipitando hacia un ataque de pánico en toda regla. No sé lo que está sucediendo y no sé lo que le pasa a Nicholas por la cabeza últimamente. Lo cierto es que ignoro lo que pasa por la mía. Echo a correr hacia mi habitación, consciente de que él me observa a lo largo de todo el tramo de escaleras. Una vez más es como si me moviera bajo el agua, bajo su microscopio, mientras el inteligente cerebro de Nicholas descodifica mensajes que yo envío de forma inconsciente con mi manera de andar: la distancia que separa mis dedos, el color de mis mejillas. Nunca había resultado tan evidente que puede ver lo que pienso. La pregunta es: ¿cuánto tiempo lleva mirando?

Continúo sintiendo sus ojos clavados en mí cuando ya estoy tumbada en la cama, con el corazón martilleando de manera errática, los ojos completamente abiertos en la oscuridad más absoluta.

Es muy tarde cuando me parece oír que el pomo de la puerta se sacude. He echado el pestillo por la fuerza de la costumbre. Quizá haya imaginado el ruido. Cierro los ojos un instante, con la intención de levantarme e ir a ver, pero, cuando los abro, un segundo más tarde, ya ha amanecido.

Me visto bajo la delicada luz de la mañana y salgo con sigilo al rellano. La puerta de Nicholas está entornada, así que me acerco de puntillas. Su cama está vacía, el edredón con el estampado de hojas de palmera está medio abierto. Conozco la sensación de esa tela contra la piel desnuda. Lo recuerdo como a un viejo amigo al que no he visto durante mucho tiempo, lo mismo que el cabezal que escogimos juntos. Que las cortinas que escogimos juntos. Durante aquellos primeros días decíamos que sí a todo, flotábamos en el subidón de nuestro esfuerzo por hacernos felices el uno al otro. Yo habría pasado las noches en un saco de dormir si él lo hubiera deseado así.

Su nueva habitación está dispuesta igual que la antigua. El colchón es nuevo, ya que yo me quedé con el otro. Le lanzo una mirada rápida a la puerta y me siento sobre la cama para dar unos botecitos. Este colchón es mucho mejor que el mío. Mi habitación contiene restos: las cortinas que colgaban en nuestra vieja cocina, lo cual significa que son demasiado cortas y no tapan suficientemente la luz. Mi cubrecama es una manta para echarse por encima con motivos navideños.

Examino el espacio vacío al lado de su cómoda y me imagino la mía en él. Mi mesilla de noche debería estar a la derecha de la cama, y su ausencia hace que la habitación entera parezca un error. Ha dejado una de sus almohadas en el espacio donde debería yacer mi cabeza.

Quedarse merodeando por aquí es una mala idea, pero soy demasiado entrometida para mi propio bien. Al hurgar en su armario toco todos los jerséis de cuello redondo y los trajes lavados en seco. La chaqueta de color marfil que se puso para nuestra desastrosa sesión de fotos de compromiso. Nuestras sonrisas se ven forzadas en cada una de las imágenes. Entre las tomas nos acusábamos entre dientes de no esforzarnos, de no querer estar allí.

Una de esas fotos debería estar en un marco encima de su mesilla, que contiene sólo una lámpara. Se me cae el alma al suelo, pero entonces veo el marco colgado en la pared. Ha cambiado la foto de compromiso en la que ninguno de los dos nos esforzamos por un recuerdo que me devuelve al invierno pasado, pocos días después de que me pidiera matrimonio. Está algo borrosa, y mi brazo se ve desproporcionadamente ancho porque lo tengo levantado para poder sacar la foto.

Según la pintura roja del fondo, estamos en la cocina de su amigo Derek. Fue durante la fiesta de inauguración de su casa, y le compramos en broma una pistola que disparaba malvaviscos. Nicholas está justo a mi lado, con la cabeza sobre mi hombro. En el último segundo, nuestro contacto visual se separó de la cámara porque habíamos reparado en el malvavisco pegado al

techo por encima de nuestras cabezas. De forma inconsciente, mi mano se hunde en su cabello y sostiene su cabeza contra la concavidad de mi cuello en un gesto de afecto que me choca porque llevo una eternidad sin hacerlo. Así de fácil puede un retrato posado convertirse en una foto espontánea.

Nada más dispararse el *flash*, el malvavisco cayó sobre la cabeza de Nicholas y todo el mundo se echó a reír. «¿Lo has pillado?»

No, pillé el momento inmediatamente anterior.

Qué lástima.

Me pregunto cuándo hizo Nicholas que le imprimieran esa foto. ¿Y por qué ésta en particular, de entre los centenares que nos hemos sacado? ¿Por qué la querría puesta en la pared? Hasta ahora pensaba que sólo existía en mi Instagram. Ahora, al observar la imagen, al sentir aquellas emociones, cobra solidez como recuerdo en sí misma.

Ya llevo demasiado rato en su habitación —su habitación, no la nuestra— y necesito salir de ella inadvertidamente antes de que me pillen, pero necesito saber más. Tengo la misión de examinar de cerca las pertenencias de este hombre, las cosas que toca a diario. Lo he visto todo tantas veces que me he vuelto insensible, así que debo concentrarme. Debo mirar con los ojos de la nueva Naomi.

Rebusco en su mesilla tocando cada objeto. La cajita de sus lentillas y una ampolla de suero. Una funda para las gafas. Lubricante, que a estas alturas bien podría tirar. Lo siguiente es un viejo cargador que ya no resulta compatible con su teléfono actual. Unos Skittles. Un bolígrafo y una libreta del hotel Holiday Inn cuya primera página contiene una cara sonriente dibujada por mí. Cojo el envoltorio de papel de una cañita y estoy a punto de dejarlo caer cuando me doy cuenta de que los extremos se unen.

Y recuerdo.

Hace unos meses, Leon fue a comprar comida china para todos los que estábamos en el Junk Yard. Nicholas se pasó mientras comíamos: un sapo de otro pozo con su elegante *blazer* negro y sus zapatos de cordones. Creo que todas las bromas que recibe por culpa de ese vestuario tan típico de los Rose son el motivo por el que se aferra a los caquis: «¿Lo veis? Yo también puedo vestir de manera informal».

Había planeado invitarme a cenar por sorpresa y no comprendió que yo no quisiera dejar aquella comida para llevar barata y ni siquiera demasiado buena para viajar durante una hora hasta un restaurante exclusivo. Allí, yo formaba parte de algo; éramos la familia del Junk Yard. Y él era el extraño, molesto porque acababa de estropearle los planes. Molesto porque yo tenía una nueva familia a la que él no estaba invitado.

Toda vez frustrada la cena sorpresa, Nicholas no supo bien si queríamos que se quedara con nosotros. Se pasó algunos minutos paseándose incómodo por la tienda, claramente en tensión, lanzándonos miraditas cada vez que nos reíamos de algo. Yo no fui a reunirme con él mientras deambulaba por los pasillos, dolorosamente consciente de que a la mitad de mis compañeros de

trabajo no les caía bien. No quería que ellos me metieran en el mismo saco. Ir con Nicholas habría sido como declarar mi lealtad hacia él y convertirme también en un sapo de otro pozo.

Así que me quedé donde estaba y no intenté aliviar su incomodidad. No intenté introducirle en nuestra conversación. Cogí los envoltorios de papel de todas las cañitas y me puse a hacer pulseras con ellos. Todos nos las pusimos, incluso Melissa. Nicholas se acercó mientras yo hacía una pulserita de más, así que se la di. Una ocurrencia tardía.

Y él la guardó. Podría haberse deshecho de ella fácilmente durante la mudanza, pero ahí está. El sentimentalismo secreto de Nicholas.

Me arde la garganta. Mis dedos se enroscan en torno a esa basurita conservada en un cajón como si fuera un tesoro valioso. Oigo un ataque de tos procedente del piso de abajo y devuelvo la pulsera de papel de pajita al lugar donde la he encontrado antes de salir rápido de la habitación.

Al bajar la escalera me encuentro a Nicholas desparramado en el sofá, tosiendo dormido. Hay un montón de pañuelos usados sobre la mesita de café y por el suelo. Él es un revoltijo de mantas, como si hubiera estado dando vueltas sin parar, y se le ha levantado la camisa, que deja expuesta una parte de su vientre. Su cabello es un desastre y lleva las gafas torcidas. Tiene un aspecto juvenil y sonrojado y dulce.

Le quito las gafas con cuidado y las coloco sobre la mesita de café, y a continuación le toco la frente. Está sudada, pero no tiene fiebre. No sabe que lo estoy observando, y eso me da carta blanca para mirar más de cerca. Su estructura ósea es tan elegante que prácticamente lo odio por ello. Mientras se desarrollaba como embrión logró esquivar todos los genes de Harold y, a medida que envejezca, se irá volviendo más distinguido.

La caja de los pañuelitos está vacía, así que saco una nueva de un armario. Entonces descubro que ha pasado toda una novecita aquí abajo, solo, al ver la parafernalia médica diseminada por la encimera que hay bajo el armarito donde guardamos los antiácidos y las pastillas contra la alergia y demás. En el fregadero hay una tacita de plástico para medicinas con unas gotas de líquido de color cereza. Se me ocurre que probablemente ha dormido abajo para no despertarme con su tos, y el corazón me da un salto y una voltereta.

Miro en los armarios y encuentro una bolsa de caramelos para la tos, que le dejo también sobre la mesa.

—Tenías que comprarte esa canoa, ¿verdad? —murmuro para mí misma mientras me dirijo despacio al salón; me cuelo por detrás de su escritorio para mirar hacia el exterior y estoy a punto de lanzar un grito ahogado.

Ahí fuera hay un país de las maravillas. Diez centímetros largos de blanco resplandeciente lo han cubierto todo, incluido el estanque, lo cual quiere decir que la canoa ya no irá a ninguna parte. Está varada en el medio, rodeada de hielo. El bosque es de una belleza que corta la respiración, bajo esa luz del alba que irradia desde los confines del mundo y que colorea el espacio entre las ramas como si allí hubiera vitrales.

Ojalá Nicholas estuviera despierto para ver esto, claro que para él la nieve no es tan mágica

como para mí. Para él, la nieve significa que tendrá que ir...

Oh, mierda.

Mi dicha explota y queda reducida a polvo. Una vez, Nicholas me dejó en una librería para poder irse a casa de sus padres a sacar la compra del maletero de Deborah bajo la tormenta. Lo hizo porque ella lo llamó para pedírselo. Les va a cortar la hierba y arregla las cosas que se estropean en la casa, y se desvela por sus memorias y sus citas médicas y sus finanzas. Su preocupación es incurable, y los seguirá consintiendo de por vida pese a que ellos no lo necesiten de verdad.

Me quedo mirando su figura miserable sobre el sofá, la manera en que su espalda se convulsiona contra los cojines con cada ataque de tos. Está tan agotado que ni siquiera la tos logra despertarlo. Este hombre está enfermo, pero eso no le impedirá ir esta mañana hasta la casa de sus padres para quitarles la nieve del camino de acceso. Nicholas es así. Es «ese-tipo-de-hombre».

Vuelvo a mirar la nieve, el termómetro que desde el otro lado de la ventana declara que estamos a siete grados bajo cero, y pienso con una vehemencia que me sacude: «No».

Ni de coña.

Sólo hay una forma de detenerlo, así que eso es lo que tengo que hacer. Voy al armario a por el gorro y el abrigo, pero al ver su mono levanto una ceja mientras me lo planteo. Quizá no sea mala idea ponerme algo más propio de tareas pesadas. Después de ponerme el equipo de Cazafantasma y de enrollar kilómetro y medio de perneras hasta que dejo de arrastrarlas, decido ir a por todas y cojo también su horrendo gorro con orejeras. Huele a Nicholas, lo cual resulta extrañamente reconfortante por más que él esté aquí mismo, y el vellón es suave y gustoso.

Tengo que comprarme uno de éstos.

Cuando ya estoy bien abrigada, cojo las llaves de su jeep y tiro tres palas distintas a la parte de atrás. Tres palas porque son de diferentes tamaños y me avergüenza decir que nunca he quitado la nieve de ningún sitio, así que no sé cuál querré usar. Nicholas se encarga de todas las tareas que requieren palas. Creo que no había apreciado ese hecho hasta ahora: cuando vivíamos en la otra casa, siempre abría un sendero entre el porche y mi coche. Nunca, ni una sola vez me pidió que lo hiciera en su lugar.

De hecho, también rascaba el hielo de mis puertas y parabrisas. Lo hacía antes de irse a trabajar, cuando yo aún no me había despertado.

La vergüenza hace que se me sonroje la cara. ¿Cuándo fue la última vez que le di las gracias por ello? ¿Cuándo fue la última vez que reparé en que tenía esos pequeños detalles conmigo en vez de limitarme a darlos por sentado? He estado tan obsesionada con las tareas que hacía para su madre y su padre que he olvidado que hacía lo mismo por nosotros.

Conduzco muy muy despacio hasta la casa del señor y la señora Rose en Sycamore Lane. La carretera principal es la única que ha recibido la visita del camión de sal, pero el jeep es todo un campeón y no resbala nunca. Estoy al volante del jeep que Nicholas se compró sin decirme nada y dispongo de demasiado tiempo a solas con la perturbadora revelación de que soy una gilipollas.

Al girar hacia el camino de acceso veo que las luces están encendidas, lo cual quiere decir que Deborah está despierta. Harold tiene al menos hasta el mediodía para rodar sobre sí mismo y estamparse de morros contra el suelo.

La manta de nieve hermosa e inmaculada que cubre su camino de acceso me resulta una provocación. No tienen problema en contratar gente para que les hagan un hidrolavado de la casa y les poden los rosales y les monten estructuras rocosas en los parterres. Aun así, por alguna razón arbitraria, dependen de Nicholas para que haga desaparecer este problema en particular. Lo esperan. Dicen que es «tan bueno, tan amable» y esa presión tiene un peso de diez toneladas, les da la seguridad de que él nunca dejará de hacerlo. Y, si deja de hacerlo, le retirarán toda su aprobación. Ya no será el hijo bueno y amable. Nicholas ha oído la manera en que hablan de Heather y sabe que, con un paso en falso, comenzarán a decir lo mismo de él.

Le gruño a la nieve, a las ventanas cálidas y brillantes, y a la silueta de Deborah que mira por ellas irradiando satisfacción maternal: «¡Ha venido Nicky a ocuparse de todo! Le encanta ayudarnos y sentirse útil».

¡Hoy no, imbéciles! Hoy tendréis a una sustituta que, en lo que a trabajos manuales respecta, es una incompetente en el mejor de los casos, y vais a tener que lidiar con ella.

Su camino de acceso se muestra personalmente cruel hacia mí desde un principio, es una costra de hielo que se come una de mis palas. Vuelvo a atacar. La nariz me gotea como un grifo y mi cara es un bloque congelado en un «¿Por qué, Dios, por qué?» mientras el resto del cuerpo se me derrite como una vela dentro de este mono. Esto es lo peor. Esto es una mierda de cuidado. Califico mi situación actual con todas las palabrotas que se me ocurren. A veces Nicholas viene a quitar la nieve mucho antes de ir al trabajo, y me pongo a repasar mentalmente esa cronología. A fin de poder ducharse y llegar al Rise and Smile a las siete, tiene que hacerlo en la oscuridad. Estoy tan cabreada en su nombre que me pongo a cavar más rápido.

Resulta de verdad fascinante que en su corazón siga habiendo algo de buena voluntad hacia sus padres. Yo siento deseos de arrastrarlos aquí fuera y enterrarlos con la pala.

Es tal la cantidad de nieve por quitar que me siento demasiado amedrentada para hacerlo de forma metódica y la voy apartando de manera indiscriminada, arrojándola por encima del hombro. Deborah y Harold no disfrutarán de una nieve de bordes pulcros a lado y lado del camino. Se van a encontrar con una carnicería. Se me ocurre que, si vengo tras la próxima nevada y vuelvo a hacer un trabajo pésimo, Nicholas se librará de ésta. El señor y la señora Rose me rogarán que pare. Contratarán a un tipo para que les quite la nieve.

Cuando voy más o menos por la mitad, la puerta se abre y Deborah sale pesadamente con una taza humeante en la mano, vestida con un abrigo de piel que con toda probabilidad ha sido confeccionado en exclusiva a partir de crías de animales. Viene hacia mí con rapidez y con una gran sonrisa en la cara hasta que, al acercarse más, se da cuenta de que la persona debajo del mono y de este gorro horrible soy yo.

—¡Oh! —Su horror es vigorizante. Quiero que lo conviertan en un perfume. En ropa. En sales

de baño—. Naomi —dice gravemente, como si acabara de oír la más terrible de las noticias—. No esperaba que...

—¿Eso es para mí?

Estiro la mano hacia la taza. Es chocolate caliente. Se lo cojo antes de que pueda contestar y le doy un sorbo. Hay pequeños malvaviscos flotando sobre la superficie y me jugaría el alma a que ha puesto treinta y dos, uno por cada año de vida de Nicholas. Este chocolate caliente sabe mejor que el que me suministra durante mis visitas invernales, lo cual confirma mis sospechas paranoicas de que Nicholas se lleva lo mejor mientras que a mí me ofrecen las marcas blancas.

Su boca dibuja una O mientras me observa beber.

—Gracias —digo al acabar, y le devuelvo la taza.

—¿Nicholas se encuentra bien?

No voy a someterle a una visita sorpresa de su Queridísima Mamá, ni a una sopa de pollo cocinada por «la mujer».

—Está de fábula —le digo alegremente—. Bueno, será mejor que siga con esto. ¡Tengo un montón de trabajo que hacer!

El resto del camino casi se limpia solo porque yo estoy en Babia pensando en Nicholas. La próxima vez que él venga a quitar la nieve debería acompañarlo y ayudarlo. Acabaríamos en la mitad de tiempo.

Cuando me subo al jeep, los músculos que no se me han entumecido están doloridos. Me he pasado dos horas aquí. Estoy segura de que Nicholas no requiere más de una hora para alcanzar idéntico resultado, si no mejor. Cuando pongo el coche en marcha y abandono el camino de acceso hago sonar dos veces la bocina para despedirme, porque imagino que probablemente Nicholas hará lo mismo.

La vuelta a casa es mejor que el viaje de ida, ya que los quitanieves han limpiado las calles. No veo el momento de llegar y darme una ducha, pero pienso en la dura noche que ha pasado Nicholas, en sus ataques de tos y en que se levantará hambriento y en un estado lastimoso, sin la menor motivación para cocinarse algo.

La mayoría de los lugares de comida rápida de la zona cierran los domingos por la mañana, salvo el Blue Tulip, el café de la hermana de Brandy, que se emociona al ver que aparco frente a él. No hay nadie sentado a las mesas y no hay vacíos en los pasteles del exhibidor, lo cual significa que soy la primera clienta del día. Este lugar va a acabar igual que el Junk Yard y todos lo sabemos, así que compro de más. Bocado para el desayuno, sopa, café. Uno de los empleados me ayuda a acarrearlo todo hasta el coche.

Antes de dirigirme a casa hago una parada más para reabastecernos de medicinas para el resfriado y la gripe. Por primera vez desde que nos mudamos, al pensar en términos de «hogar» visualizo la casita del bosque en vez de nuestra casa de alquiler en la calle Cole.

Cuando el jeep entra tembloroso en el camino de acceso, veo a Nicholas esperándome al otro lado de la puerta mosquitera. Comienzo a cargar la comida y las medicinas, y él sale corriendo en

pantufilas.

—¡Vuelve dentro! —le ordeno.

—Necesitas ayuda.

—Y tú tienes que sentarte. Estás enfermo.

De todos modos, me quita el café y la sopa. Me divierte que no deje de mirarme con cara de embobado, está completamente atónito. Deborah ya debe de haberlo llamado para darle un informe completo. «Hay montañitas de nieve por todo el patio, la ha tirado por cualquier sitio. ¡Y se ha bebido todo tu chocolate caliente! ¡El bueno!»

—No tenías por qué hacer eso —me dice al entrar—. Quitarle la nieve a mis padres... ¿Por qué lo has hecho?

—Si no se presentaba nadie a limpiarles el camino de acceso, tu madre se habría visto obligada a hacerlo ella misma. ¿Su traje pantalón de Gucci? ¿Con toda esta nieve? —Suelto una risita seca—. Menuda catástrofe. Así que me he dicho: «No mientras yo esté aquí, nieve».

Sus ojos se desorbitan. Si antes pensaba que yo era un espíritu, me estremezco al imaginar lo que estará imaginándose ahora. Le doy la paliza para que se vaya a esperar al sofá, le llevo el desayuno y a continuación compruebo su frente para asegurarme de que no tenga fiebre. La manera en que su cabello erizado apunta en todas las direcciones resulta adorable, y paso los dedos por él. Nicholas se ha quedado mudo y yo soy básicamente la esposa perfecta. Creo que podría acostumbrarme a toda esta dinámica de sorprenderlo y dejarlo sin palabras. Es una delicia.

—Está bonito, ahí fuera —logra decir después de darle un par de mordiscos a su bocadillo, asintiendo en dirección a la ventana. Tiene la voz un poco ronca, algo que probablemente se haya exacerbado cuando Deborah lo ha obligado a hablar por teléfono. Hará falta un siglo para deshacer todo el daño que le ha hecho, pero comenzaré con Vicks VapoRub y un humidificador—. Toda esa nieve. Es como una postal navideña.

Ya puede pensar eso, cómodo y calentito en su camisa de franela y sus pantufilas. En este momento yo no tengo una opinión demasiado positiva sobre la nieve. Que le den a la nieve. Ojalá el calentamiento global se dé prisa y acabe con toda la estación. Gruño una evasiva y paso fatigosamente a su lado mientras me voy desprendiendo de capas de ropa.

—Voy a darme una ducha —le digo—. ¿Estarás bien?

Nicholas asiente, aún estupefacto. No debería sentirse tan aturdido ante un gesto amable. Debería tratarse de una obviedad, pero no lo es y la culpa es mía. Le he estado negando cualquier gesto amable para castigarlo por no tener una cantidad suficiente de gestos amables hacia mí, y mira los buenos resultados que esa actitud nos ha dejado.

Acabo durmiendo más rato del que pretendía porque mi alarma no ha llegado a sonar. Quizá sólo imaginé que la ponía. Cuando arrastro mi dolorido cuerpo hasta el piso de abajo, Nicholas me grita desde la otra habitación.

—¡Aún no! Espera.

Me pone las manos sobre los ojos y me dirige a empujones hasta la cocina, donde me veo

obligada a esperar en un silencio abotargado durante diez minutos hasta que él grita con voz ronca:

—¡Vale! Ya puedes venir.

—Tienes que cuidarte la voz—digo mientras sigo el sonido que hacen sus pies al arrastrarse.

Me detengo en seco en el umbral del salón. Lo ha reorganizado: ha quitado el televisor y ha puesto el escritorio contra una pared diferente. Mi escritorio también está allí, alineado con el suyo en vez de aplastado contra un rincón de la sala de estar entre corrientes de aire. La habitación ya no parece su despacho personal, sino un espacio compartido. Mis zapatos están colocados junto a los suyos. Mis velas. Su maqueta de tren. Su archivador. Mi librería, donde se mezclan mis libros de ficción y sus libros de no ficción, su colección de plumas estilográficas y mi colección de curiosidades procedentes del Junk Yard. Un matrimonio de personalidades.

Sus ojos me monitorizan, absorben cada intrincado cambio en mi expresión, así que se da cuenta del momento en que mi mirada recae en el hogar y se me cierra la garganta. Siento una presión en los senos nasales, un puñetazo contra el pecho.

Hay un cascanueces sobre la repisa.

Me lo imagino escarbando en nuestro almacén de cubos de decoraciones navideñas con ese comentario que le hice de pasada en la cabeza, soplando para quitarle el polvo del lustroso sombrero negro del señor Cascanueces. La manera en que una de las comisuras de sus labios se habrá elevado satisfecha: «Aquí estás». Menuda tontería la de echarse a llorar por un cascanueces. Pero eso es lo que hago.

—Mañana me tomaré el día libre —me dice—. Iremos a elegir un sofá que podamos poner justo aquí, delante de la ventana, para admirar el paisaje. —Y entonces añade—: Si, mmm, si te parece bien.

Mi cabeza se mueve de arriba abajo. Ahora me ha tocado a mí quedarme sin palabras. Él sonrío, y me parece que también disfruta haciendo esto. Dejándome estupefacta con un acto de bondad.

Nicholas se encuentra mucho mejor cuando se presenta el atardecer, pero decide que no quiere desafiar a la suerte saliendo con este tiempo, así que cancelamos la cena con el señor y la señora Rose. Yo hago unos sándwiches de queso, él calienta una sopa de tomate y nos sentamos juntos en el sofá a comer y ver *The Office*. Nunca me había sabido mejor una cena.

Más tarde, esa misma noche, me despierto para beber algo. Al pasar junto a su puerta, me dejo llevar por un impulso y estiro la mano hacia el pomo. Lo hago girar —sólo a modo de comprobación— y me lo encuentro cerrado con pestillo. No estoy segura de si entraría en caso de tener esa oportunidad. Tampoco puedo culparlo por protegerse de mí, ya que yo he estado haciendo lo mismo, pero en este momento nuestro sistema de ojo por ojo no me hace enfurecer ni

me revigoriza, sino que me decepciona. Me provoca una herida más profunda que cualquier insulto.

El Rise and Smile está cerrado por el día de Acción de Gracias, lo cual es una suerte para nosotros porque Nicholas y yo hemos postergado la compra de un centro de mesa hasta el último minuto. Cuando Nicholas estaba en sexto de primaria, en su clase de arte hicieron centros de mesa con papel tisú y maíz dulce, y desde entonces los Rose tienen la tradición de que sea él quien se encargue de llevar cada año un nuevo centro de mesa para Acción de Gracias. Por lo general, se deja la piel haciendo unos enormes arreglos caseros, pero se ha pasado todo noviembre transformándose en un leñador, y se le ha pasado.

Estoy sentada en la cocina desayunando cuando Nicholas entra por la puerta de atrás. Lleva puesto el mono, por el que ahora siento un nuevo respeto porque sé lo bien que mantiene el calor. Saca del armario mi vaso para el agua favorito, el que es de color azul verdoso, y lo llena con cinco centímetros de agua. Entonces lo coloca al lado de mi taza de té y deja caer una flor silvestre en su interior. Ésta se encuentra un poco deteriorada, ya que ha tenido que soportar varias heladas y una nevada, pero la mayor parte de sus pétalos continúan intactos.

—Oooh... —digo sorprendida con una sonrisa.

—Había crecido en el altillo del granero. He tenido que coger una escalera para llegar hasta ella.

No me fío de ese granero. Está torcido y tiene unos cinco mil años de antigüedad. Imaginarme a Nicholas trepando por una escalera apoyada contra una pared de madera podrida me llena de ansiedad.

—Gracias, no tenías por qué.

—Sí, bueno. Pensé que sería agradable.

—De verdad que no necesito flores.

Su mirada es una pena de muerte.

—No importa —me apresuro a añadir—. Aún me apetecen a veces, seguro.

Sus labios se tuercen y se come la mitad de mi burrito de salchicha de un mordisco. Cuando él se va a darse una ducha, yo me quedo admirando mi flor medio marchita por razones insondables. No hay nada en particular interesante en ella. En el plazo de una hora estará casi muerta. Creo que de todos modos voy a echarle la culpa a la sociedad por deseirla.

Las normas sociales me han condicionado para que piense que necesito estas plantas moribundas a fin de sentirme querida y apreciada. Son objetivamente inútiles, y soy consciente de ello. Pero lo que recordaré es la voluntad, no el color de la flor ni lo hermosa que sea. El gesto de

Nicholas al ver una flor, pensar en mí, ir a por una escalera y cogerla permanecerá conmigo. El que la haya puesto en mi vaso para el agua favorito, el de color azul verdoso, permanecerá conmigo.

Cuando acabo de vestirme, me encuentro con que Nicholas lleva puesta una camiseta Henley de color verde que no creo haberle visto antes y que hace destellar el tono jade de sus ojos de color cambiante. El cuello de la prenda es lo bastante ancho como para que pueda echarles una buena ojeada a sus clavículas. Por el amor de Dios. Este hombre tiene unas clavículas fabulosas. A continuación reparo en la forma redondeada de sus hombros. Dios tiene mucho amor, sí.

Nicholas se pone a silbar mientras llena la pila de agua con jabón y comienza a fregar los platos por primera vez en lo que llevamos de año. Miro boquiabierto a ese Nicholas Poseído y eso me provoca algunos problemas cardiacos.

Se ha arreglado el cabello de manera diferente, dejando que sus rizos le caigan suaves y sueltos por la frente en vez de engominárselos hacia atrás. Me voy acercando a él sin poder contenerme hasta que invado sin lugar a dudas su espacio personal. ¿Es por el pelo? ¿La camiseta? ¿La flor? ¿El hecho de que esté haciendo una tarea del hogar sin que se lo haya pedido? Sea lo que sea, hoy está cien veces más bueno. Si se pone a barrer el suelo y a limpiar los filtros, posiblemente necesitaré unas sales aromáticas.

Las hacendosas manos de Nicholas se quedan quietas dentro del fregadero cuando le toco la cara.

—Tienes una mandíbula muy bonita —le digo, consciente del tono maravillado de mi voz.

Él parpadea y aparta la mirada.

—Hum. Gracias.

—Tu garganta también lo es.

Es una tragedia que no haya reparado en lo bonita que es su garganta. ¿Quién me iba a decir que existían las gargantas bonitas?

El descarado de mi lujuriosa mirada tiene sus efectos en él. Se le ha sonrojado y manchado la garganta delante de mis ojos. Hago girar la flor y lo observo fregando los platos como una *voyeur* total a la espera de recuperar la compostura. Cada vez que aparto la vista siento sus movimientos sobre mí y me atrae de nuevo. Él no deja de pillar mis miradas de reojo, y estoy convencida de que me ha visto articulando en silencio un «Oh, Dios mío». Cuanto más nerviosa me pongo, más amplia es su sonrisa.

No analizo en demasiada profundidad mi decisión de ponerme una camisa mejor y retocarme el pintalabios. Es el día de Acción de Gracias, y ése es el único motivo por el que camuflé mi microflequillo con una cinta y me rizo el pelo. Una ha de ofrecer su mejor aspecto durante las festividades. Hay que cambiarse el sostén de color beis por otro de encaje negro y rociarse con un spray de cuerpo llamado Devórame. Yo no he hecho las reglas.

En el lavabo descubro un unicornio: Nicholas ha limpiado el lavamanos después de afeitarse. No hay un solo pelo pegado al grifo. Esto es la invasión de los ladrones de cuerpos.

Es ese detalle el que me llena de generosidad y hace que decida ir a poner en marcha el coche para que se vaya calentando. Al salir pesadamente al frío para encender el motor me siento como una heroína. Soy la prometida menos egoísta que haya existido. Estoy a punto de resbalar sobre una placa de hielo y, durante una décima de segundo, me imagino en una cama de hospital, con la pierna elevada en una de esas cosas con cabestrillo mientras Nicholas no deja de atenderme y de mullir la almohada. Ni siquiera me quejo por haberme roto la pierna. «No es nada —le indico estoicamente—. Doy gracias por que no fueras tú el que se cayera.» Nicholas gimotea ante mi fuerza. No ha conocido mujer más fantástica.

—Gracias —dice cuando salimos del camino de acceso—. Se está muy bien y calentito aquí.

Me pilla otra vez mirando fijamente su perfil y sonrío. Lo cierto es que, cuando muestra su felicidad, se vuelve luminoso, ¿no es así?

Tengo que controlarme. Sí, me ha obsequiado una única flor medio muerta y su cabello se está comportando hoy de manera bastante seductora, pero dormimos en habitaciones separadas, por el amor del cielo. No hace mucho fantaseaba con la idea de hacer una bola con mi vestido de novia y mirar dichosa cómo ardía en la chimenea. Más allá de algún que otro acontecimiento aparentemente positivo que con toda seguridad no tendrá continuidad, debo concentrarme en el plan de juego. En cuanto logre recordar cuál era. Nicholas me está espolvoreando con algún tipo de brujería que me impide pensar con claridad.

—¿Adónde vas? —le pregunto cuando pone el intermitente derecho.

—A esa tienda de manualidades que hay aquí mismo —contesta confirmando mis temores.

El de Let's Get Crafty es el empleo que de verdad, de verdad, quería, y cuya decisión se suponía que iba a conocer tres días después de la entrevista. Eso fue la semana pasada, y el encargado aún no se ha puesto en contacto conmigo. Pienso en hacer un seguimiento del asunto a cada minuto del día, pero soy consciente de que la necesidad de darles ese toque implica que lo más probable es que se hayan inclinado por el no. Al menos en este limbo puedo alimentar mis ilusiones.

—Creía que íbamos a ir a los grandes almacenes de Beaufort.

Él me dirige una mirada extraña.

—¿No me has estado fastidiando para que compre de manera más local? Ir a los grandes almacenes para cualquier cosa es la razón por la que todas las tiendas de Morris han cerrado.

Los dos pensamos en el Junk Yard, cuya herida sigue abierta. Traiciono mis principios cuando contesto:

—Sí, pero probablemente las tiendas más pequeñas serán más caras.

—No pasa nada.

Me agarro a un clavo ardiendo:

—Pero ahora vivimos de un solo sueldo.

—Relájate, Naomi.

Nicholas aparca y me da un apretón en la mano antes de bajarse del coche. No puedo entrar en

esta tienda. Pensarán que los estoy acosando. Me reconocerán. Alguien mencionará la solicitud de trabajo delante de Nicholas, que ignora que sigo buscando empleo. Él asume que me he rendido porque no hablo de ello. Las únicas noticias que puedo dar hasta el momento son negativas, y no es que me muera por radiarlas. Tenía pensado contárselo sólo cuando recibiese una buena noticia, lo cual quizá no suceda nunca.

Hace un día espantoso. El cielo tiene un color enfermizo y hace frío, pero toda la nieve se ha derretido y ha dejado atrás una pasta exhausta y ennegrecida. Llevo demasiado pintalabios, me pica y arde la piel, y odio mi coche. Mi pulso es como un ariete.

—¿Qué te pasa? —pregunta Nicholas mientras sostiene abierta la puerta del Let's Get Crafty.

Me debato entre odiar y amar la tienda. Si me dan el puesto, me encantará trabajar aquí más que ninguna otra cosa en el mundo. Si me rechazan, iré a comprar todos los suministros de manualidades que haya en el supermercado y haré que esta tienda se vaya a la quiebra. No hace falta que me digas que soy mala persona por pensar esto; ya lo sé.

—Me duele la cabeza —murmuro.

—¿No llevas un paracetamol en el bolso?

—Bah.

Me encorvo y entro, esforzándome por encogerme y destacar lo menos posible.

—Estaba pensando en una cornucopia —dice Nicholas—. ¿Es demasiado?

La respuesta es que sí, como es obvio, pero en este momento no me preocupa demasiado el centro de mesa para el comedor de sus padres. Mis ojos recorren rápidamente las esquinas del techo en busca de cámaras ocultas. Pienso en el hombre que estará en una trastienda en alguna parte, comiéndose un bocadillo y observándose en un televisor diminuto. «¿No es una de las aspirantes? Uau, esto da pena. Fijo que ha venido a suplicar que le den el trabajo.»

—¿Naomi? —me llama Nicholas.

Tengo la sensación de que no es la primera vez que ha dicho mi nombre durante los últimos treinta segundos. Chasquea los dedos delante de mi cara.

—Chist —susurro mientras me subo el cuello del abrigo hasta la nariz. Parezco un detective privado de dibujos animados—. Baja la voz.

—¿Por qué? Aquí no hay nadie. —Mira a su alrededor—. Imagínate si hubiéramos ido a unos grandes almacenes. Los pasillos estarían a reventar. Aquí tenemos toda la tienda para nosotros.

Nicholas me obliga a darle mi opinión sobre varias verduras de plástico, intentando determinar si tienen un aspecto demasiado falso.

—¿Deberíamos usar verduras de verdad? He pensado que el plástico generaría menos desperdicios. Podríamos reutilizarlas.

—¿Para qué?

—Quizá para un diorama en el estudio.

Ya. «¡Comeos la verdura, niños!» Tiene gracia viniendo de un hombre cuyo aliento huele a regaliz.

—Sería mejor con verduras de verdad —contesto—. Venga, vámonos al supermercado.

—Antes quiero ver todo lo que tienen aquí.

Sus ojos se redondean maravillados para asimilar el exceso de opciones. Se ha convertido en Martha Stewart. Lo he perdido en beneficio de los matices que existen entre las cornucopias en cestos y las que están hechas con alambre, y nos vamos a pasar dos horas aquí deliberando.

El objetivo de salir de este lugar me lleva a ser despiadada:

—¿Cornucopias, Nicholas? Ese centro de mesa es para tu bisabuelo, el peregrino. Modernízate un poco. Ponte minimalista, usa una simple manzana roja.

Él arruga la nariz.

—Eso no impresionará a nadie. Parecerá que no le he dedicado el menor esfuerzo.

—Bienvenido a mi vida. Aquí todo es mucho más sencillo, te lo prometo.

No debería realizar comentarios autodespectivos como éste, porque apuntalan el estereotipo de que no tengo aspiraciones y soy una vaga inconsciente, pero se han convertido en una extraña costumbre.

Él resigue con un dedo mi columna vertebral, sabe que eso me provoca escalofríos, y sonrío cuando doy un respingo. Continúa mirando a un kilómetro por hora. Cada vez que doblamos hacia otro pasillo mi estómago se encoge preocupado ante la posibilidad de que el encargado salga a preguntarnos si necesitamos ayuda. Es algo inevitable. La gente en estos negocios pequeños es demasiado afable, jolines.

Veinte años después, y habiendo recibido cero ayuda por mi parte, Nicholas ha llenado una cesta con los suministros necesarios para que podamos construir nuestra propia pajarera cuando llegue la primavera, y me muero de ganas por ver cómo no los llegará a tocar nunca, además de un montón de bobadas aleatorias marcadas con un cincuenta por ciento de descuento. No sabe lo que va a hacer con todo esto, pero siente debilidad por los adhesivos de oferta en color verde neón.

—Nunca se sabe —dice, y se pone a silbar mientras deja caer en la cesta un paquete de botones azules y apliques rosas: necesita una cura de desintoxicación.

El siguiente pasillo está dedicado a las decoraciones de boda. Los dos nos quedamos paralizados en su umbral.

—Creo que por ahí he visto piñas piñoneras —comento, y él se apresura a asentir con la cabeza.

—Sí, vamos a mirar esas piñas piñoneras de nuevo.

Nos hemos puesto a temblar como cobardes, y los dos lo sabemos. Acabamos cogiendo cuatro bolsas de malla con piñas (que podríamos haber recogido en nuestro patio de manera gratuita) para justificar que hayamos evitado el pasillo de las bodas. Estoy cansada. Tengo los nervios crispados. Le suplico que escoja algo y terminemos con esto, así que elige un tarro de galletas con forma de pavo. Vamos a llenarlo con las piñas. Es una idea poco brillante y él se siente desconsolado por tener que presentarse a la cena con un centro de mesa que no deje a todo el mundo maravillado, pero a mí me cuesta respirar y a Nicholas probablemente le duelan las marcas

rojas que mi mano férrea le está dejando en el brazo. He estado escarbando en él para lograr que moviera el culo.

—De acuerdo, ve a pagar. Yo te espero en el coche.

Nicholas no me oye. Me veo arrastrada hacia la caja y toda la sangre de mi cuerpo abandona el país cuando veo quién está al otro lado del mostrador.

Melissa.

Quiero gemir, pero en su lugar me obligo a mostrar una sonrisa. Mi piel se encuentra a noventa grados. Mis órganos se están cocinando como un estofado.

—Eh, Naomi —me saluda jovialmente.

De primeras, ese tono tan agradable hace que la mire con recelo. Quizá es que su jefe anda por aquí. Dios, espero que no sea así.

—¡Eh, Melissa! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué tal? Nuevo empleo, ¿eh?

—¡Apenas empecé el lunes! He tenido mucha suerte, ¿sabes? No hay manera de que te contraten por aquí.

Me dedica una enorme sonrisa que es completamente ajena a su expresión, por lo general llena de odio.

Quiero salir corriendo de la tienda. «Apenas empecé el lunes.» El puesto que desempeña es aquel para el que mandé la solicitud. Melissa estaba entre el grupo de aspirantes. Melissa me ha derrotado.

Y nadie me llamó para decirme que había perdido el trabajo. Me duele un poco de más porque la mujer de la entrevista se mostró amable y empática. Quizá pensó que era mejor esperar a que pasaran las festividades para darme la noticia, y así yo no me pasaría el día de Acción de Gracias llorando dentro de un armario.

—Felicidades —me obligo a decir—. Espero que te guste este lugar.

—Oh, lo adoro. De hecho... —Se toma su tiempo en marcar las piñas, sus manos se mueven a cámara lenta—. Me han dicho que tú también mandaste una solicitud. ¿No sería gracioso, eh, que acabáramos las dos trabajando juntas de nuevo?

Nicholas vuelve su afilada mirada hacia mí.

Mi voz suena muy baja.

—Creo que sólo buscaban a una persona.

Melissa lo sabe, por supuesto.

—Ah, es verdad. Buena suerte con la búsqueda de trabajo.

Una sonrisa de regodeo le eleva las comisuras de los labios mientras acerca una chuchería al escáner.

—Ya encontrará algo. —Nicholas cuele esas palabras con soltura—. Estamos esperando la mejor opción. No podemos aceptar cualquier empleo donde quieran contar con ella..., sobre todo en negocios que probablemente habrán cerrado dentro de un año.

La mirada de Melissa se oscurece. Me siento tan agradecida hacia Nicholas que podría

echarme a llorar.

—Por suerte, yo no me encontraré en esa situación —dice ella, toda ínfulas—. Let's Get Crafty va espléndidamente.

Nicholas pasea la mirada de manera ostentosa por la tienda vacía.

—Claro.

La animación en el tono de voz de Melissa comienza a flaquear.

—Es Acción de Gracias. Pues claro que hoy no hay muchos clientes.

Nicholas ni siquiera tiene que contestar. Arquea las cejas sonriendo con ingenuidad. Resulta más efectivo que una mueca burlona. Es una expresión con la que estoy muy familiarizada y que por lo general me llena de rabia, pero debo decir que, convertida en un arma contra Melissa, me va pareciendo cada vez más atractiva.

—En fin... —Ella finge tener problemas con una etiqueta para prolongar el diálogo—. ¿Has quemado más flores venenosas recientemente, Naomi?

Nicholas se pone tenso. Voy a acuchillarla con el alfiler de su credencial.

—En realidad no he tenido tiempo. He estado muy ocupada.

—¿Con qué? No tienes trabajo.

—Quizá no paramos de hacer el amor —mete baza Nicholas irritado—. Quizá hemos perdido la noción de los días porque no podemos parar de follar. —Dejo escapar un resoplido impropio de una dama, tanto porque ha dicho algo deliciosamente inapropiado como porque es tan falso que hasta me duele un poco—. No es asunto tuyo, ¿verdad?

Melissa se deja de cortesías.

—Eso es lo que una espera oír acerca de ti. Que hay un montón de sexo en torno a tu consulta, y lo sé por experiencia propia. No me sorprendería que tú también estuvieras tirándote a esa higienista dental. Los dos, Seth y tú. Tus amistades dicen mucho acerca de ti.

—Oh, por el amor de Dios... —replico con brusquedad. Siempre me he apresurado a ofrecerle mis simpatías cuando quería quejarse de Seth (lo cual sucedía a menudo), pero verla en este nuevo escenario, vestida con un chaleco cubierto con trillones de chapas relacionadas con el mundo de las manualidades, es demasiado. No voy a echarme a un lado para dejar que continúe castigándonos—. ¿Otra vez con esto? Saliste con un tipo durante, no sé, un mes y medio. Y llevo oyendo hablar de ello desde mayo. Tu resentimiento me agota, Melissa.

—¡Oh, mis disculpas! ¿Según tú no me he recuperado con la suficiente rapidez después de que me rompieran el corazón?

—Si necesitas cerrar página con tu ex, ve y cuéntaselo a él. —Melissa abre la boca, pero yo levanto la mano—. Escúchame, lamento que Seth sea un mamón y te haya puesto los cuernos. No te lo merecías. Honestamente, tú podrías aspirar a algo mucho mejor y no vale la pena que te amargues de esta manera por él. Pero nada de lo que te ha pasado es culpa nuestra. —Le dirige a Nicholas una mirada asesina y abre la boca, dispuesta a disparar, pero yo me adelanto—. Se han acabado los ataques a Nicholas, ¿me entiendes? No quiero volver a oír esta mierda nunca más.

En cuanto a Nicholas, creo que no se había sentido nunca tan aturdido. Su mirada es la misma que tenía yo esta mañana. Es como si me hubiera puesto una camiseta Henley de color verde.

Los movimientos de Melissa se vuelven más bruscos mientras va metiendo nuestra compra en la bolsa.

—¿Podrías ponerle un envoltorio doble a eso? —pregunta Nicholas, y los dos encontramos un placer sádico al ver cómo Melissa envuelve de nuevo el frasco de las galletas—. ¿Y me lo pones en dos bolsas? —añade.

Su saña es tan hábilmente sutil que casi cabría calificarla de arte.

Ella mete el frasco en tres bolsas.

—¿Es suficiente?

Él esboza una sonrisa encantadora.

—Perfecto.

La mirada fulminante de Melissa recae en mí y, por una vez, no repito lo que hago siempre que ella y Nicholas se enfrentan. No comienzo a mordeme las uñas mientras me disculpo con los ojos. En cambio, me doy aires de ser «extremadamente importante» y de tener «citas-a-las-que-acudir». Conjuro a mi Deborah Rose interna y, al hacerlo, me asusto a mí misma hasta la médula.

—Ya está, buena suerte con vuestra vida —se despide Melissa de manera desagradable cuando ya hemos pagado y recogido las bolsas.

Yo decido mostrarme como la persona más madura de las dos.

—Para ti también, Melissa. Buena suerte. Espero que te vaya bien con este trabajo.

Nicholas decide no mostrarse como la persona más madura de los tres y, mientras nos alejamos, coge una moneda de la bandeja de los centavos.

Su malicia me deja impresionada.

—¡Que pases un feliz día de Acción de Gracias! —dice por encima del hombro.

—¡Sois un par de gilipollas! —grita ella—. Estáis hechos el uno para el otro.

Le muestro los dos pulgares hacia arriba.

—¡Gracias!

Aún no hemos acabado de cruzar la puerta y ya se nos está escapando la risa. Metemos las cosas en el coche y nos subimos a él, salimos quemando rueda como fugitivos en plena huida. Le choco los cinco.

—Has. Estado. Genial.

—Gracias, gracias. —Me sonrío—. Tú también.

—Estoy muy contenta de no tener que tratar más con ella.

Él me mira de reojo.

—Pero tiene razón acerca de Seth. Estoy muy cansado de defenderlo. Siento que... no lo sé. Nunca he tenido que romper con un amigo.

No soy exactamente fan de Seth. Es un tipo agradable la mitad del tiempo, pero la otra mitad la pasa levantándose el ánimo a costa rebajar el de Nicholas.

—Tienes derecho a defenderte cuando la gente hiere tus sentimientos. Te mereces estar rodeado de personas que te traten bien. —Viendo precisamente de mí, esta afirmación resulta tan atroz que me quedo medio esperando que un relámpago caiga del cielo y me fulmine. Pero tengo razón: se merece unos amigos que se comporten como tales. Y yo igual, ya que estamos—. Eres consciente de ello, ¿verdad? Date permiso para ponerte en primer lugar.

—No sé cómo hacerlo.

—Yo te ayudaré. Y, si Seth no comienza a comportarse, aún tengo el número de la empresa de mudanzas. Te organizaré una cita con ellos. Te vestiremos con unos tejanos rotos y... ¡tachán! No tardaréis nada en ser amigos del alma. —Nicholas sonrío—. Lo que hagas con Seth es decisión tuya —le digo—, pero si en algún momento necesitas que te cubran las espaldas, soy tu chica. Sólo has de decirlo y le meteré tal susto en el cuerpo que no volverá jamás a pasarse de la raya.

Me coge la mano. Me da un beso en los nudillos.

—Gracias —murmura.

Todo lo bueno debe llegar a su fin.

Tal es el solemne decreto que suena en mi cabeza mientras nos sentamos a la mesa con Deborah y Harold. Un festín se extiende ante nosotros y eso debería incentivar alguna forma de felicidad, pero no sucede así porque todos estamos a punto de ver cómo nuestras piernas quedan atrapadas juntas bajo una tabla de madera durante una comida extralarga, lo cual implica una conversación extralarga.

Sé cuál va a ser el tema de la velada. Es el tema favorito de Deborah. Nicholas y yo hemos hecho un buen trabajo a la hora de evitarlo cuando estamos solos, tal y como demuestra la manera en que nos hemos acobardado frente al pasillo de las decoraciones de boda.

—¿Habéis mandado ya las invitaciones? —se lanza directamente Deborah mientras corta en pedazos un trozo de carne oscura de pavo en el plato de su marido. Harold no tiene permiso para servirse porque «se le da mal controlar las porciones». La dieta que le ha puesto ahora prohíbe el relleno, la carne blanca y las patatas, y él parece a punto de echarse a llorar—. Ya casi es diciembre.

Su mirada pasa de Nicholas a mí. Es una mirada acusadora, clara como el agua. Piensa que es culpa mía que las invitaciones no hayan salido. Nicholas hace justo lo que haría yo. Finge que no la ha oído. A continuación, cuando ella repite la pregunta, finge que no sabe de qué está hablando.

—¿Invitaciones? —Es como una palabra extranjera que no comprende.

Yo me meto paladas de puré de patatas en la boca. Soy una señorita. Tengo mis modales. Nadie puede esperar que hable con la boca llena.

Deborah estudia a Nicholas por encima de su vaso de vino, con mirada calculadora.

—Las invitaciones de tu boda, querido. Aún no hemos recibido la nuestra.

—¿Necesitáis una invitación oficial? —pregunta él débilmente—. Si ya sabéis la fecha y el

lugar.

—Necesito tres invitaciones: una para mi libro de recuerdos, una para tu álbum de cuando eras un bebé y otra para los registros de la familia. Además, todo el mundo necesita la suya. Todos tus tíos y tus tías. Me da la sensación de que cada día recibo una llamada. «¿Dónde está mi invitación? ¿Acaso no estoy invitado?» ¡Los hombres del club de tu padre y sus esposas están alborotados! Se sienten insultados personalmente. No puedes dejar a nadie fuera, Nicky. Es una grosería.

No conozco a ninguna de las personas a las que se refiere. Nicholas tampoco conoce a la mayoría, y aquellas a las que conoce no le caen bien. No creo que nadie se haya alborotado. Sucede más bien que Deborah está intentando calibrar lo que pasa, así que se está inventando toda esta mierda.

—Con franqueza, me estás dejando en una mala posición —prosigue—. La gente sabe que yo dirijo toda la operación, y que descuides tus deberes dice muy poco de mí. —Se toca el collar. Es un corazón con cuatro piedras natalicias que representan a todos los miembros de su familia—. Así que, si no piensas comportarte con responsabilidad por tu propio bien, hazlo por el mío.

Nicholas se está apagando. No es algo visible: a todos los efectos, su apariencia es buena. Su expresión es calmada y su tono de voz, afable. Pero yo lo percibo como si tuviera un sexto sentido: odia esta situación. Nos acabamos de sentar y ya está deseando correr hacia la puerta, pero no puede. Está atrapado ejerciendo de Nicholas Rose, el hijo perfecto, y después de todos estos años el papel lo está desgastando.

—Harold —ladra Deborah cuando éste intenta robar un bollo—. Ya sabes que no puedes comer eso.

—Me has puesto demasiadas judías verdes —se queja él—. Ni siquiera están aderezadas.

—El aderezo te cae pesado en las tripas. —Se vuelve bruscamente y le dice a Nicholas—: Vindrás en algún momento de esta semana con las invitaciones. Yo misma te ayudaré a escribir las direcciones en los sobres, si no hay nadie más que lo haga. —Una simpática pullita contra mí—. Tienes que mandarlas si esperas que las confirmaciones lleguen a tiempo. Hay invitados que tienen que hacer un hueco en sus agendas de trabajo para poder viajar hasta aquí, y que esperes hasta el último momento para suministrarles la información es extremadamente desconsiderado. No me extrañaría que Diana, mi amiga de la universidad, no pudiera venir, ahora que apenas queda tiempo para hacer los preparativos.

—¿No le has dicho a tu amiga cuándo y dónde es la boda? —le pregunta Nicholas—. Sabes desde hace seis meses que es en St. Mary's el 26 de enero. A la una de la tarde. Se lo podrías haber contado tú misma.

—¡Así no es como se hacen las cosas! Hay que enviar las invitaciones como es debido. Ésta no es ninguna boda de pacotilla en Las Vegas, Nicholas. Y te vas a comportar de manera acorde.

Lo dice como si Nicholas le hubiera fallado y hubiera arruinado la boda al no remover cielo y tierra por una señora llamada Diana. Diez a uno a que nunca ha coincidido con Diana. Deborah tan

sólo quiere presumir del vestido de madre-del-novio que haya escogido. Un vestido deslumbrante que eclipsará al mío.

—Me encargaré de las invitaciones, mamá —dice Nicholas afablemente—. No te preocupes.

—No me digas que no me preocupe, Nicky. Es mi trabajo. Y no seas ridículo... Voy a ayudarte a solucionar este asunto de una vez por todas. Ven el miércoles después del trabajo. ¡Le dedicaremos toda la tarde! Haré que la mujer te prepare esos minibagels de pizza que te encantan, y trabajaremos hasta la medianoche si es necesario.

Nótese que no me invita a venir, sólo a él.

Estoy preparada del todo para comenzar a atiborrarme y olvidar el lugar en el que estoy cuando de repente me veo transportada de vuelta al Let's Get Crafty y a lo mal que me he sentido al ver a Melissa al otro lado del mostrador. He tenido que procesar la pérdida de un empleo a la vez que la aborrecible Melissa me lo restregaba por la cara, y eso habría acabado con mi día si Nicholas no me hubiera rescatado. En vez de salir de la tienda con un humor de perros, lo he hecho riéndome.

—En realidad, Nicholas y yo tenemos un compromiso ineludible el próximo miércoles —contesto por él.

Deborah me mira detenidamente, con curiosidad.

—¿Cuál? ¿Vais a hacer los sobres de las invitaciones?

No puedo comprometerme a eso. Mi relación con Nicholas pende de un hilo. Mandar las invitaciones hace que la boda resulte demasiado real, y aún no puedo imaginarme camino del altar de St. Mary's. No me imagino la voz monótona y resonante del cura al darnos sus instrucciones sobre cómo hemos de tratarnos el uno al otro durante el matrimonio, y no me imagino poniéndome ese vestido de corte trapezoidal del que no estoy enamorada. No me veo mirando a Nicholas y oyendo cómo dice las palabras «Sí, quiero». Tampoco creo que Nicholas pueda imaginarse todo eso, y ése es el motivo por el que llevamos tanto tiempo dándole vueltas.

—Vamos a salir a pescar —improviso—. En nuestra canoa.

Deborah tose sobre su comida. La mano de Harold sale disparada y considera la posibilidad de darle unos golpecitos en la espalda, pero en su lugar coge un bollo y se lo embute dentro de los pantalones para ponerlo a buen recaudo. No lo culpo. Las judías verdes son un asco.

—Tú no tienes ninguna canoa, Nicholas —dice Deborah como si acabara de contarle que vamos a deshacernos de todas nuestras posesiones materiales y que nos vamos a fugar para unirnos a una secta.

Nicholas parece fatigado, así que vuelvo a contestar por él.

—¡Sí que tenemos una! Nos lo pasamos bomba con ella. Nicholas la sacó al estanque el otro día.

Deborah está horrorizada.

—¿Para qué?

No se dirige a mí, ansiosa por obtener una reacción de su hijo. Mi corazonada es correcta: este

hombre necesita que lo rescaten. Y hará falta una estrategia diferente de la que ha usado él para salvarme en el Let's Get Crafty. La señora Rose no es Melissa. Ya no me importa una mierda lo que esta mujer piense de mí, pero a Nicholas sí le importa, así que debo abordar la cuestión con delicadeza. Me va a costar algunos puntos de orgullo.

—Para ir en canoa, por supuesto —le digo sin el menor indicio, sin el menor susurro siquiera, de falta de sinceridad. Esta noche soy Shakespeare—. Hay muchísimos estudios según los cuales ir en canoa es bueno mental y físicamente. Lo califican de «deporte meditativo».

Ignoro si me acabo de inventar la terminología o si la escuché en alguna parte y se quedó dando vueltas en mi subconsciente, pero en todo caso me siento orgullosa de mí misma por haberla encontrado al segundo. «Deporte meditativo»: suena fiable de la hostia.

Estiro el brazo hacia el boniato, pero Deborah desliza la fuente sobre la mesa para apartarla de mí.

—No te comas eso, querida. Tus futuros hijos saldrán de color naranja. —Se inclina sobre su plato hasta que las puntas de su corte de pelo bob quedan peligrosamente cerca de meterse en la salsa—. Nicky, ¿te has registrado para los regalos de boda? Tengo que incluirlo en los anuncios de la iglesia. Quiero que lo añadan a todos los boletines dominicales y también estoy pensando en pedirle a la *Beaufort Gazette* que escriban algo sobre ti.

Nicholas inspira hondo, pero yo le aprieto la rodilla con suavidad por debajo de la mesa. Soy su caballero andante. Ése es mi papel aquí. Poco a poco, estoy comenzando a darme cuenta de que lo ha sido siempre, pero no fui consciente de ello y perdí el pie de entrada la primera vez que una madre dragona atacó mi posición. He de recuperar el tiempo perdido.

—Deborah, este pavo está taaan delicioso... ¿Cuál es tu secreto?

Su secreto es que no lo ha cocinado ella, sino otra persona, pero la tomo tan por sorpresa que tiene que responder.

—Oh. Yo..., hum..., la mantequilla. Y las especias. ¡Y un montón de amor! —Sonríe complaciente. Puta mentirosa—. El amor es el ingrediente más importante de todos.

—Estoy de acuerdo. El amor es importantísimo. —No pienso dejarla tranquila un solo segundo. Voy a ocupar hasta el último centímetro cuadrado de esta conversación y, por una vez en su vida, Nicholas podrá acabarse la comida mientras ésta siga estando caliente. Y esta noche no tendrá que echarle un chorrillo de miel al té para calmar la garganta después de dos largas horas de hablar, hablar y hablar—. Es una lástima que Heather no haya podido venir. Me habría encantado conocerla por fin.

Heather dejó la ciudad el día que cumplió los dieciocho y sólo vuelve a casa cuando no consigue evitarlo. Por lo que he oído, ella y Deborah mantienen una relación extremadamente borrascosa desde que Heather era una adolescente y Deborah, el terror de todas las reuniones entre profesores y padres de alumnos.

—¡Heather! —Deborah está a punto de abanicarse con la mano. He dado en el blanco—. Lástima es poco. Es una vergüenza que no venga a casa por Acción de Gracias. Yo se lo he

suplicado. Su padre se lo ha suplicado.

Harold frunce el ceño mientras se llena la boca de comida, preguntándose probablemente si llegó a suplicar algo en realidad. Entonces renuncia a pensar más en ello y roba un trozo de pavo.

—¡Es como si no fuéramos nadie para ella! —continúa Deborah—. Cuando hablamos por teléfono siempre le digo lo afortunados que somos de tener a Nicky, porque de otro modo estaríamos solos. Nuestro Nicky entiende el valor que tiene la familia.

Hace una pausa y lo mira, se prepara para dirigirse a él directamente, así que digo:

—Sí, así es. Nicholas es un buen hombre y no podría sentirme más orgullosa de él. Hiciste un buen trabajo al educarlo. ¡Uau, esta salsa de arándanos es de lo que no hay! Nunca había probado una salsa de arándanos tan sabrosa. La que hacía mi madre siempre era... puaj —digo poniendo una expresión exagerada de asco.

Esto es merecedor de toda su atención. Deborah salta sobre cualquier oportunidad para situarse por encima de mi madre. Odia que Nicholas vaya a tener una suegra más incluso que a la exesposa de Harold. Y eso que literalmente hizo venir a un cura para que bendijera la casa de Harold cuando se fueron a vivir juntos y así deshacerse de la esencia de Magnolia.

—Gracias. Es cierto, no mucha gente sabe prepararla como es debido.

—Incluyéndote a ti —gruñe Harold a un volumen demasiado bajo como para que ella lo oiga.

Le doy un bocado y hago ruido de saborearlo.

—Mmm. Divina. No estoy segura de habértelo contado, pero este comedor me recuerda a un castillo francés. Cuando me siento aquí me da la impresión de ser María Antonieta, si no te molesta que te lo diga.

Sus ojos se iluminan.

—¡Ésa es su inspiración!

—¡No me digas! Muy buen trabajo.

Levanto el vaso y hago un brindis en broma, que ella imita para provocar en mí una mezcla de horror y fascinación. No me atrevo a mirar a Nicholas porque sé que, si lo hago, vea lo que vea en su rostro hará que me ría.

Deborah comienza a contarme más cosas acerca de su mesa y de sus sillas, a lo cual respondo con entusiasmo y un gran número de preguntas. Entrelazo cumplidos dedicados a ella, a Nicholas y a su don para el diseño de interiores cada vez que puedo colar unas palabras.

Cuando Nicholas y yo comenzamos a salir juntos, lamerle el culo a Deborah era tan fácil como respirar. Yo había ido a impresionarla y no la conocía demasiado bien. Todo resulta sencillo para una mirada inocente que no sabe identificar los peligros ocultos. Pero mi mirada ya no es inocente. Sé exactamente quién es esta persona. Ahora tenemos un historial. Los cumplidos dulcorados siguen fluyendo como antes, pero los estoy conjurando a través de un canal diferente porque mi objetivo también ha cambiado. Mis prioridades han cambiado. Nicholas se merece una festividad en la que no le den la lata hasta la muerte.

Deborah se excusa para ir a la cocina a buscar el postre y yo trago aire y engullo todo mi zumo

de arándanos, además de un vaso de agua. Me atrevo a lanzar una mirada a mi derecha y se me para el corazón.

Los ojos de Nicholas están puestos en mí. Tienen la calidez de la gratitud, y esa gratitud hace que mi agotamiento haya valido la pena. Disputaré diez *rounds* más con la señora Rose si eso implica que al final reciba otra mirada como ésa.

Cuando Deborah vuelve a entrar cargada con una tarta del tamaño de una isla pequeña, yo ya estoy preparada para seguir inflando su ego.

—¡Mmm, tiene un aspecto increíble!

Ni siquiera tengo que mentir. No he comido gran cosa porque me he pasado la cena parlotando, y la tarta huele de maravilla.

—¿Verdad que sí? —Mis alabanzas la tienen emocionada. Deborah corta dos trozos de pastel y los coloca sobre sendos platitos. Uno se lo queda ella, y el otro se lo da a Nicholas—. Tarta de manzana con caramelo salado. Es una receta familiar de los Rose, transmitida de generación en generación.

—Me muero por probar a hacerla yo también.

Su sonrisa se tensa.

—Algún día, cuando seas madre, te contaré su secreto.

Muy bonito. Aprovechar una receta para conseguir que le dé nietos. Pese a todo, me froto las manos y digo:

—¡Hasta entonces, supongo que tendré que conformarme con comer la tarta en vez de cocinarla! —exclamo mientras examino la mesa en busca de otro plato.

—Yo también quiero —insiste Harold.

—Chitón —le riñe Deborah—. Ya sabes que no puedes tomar tanto azúcar. ¡Piensa en tus tripas!

Ojalá dejara de obligarnos a todos a pensar en las tripas de Harold.

Aparto hacia un lado la comida ya fría en mi plato de la cena para dejar espacio para un pedazo de pastel. Pero, cuando intento coger el cuchillo de cortar, la mano de Deborah se cierra sobre la mía. Su piel es cálida. Humana. Pero sus ojos son fríos.

—Creo que no deberías, querida.

—¿No te parece? —prosigue al ver que no retiro la mano—. Ya sabes... —Sus ojos descienden hacia mi cintura—. Por la boda. La tradición dice que las novias han de refrenar sus apetitos hasta que llegue el gran día, para evitar sorpresas desagradables con el vestido. Normalmente no diría nada, ya lo sabes, pero acabas de cenar una cantidad excepcional de comida. No sería inteligente que te empacharas.

Mi cabeza se pone a dar vueltas, titila y deja de funcionar. Una sola palabra atraviesa flotando la oscuridad del vacío: «¿Qué?».

—Mamá —dice Nicholas con frialdad.

Ella pone también la otra mano sobre la mía, y le da unos golpecitos cariñosos. Se me revuelve el estómago de tanta cortesía y sentimientos almibarados. Me he pasado los últimos cuarenta y cinco minutos alimentando su complejo de señora privilegiada. Tanto da lo agradable que me muestre con ella. Eso nunca tendrá importancia. Siempre será una mujer horrible.

—Cuando me prometí —me cuenta ignorando a su hijo—, la gula también me tentó. A mi hermana le encantaba la repostería, y la casa olía a diario a galletas y pasteles. ¡Es que no te lo puedes ni imaginar! —Su sonrisa resulta espeluznante porque está diciendo en serio cada una de las palabras que salen de su boca—. Pero tienes que controlarte. En aquellos tiempos, las chicas tenían su manera de ocuparse de ese problema.

—Y el problema sería... ¿el hambre?

Ella asiente, sin notar la incredulidad en mi voz.

—Exacto. No puedes estar comiendo como una cerda si quieres verte esbelta en las fotos de la boda. Bebe agua caliente con limón y albahaca, ¡y te sentirás tan llena que jurarías haber estado comiendo todo el día! Puedo ir a pedirle a la mujer que te haga una taza si aún tienes hambre.

—No se va a beber esa porquería —la interrumpe Nicholas—. Déjale que se coma un trozo de pastel.

—¡No puedo dejar que coma pastel! —exclama Deborah. Hasta el torso de esa María Antonieta a la que tanto admira se revuelve en su tumba diciendo algo del tipo «Chica, yo no haría»—. Lo digo por amor, Nicky. Tienes que creerlo.

Él no se echa atrás.

—No eres su médico, y lo que ella coma no es asunto tuyo. Si sacas un postre, no te corresponde decidir quién puede comérselo y quién no.

—¡Estoy de acuerdo! —mete baza Harold.

A Deborah se le sonrojan las mejillas con fuerza.

—Cállate, Harold.

—No me vengas con «Cállate, Harold». Yo pago el sueldo de la mujer que ha hecho este pastel. Así que me lo puedo comer. —Harold estira el brazo y, aunque Deborah le da una palmada en la mano, él tira de la bandeja de servir con una agilidad sorprendente y la coloca con rapidez sobre su regazo—. Aquí tienes, Natalie.

Me ofrece un trozo enorme de la parte del centro.

—¡No! —grita Deborah, que se apresura a interceptarlo—. ¡No te comas eso! Parecerás una salchicha en el vestido. ¡Después de la última prueba hice que la costurera lo redujera a una talla cero!

Dejo caer el pastel, que salpica magníficamente la mesa.

—¿Que hiciste qué?

Deborah se retuerce las manos horrorizada.

—Yo tenía una talla cero cuando me casé. No es imposible..., sólo tienes que comenzar a aplicarte en serio. Se acabaron los postres o...

—Yo no soy una talla cero —digo abochornada. Odio hablar de esto delante de los padres de Nicholas—. Es que ni me acerco. ¡Tendrías que quitarme los órganos internos! No lo entiendo... por qué ibas..., por qué es tan...

Estoy a punto de ponerme a llorar, porque me he esforzado mucho por ser cortés y debería haber imaginado que pasaría esto. Tengo un latigazo cervical. No hay una sola parte de mí que desee tener una talla diferente a la mía, y odio por completo a Deborah por intentar hacer que me sienta mal conmigo misma por no satisfacer un patrón de mierda que ella estableció hace más de treinta años.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —ruge Nicholas—. Arregla lo que le hayas dicho a la costurera. —Se pone en pie, tan severo e impávido que me hace sentir bastante intimidada—. Pídele perdón a Naomi ahora mismo.

Deborah no consigue cerrar la boca. Su cara se ha puesto del mismo color frambuesa que su blusa, las dos hacen juego a la perfección. La validación que me da el hecho de que Nicholas se haya puesto de mi parte me recorre el cuerpo con la energía de un relámpago, y sin pensarlo yo también me pongo en pie y busco su mano. Sus dedos se deslizan con suavidad entre los míos y se cierran. Hemos combinado nuestros ejércitos y hemos generado un sólido campo de fuerza para enfrentarnos a la salva de palabras balísticas de su madre.

—Mi intención era buena —dice ella con dulzura—. ¿Cómo es posible que sea yo la que está equivocada? Estoy cuidando de mi futura nuera. Sé lo desagradable que puede llegar a ser la gente. Imagínate lo que sucederá cuando el vestido no le quede bien.

—El vestido tiene que adaptarse a Naomi —contesta Nicholas bruscamente—. No es ella la que tiene que adaptarse al vestido. Es mi prometida, es hermosa y perfecta, y no voy a permitir que se le hable de esta manera, y mucho menos un miembro de mi propia maldita familia.

—¡Nicky! —le advierte ella con un sonoro susurro, como si temiera que los vecinos pudieran oírlo.

—Pídele perdón.

—Pero...

Lo que ella desea es lamerse los dedos y pasárselos por el cabello para alisarlo. Arrojarlo en la cama. Empujarme desde lo alto de una torre. Robará a nuestro bebé de la cuna y se irá a México para asegurarse de que al crecer éste establezca un vínculo enfermizo con ella. Lo bautizará en St. Mary's con un faldón blanco bordado de rosas.

Deborah balbucea, le suplica con la mirada, pero cuando la desplaza hacia mí ésta se vuelve afilada como la de un águila. Nunca pensó que esto podía llegar a suceder. Ni por un momento se le ocurrió que él podría ponerse de mi parte contra ella, porque para ella yo carezco de importancia. Soy una molestia necesaria que le permite organizar una boda de lujo y conseguir los nietos que tanto desea, pero más allá de eso soy un elemento más del paisaje. En esta casa siempre me he sentido insignificante.

—Es patético —gruñe Nicholas—. No puedes tratar a mi prometida de esa manera y esperar que te invitemos a la boda.

No sé qué grito ahogado suena más fuerte: el mío, el de Deborah o el de Harold. En realidad, lo de Harold no es un grito ahogado. Se ha atragantado con el pastel.

—Oh, por el amor de Dios —dice Deborah con brusquedad, y le golpea entre los omóplatos—. ¡Mastica! ¿Es que no sabes masticar? —Las mejillas de Harold se han puesto del color de la remolacha, y tiene los ojos desorbitados. Al toser escupe trocitos de pastel por todo el mantel, y deja escapar un sonido perruno que suena a «Cállate»—. Estoy invitada a la boda —declara Deborah mientras su marido continúa esforzándose por llevar aire a los pulmones—. Por supuesto que lo estoy. Ni se te ocurra decir algo así.

—No lo estoy diciendo, te estoy amenazando con ello.

—¡No! —grita Harold interrumpiendo a su hijo. Deborah está intentando arrebatarle el pastel—. ¡No me dejas tener nada que me haga feliz! Bien podría estar muerto. Me he sacrificado mucho. ¡Te dejé tener a *Beatrice*, así que ahora tú puedes dejar que me coma un trozo de pastel o te juro por Dios que me tiraré desde el tejado de esta casa!

Ella le deja que se quede con el pastel.

—¿Quién es *Beatrice*? —pregunto.

Ésta es la cena más extraña en la que haya estado.

—Un perro que tenía cuando yo era pequeño —me murmura Nicholas al oído.

—¿Cómo has podido mencionar a *Beatrice*? —gime Deborah mientras se le llenan los ojos de lágrimas—. Ya sabes el daño que me hace, sobre todo en esta época del año.

—Tendría que haberla tirado a un lago de una patada. —Harold coge el pastel con las dos manos y se lo come como un bárbaro. Esto es una locura. No hay manera de que esta gente pueda

volver a pretender que son mejores que yo—. ¡Quince años! Durante quince años no pude dormir en mi propia cama por culpa de ese perro.

—¡Era mi bebé! —grita Deborah.

—¡Y yo era tu marido, por desgracia! ¡Tuve que dormir en la habitación de los invitados! ¡En mi propia casa! —Se inclina hacia mí—. A mi exesposa no le gustaban los perros. Magnolia. — Sus ojos adquieren un tono evocador—. Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

—No voy a quedarme para ver esto —dice Nicholas—. Lo siento mucho, Naomi.

Para nuestra estupefacción colectiva, le da la espalda a la mesa y me lleva consigo.

—¡Nicky! —grita Deborah—. No te vayas sólo por tu padre. No te has acabado el postre.

—Nos vamos. Feliz día de Acción de Gracias.

—Entonces ¿vendrás el miércoles? ¿Con las invitaciones?

Su voz es como una bofetada. Esto es tan surrealista...

Nicholas está furioso. Apenas puedo seguir el ritmo de sus enérgicos pasos, pero estoy disfrutando muchísimo. Es el tipo de escenario con el que he estado soñando: que básicamente él mandara a su madre a la mierda y se fugara conmigo. Sigo ofendida con Deborah por haber intentado embutirme en unas medidas que no son las mías, pero eso se ve enseguida eclipsado por la maravillosa sensación que me produce que Nicholas me haya defendido. Es algo tan fuera de lo común que me da visión de túnel. Nicholas y yo volamos sobre el césped a oscuras cogidos de la mano. Por segunda vez en el día estamos huyendo de la escena de un crimen y nunca antes nos había pasado que los dos estuviéramos en el mismo bando.

Cuando llegamos al jeep, él planta una mano sobre la puerta del copiloto antes de que yo pueda abrirla y me aplasta contra el frío metal con su cuerpo. Sus ojos me miran con intensidad desde lo alto, está tan cerca que puedo saborear su aliento. Toma mi cara entre sus manos y me dice:

—No hagas caso a mi madre. Eres perfecta.

Aparto la mirada y trago saliva.

—Gracias. —Le ofrezco una ligera sonrisa—. Hemos hecho un buen equipo ahí dentro.

—Así es como se supone que ha de ser —apunta, y me observa durante unos instantes, como si estuviera debatiendo algo; a continuación, antes de que yo pueda preguntarme lo que está pensando, cae sobre mí y su boca se encuentra sobre la mía.

Me tiemblan las piernas y mi espalda golpea contra la puerta. Apenas tengo tiempo para rodearle el cuello con los brazos antes de que él me levante del suelo pasando las manos alrededor de mis muslos. Me besa con fiereza y es el más apetecible de los dulces, mi cuerpo queda aplastado entre el suyo y el coche. Las palabras «Dios mío» salen a la superficie de mi conciencia en el mismo momento en que se abre la puerta de la casa y aparece Deborah, que se queda plantada y nos mira boquiabierta.

Echo la cabeza hacia atrás y me río estrepitosamente. Nicholas sonrío, con los ojos brillantes, y se carcajea también. Creo que no se puede creer lo que está haciendo.

No sé qué mosca nos ha picado, pero me gusta. Desde el punto de vista de Deborah, las manos

de Nicholas han desaparecido más allá del dobladillo de mi falda, y la idea de que la estemos escandalizando de esta manera hace que casi sienta pena por ella. Casi.

Cuando Nicholas me deja ir, tengo que admitir algo frente a mí misma: ya no tengo ni idea de lo que está pasando; es aterrador.

Sigo con hambre y, milagro de los milagros, Jackie's está abierto.

—¿El día de Acción de Gracias? —pregunto después de que Nicholas vuelva a entrar en el coche con una bolsa de papel grasienta.

—Abren siempre.

Lo miro de reojo. Vinimos muchísimas veces a buscar comida a Jackie's durante nuestro primer año como novios, antes de prometernos y de irnos a vivir juntos y de que yo perdiera mi trabajo en la ferretería, todo ello a la vez.

—Entonces ¿todavía sigues viniendo a menudo?

—Oh, ya sabes... —Se encoge de hombros. Pero yo no aparto la mirada de su rostro, y él acaba soltando la verdad—. Lo hago a veces, cuando las cosas no van demasiado bien en casa. Cuando me preocupa que vaya a decir algo..., hum..., algo que no quiero oír, me subo al coche y me voy. Te digo que voy a casa de mamá y papá, pero casi siempre me voy a conducir un rato o vengo aquí. Mira.

Abre la guantera, donde hay embutida una enorme cantidad de servilletas extragrandes de Jackie's.

—¿Te preocupa que vaya a decir algo que no quieres oír? —repito, y acepto el paquete de patatas fritas que me ofrece—. ¿Como qué?

Nicholas vuelve a encogerse de hombros y pone en marcha el coche para volver a casa. Puesto que parece que no quiere contestar a esa pregunta, se me ocurre otro tema de conversación.

—La placa de la casa de tus padres está equivocada. La de la rosa que no deja de esparcir su aroma.

Él se ríe.

—Ya lo sé. Lo busqué una vez. No se lo digas, ¿vale? Quiero ver cuánto tardan en enterarse.

Compartimos una sonrisa. Quizá Nicholas no sea tan malo. Es esa buena voluntad la que me lleva a decir:

—Cuando lleguemos a casa hay algo que quiero enseñarte.

Él me mira. Siento sus ojos en la oscuridad, alternando entre mi rostro y la carretera. Se mantiene callado, pero durante el resto del trayecto oigo las vueltas que da su cerebro preguntándose qué es lo que le voy a enseñar. No puedo obtener una lectura para saber cuáles serán sus suposiciones.

Nada más entrar en casa comienzo a arrepentirme. ¿Por qué soy tan impulsiva? Tengo que retirar la oferta. Intento que se me ocurra un secreto diferente que mostrarle, pero me quedo en

blanco.

—Bueno —dice sin acabar de ir al grano—. ¿Qué querías enseñarme?

No estaría segura de querer hacerlo si no fuera por la duda que hay en sus ojos. Está preocupado. Piensa que, se trate de lo que se trate, tiene que ver con los dos, y que podría ser algo negativo. No puedo dejar que sufra, así que me trago el sapo y hago acopio de todo mi valor y más. Ni en un millón de años habría pensado que le iba a mostrar esto voluntariamente.

Él está apoyado sobre la encimera de la cocina cuando le paso mi teléfono.

—Ten.

Entonces me retiro a la pared de enfrente, mordiéndome las uñas. Él parece aún más preocupado.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Mira mis notas.

—¿Por qué?

—Hazlo.

Me estudia durante varios segundos, como si pudiera tratarse de una trampa, y entonces hace lo que le he pedido. Quiero arrancarle el teléfono de las manos. Me he sonrojado y tengo el corazón en la garganta, y si se ríe de mí voy a echarme a llorar. Su compasión sería incluso peor. Estoy convencida de que va a pensar que soy una perdedora patética. Tiene todas las pruebas ahí, en la mano. «Nadie me quiere. Mira por quién lo has tirado todo. Una mujer que ni siquiera puede conseguir que la contraten como camarera en un restaurante.»

Lo observo mientras lee la lista que he redactado en mis notas de cada uno de los establecimientos a los que he enviado una solicitud. Es bastante detallada: describo si realicé la solicitud por internet o en persona, si puedo esperar su respuesta por teléfono, mensaje de texto o correo electrónico. En los lugares con los que tenía mayores esperanzas he puesto caras sonrientes. Después de cada respuesta negativa hay una equis. Detrás de los negocios de los que sigo sin saber nada hay un signo de interrogación. No hay ninguna respuesta positiva.

Es una lista larga, y está llena de equis.

Cuando pasan varios minutos sin que él diga nada, varios minutos de observar fijamente la pantalla de mi móvil, sin duda descifrándolo todo, me siento como si me estuvieran estrangulando. Cuando yo era la única que sabía de todos estos rechazos, era capaz de lidiar con ellos. Ahora que él los conoce, la humillación vuelve a estar fresca. Sé que no soy una inútil, pero, Dios, vaya si cuesta no sentirse de esa manera cuando te encuentras en mitad de una racha interminable de «No es fácil decirle esto, pero vamos a optar por otra persona. Sentimos mucho no haberle podido dar mejores noticias y le deseamos la mejor de las suertes».

Me he tapado la cara con las manos, así que los brazos que me rodean son algo inesperado. Su contacto es un tirón que abre mis costuras y me echo a llorar contra su hombro.

—Es una estupidez llorar por esto. Lo siento.

—Eh —murmura él acariciándome la sien con la nariz—. No es ninguna estupidez. No has de

sentir nada. Esos lugares son los estúpidos.

—No, no lo son —sollozo.

—Lo son si te han rechazado. Me han entrado ganas de meterme en el coche e ir a tirarles huevos. —Mi sollozo se convierte en una carcajada, y la mejilla que descansa sobre la zona donde nace mi pelo se tensa, indicándome que él está sonriendo. Pero, cuando me aparta de sí y me examina con detenimiento, su mirada es seria—. No tenía ni idea de que habías mandado solicitudes a tantos lugares.

—Sí, bueno... —Me seco las lágrimas con la manga y aparto la mirada—. Es algo embarazoso. Especialmente porque tú tienes un puesto de trabajo estable. No sabía si lo entenderías.

—Lo hubiera entendido —me dice con suavidad—. Y hubiera querido estar ahí para ti. Apoyarte y hacer que te sintieras mejor. Quiero que cuando recibas malas noticias me lo cuentes, para que no tengas que pasar por ello tú sola.

—Es como cuando mandé las solicitudes de ingreso a las universidades —le confieso—. No te lo había contado, pero unos dos años después de graduarme en el instituto quise ir a la universidad, así que solicité el ingreso en un montón de universidades de todo el país. Tenía muchas esperanzas, estaba segura de que al menos una de ellas me aceptaría. Entonces observé el lento goteo de cartas de rechazo. Mis padres me sugirieron que intentara entrar en un centro de estudios superiores, porque allí no importaría que tuviera unas notas inferiores a la media, pero para entonces yo ya me sentía... no lo sé. Saturada, supongo.

Él no responde de la manera que yo esperaba. No se pone en plan sargento para taladrarme con la lista de objetivos que debo fijarme y llevar a cabo pase lo que pase, sin excepciones. No me dice que debería haberme esforzado más en el instituto y haber prestado más atención, ni que en caso de haberme centrado más podría haberme sacado una diplomatura y tener ahora un trabajo muy bien remunerado. No me dice que he planeado mal mi vida y que se me ha pasado la veintena sin conseguir nada.

En su lugar, me pregunta:

—¿Qué querías estudiar?

—No lo sé, con sinceridad. Pensé que lo descubriría sobre la marcha. Nunca tuve una carrera específica en la cabeza... Lo único que deseaba era un lugar de trabajo al que me apeteciera acudir a diario. Un sitio pequeño con gente amigable, como si tuviera allí otra familia. Un sitio en el que encajara.

Su mirada es tan cálida y comprensiva que hace que me derrita.

—Como el Junk Yard.

—Sí. Ni siquiera me importaba que el sueldo fuera una porquería. Lo que marca la diferencia es que te lo pases bien. Melissa es una capulla, pero podía estar con Brandy a diario. Me gustaba la atmósfera y... me sentía cómoda. Era algo familiar. Podíamos escuchar la música que quisiéramos. Me encantaba organizar el muestrario y hacer que la tienda resultara entretenida para

los clientes que no teníamos. Mover al mapache *Toby* de aquí para allá. Nunca volveré a encontrar un trabajo como ése.

Él no responde «Sí que lo encontrarás», sino que me abraza con fuerza y deja que me sorba las lágrimas contra su hombro.

—Lo siento mucho. De haberlo sabido, nunca habría hecho todos esos comentarios burlones acerca del trabajo y la universidad. En cualquier caso, no debería haberlos hecho. Si alguna vez puedo ayudarte de algún modo, ¿me lo permitirás?

—No creo que puedas ayudarme de ninguna manera.

Él inspira hondo. Me seca una lágrima con el pulgar.

—Estoy aquí, ¿vale? —Me pone la mano en el hombro y aprieta suavemente—. No es ningún cliché. Estoy aquí mismo. Y quiero escucharte. Cuando estés triste, quiero que me cuentes por qué. Quiero saber lo que sientes todo el tiempo, para poder compartir esos sentimientos contigo.

Debo evitar las emociones que hay en su mirada, porque tengo el corazón en un puño y el hecho de que Nicholas haya hecho trizas mis expectativas al mostrarse amable y compasivo lo está comprimiendo tanto que es como si le hubiera puesto un corsé. La intensidad de su mirada no me deja respirar. Quiero confiar en que lo dice de verdad, pero no puedo.

Ahora mismo se está mostrando dulce y empático, pero ¿y de aquí a una semana? ¿Y si tengo un mal día y al contárselo no me encuentro con esta variante dulce y empática de Nicholas, sino con la otra? La que se volvió distante cuando aparecieron unos problemas a los que no deseaba enfrentarse. Ese Nicholas volverá tarde o temprano y hará que lamente haberme mostrado tan vulnerable ante él.

No puedo olvidar las cosas que me ha dicho en el pasado. «A Naomi no le hace falta trabajar.» «No me culpes a mí por tener éxito y poder comprarme un coche bonito.» Su amargura ante el hecho de que lo retuviera y no pudiera aceptar esa oferta de trabajo en Madison. Puede disculparse mil veces, pero siempre me preguntaré si lo dijo en serio. Si cree en mí.

—Tanto da lo que desees hacer —declara—, que yo te apoyaré. —En mi cabeza veo un fogonazo del restaurante de Tenmouth. La casa encantada. No digo nada—. Lamento lo de mi madre.

—Yo también.

—Y lo de mi padre.

—Yo lamento lo de tu padre y *Beatrice*.

Eso hace que se ría entre dientes.

—*Beatrice*. Su hija favorita, así es como mamá la llamaba. Que Heather no venga nunca es todo un misterio.

—Pobre Heather.

Quizá sí que se merezca el rol de dama de honor, después de todo. Tiro ese pensamiento errante a la trituradora de madera, porque no habrá ninguna dama de honor. No habrá ninguna

boda. Nicholas y yo ni siquiera podemos pasearnos por un pasillo lleno de decoraciones de boda, mucho menos camino del altar en nuestra boda de verdad.

Todo acabará desmoronándose, y esa realidad no me produce la menor satisfacción. Ahora mismo no odio a Nicholas. Puedo detallar todas las cualidades que tiene y que echaré de menos. Pero esto no puede seguir. Sería mucho más sencillo si él no hubiera comenzado a entusiasmarse conmigo de nuevo, si no hubiéramos comenzado a ser sinceros el uno con el otro, a exponer lo que de verdad pensamos y sentimos. Al final de todo esto quiero ser capaz de marcharme con una determinación firme y la seguridad de que estoy haciendo lo que es mejor para mí. Para los dos.

Creo que Nicholas percibe mi confusión y mis turbulencias internas, pero las malinterpreta, debe de pensar que estoy desilusionada por el trabajo en la tienda de manualidades, porque la sonrisa que me dedica no es el tipo de sonrisa que luciría si supiera que ahora mismo estoy pensando en la manera de dejarlo.

—Yo también tengo algo que quiero enseñarte —me dice, y me lleva de la mano al estudio; paso los ojos sobre el cascanueces de la repisa del hogar y siento una punzada en el corazón.

Se sienta en un extremo de su escritorio y me hace un gesto para que yo lo haga en la silla frente a su ordenador.

—Quiero que veas lo que he estado haciendo durante la mayor parte del tiempo que paso en el ordenador. No tiene que ver con el trabajo. —Oh, Dios. Si está a punto de entrar en Pornhub preferiría no saberlo. Una cosa es compartir y otra es compartir demasiado—. Relájate, no es nada malo.

Lo que me muestra acaba de golpe con mi melancolía, porque la estupefacción no deja espacio para nada más.

—¿Lo dices en serio?

Levanto la mirada hacia él. Nicholas asiente con solemnidad.

—Esto.

—Eso.

Miro la pantalla con incredulidad. Está en el nivel noventa y uno de un videojuego llamado *Chotacabras*. Por lo que puedo ver en la página de inicio, se trata de una aventura fantástica en la que aparecen todo tipo de criaturas míticas. Su nombre de usuario es...

—Es «Amorde»... ¿madre?

—«Amordemadre», no. Mi nombre es «Amorderelpolvo», listilla. —Me da un pellizco en el brazo—. En plan «a morder el polvo». Ésas son las últimas palabras de Cardale antes de morir, las que dan pie a toda la expedición para encontrar... ¡no te rías!

Intento contener una sonrisa.

—Lo siento. —Esto es un material de primera—. ¿Quién es Cardale? —Él frunce el ceño—. No me estoy burlando de ti. —Le cojo la mano—. Es sólo que estoy sorprendida, nada más. Pero quiero saberlo todo sobre este juego. ¿Nivel noventa y uno? Amor de madre es poco.

Nicholas pone los ojos en blanco, pero explica:

—Vale, Cardale es el mago de la antigüedad que estaba a punto de hacerse con una profecía del Reino de los Sueños cuando lo atacaron. Así da inicio tu travesía como jugador. Todo el mundo sale a la caza de esa profecía, porque sus últimas palabras antes de morir fueron «A morder el polvo...», así que la gente cree que va a suceder algo terrible, pero no se sabe exactamente qué será, porque la profecía ha desaparecido. Si estuvieras familiarizada con el juego habrías reconocido de inmediato el significado de mi nombre...

—Vale, vale. —Se muestra tan sensible con este tema que hasta me parece mono—. Estás en el nivel noventa y uno. Es bastante elevado. ¿Estás cerca de encontrar la profecía?

—He encontrado la profecía catorce veces. Cada vez que gano reinicio el juego y la profecía salta automáticamente a un lugar diferente, con una serie de pistas distintas, así que puedo encontrarla de nuevo.

—¿Y qué dice, cuando la encuentras? —pregunto, porque en realidad me está interesando el tema.

—Cambia en cada ocasión. Pero en los foros, porque hay foros en los que hablamos sobre el juego, pensamos que están todas conectadas. Al ganar obtenemos una simple frase, bastante vaga, como de galleta de la fortuna, y que no siempre tiene sentido en su contexto, pero cuando las compilamos en una base de datos encontramos algunos patrones. Hay montones de teorías, pero personalmente creo que hay cientos de profecías posibles y que, si las ordenas en un orden específico, te cuentan la historia para saber quién mató en realidad a Cardale.

Me explica todo esto apresuradamente, ansioso. No me puedo creer que haya sido tan ajena a este apartado de su vida. Siempre me molestó que desapareciera con tanta frecuencia para ponerse ante el ordenador, pero ni una sola vez me paré a pensar lo que hacía en él. ¡Es dueño de un mundo propio del que yo no tenía ni idea! En retrospectiva, me siento un poco mosqueada conmigo misma por no haber sido más curiosa. El tipo es dentista. ¿Qué pensaba que hacía en el ordenador noche tras noche? ¿Pasarse horas mirando las radiografías de los dientes de la gente? Dios, Naomi. Eres una despreocupada.

—¿Quién es este tipo?

Desplazo el ratón hasta una figura animada que da vueltas sin moverse del sitio que ocupa sobre una plataforma. Su pose cambia cada cierto tiempo; ora flexiona los bíceps, ora planta sus rollizos puños sobre las caderas. Una capucha negra le cubre la cara y el efecto general me recuerda al Manta Raya de Bob Esponja. Esto último no lo digo.

—Ése es mi personaje, Grayson.

—¿Grayson? ¿El nombre tiene algún significado especial?

—Se lo puse por un superhéroe de cómic, Dick Grayson. —Me río por la nariz y él me clava un dedo—. Muy madura. Allá por los cuarenta se pusieron a llamar Dick a la gente porque ignoraban que llegaría el día en que eso te haría reír.¹ En fin, también tengo otros personajes, pero Grayson es el que suma más puntos de experiencia, así que lo utilizo en las misiones más peligrosas.

Lo miro fijamente.

—¿Quién eres?

Él me dirige una sonrisa asimétrica, y yo se la devuelvo.

—Un friki de cuidado.

Creo que tengo algo con los frikis de cuidado.

—Enséñame cómo se juega.

Sus ojos se iluminan.

—¿En serio?

—Si no te importa compartir esto conmigo. Si te importa, lo entenderé. —Me quedo impresionada ante mi propia madurez cuando añado—: Si prefieres guardártelo como una actividad que puedas realizar a solas, lo entenderé.

—¡No, me encantaría que jugaras conmigo!

Noto que lo dice en serio. No es ningún secreto que usa su ordenador como vía de escape, pero aquí lo tengo, invitándome a que me escape con él.

—En ese caso, quiero un avatar con el cabello de color morado, tres tetas y un casco de vikingo.

—Lo tendrás.

Nicholas sonríe, ocupa mi asiento y me acomoda sobre sus rodillas. Entonces se pone a aporrear el teclado, completamente en su salsa y a la vez dolorosamente consciente de mi presencia, de mis reacciones y de mis juicios. Esta parte de él es nueva para mí, pero de algún modo también es muy propia de Nicholas.

—¿Por qué no me hablaste de esto?

Él levanta un hombro.

—Pensé que te reirías de mí.

Se me cae el alma a los pies.

—No lo habría hecho. Si me hubieras enseñado que estabas haciendo esto, me habría unido a ti. Yo también estaría en el nivel noventa y uno.

—Te pondremos al día en un periquete. Prepárate para pasarte toda la noche aquí, Naomi. Este juego es adictivo de narices, no te haces una idea. Mañana, cuando vuelva del trabajo, estarás por lo menos en el nivel doce, te lo garantizo. Hay un montón de cosas que hacer, además de las expediciones. Puedes pasearte por los pueblos y distraerte con un millón de minimisiones que sirven para ir acumulando puntos. Es un universo increíblemente detallado y complejo. Hacen que resulte difícil llegar hasta la profecía porque hay muchísimas distracciones.

Me deja suelta con mi nuevo personaje y, antes de que pasen cinco minutos, me caigo a través de un portal y me encuentro de golpe con un tridente brillante ante el que Nicholas suelta un grito ahogado tan sonoro que pienso que he hecho algo mal. Él me cuenta que el tridente es una rareza, y que cuando se lo clavas a alguna criatura mítica te permite absorber todos sus poderes. Me ruega que se lo clave a un dragón, pero yo rodeo alegre a uno para poder ensartar a unas personitas de

las setas que me dan la habilidad de botar alto de verdad, como si estuviera caminando por la luna. Diez minutos más tarde, Nicholas está completamente fuera de sí e intenta sobornarme con una salida a Sephora si lo dejo quedarse a solas con el tridente durante media hora. Yo me encorvo protectora sobre el teclado para mantenerle a raya y me zambullo con un salto lunar dentro de una fuente termal.

También ignoro a un semidiós que puede duplicar tus tesoros en pos de perseguir a los gnomos. ¡Los gnomos son una delicia! A quién le importa un tesoro cuando puedes hacerte con un sombrerito de color azul. Se me da fantásticamente bien este juego, y no me sorprende en absoluto. Nicholas se pasa las uñas por la cara y gime.

Por accidente minimiza la página, que se hunde con un fognazo en su escritorio. Antes de que pueda volver a clicar en ella, grito:

—¡Espera!

Y señalo el icono de un documento de Microsoft Word titulado «Querida Deborah».

Le miro levantando una ceja.

—Oh. Hum. —Se sonroja.

—Da igual. No hace falta que me lo cuentes.

—No, puedes verlo. Es, ah, un poco pueril. O quizá te divierta, no lo sé.

Se trata de una serie de cartas cortas enviadas a la columna de Deborah en la *Beaufort Gazette*. Cada una de ellas acaba con firmas como ENOJADO EN WISCONSIN O UN HIJO HASTA LAS NARICES. Veo que una de ellas está erróneamente dirigida a Deborah Weiner en vez de a Deborah Rose.

—Es su nombre de soltera —dice mordiéndose el pulgar para evitar que su sonrisa de oreja a oreja se transforme en una carcajada con todas las de la ley—. Pensé que la errata sería graciosa. Vengarme de esta manera, a pequeña escala, me sirve para lidiar con la frustración, y de momento no ha adivinado que estoy detrás de esas cartas.

—¡Dios mío! —Me llevo una mano al pecho—. ¿Cómo has podido darme acceso a los códigos nucleares de esta manera?

Querida Deborah:

Mi madre no reconoce ningún límite personal. Estoy en la treintena. ¿Cómo puedo decirle que corte el cordón umbilical y que deje de llamarme veinte veces al día?

Querida Deborah:

Mi madre es una mujer controladora y se dedica a avasallar a mi prometida. Se mete en nuestros asuntos con más determinación que la gente que rebusca en los contenedores de basura, pero cuando se lo digo a la cara ella nunca parece pillarlo. ¿Qué tendría que hacer para que lo entendiese? ¿Se lo pongo por escrito?

Querida Deborah:

Quiero pedirle matrimonio a mi novia, pero temo que la entrometida de mi madre intente secuestrar los planes para nuestra boda. Espero que comprenda que eso no sería apropiado, y estoy seguro de que coincidirás conmigo.

—¿El periódico ha llegado a publicar tus cartas? —le pregunto.

—Han publicado seis de las siete que he mandado.

—¿Y tu madre nunca las ha relacionado contigo?

Él niega con la cabeza lentamente, mientras una sonrisa irónica le curva los labios.

—No. Hay una disonancia cognitiva absoluta en sus respuestas. Me recomendó que le dijera a mi madre de buenas maneras que no quería que se metiera en mis planes para la boda, y que la madre en cuestión diría: «¡De acuerdo!», y dejaría de molestar. Tendrías que haberme visto la cara cuando lo leí. Cuando me enfado con ella, escribo estas cartas para sacarme el cabreo de encima, pero sus respuestas me dan ganas de darme cabezazos contra la pared.

—Nicholas, esto es lo mejor que he visto en mi vida. Como regalo de Navidad, quiero que le escribas y le cuentes que tu padre solía irse de putas.

Al reírse me estrecha contra él de manera refleja.

—Oh, Dios, sí. Lo haré sin falta.

Después de releer sus cartas varias veces y encontrar nuevas partes de las que reírnos, retomamos el *Chotacabras* y él me ayuda a familiarizarme con el juego. Me hace rebotar involuntariamente sobre su rodilla, que no deja de sacudir, y sus dedos se cierran sobre mi cintura. No es consciente de su lenguaje corporal, absorbo como está en su relato, en sus consejos y opiniones. Llevaba mucho, muchísimo tiempo sin verlo tan animado, y se lo está pasando de fábula. Le encanta introducirme en un juego que a él le proporciona tanta alegría.

Yo sonrío para mis adentros y presto mucha atención a cada una de sus palabras. Cuando volvemos a mirar el reloj son las dos y media de la madrugada y me veo sorprendida por la constatación de que mi prometido y yo nos estamos haciendo amigos de nuevo.

El viernes, Nicholas es el único empleado que ha de ir al Rise and Smile porque ha hecho más que nunca de Nicholas al ofrecerse a asumir el trabajo de sus compañeros de modo que éstos pudieran ir a visitar a sus familias y pasar con ellas el fin de semana de Acción de Gracias. (Puedo oírlo pensar sonoramente «¿Qué te parece este esfuerzo extra?» en dirección a la silla vacía de Stacy.) Lo torturo mandándole mensajes de texto en los que me regodeo de todos los tesoros que voy descubriendo por pura suerte en el *Chotacabras*, tesoros que, por lo que veo en su cuenta, él no ha encontrado pese al billón de horas que ha pasado jugando. Él me manda algunos GIF de gente a la que le explota la cabeza, y a las cinco de la tarde ya no aguanta más y se va antes de la hora oficial de salida. Cuando llega a casa, me abalanzo sobre él desde detrás de una inmensa montaña de hojas que he recogido y le pego un susto tal que se cae encima de otro montón. Él me persigue y yo puedo gritar tan fuerte como quiera porque no tenemos vecinos, y corremos arriba y abajo por la colina hasta que cae la oscuridad.

Estamos cubiertos de tierra y de hojas. La corbata de Desdentado está hecha un desastre y Nicholas evalúa los daños con expresión triste, pero yo tiro ligeramente de ella y le digo:

—Te compraremos una nueva. *Cómo entrenar a tu dragón 2*: la corbata-secuela.

Él me sonríe. El corazón me da un vuelco y él comienza a inclinarse sobre mí, pero nos apartamos sobresaltados cuando la mancha blanca y fría de unas luces largas derrapa por el camino de acceso.

Es el coche de Deborah. La diversión se desintegra.

—¿Qué está haciendo aquí? —comento entre dientes mientras retrocedo hacia la sombra de la casa. Miro fijo a Nicholas, mi pánico va creciendo—. ¿La has invitado? No he tenido tiempo de limpiar nada. El fregadero está lleno de platos y tu madre va a... puaj.

—No, no la he invitado —dice con voz dura.

El motor se apaga y las dos puertas del vehículo se abren por completo como las alas de un buitre. La cosa debe de estar «a punto de hundirse» de verdad si Deborah se ha traído a Harold como apoyo. Ella rezuma por el lado del conductor y su delgada silueta se pone a evaluar la casa. Pese a la oscuridad puedo ver que frunce el ceño de manera espantosa. Va a decirle a Nicholas que tiene que mudarse. «Es inaceptable que mi hijo viva en esta casa. Es inaceptable que mis nietos vayan a vivir en esta casa.»

—Vamos —dice Nicholas con urgencia mientras me coge de la mano y me conduce rápidamente hacia la puerta de atrás—. No podemos dejar que entren.

—¿No podemos?

—Nunca.

Su tono de voz agresivo me deja atónita. Pero lo pillo. Quizá su lógica carezca de sentido, pero, si permitimos que Deborah y Harold turben nuestro hogar, toda la paz que hemos establecido aquí se esfumará. Mancharán este lugar con su pesimismo y sus opiniones. Cuando se marchen se llevarán la magia consigo, y dejaremos de sentir que éste es nuestro santuario encantado en tierras salvajes.

Entramos corriendo en la casa en el momento en que Deborah comienza a llamar a la puerta.

—¡Nicky!

Intenta hacer girar el picaporte y vuelve a llamar, esta vez con mucha más fuerza. Es el sonido más irritado del universo; no se puede creer que tengamos la osadía de dejarla fuera.

—¿Nicky, estás ahí? ¡Abre la puerta!

Esto me recuerda que los vampiros han de pedirte permiso para entrar en tu casa y que, cuando los has dejado entrar una vez, ya pueden ir y venir a su antojo. Deborah es capaz de ver nuestras figuras de sangre caliente a través de la puerta gracias a su mirada de infrarrojos, y está enseñando unos dientes afilados como cuchillas mientras sus pupilas se expanden hasta llenar por completo el blanco de los ojos.

Nicholas y yo observamos la puerta con recelo, sin movernos.

—Tu madre tiene que aprender a llamar antes de venir —susurro.

—Me ha llamado tres veces mientras estábamos fuera —admite él—. No le he contestado.

—Oh, oh, alguien se ha metido en un lío.

Él me da un golpe con el hombro y yo se lo devuelvo.

—¡Nicholas! —Deborah está usando su voz de «hablo en serio»—. ¡Tu padre y yo estamos aquí! Abre la puerta.

Harold refunfuña a lo lejos. Deborah lo ha obligado a dejar su asiento para nada, y lleva cinco años sin verse obligado a permanecer tanto tiempo en pie.

—¿Qué crees que quiere? —murmuro al oído de Nicholas.

—Quiere que le diga a papá que no puede comer cosas que comiencen con la letra B.

Suelto una carcajada y me tapo la boca para acallar el sonido.

—Es por el postre que no te acabaste anoche. Ha venido a darte de comer el resto del pastel en la boca.

Percibo la tensión en su postura, la manera en que intenta volverse invisible mientras espera y piensa casi de manera audible «Marchaos, por favor. Dejadme en paz». El estrés frunce sus rasgos y yo deseo estirar el brazo y aligerar sus problemas con mis manos. Deborah resulta apabullante incluso en dosis minúsculas. Nicholas está expuesto sin parar a sus quejas y a sus diatribas emocionalmente agotadoras. No dispone de momentos de respiro para recuperarse.

—No están en casa —gruñe Harold—. Vámonos.

—El coche de Nicky está aquí y tiene todas las luces encendidas. No me pienso ir a ninguna

parte hasta que no me abra. Si quieres marcharte, puedes conducir tú mismo. Nicky ya me llevará luego.

—¿Por qué demonios se ha venido a vivir aquí, en el medio de la nada? Es poco considerado por nuestra parte hacer que tenga que conducir diez minutos.

Por una vez, Harold ha dicho algo con lo que su esposa puede coincidir.

—Esta casa es inaceptable —dice ella con brusquedad. (¡Acerté!)—. Está demasiado lejos de la nuestra. El jardín es un desastre... Tendremos que conseguir que un paisajista venga a talar todos estos árboles. Nicky mencionó un estanque. ¿Para qué necesita un estanque? Es un peligro para los niños pequeños. Mañana a primera hora vas a llamar para que pongan una valla a su alrededor. ¿Ves esas persianas torcidas? También tendrán que desaparecer. Sinceramente, ¿en qué estaba pensando? Debe de haber dejado que fuera Naomi quien tomara las decisiones. No me extraña que no nos haya invitado a venir... Le da vergüenza.

Cuando comienza a parecer que Deborah no se irá nunca, Nicholas suspira y da un paso en dirección a la puerta. No puedo dejar que se rinda. Ha logrado ignorar a su madre durante más de quince minutos y no quiero perder esa inercia.

—Ven.

Le cojo de la mano y me dirijo deprisa hacia la escalera, arrastrándolo detrás de mí.

—¿Qué estamos haciendo?

Le llevo hasta el dormitorio vacío del medio y abro la ventana, que da al patio delantero. Deborah y Harold oyen el gemido de la hoja vieja e inclinan la cabeza hacia atrás para mirarnos.

—¿Qué pasa? —les pregunto.

A mi espalda, Nicholas se deja caer al suelo como un saco de patatas. No puedo hacer más por no reírme.

—¿Qué estás haciendo? —vuelve a preguntar con un sonoro susurro.

—Soy tu perro guardián —le respondo—. Voy a ladrarles a estos intrusos hasta que se vayan.

Harold tiene una expresión confundida y perpleja. Entorna los ojos y me señala.

—¿Quién es ésa?

—Es Naomi, idiota —contesta su esposa, y él se limita a rascarse la cabeza.

Su confusión es comprensible. Cuando habla conmigo, a Harold le gusta dirigirse directamente a mi pecho y, gracias a esta encantadora ventana, que me esconde todo salvo el cuello y la cabeza, identificarme se ha convertido en un misterio.

Deborah hace altavoz con las manos alrededor de la boca.

—¿Dónde está Nicky?

Yo también hago altavoz con las manos alrededor de la boca.

—¡Ahora mismo Nicholas no se puede poner, pero podéis dejarle un mensaje!

Ejercer de perro guardián es una labor mucho más secretarial de lo que esperaba.

—Pero ¿dónde está? —exige saber ella.

—¡Está ocupado!

Por Dios, señora. Capte las indirectas. Deborah pone los brazos en jarra.

—¿No me vas a dejar entrar?

Pienso otra vez en los vampiros y me estremezco.

—¡Me temo que no!

Nicholas hace un extraño sonido agudo. Bajo alarmada la vista hacia él y, maravilla de las maravillas, se está riendo. Eso me envalentona para llevar las cosas un paso más allá.

—Por cierto, no te puedo decir lo que está haciendo Nicholas porque es un secreto. Un secreto siniestro. Deberíais iros ahora que aún podéis.

—¡No pienso marcharme hasta que no vea a mi hijo! —Hace una pausa, y su voz cae hasta adoptar un tono de sospecha—. ¿Qué has hecho con él?

—¿Con Nicholas? —le pregunto de manera inquisidora—. Llevo días sin verlo. Y ésa es la historia que pienso contarle a la policía.

Me fijo en la reacción de Nicholas y me da la sensación de que podría haberse muerto. Está tumbado con la frente pegada al suelo y el cuerpo temblando en una risa silenciosa. No puedo creer que me esté permitiendo hablarle a su madre de esta manera, pero después de lo que ella me dijo ayer no tengo ningún escrúpulo. Me he soltado de mis ataduras y voy a llegar tan lejos como él me deje.

—No está aquí. Una nave espacial se lo ha llevado hace unos minutos, así que si os dais prisa igual conseguís alcanzarlo.

Estoy bastante convencida de que oigo a Harold decir:

—No pienso darme prisa aunque sea verdad que se lo ha llevado una nave espacial.

Él se vuelve ofendido hacia el coche, pero Deborah no se mueve.

—Esto no tiene gracia. Voy a repetirte una sola vez más que vayas a buscar a mi hijo.

Nicholas se incorpora, medita durante un momento y a continuación grita:

—¡No estoy en casa!

—¡Nicky! —grita Deborah, apretándose las manos—. ¡Está vivo! ¿Nicky, eres tú?

Él aparece a mi lado, en la ventana.

—¡No! Tienes la dirección equivocada.

—Nicky, lo digo en serio. Déjame entrar.

—Nicky se ha ido para siempre. Se lo ha comido un dinosaurio.

—¿Qué?

—Lo ha poseído un espíritu.

—Nicholas Benjamin Rose. Estoy perdiendo la paciencia y esto no me parece gracioso. Hace mucho frío y he venido hasta aquí para que hablemos como adultos. Voy a contar hasta tres...

—Ha subido al cielo.

—¡No me hables de esta manera! ¡¡¡Soy tu madre...!!!

Nicholas nunca había interrumpido a su madre y lo está compensando.

—Durante todo este tiempo nunca fue real. Desde el principio fue... ¡Shia LaBeouf! ¡Una

actuación de método!

La figura de Deborah es imprecisa, pero veo sus manos apretadas y su mentón prominente. La voz que brota entonces de ella es tan gutural que llevaría a Lucifer a cerrar su puerta con pestillo.

—Nick..

—Lo tiré de una patada de un tren en marcha y está al fondo de un barranco en alguna parte. La muerte lo tiene ocupadísimo. Así que aquí no hay nada para ti, puedes marcharte y saberte desterrada. —Abre mucho los dedos y los lanza hacia fuera como si estuviera realizando un hechizo—. ¡Yo te destierro!

Pienso que quizá está perdiendo un poco la cabeza, porque su risa vertiginosa ahoga los graznidos de Deborah ahí abajo. Está furiosa. Nicholas se ha dejado completamente de hostias y esto es glorioso. Es la más hermosa exhibición de comportamiento infantil que yo haya testimoniado.

—Ahí, díselo —le animo. Me encanta ver que es lo bastante valiente para devolverle a esta mujer una fracción del infierno que se merece—. ¡Expulsa a Deborah sin demora!

—¡Yo te expulso de aquí, Demora! —grita Nicholas a pleno pulmón y...

Yo. Pierdo. La. Cabeza. No puedo respirar. Nicholas tampoco, y tiene que interrumpir su canto de destierro a la mitad porque se está riendo de manera tan histérica que los únicos sonidos que escapan de él son los pequeños sollozos con los que intenta tomar aire. Las lágrimas nos ruedan por el rostro.

—¡Mira lo que has hecho! —chilla Deborah agitando un dedo en mi dirección—. ¡Has corrompido a mi dulce niño! ¡Sé que esto es culpa tuya, Naomi!

Hago una reverencia.

El hechizo tiene éxito. Deborah se rinde y regresa al coche a grandes zancadas. Sus neumáticos chirrían de manera ominosa cuando sale embalada hacia la noche, y probablemente eso se acerque bastante al sonido que ella misma está realizando ahora a treinta centímetros de la cara de Harold.

Me seco las lágrimas de los ojos y le ofrezco los cinco a Nicholas para que me los choque.

—¡Hostia puta, colega!

—¡Lo sé!

Tiene una sonrisa enloquecida, y está jadeando profundamente. «Trastornado» pasa a ser el aspecto que más me gusta en él. Me acuerdo de la conversación que mantuvimos en el coche después del fiasco de mi calada y fuga frente al semáforo de Beaufort, cuando me dijo que tomarles el pelo a sus padres podría ser divertido siempre y cuando él formara parte de la broma. Hablaba en serio. Deslizo la palma de la mano sobre su mejilla, resiguiendo su sonrisa.

—Estoy orgullosa de ti. Ojalá pudiera ver la cara de tu madre ahora mismo.

—Me va a matar. —Se le queda la sonrisa congelada cuando se da cuenta de lo que acaba de suceder—. Oh, Dios mío, me va a matar, literalmente. —Se inclina hacia delante, con las manos en las rodillas, inspirando por la nariz y espirando por la boca como una mujer de parto. Le doy

golpecitos en la espalda y le extraigo con ello unos ruiditos ansiosos parecidos a graznidos—. ¿De verdad le he dicho todo eso? ¿A mi madre? ¿Podemos mudarnos a una isla desierta?

—Me gustan las islas. Vámonos. Comeremos pastel de coco a diario.

—No me puedo creer que lo haya hecho. —Más graznidos—. Me he dejado llevar un poco, ¿no crees?

—Quiero que te dejes llevar todo el tiempo. —Tengo un acceso de inspiración y doy unos golpecitos sobre el alféizar de la ventana—. Oye, ¿puedes bajar un momento y ponerte donde estaba tu madre? Será un segundo. Quiero comprobar una cosa.

Él arquea una ceja, pero me hace caso. Mientras baja la escalera, yo salgo disparada hacia mi habitación y pesco de debajo de la cama la bolsa de globos que compré cuando aún nos saboteábamos el uno al otro. Corro hasta el baño, lleno uno de agua y vuelvo a la ventana.

—Vale, ya estoy aquí —dice, y su voz se eleva en una espiral de humo blanco—. ¿Qué quieres comprobar?

—Esto —contesto, y deajo caer la bomba, que no aterriza sobre su cabeza, como había planeado, sino que le salpica completamente los zapatos.

Nicholas salta hacia atrás con los brazos en el aire y se queda mirando las manchas oscuras en sus pantalones. Un estremecimiento me recorre la columna. Lenta, muy lentamente, él levanta la cabeza y gruñe:

—Si yo fuera tú, echaría a correr.

Yo lanzo un grito alegre y me las piro.

Me paso todo el fin de semana acostumbrándome demasiado a estar en buenos términos con Nicholas. Él me enseña a conducir el Frankencoche, a lo que en un principio soy reticente por culpa de los nervios. Pero le cojo el tranquillo con bastante rapidez y conduzco hasta Beaufort para comprar una canoa, que amarramos al techo del vehículo. También compramos tres remos y con ellos salimos a rescatar su canoa rebelde. Nos pasamos el sábado en el estanque, clavando los remos en los trozos de hielo y jugando a los autos de choque. Luego vamos a sentarnos en el sofá del estudio, el uno al lado del otro, y nos tomamos un chocolate caliente mientras vemos caer la nieve. Él se pone a jugar al *Chotacabras* (con mi cuenta, para poder hacer de Dios con el tridente y exclamar: «¡Eh, tienes que venir a ver esto! ¡Soy un unicornio! ¡Mira, Naomi, tengo un cuerno!») mientras yo leo *fanfics* de *Riverdale* en Tumblr, y todo es apacible y normal y dolorosamente perfecto. Me pone tan triste pensar que todo lo bueno de nuestra historia esté apareciendo justo al final...

Un maligno giro del destino: creo que no quiero que sea el final. Ya no. Pero, aunque parece que estamos aprendiendo a tratar los sentimientos del otro con mayor atención y tomando mejores decisiones, no nos parecemos a lo que debería ser una pareja que está a punto de casarse.

El lunes, cuando él vuelve a casa, lo que quiero hacer es juntar todos mis fracasos, formar una

montañita con ellos y barrerlos debajo de la alfombra, pero en su lugar me obligo a contarle las partes acerca de mí de las que no me siento demasiado orgullosa. Me obligo a decir:

—Ha sido un día de mierda. Me he pasado media hora rellenando una solicitud por internet antes de llegar a la última página, donde decía que se requería una experiencia mínima de cinco años en la industria alimentaria.

—¿Qué tipo de cargo era?

—Subgerente. Era el único puesto que ofrecían.

Se queda mirando la alfombra mientras se quita los zapatos con los pies y yo me pregunto si estará pensando en el Eaten Alive. El señor y la señora Howard no me pedirían siquiera que me sentara a hacer una entrevista; si les dijera que puedo mudarme a Tenmouth, me darían el trabajo sin titubear.

—Lo siento. Exigir un mínimo de cinco años de experiencia es una estupidez. Dejan pasar un montón de gente con talento por limitarse de esa manera. Realmente, ellos se lo pierden. —No puedo evitar que se me humedezcan un poco los ojos al oír un apoyo tan fuerte por su parte—. Por si te anima, he pasado por el súper y he visto un par de carteles en el tablón de anuncios en que pedían gente.

Me da dos folletos. Son de negocios pequeños y locales frente a los que he pasado con el coche, pero de los que nunca he sido cliente. Sus aparcamientos están siempre vacíos. Son de esos lugares de trabajo que sé que Nicholas considera abocados al fracaso porque no pueden competir contra las grandes cadenas actuales, pero aun así se ha tomado la molestia de traerme esto a casa.

Me dirijo lentamente hacia el sofá. No deseo nada más que evadirme con un programa de televisión hasta que me pesen tanto las pestañas que no pueda mantenerlas abiertas, pero él me coge de la mano.

—¿Qué haces?

—Voy a preparar la cena. ¿Te vienes conmigo?

Yo arqueo una ceja, perpleja.

—¿Vale?

Me lanza una ligera sonrisa, que yo le devuelvo, y no me suelta la mano, sino que entrelaza sus dedos con los míos. ¿En qué tipo de mundo estoy viviendo, ahora que Nicholas y yo nos cogemos de la mano para ir de una habitación a otra de la casa? Su apretón es confiado y firme, es el que una desearía sentir mientras la guían a través de una multitud.

—Se te da muy bien llevar a la gente de la mano, ¿sabes? —le digo.

—Sólo te estoy recordando todas las cosas que tu doctor Gang no podrá hacer nunca.

Ah, el doctor Gang. El malvado villano de mis sueños. Con una limusina, sus tirantes de color rojo y una cara como ésa (en la película, al menos), podría cogerme de la mano aunque tuviera dos garfios de pirata.

—Aún le queda la otra mano.

—Chist. Gano yo.

—Sí, Nicholas, eres mucho mejor que un personaje del *Inspector Gadget*.

Nicholas levanta la barbilla apaciguado. En la cocina tira de una cadena que enciende una ristra de bombillas en forma de globo que recorren el perímetro del techo y que proyectan una atmósfera alegre. Entonces pulsa una aplicación en su móvil y la música inunda la estancia mientras él inspecciona las ollas del armario.

—¿Dónde está la...? Ah, aquí.

Hace girar una sartén en la mano y me guiña un ojo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tortitas de nueces pecanas.

Es temprano para cenar, pero el cielo ya está negro. Si no fuera porque el brillo de las bombillas sobre la cabeza hace que el ventanal nos devuelva nuestro reflejo, podríamos ver el bosque y el cielo tachonado de estrellas. Una melodía familiar brota de su móvil. *Generational*. Nuestra banda. La canción que suena es «Turning the Screw», que en los últimos tiempos no he puesto porque me recuerda a todas las cosas encantadoras que han desaparecido de nuestra relación. Llevábamos bastante sin escuchar su música juntos. Me pregunto si tiene esta canción marcada como favorita, o si forma parte de una lista de reproducción. La idea de que haya estado escuchando nuestra banda él solo recientemente hace que me duela el corazón.

—Naomi. —Su voz es aterciopelada. No me he de preguntar si la elección de la música ha sido una coincidencia, porque lo oigo en la profundidad de su timbre. Lo veo en el temblor del músculo de su mejilla. Lo siento en la vibración de sus átomos. Él me mira de reojo y se me hace un nudo en la garganta—. Ven —dice extendiendo una mano.

Me acerco tan despacio que Nicholas se ríe. Me maravilla la suavidad imposible de ese sonido que sale de él y se dirige hacia mí; la sonrisa que esbozan sus labios, la cálida llama en sus ojos. Al deslizar la mano dentro de la suya siento que jamás había sido tan consciente del carácter físico de otra persona. Todos mis sentidos están en tensión, captan cada detalle de él, lo que me transmite, su olor, su calor corporal. Se ha adueñado de la habitación.

Me cuesta respirar.

La mano que no envuelve mis dedos pasa a sujetarme ligeramente la cintura. Mi coronilla descansa a la perfección debajo de su mandíbula, lo cual hace que inclinarme sobre su pecho resulte irresistible. No pensaba que seríamos de esas parejas que se ponen a bailar en una cocina en medio del bosque, pero resulta que ése es justo el tipo de pareja que somos. Hace un par de meses sólo habríamos hecho esto si hubiera habido gente mirando. Para aparentar.

Quiero que este baile no se acabe nunca. Él no deja que me pegue a su cuerpo para poder esconder la cara en él, me empuja suavemente hacia atrás cada vez que intento desaparecer. Me hace ladear la cabeza y su mirada me atraviesa para ver todo lo que hay en mi interior. Sus ojos son más azules que un lago, y resplandecen de felicidad. Me doy cuenta de que llevo una eternidad sin verlo feliz de verdad. He estado tan concentrada en mi propia infelicidad que no he reparado en la suya. Me he estado engañando a mí misma al pensar que él se sentía satisfecho en todo

momento. Menuda arrogancia, la mía, al asumir que estaba conforme conmigo cuando era tan evidente que yo no estaba conforme con él.

Nuestro pasado es una ristra de evocaciones inconexas por las que puedo teletransportarme. Todos los recuerdos felices, dorados y ligeros, se han ido apagando, lo que ha permitido que los recuerdos amargos y venenosos pasaran a un primer plano. Pero, cuando Nicholas me mira a los ojos de esta manera, algunos de esos recuerdos positivos titilan y regresan a la vida y ocupan el centro del escenario. Cuando la palma de su mano se desliza por mi mejilla y sus dedos desaparecen entre mi cabello, la herida que ha estado supurando desatendida en mi corazón queda cauterizada.

Nicholas absorbe mi atención de una manera tal que sé que nunca olvidaré estas sensaciones. Es la paz y el confort que no he podido encontrar en ninguna otra parte. Es el latir de mi corazón, tan intenso que tengo la certeza de que él llega a oírlo. Es esta cercanía que hace que me tiemblen las piernas, y este rozar de su piel contra la mía, que me sacude como si me hubieran rociado con una lluvia de chispazos ardientes. Es el hecho de que me conozca mejor que nadie, cuando yo nunca deseé que lo consiguiera.

Intenté mantenerlo a una distancia de seguridad, desde donde sólo podría ver las partes más decentes de mi ser, y eso nos hizo infelices a los dos. Sin darme cuenta le he dejado ver las partes más feas y, en vez de salir huyendo, como yo contaba que haría, ha abrazado esa fealdad y no la ha vuelto a soltar.

Estamos en el suelo, y Nicholas se ha quedado dormido.

Hemos hecho un pícnic en la sala de estar, con el edredón de hojas de palmera a modo de manta. No puedo dejar de pasar las manos sobre la tela, recordando lo que era dormir debajo de ella, al lado de Nicholas. Evocando cuando me abrazaba con fuerza y su aliento me revolvía el cabello. Esos recuerdos me hacen tanto daño que me duele el pecho y quiero ponerme a llorar, pero no puedo detenerlos. Las compuertas se han abierto por completo.

Se está bien y hace calor, aquí, delante del hogar, así que voy a dejarle dormir un rato más antes de despertarlo. Y es agradable esta sensación de normalidad, estar tumbados el uno al lado del otro. Es lo que hacen la mayoría de las parejas, sobre todo las que van a casarse. Pero no ha formado parte de nuestra normalidad.

Nicholas y yo no nos tocamos. Él yace sobre su espalda, con un brazo doblado debajo de la cabeza, y me dan ganas de alisar la pequeña arruga que hay en su frente, así que eso es lo que hago. Creo que ése es el lugar en el que nos encontramos: se me permite tocarle brevemente en puntos inocentes. Con voluntad afectuosa. Balsámica. Desprendida. No estamos en posición de tomar algo del otro. La codicia no sobreviviría. Actuar con demasiada rapidez podría matarnos en el acto.

Pongo el dedo corazón delante de mis ojos y miro los reflejos del diamante. ¿Sería demasiado

atrevido que posara la cabeza sobre el pecho de mi prometido? ¿Cómo de absurdo suena eso?

No lo toco, pero pienso en hacerlo. Creo que su camisa tendría un tacto suave, fragante, con esas notas sutiles de colonia que sólo se perciben cuando se mueve. Sería como un consuelo. Una solidez calmada. Una seguridad. Las ascuas candentes de una hoguera. Sería como notar unos brazos cálidos bajo una fría noche estrellada, nuestros alientos hinchándose en forma de nubes blancas. Sería como estar en una robusta casa antigua del bosque, con una gorra de franela para el invierno.

Nicholas Benjamin Rose es un buen hombre hasta los huesos, y eso es cierto pese a que él y yo hayamos mantenido una relación imposible.

Creo que tocarlo ahora sería como arrancar una florecilla del granero y ponerla en un vaso de agua de color azul verdoso al lado del plato del desayuno. Sería como la píceca azul y el olor a humo de madera. Como la luz de la luna y las nubes brillantes. El pino, mi nuevo aroma favorito. Nicholas es como los hilos de luz de sol que caen sobre una alfombra tejida a mano, cálido al tacto, despreocupado como un beso a media tarde. Como esas piernas desnudas que se enredan al hacer la siesta juntos en el sofá.

Nicholas es el aire frío y puro del otoño, y es el filo de hielo en la hoja de la pala sobre la que deslizas la yema de los dedos al pasar junto a ella, plantada boca arriba junto a un granero destartado. Se encuentra en los árboles. En el estanque.

Me lo imagino nadando en el estanque este verano: su piel desnuda y reluciente. Saltando desde el muelle desgastado. La hinchazón de los músculos tonificados en su espalda, todos esos ligamentos cobrando vida.

Algún día, para alguna mujer, él será como abrir las cortinas de una ventana del piso superior y, mientras las motas de polvo se arremolinan en la habitación soleada, observar la curva de la espalda del hombre que se halla construyendo un columpio para los niños. Será un grueso anillo de matrimonio hecho de plata maciza, el único punto de su mano que no se bronceará en verano. Será como dos viejos árboles que han crecido juntos, cuyas ramas se entrelazan en un abrazo.

Me gustaría poder ver el interior de su cabeza para saber lo que siente por mí. No se lo quiero preguntar, porque ¿y si me contesta que las últimas semanas no han sido bastante? ¿Y si cree que no tenemos salvación? Es lo que yo pensaba, pero ya no estoy tan segura. Quiero pensar que está aquí, conmigo, porque es lo que desea, no porque esté calculando los inconvenientes de una separación y haya decidido que lograr que funcione es la opción más sencilla. Podría estar en cualquier lugar, con cualquier otra persona, pero está aquí, conmigo. Eso tiene que significar algo.

Miro fijamente a este hombre y pienso en la pulsera hecha con un envoltorio de pajita que tiene guardada en un cajón.

Hay heridas. Las siento por doquier, como puñaladas: la distancia que hemos permitido que se instalara entre los dos y que ha arruinado el que debería haber sido el año más feliz de nuestras vidas. Este anillo que me hace sentir como un fraude, porque es inmenso. Por ridículo que pueda sonar en mi cabeza, si él me dio un diamante tan grande, fue para decirme: «Te amo ¡así!». Pero

¿cómo pudo amarme tanto cuando aún no nos conocíamos por completo? Cuando no habíamos discutido nunca y no vivíamos juntos y todo iba viento en popa. Era demasiado bonito para ser verdad.

Me ha visto un par de veces sin él. Le dije que el diamante era demasiado llamativo, pero la verdad es que no pensé que le importara, porque yo misma no le di importancia. Pero seguro que le importó. Seguro que odió verme sin su anillo.

Vuelvo a ponerlo delante de mis ojos, lo muevo rápidamente de izquierda a derecha para que capte el reflejo de las llamas y comprendo lo que él vio al elegirlo. Veo mi mano desde su punto de vista, no desde el mío. Su brillo prometedor. Me pregunto por sus sentimientos hacia mí. Por los recuerdos y posibilidades que le pasarán por la cabeza cuando desea tocarme pero siente que eso ya no forma parte de sus privilegios.

Por primera vez desde que me lo dio, examino mi anillo y pienso que es deslumbrante. Es justo el anillo que debía elegir. Nunca me perdonaré a mí misma por los momentos en que me lo quité.

Nicholas está radiante, aquí tumbado. Dorado y centelleante. Es un hombre poco común, maravilloso, y voy a lamentarlo mucho si tengo que devolverle su anillo.

A principios de diciembre, de manera milagrosa, Nicholas y yo seguimos llevándonos bien. Me cuesta mantener la confianza, pero todos los motivos por los que me sentí distante y resentida en el pasado se han desmoronado a la luz de las atenciones que Nicholas me está dedicando en los últimos tiempos. Me ha puesto en primer lugar. Ha sido amable y reconfortante. Hizo frente a Deborah en Acción de Gracias y la noche siguiente la desterró literalmente de esta casa.

Aún no me creo que hiciera eso.

Después de asimilar estas realidades ya no siento que sea mi rival, ni un obstáculo en mi camino hacia la felicidad. Siento que él forma parte de ese camino. Desafiando toda sensatez, me enamoro un poquito de la idea de que el camino no se vendrá abajo. Y, siguiendo ese espíritu, hago algo pavoroso.

Abro un nuevo documento protegido con contraseña en el ordenador y anoto ideas para darle muestras de cariño. Si esto no es un golpe de suerte, si esto va a funcionar —«si» condicional—, necesitaré que Nicholas se sienta constantemente querido en dosis pequeñas pero significativas. El aspecto más importante y exigente aparece al principio de la página, para no olvidarme de él: «Sigue haciendo estas cosas aunque él no te corresponda de manera inmediata y evidente». Tengo que dar sin esperar nada a cambio; de otro modo, serán gestos vacíos. Espero no ser la única que haga el esfuerzo.

Una mañana, después de que Nicholas se haya duchado, dibujo un corazón en el vaho del espejo del baño. Él se cuele otra vez allí para cepillarse los dientes y, cuando vuelve a salir, me encuentro con que ha dibujado otro corazón, enganchado al mío.

Es el corazón más pequeño del mundo.

Dejo una nota dentro de su fiambarrera: «¡Espero que pases un buen día! Pensaré en ti».

Al meditarlo, me muero un poco, porque llevamos siglos sin mostrarnos sentimentales de verdad entre nosotros, así que el más simple de los cumplidos se vuelve empalagoso. Estamos en una sequía de savia. Nos hemos vuelto completamente idiotas a la hora de comprender cuándo nuestra pareja necesita algo sin que tenga que pedirlo.

A mediodía me manda un mensaje de texto: «Gracias por la nota. Yo también pienso en ti». Cuando vuelve a casa me trae un regalo: una gorra a cuadros con orejeras a juego con la suya. Me la pongo tan a menudo que ha pensado que querría una propia. Es de color champán y suave como plumón de ganso. Le doy un beso en la mejilla y, allí donde lo tocan mis labios, la piel adopta un brillo rosado.

Es posible que haya realizado un descubrimiento, así que al día siguiente dejo otra nota en su fiambarrera.

«¡Buenos días! Creo que haces unas tortitas fantásticas y siempre tienes buen aspecto y hueles muy bien. Gracias por tu apoyo. ¡Que pases un gran día en el trabajo! Hay caries por doquier que cuentan contigo.»

Mis nervios se debaten de manera inverosímil entre lanzar un «jodeer» por mi torpeza y un ansioso «bueeno», porque lo que le he dicho es verdad. Dios quiera que no le parezca cursi. También le dejo un paquete de Skittles sobre el asiento del conductor, aunque con ellos me siento menos segura porque los Skittles son un regalo casual con el que acertaré sí o sí, y sé que el paquete estará vacío antes de que aparque en el Rise and Smile.

Al llegar el mediodía tengo la total seguridad de que la nota era una cursilada y me entran ganas de caerme de morros sobre un banco de nieve. Es la hora de la comida, así que ya tiene que haberla visto. Me estoy mordiendo las uñas cuando me vibra el móvil y abro un mensaje con una fotografía de lo que estoy bastante segura que es el papel en el que le escribí mi nota. Le ha dado la vuelta y ha dibujado con palitos la figura de un hombre con garabatos por mejillas. El Nicholas de palitos luce una gran sonrisa y de él salen tres líneas ondulantes que ha explicado con una flecha y una leyenda: «Mi buen olor». Sobre su pecho de palitos hay un corazón.

Al día siguiente le dejo esta nota: «Me encanta nuestra casa». Quizá no parezca gran cosa, pero tiene una importancia capital. Con esas cuatro palabras estoy validando su decisión de comprarla, y no me refiero a ella como «su» casa. Al parecer ha mirado en la fiambarrera una hora antes, porque a las once me manda un texto que dice: «Me encanta vivir en nuestra casa contigo. Mira debajo de tu almohada».

Subo la escalera corriendo y tiro al suelo todos los cojines de la cama. ¡Ha dejado una nota escondida para mí! Mi corazón se ilumina como un árbol de Navidad y me subo al colchón para devorar hasta la última letra de su corto mensaje. Nicholas me ha escrito una nota y se ha tomado el tiempo para escabullirse hasta el piso de arriba y meterla debajo de mi almohada. Cada uno de los pasos de ese acto genera algún eco.

«¡Buenos días! Tienes un gusto excelente para la música. (Y los hombres.) Estoy tan contento de que nos quedáramos en Morris... ¡Creo en ti! Puedes hacer todo lo que te propongas, y sé que conseguirás que todos tus sueños se hagan realidad. Eres y serás siempre la persona más hermosa que he conocido.»

Mi sonrisa se vuelve tan amplia que me duelen los músculos de la cara, y me tumbo en la cama y me pongo a patalear y lanzo un chillido. Estoy convencida de que los fantasmas que me están observando piensan que soy una lunática, pero no me importa. Vuelvo a dejar la nota debajo de la almohada y me voy a correr una vuelta alrededor del patio para gastar las energías fruto de mi agitación.

¡Hermosa! Piensa que soy hermosa. Y cree en mí. «O eso dice él», añade el demonio sobre mi hombro, pero le muestro el dedo corazón. Voy a permitirme ser feliz con este tema.

Me había olvidado de lo que era sentirse así de viva. Los colores son más intensos y brillantes. Los sonidos son más fuertes. Me pongo a pensar en la manera de agradecerle a Nicholas sus atenciones y decido mandar flores al trabajo. Hasta donde yo sé, nadie le ha regalado flores nunca. Para él, las flores no tienen utilidad y es probable que las asocie al aplastante sentido de obligación que tiene hacia su madre, así que me gustaría cambiar eso. Llamo a la florista del pueblo y, puesto que ninguna de sus sugerencias suena particularmente inspirada, le pido que haga un arreglo de mirto en exclusiva. En los ramos, el mirto se usa por lo general como relleno, es demasiado simple para ser el acto principal. Pero, en el mundo de *Chotacabras*, recoger mirto hace que el personaje obtenga puntos de vitalidad, y creo que ese significado lo hará sonreír.

El coche de Nicholas sube retumbando por el camino de acceso poco después de las seis, lo cual quiere decir que no se ha detenido en ningún sitio después del trabajo, y yo salgo a recibirlo mientras él cierra la puerta. Se vuelve, me mira y una sonrisa aparece de inmediato en su rostro. El brillo de sus ojos vacila como la luminosidad de una hoguera y un enjambre de mariposas amenaza con abandonar mi estómago y salir volando por mi boca. Lleva en la mano el ramo de mirto.

—Eh, tú —dice dándome un golpecito con el codo en el brazo.

—Hola —saludo, y lo ayudo con la fiambarrera. (Mira, puedo ser caballerosa.)

—Gracias por el subidón de vitalidad —comenta—. Me ha ido muy bien después de que un niño de tres años me mordiera en el dedo.

Me muestra las marcas de unos dientes diminutos en la punta del dedo índice.

—Espero que le hayas devuelto el mordisco.

—Su madre no nos ha dado la espalda el tiempo necesario como para poder hacerlo impunemente.

¿Había visto alguna vez a Nicholas tan feliz? No. Menuda lástima, saber que me he estado conformando con cosas por debajo de la sonrisa que me está dirigiendo ahora mismo.

Creo que desea que nos acariciemos como solíamos. Creo que desea besarme. Pero se refrena. Se inclina para tocar mi frente con la suya.

—Eres una monada —dice medio riéndose.

Entonces se aparta y me da un golpecito en la nariz. Nos dirigimos despacio hacia la casa y, si no me equivoco, en su paso hay un nuevo brío.

Nos pasamos la tarde montando el árbol de Navidad y haciendo una guirnalda de palomitas. Él me hace un collar de palomitas, así que yo también le hago uno. Nos turnamos para tirarnos palomitas en la boca el uno al otro. Estoy pensando que me fascina que cada día sea mejor que el anterior cuando él mira su teléfono y se le descompone la cara.

—¿Qué pasa?

—Es un mensaje de mamá.

Amontono una serie de palabras desagradables sobre una tabla de cortar y me pongo a trocearlas en pedazos diminutos. Deborah llevaba diez días sin llamar ni enviar un primer

mensaje. Cuando Nicholas le mandó uno para tantear el terreno, las respuestas que obtuvo estuvieron tan llenas de rabia y autocompasión como era de esperar.

—¿Qué dice?

—¿Hum? —Levanta la mirada, y su expresión de disculpa hace que se me forme un nudo en el estómago y me sienta algo mareada—. Me había olvidado de que había aceptado hacer esto. Le dije que sí hace semanas, y ya han planeado una gran bienvenida. De otro modo, intentaría echarme atrás.

—¿Echarte atrás con respecto a qué? ¿Qué aceptaste hacer?

De manera ridícula, en mi cabeza aparecen las palabras «matrimonio concertado» y me siento dispuesta a chocar espadas con una mujer con el rostro oculto tras un velo de novia. ¡Tengo un anillo! ¡Yo lo vi primero!

—Un viaje a Cohasset, Minesota. Hace alrededor de quince años, cuando papá aún estaba metido en el mundo de las inversiones, puso cierta cantidad de dinero en la fábrica de cerveza que acababa de crear un amigo, y ésta funcionó tan bien que le compró una parte y se convirtió en uno de sus socios. Una vez al año, papá va a comprobar el estado de la fábrica y repasan los números y deciden cómo quieren que crezca la compañía. Pero este año... —Se rasca la cabeza—. Bueno, papá dice que ya no le importa lo que pase con la empresa y que está cansado de hacer viajes largos. Sólo quiere quedarse en casa. Y a mamá le preocupa que puedan perderse algunas oportunidades de invertir, así que me dio una pila de hojas de cálculo y me rogó que fuera como su apoderado.

—Oh. —Digo mientras tiro de un hilo de la alfombra—. ¿Qué día es la reunión?

—Mamá dice que un hombre llamado Bernard me estará esperando a las diez de la mañana este sábado.

—¿A las diez de la mañana? ¿Cuánto se tarda en llegar a Cohasset?

Él hace una mueca.

—No lo sé. Creo que... ¿unas siete horas? Habrá que salir temprano. Me tendrán entretenido todo el sábado, y si hay que conducir siete horas de vuelta tendré que quedarme en un hotel y salir el domingo por la mañana. —Se pone a mirar la aplicación del tiempo en su móvil—. Nieve y precipitaciones durante todo el domingo. Por supuesto. No tengo ni idea de lo que tardaré en hacer el camino de vuelta. Quizá llegue tarde.

—Eso es todo el fin de semana —contesto taciturna.

—Podrías venir conmigo. —Hay un fogonazo de esperanza en sus ojos—. En la fábrica de cerveza no tendrás mucho que hacer, pero podríamos mirar qué más hay en Cohasset para que te entretengas. Pondremos música en el coche y compraremos un montón de cosas para picar durante el camino.

Mi atención se concentra en el apartado hotelero de la ecuación; específicamente en la posibilidad de compartir habitación. ¿Pedirá una cama o dos? Siento un ramalazo de emoción, pero todo se apaga en cuanto me acuerdo:

—El sábado por la mañana tengo una entrevista.

—Ah, es verdad, en el campamento.

Aún no sé bien en qué consiste el puesto. Estoy intentando evitar los cubículos y los entornos de oficina pequeña, y la idea de que me paguen por caminar por senderos naturales tiene un cierto atractivo. Nuestra casa del bosque me ha transformado en Bear Grylls.

—Bueno.

Tiro del hilo de la alfombra hasta desenredarlo un par de centímetros más. No puedo esconder mi decepción. Nicholas también parece decepcionado, pero el fantasma de una sonrisa le eleva los pómulos y la piel alrededor de sus ojos se arruga.

—¿Me echarás de menos?

—Ni por asomo —baluceo. No convengo a nadie. Para distraernos de la melancolía que súbitamente ha caído sobre nosotros, le digo—: ¿Entonces tendrás que tomar decisiones financieras en nombre de tus padres? ¿Puedes invertir su dinero? Hay un GoFundMe para rodar una película sobre la rata que arrastró esa pizza en el metro de Nueva York. Se llamará *Rataplán*. Deberías echarle un ojo.

Él se ríe.

—No, no puedo hacer lo que quiera con su dinero. Principalmente tendré que escuchar y tomar notas. Entonces informaré a mamá y ella decidirá lo que quiere hacer.

No me molesto en preguntarle por qué Deborah no se limita a ir ella misma. Deborah tuvo hijos con el propósito de disponer de lacayos que estuviesen obligados a obedecer sus órdenes.

—Son sólo dos días —dice él con dulzura—. Tendrás la casa para ti sola. Podrás pintar mostachos en todas mis fotos y saltar desnuda sobre la cama.

—Eso ya lo hago a diario.

En su momento, esto habría sido un sueño hecho realidad. ¡Estar sin Nicholas! Me habría regocijado en ello. Es un fastidio que ahora tenga que echar de menos su estúpida y adorable cara cuando no esté.

El sábado pongo la alarma para levantarme temprano y poder decirle adiós a Nicholas. Es una locura que le hayan puesto la cita a las diez de la mañana, cuando tiene que conducir tanto para llegar hasta allí. Fuera está oscuro como el espacio sideral y hace demasiado frío para viajar. Podrían petarle el motor o las ruedas. Para colmo, se marcha justo cuando comienzo a enfermarme con una gripe estomacal. Se me hace un nudo en la garganta mientras lo observo atarse los zapatos con la bolsa de cuero en la que lleva una muda de ropa y los elementos esenciales para la noche a los pies.

—No me encuentro bien —murmuro.

Él vuelve la cabeza y me examina de arriba abajo.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el estómago. Creo que voy a enfermar. Estoy sudando y me siento incómoda. — También estoy caminando de aquí para allá. Buscando algo que hacer, abro su bolsa y me pongo a revolver sus cosas. Me echo una pizca de su colonia en las muñecas y froto la una contra la otra. A continuación, llevo el aroma hasta mi nariz e inspiro lentamente. Eso me calma un poco la náusea. Entonces levanto los ojos y me encuentro con la mirada inquisitiva de Nicholas y el corazón me da un vuelco—. ¿Qué?

—Nada.

Hay un temblor en su voz y ha apartado la mirada. Se ata el otro zapato y, cuando se pone en pie, prácticamente grito:

—¡Espera! No puedes irte aún. No has desayunado.

—Es demasiado pronto para tener hambre. Ya pillaré algo en la carretera, más tarde.

—¿Quieres más café?

Me dirijo hacia la cocina, pero él niega con la cabeza y da unos golpecitos sobre su termo.

—Ya llevo un montón aquí.

Quizá no debería beber café. Se pondrá nervioso e irá a demasiada velocidad. Saldrá volando de un paso elevado y su coche dará dieciséis vueltas en el aire.

—Me preocupa que te quedes dormido al volante.

Nicholas suelta una risita.

—Me acosté temprano, así que estoy completamente despierto. Todo irá bien.

—¿Y si se pone a nevar?

—No me quedará dormido por mucho que se ponga a nevar.

Creo que se está divirtiendo conmigo. Frunzo el ceño.

—Nicholas, lo digo en serio. He investigado un poco sobre Cohasset y no iba a decirte nada porque no quería asustarte, pero en agosto hubo tres robos de coche con violencia. Un tipo se acercó a unas personas que estaban en una gasolinera y les dijo que se le había caído el tapón del tanque, y cuando se volvieron a mirar les sacó una pistola.

Él me envuelve la cara con las manos. Su mirada es un líquido fundido y me da la sensación de que casi podría amarme. Pienso en todas las veces en las que estuve a punto de marcharme y me parece algo aterrador. Me habría perdido esto.

—Entonces no pondré gasolina en Cohasset.

Soy patética. Una gatita recién nacida e indefensa.

—No puedes dejarme aquí estando enferma.

Me pone una mano sobre la frente. El gesto me parece tan íntimo... Me he acostado con este hombre, pero ¿sentir tamaña intimidad? Soy contagiosa. No puede irse a Cohasset o infectará a toda la fábrica de cerveza. Tiene que permanecer aquí en cuarentena, conmigo.

—Creo que lo tuyo es mal de amores —me dice curvando los labios. Se me revuelve el estómago. Tengo al menos tres nudos en la lengua. No logro pensar una respuesta, así que él se acerca un poco más, hasta que nuestros cuerpos están a punto de tocarse—. Lo tienes. Confía en

mí, conozco todos los síntomas. —No me funciona la boca. Intento formar palabras y lo que dejo escapar es un chillido ininteligible. Él sonrío y se inclina para darme un beso en la sien. Sus labios se detienen junto a mi oído y me estremezco con tanta fuerza que sé que él lo ha notado—. Es una enfermedad con la que yo mismo estoy bastante familiarizado.

Me aferro al brazo del sofá para no caerme cuando él se retira. Está de espaldas a mí, temblando ligeramente, juraría que intenta aguantarse la risa.

Su acusación me ha dejado tan afectada que apenas puedo mantener la compostura el tiempo necesario para despedirme. Él me dice:

—Buena suerte con la entrevista. Sé que serás toda una atracción en ese parque. Y habré vuelto antes de que te des cuenta, preciosa.

Me guiña el ojo y desaparece. En ese jeep que va a estrellarse, con una enfermedad contagiosa y una cantidad exagerada o insuficiente de cafeína encima.

Quemo las siguientes horas pintando la puerta de entrada de color morado, encargando un nuevo cargador de móvil para Nicholas —uno que sea lo bastante largo para llegar hasta su mesilla de noche— y organizando mi nueva cuenta de Instagram, que está dedicada al espantoso juego de salero y pimentero bebés. Los he bautizado como Frank y Helvetica, y voy a ponerlos cada día en un lugar diferente para confundir a Nicholas. Será como el elfo que por Navidad aparece cada día en un estante, y lo voy a llamar el Demonio del Techo. Entre mis ocurrencias favoritas está colgarlos con sedal a la altura de la cabeza de Nicholas. ¡La ducha! ¡El coche! ¡Su consultorio! Será mucho más divertido que mi antiguo Instagram.

A las 9.50, mi teléfono suena con un mensaje de Nicholas en que me dice que ha llegado bien a Cohasset.

Le contesto:

iBuena suerte!

No sé para qué le deseo esa suerte, si no está haciendo nada para sí mismo, sino para sus padres. Él contesta:

iLo mismo digo! Para conseguir un plus de suerte, de camino a la entrevista pasa por el Junk Yard. Ver a un viejo amigo podría darte el subidón que necesitas.

Mi viejo amigo ha muerto tras una larga agonía. Probablemente permanecerá vacío por lo menos cinco años, o quizá lo eche abajo una excavadora, y eso sólo servirá para deprimirme. Pero Nicholas está intentando mostrarse dulce y alentador, así que le devuelvo una cara sonriente. Puede ser tan mono incluso cuando se equivoca...

Pienso en lo que Nicholas va a acometer hoy. Por devoción a su familia, es el puntal del que todos ellos dependen. El hombre al que llaman para que arregle cuanto haya salido mal, para que lime asperezas y lo solucione todo. Me pregunto cómo serán esas cualidades cuando las traslade a

una esposa y unos hijos. Pienso que bajo ningún concepto se perderá las funciones escolares, las reuniones con los maestros, los partidos de fútbol. Que querrá que su esposa sepa que tiene la capacidad de mantenerla económicamente, y que puede trabajar si así lo desea, pero que no le hace falta, porque así es la manera en que él demuestra su amor: proporcionando estabilidad.

Es un gesto que he malinterpretado por completo, ya que es amoroso pero no necesariamente romántico. Cuando miras una carta de amor, la cosa está clara como el agua; piensas: «Esto es una carta de amor». Pero cuando tu media naranja te dice: «No hace falta que trabajes. No necesitas un empleo», es posible que escuches «No creo que vayas a encontrar un empleo que valga la pena sin haber pasado por la universidad. No creo en ti».

Dentro de mi cabeza había asumido que cuando Nicholas me dice que no hace falta que trabaje, lo que quiere decir es que todo trabajo para el que esté cualificada resultará tan indigno de su atención que por el mismo precio podría no trabajar en nada. En la cabeza de Nicholas, lo único que ha hecho ha sido decir: «Aquí estoy, aquí estoy. ¡Haz lo que quieras! No me importa que ganes poco dinero, porque yo me ocuparé de ti. Voy a dejar que me necesites. Pase lo que pase seré tu puntal. Despliega las alas, que siempre podrás caer sobre mí».

La comunicación entre los dos ha sido tan mierdosa que no sé si echarme a reír o a llorar.

Decido que voy a ponerme el mono y la gorra de Nicholas, porque vestirme con su ropa es la segunda mejor opción después de la de ir acompañada por él, y me avergüenzo al recordar mi sonrisa de superioridad al verlo con esas botas grandes y resistentes, y con la camisa de franela, cuando quiso cambiar su aspecto. ¿Por qué no habría de poder cambiar de aspecto? Como si quiere usar lunares. Abro el armario y me encuentro con un par de monos: el suyo y uno mucho más pequeño. Es una iniciación a su sociedad secreta.

Me paso el camino hasta el campamento repitiéndome frases reconfortantes que me recuerdan que no tiene sentido preocuparse por aquellas decisiones que no se encuentran totalmente bajo mi control. «Si ha de pasar, pasará. Si no me contratan, ellos se lo pierden. Todo sucede por algún motivo.» Me estoy autoengañando, pero al menos me siento mejor.

Mientras la carretera se empina para pasar junto al cascarón sin vida del Junk Yard, me preparo para sentir la habitual punzada de angustia, pero ésta se presenta con un aderezo de sorpresa cuando veo mi coche en el aparcamiento. O debería decir el coche de Leon, supongo. Dios, cuánto echo de menos el Saturn. Si yo fuera Nicholas, es algo que no dejaría de recordarme nunca. El hecho de que yo haya dejado de asumir que se está guardando ese golpe me da esperanzas. Estamos progresando.

Quizá sea cosa de la memoria muscular, pero pongo el intermitente y aparco. Una cara familiar aparece en la ventana y me saluda. Yo le devuelvo el saludo.

—¡Ey! —grita Leon desde el almacén cuando entro.

—¡Hola! —Giro sobre mí misma. En la tienda no quedan más que las paredes. Allí donde los expositores habían permanecido inmóviles desde los años setenta hay manchas con forma de columna. Uno de los fantasmas del Junk Yard permanece aferrado a él bajo la forma del cartel de

aluminio que cuelga de la pared encima de la caja registradora. Estoy convencida de que lleva ahí desde antes de que yo naciera: es la imagen de una niña pequeña que se agacha para darle de comer una rueda de queso a un ratón. Debajo dice: «Son las pequeñas cosas...»—. Uau. Este sitio está vacío.

—Lo sé. —Leon sale del almacén—. Se hace raro, ¿verdad? De algún modo, ahora que no queda nada, parece aún más pequeño.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. ¿El señor y la señora Howard te han contratado para limpiar hasta que se venda?

—¡No! Desde las tres en punto del miércoles, este lugar está vendido. —Se apoya contra el mostrador y menea las cejas mientras me dedica una enorme sonrisa—. En realidad iba a mandarte un mensaje para preguntarte si querías pasarte por aquí hoy o mañana para verlo. Le hice jurar a Nicholas que me guardaría el secreto, porque quería ver tu expresión cuando te enteraras de quién lo ha comprado. Sé que dudabas de mí.

Lanzo un grito ahogado.

—No puede ser.

—Y ahí está la mirada. —Se cruza de brazos asintiendo—. Estás plantada en el Bufé del Quinto Pino. Apertura prevista para esta primavera.

—¿El Bufé del Quinto Pino? —repito riéndome.

No me puedo creer que Nicholas haya podido guardar el secreto. Hace unos días, Leon vino a pescar con Nick en el estanque y cuando me acerqué a saludar se callaron de golpe pese a que hasta ese momento habían estado cotorreando a mil por hora. Naturalmente deduje que hablaban de mí, y no me equivoqué del todo.

Leon sonrío de oreja a oreja.

—Tengo más nombres, si Bufé del Quinto Pino suena mal. El Oso Pardo. Al Amor de la Lumbre. ¡Árbol Cae! Ya sabes, entre signos de exclamación, como solían gritar los leñadores... — Se detiene porque sigo riéndome—. ¡Eh, Árbol Cae es bueno!

—Lo es. —Asiento con la cabeza—. Y Al Amor de la Lumbre también suena guay. —Paseo la mirada por el lugar mientras intento visualizar las mesas y las sillas llenas de gente comiendo—. Esto es genial, Leon. ¡Me alegro mucho por ti! Estoy intentando imaginar qué aspecto tendrá, y en mi mente es como una de esas tiendas de pesca y caza. ¿Dónde irá la cocina?

—La pondré cuando haga la ampliación. Unos tíos míos tienen su propia constructora y van a ayudarme con ese tema. Ahora mismo estoy ocupado reuniendo al personal, y tenía la esperanza de que pudieras apoyarme con esto...

Abre un cajón y saca de él una placa de identificación laminada en plástico, que deja sobre el mostrador con un golpecito. Al leerla, me tapo la boca con las manos.

HOLA, ME LLAMO NAOMI.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad me darías un trabajo aquí?

Leon sonrío.

—¡Por supuesto! Si tú quieres, claro.

—¡Diablos, sí que quiero! ¿Qué tendría que hacer? No sé mucho de restaurantes, pero puedo aprender. Aprenderé a cocinar todo lo que quieras. Escucharé audiolibros de gastronomía y me convertiré en una chef *gourmet*. ¡O podría ser la recepcionista! Creo que eso me gustaría. Podría llevar a la gente hasta su mesa y darles ceras a los niños para su menú infantil y decir: «Bienvenidos a Al Amor de la Lumbre, me llamo Naomi».

—Puedes hacer lo que te apetezca —dice él con gentileza—, pero espero que me ayudes con la decoración.

Me quedo mirándolo fijamente.

—¿En serio? ¿Yo?

—¿Te acuerdas de aquellas figuras de cartón de *Rocky Horror*? —me pregunta—. Las colocaste como si estuvieran en una sesión de espiritismo, lo cual fue muy raro, pero también... ¿genial? Es el tipo de cosas que la gente recordaría si viniera y las viera. —Me río por la nariz al recordar las horas que dediqué a montar esa escena, que en efecto nadie vino a ver. Me había olvidado por completo—. Cuento contigo para que este lugar resulte divertido y memorable. Una experiencia completa.

Estoy tan emocionada que podría ponerme a rebotar contra las paredes como una pelota de goma.

—¡Sí que puedo hacerlo! Oooh, ya se me están ocurriendo muchas ideas... Si pones árboles falsos, podríamos esconder pajarillos en ellos, y unos pequeños parlantes que emitieran sonidos naturales. ¿Quizá una cascada al fondo? No hace falta que sea muy grande. ¡Espera, sí que hace falta! Y le añadiremos ¡peces! —Lo sacudo por los hombros—. ¡Peces de verdad, Leon! —Estoy parloteando, pero entonces pienso—: ¡Brandy! ¡Ya verás cuando se entere! También la invitarás a trabajar aquí, ¿verdad?

—Iba a hacerlo, pero me han dicho que la han contratado en otro lugar.

—Oh, pero odia ese sitio. —Ya tengo el móvil en la mano—. ¡Brandy! —chillo en cuanto contesta; Leon se ríe mientras yo le digo que se dé prisa y venga al Junk Yard.

Unos minutos más tarde, Brandy entra corriendo por la puerta. Lleva puesto un pijama de *Las chicas de oro* y pantuflas, pero los ojos ahumados perfectos. Leon saca dos plaquitas más del

cajón: una que dice BRANDY y otra que dice MELISSA.

Brandy se pone la suya y tira la otra a la basura. Leon arquea una ceja.

—¡No me puedo creer que vayamos a trabajar juntos otra vez! —exclama mientras se le llenan los ojos de lágrimas—. Mi jefe es tan asqueroso..., es que no os hacéis una idea. Según mi plan quinquenal, no podré mudarme hasta dentro de tres años, así que ahora mismo necesito una victoria.

Leon parece satisfecho al saber que dos caras conocidas se han subido a bordo de esta nueva aventura.

—Debo advertiros de algo: nunca he dirigido un restaurante. Ni ningún otro tipo de negocio. Pero mi tía sí, y se vendrá a trabajar con nosotros. Siempre existe la posibilidad de que no tenga el éxito que espero que tenga, así que estaríais corriendo un riesgo. Y al principio no podré pagaros más que el sueldo mínimo...

—No me importa —lo interrumpe Brandy.

Yo me muestro de acuerdo.

—Me encanta este lugar. Deseo formar parte de lo que quiera que vayas a hacer con él. —Cuanto más pienso en ello, más intensa es la visión que crece en mi mente. Pegaré piedras grandes y llenas de musgo alrededor de las ventanas y colgaré una canoa de la pared. Quizá podamos darle un aire de naturaleza alaskaño, cosa que a Brandy le encantará. Mañana a primera hora saldré al jardín a recoger ramas, que luego doblaré y ataré con cordel para hacer arbolitos en miniatura o para adornar los faroles. Voy a necesitar sin duda unos mapaches disecados—. No me puedo creer que estés haciendo esto —digo—. Es... Uau. ¡Bien hecho, Leon! —Le doy un puñetazo en el hombro y añado—: Duncan.

—¡Te has acordado!

—Sí, sí. —Le quito importancia con un gesto de la mano, pero él sigue sonriendo—. ¿Qué tal el coche?

—Mejor que el tuyo —bromea él—. ¿Qué tal la casa?

—Una maravilla. No sabes cómo me alegro de que Nicholas la comprara.

—¿Ha funcionado?

No estoy segura de haberlo oído bien.

—Si ha funcionado ¿el qué?

—La casa —contesta él—. Nicholas me dijo que sería vuestra salvación. «Por ella vale la pena intentarlo, aunque duela», fueron sus palabras. Pese al riesgo de fracasar.

Me quedo boquiabierta.

—¿Eso dijo? Bueno... sí. Supongo que ha funcionado. O al menos creo que lo ha hecho. Espero que lo haya hecho.

Cuando Nicholas me lanzó una bola curva con la compra de la casa y me dijo que sería nuestra salvación, yo estaba preparada para rendirme. Siento una oleada de afecto y de aprecio hacia Nicholas, que supo aguantar.

—¿Cómo? —Brandy le clava un dedo—. ¿Me he perdido algo?

—Ahora Nicholas nos cae bien —le informa Leon. Ella frunce el ceño, pero él asiente con solemnidad—. En serio. Es un buen tipo.

Ella me mira recelosa.

—¿Estás segura de ser feliz con él? A veces me lo he preguntado, pero no quería decir nada por si estaba equivocada.

—Soy feliz. —Parpadeo al darme cuenta de lo ciertas que son esas palabras—. En serio, soy verdaderamente feliz —admito, y entonces suelto un «uf» porque Brandy me envuelve en un abrazo triturador.

—Pues muy bien. Si ahora nos cae bien Nicholas, seré buena. Saldremos en citas dobles y organizaremos fiestas de esas con vino y sesiones de pintura. —Éste es uno de los motivos por los que amo a Brandy. Le gusta apoyar la alegría ajena—. Nicholas hará buenas migas con Vance. ¿Le has contado que es oculista?

Leon y yo sonreímos a la vez.

—Muchas veces.

—Pueden crear un vínculo hablando largamente sobre seguros de salud y malos pacientes o algo así.

Leon observa cómo me coloco la placa identificativa en la camisa, para ir a juego con Brandy.

—Tal y como vas vestida, es como si hubieras venido sabiendo que ibas a acabar trabajando aquí. —Hace un gesto hacia la gorra—. Muy Bufé del Quinto Pino. Me cuesta no sospechar que Nicholas te chivara algo.

—No me dio ningún chivatazo. Pero sí me dijo que pasara por delante del Junk Yard.

—Ah. El muy pícaro.

Me debato entre mandarle a Nicholas un «¡¡¡Cómo has podido mantener el secreto!!!» o un «¡¡¡Bendita sea tu preciosa alma!!!».

—Una mente maestra —coincido—. De hecho, me he puesto esto hoy porque he pensado que iría bien para la entrevista de trabajo hacia la que iba de camino. Por cierto, que tendría que llamar y cancelarla... —Meto la mano en el bolso y saco la solicitud rellena—. ¿Cuándo has dicho que se comenzará a trabajar?

—No más tarde de abril. Quizá en marzo, si puedo arreglarlo. ¿Seguirás desempleada para entonces?

—Yo estoy más que dispuesta —dice Brandy automáticamente.

Todavía faltan algunos meses. Será bastante después del 26 de enero, que es la fecha que tengo marcada en la cabeza como la del final de mi relación con Nicholas. Creo que ése ya no será el caso. Creo que, cuando llegue abril, seguiré viviendo en la casa del bosque.

—Sí, voy a esperar por este trabajo.

Leon estrecha la mano de Brandy y luego la mía.

—Bienvenidas a bordo.

Brandy mira la solicitud que sostengo en la otra mano, frunce el ceño y le dirige una segunda mirada.

—Yo que tú no usaría a Melissa como referencia.

—No la estoy usando.

Ella señala el número que he anotado como referencia.

—Ése es el teléfono de Melissa.

—No, es... —Me desplazo por mis contactos y me detengo en seco. Tiene razón. Quise poner los datos de Melvin Howard y lo confundí con Melissa—. Oh, mierda. He estado dando este número en todas mis solicitudes.

A ella se le desencaja la mandíbula.

—No.

—Sí.

—Oh, no. Naomi... —Se tapa la boca con la mano y se ríe por la nariz—. Lo siento, no debería reírme. Es terrible. Lo siento mucho, de verdad que sí.

El único motivo por el que puedo reírme con ella es que ahora tengo un empleo.

—Me río a través de las lágrimas. —Hago como que sollozo—. No quiero dar por sentado que Melissa me haya estado saboteando, pero sí quiero pensar que ha sido así porque estaría muy bien poder echarle la culpa de que me rechazaran en todos esos trabajos.

—Melissa es de lo peor. Sólo por ti, al salir de aquí me iré al Let's Get Crafty y le desordenaré todas las estanterías. Tardará siglos en volver a ponerlo todo en su sitio.

Le doy un abrazo.

—Mi dulce y pequeña pupila ha progresado tanto...

Después de llamar para cancelar la entrevista en el campamento, nos ponemos a jugar al «¿Qué preferirías?» y al «¿Qué es esa mancha?», cuya respuesta es casi siempre Zach, ya que le gustaba agitar nuestros refrescos a escondidas antes de que los abriéramos. Brandy me dice que está ocupado organizando una nueva religión en Florida. Suena completamente a algo que diría Zach, pero a saber si será verdad. Ese hombre es un enigma.

Brandy y yo salimos a comprar algo de comer para los tres, y entonces todo vuelve a ser como en los viejos tiempos, sólo que sin Melissa ni Zach. Estamos rodeados por bocetos del aspecto que tendrá el Junk Yard cuando llegue la primavera, con logos inventados y un enorme anuncio de carretera. Brandy usa un lápiz para convertir la mancha de grasa de hamburguesa que hay en uno de los papeles en un rectángulo tosco.

—Y esto será la máquina de karaoke.

—¿La qué? —pregunta Leon.

—¡Oooh! —Doy un chillido—. ¡Karaoke! Brandy, es una gran idea. Cinco estrellas.

Leon se queda mirando la mancha de grasa con cara de repulsión.

—¿Karaoke en un restaurante llamado Bufé del Quinto Pino?

—¡Sí, y haremos fiestas hawaianas! Les pondremos guirnaldas y faldas de hierba a tus osos

pardos. —Le sonrío—. No mientas. Te encanta. Recuerda que esto es lo que tiene mi genio decorativo cuando se pone en marcha.

Él gime.

—Bueno, me tengo que ir. —Brandy se limpia los dedos llenos de sal sobre mi rodilla y yo hago lo mismo en su espalda. Leon sacude la cabeza mirándonos—. Tengo que ir a sentarme en un caluroso almacén durante las próximas ocho horas mientras Bob, mi jefe, me atosiga quejándose de su exesposa porque piensa que las mujeres existen sólo para escuchar sus problemas. No veo el momento de salir de ahí. —Señala a Leon con expresión severa—. Ni se te ocurra echarme atrás con esto.

—No sabes la de dinero que perdería si me echara atrás —contesta Leon—. Si yo me hundo, os hundiréis todas conmigo.

—Bien, porque voy a pasarme el resto del día soñando con la manera en que dejaré el trabajo. Creo que será algo muy dramático. Tiraré una bebida a la cara de Bob y le diré «¡Vete al infierno!», y será fantástico.

—Todo el mundo te aplaudirá —digo. Cuando está en la puerta le grito—: ¡Mándame información sobre esas fiestas con pintura! Nicholas y yo vamos a pintar borrachos contigo y con Vance el oculista. Y tenéis que venir a jugar al *Dragones y Mazmorras* algún día. Yo no he jugado nunca, pero tengo la sensación de que será como una experiencia extracorporal para el friki con el que vivo, y me gustaría ver eso.

Leon parece emocionarse.

—A mí me gusta *Dragones y Mazmorras*.

—Claro que sí, bicho raro —dice Brandy justo antes de que la puerta se cierre a su espalda. Y grita a través del cristal—: ¡Es broma! ¡Te amo! Por favor, no me despidas. —Y nos manda un beso con la mano.

Yo también me voy. Al subir al coche sigo con una sonrisa de oreja a oreja. Quién sabe, el restaurante podría durar sólo un año. Pero puedo garantizar que será un año divertido. No podría aspirar a nada mejor. Por primera vez en mucho tiempo se despliega ante mí un futuro brillante y prometedor. Tengo sueños y objetivos, y voy a conseguir que todos se hagan realidad. Puedo lograr lo que sea, incluso aprender a cambiar una rueda.

En realidad, probablemente debería aprender a hacerlo. Mañana le quitaré las telarañas al viejo YouTube y averiguaré cómo se hacen algunas de las cosas que se supone que ya sé hacer desde hace siglos. Voy a adoptar de forma simbólica un tigre en peligro de extinción y a reciclar mis latas de aluminio. Voy a pagarle a la biblioteca la multa de sesenta y cinco céntimos que le debo desde hace dos años. Voy a hacer tres flexiones.

Vuelvo a una casa con la puerta de color morado, en la que no está mi prometido. O mi novio, según si él sigue deseando casarse conmigo. No estoy segura del nombre que debo darle. Es mi amigo. Mi compañero. Un hombre altruista pero complejo, que es capaz de conducir siete horas porque sus padres así se lo han pedido, y porque es mejor hijo que ellos padres.

Me manda un mensaje a las seis y media.

Por fin he acabado. Voy a cenar algo y a buscar el hotel. ¿Qué tal tu día, señorita Bufé del Quinto Pino?

Qué hombre tan ladino... Cuando vuelva a casa lo voy a besar con todas mis fuerzas. Escribo cuatro respuestas despreocupadas, diciéndole que todo va como la seda, pero las borro. No son verdad. La verdad es ésta: «Te echo muchísimo de menos. Ojalá estuvieras aquí». Así que ése es el mensaje que le mando.

Llevo despierta desde las tres de la mañana, y lo estoy notando. En el piso de arriba, me detengo delante de la puerta de Nicholas. Podría haberle echado el pestillo, pero no lo ha hecho. Podría haberla dejado cerrada, pero está bien abierta y no puedo evitar que la pena se adueñe de mí al ver las hojas de palmera de su edredón. Echo terriblemente de menos ese edredón. Echo de menos nuestro cabezal, y el brillo de su reloj digital. Echo de menos nuestra cama. Nunca he sentido el mueble sobre el que estoy durmiendo como si fuera mi cama. ¿Cómo podría haberlo hecho, si Nicholas no está allí?

Husmeo en el cajón de su mesilla para ver si la pulsera del envoltorio de pajita sigue allí. Sigue allí. También están las notas que le he ido poniendo en la fiambarrera, y el collar de palomitas que le hice. Lo ha conservado como si fuera un adolescente enamorado. Ha metido un tallo del mirto del subidón de vitalidad entre las páginas de un libro para preservarlo para siempre. El capullo de flor que hibernaba cerrado con fuerza en el interior de mi pecho estira sus pétalos a modo de bostezo y ocupa toda la habitación hasta que la presión en el interior de mi dilatada caja torácica me deja sin aire.

Algo no va bien. Aquí falta alguien. Estoy destrozada por dentro.

Me dirijo a mi lado de la cama y me meto debajo de las mantas. Me habré marchado de aquí mucho antes de su regreso y él no lo sabrá nunca.

Las sábanas están frías y la cama no se hunde con el peso de otra persona, pero su aroma sigue aquí. Me pesan los párpados como si fueran puertas de hierro y al final dejo que se cierren mientras inspiro un millón de recuerdos de Nicholas.

Continúo dormida cuando comienza a filtrarse la consciencia de que no estoy sola. Abro los ojos a la oscuridad, confundida y sin haber dejado atrás del todo mi sueño. Es tarde, de madrugada. Un hombre yace junto a mí, exactamente en el lugar donde debería estar. En el lugar que le pertenece. Aun así, al verlo me siento como si un relámpago me hubiera atravesado el corazón.

—¿Qué estás haciendo en casa?

Parpadeo varias veces, pensando que va a desaparecer. Que sigo soñando.

—Me echabas de menos.

—¿Has vuelto a casa porque te echaba de menos?

Tiene el codo doblado contra la almohada, la palma de la mano en la nuca, y me dirige una mirada insondable. La otra mano le cubre el vientre.

—Sí.

Se me dispara el pulso, porque estoy en su habitación y me ha pillado. Ha estado toda la noche conduciendo en la oscuridad y bajo la nieve, y se ha encontrado a alguien durmiendo en su cama. Este lugar le pertenece, pero podría no decir lo mismo sobre quienquiera que vea cuando me dirige la mirada. ¿Cuál de las Naomis soy? ¿Puede él notar la diferencia?

Se incorpora, inclinándose sobre mí. Mi visión se ha acostumbrado lo suficiente a la oscuridad como para borrar las sombras de su cara, y ahora veo que su mirada se ha vuelto líquida. Sus labios dibujan una suave curva.

—Yo también te echaba de menos —dice, y sus labios se posan con dulzura sobre los míos.

Rodeo su cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí, no vaya a ser que se le ocurra retirarse tras un solo beso. Él sonríe contra mi boca y cierra los ojos, y yo me derrito al sentir su cuerpo contra el mío. Este beso es una fuerza ávida y poderosa, pero él lo interrumpe para desplazarse hacia abajo y besarme el cuello. Mi cuerpo reacciona, estalla en un infierno de calor, concienciado, convencido de que él es el único que puede darme lo que deseo. Él murmura hacia mi piel:

—Te he echado de menos por todas partes.

—¿Mmm?

—Aquí —dice, y sus labios rozan el punto donde me late el corazón dejando que mi dolor y mi malestar sangren sobre su voz—. Te he echado de menos aquí. —Me besa en la boca—. Y aquí. —Mis dedos escarban en su cabello, y los suyos se convierten en puños que se hunden en el colchón para elevar su cuerpo sobre el mío. Me mira profundamente a los ojos—. Aquí.

La palabra es apenas un suspiro.

—Yo también te he echado de menos —contesto mientras mi visión se vuelve gris y borrosa; ahora mismo no existe nada más: el mundo empieza y acaba con este hombre.

No sé que estoy llorando hasta que él me seca las mejillas y veo también en sus ojos el brillo de las lágrimas.

El beso se vuelve más profundo, dice lo que no necesitamos verbalizar. Tiro de él, le acerco más y más, hasta quedar alineados. Cuando nos separamos para respirar, le pregunto:

—¿Sabes que eres mi mejor amigo?

—¿Lo soy?

Sus ojos son zafiros detenidos frente a una llama rugiente, emiten destellos al desplazarse. Conozco cada detalle microscópico de su rostro. Conozco la forma que adoptan sus cejas ante cada emoción. Es el hombre más hermoso que haya existido, y hubo una época en la que no podría haber afirmado con certeza de qué color eran sus ojos. No me parecía más memorable que un cuadro colgado en la pared al que me hubiera acostumbrado tiempo atrás. ¿Cuántas veces paseé la

mirada por encima de él sin darme cuenta de que él me estaba contemplando a mí? Siempre observando. Escuchando. Esperando.

—Lo eres.

Me duele la intensidad de mis latidos, y mi torso es un trapo retorcido. Mis pulmones rasguñan en busca de aire. Otra lágrima se me desliza por la mejilla, y él se la lleva con un beso.

Me estoy desmoronando, y creo que Nicholas lo ve.

Su mano recorre cálida mi cabello. Sus ojos son de una ternura tal que los músculos se me relajan involuntariamente, y mis dedos se desenroscan. Él hunde el rostro en mi garganta e inspira.

—Dios, te he echado de menos, Naomi.

Mi nombre tiembla en el aire, y nunca me ha costado tanto encontrar las palabras. Pero él las necesita. Necesita que dé voz a mis emociones, porque no puede leer mi mente y no está bien que yo me empape con lo que me está dando sin ofrecerme a cambio. No puedo dejar que piense que está solo, ni siquiera por un instante.

—Me gusta estar aquí —le digo sujetando su cara entre mis manos—. Me haces feliz. Me hace feliz que hayas vuelto a casa porque te echaba de menos. Agradezco todo lo que haces, por mí y por los demás. Tengo suerte al estar con un hombre tan considerado como tú, y lamento haberte subestimado y haberme comportado como una gilipollas. Gracias por haber seguido ahí hasta que he vuelto a encontrarte. Que me apoyes y me hagas sentir valiosa lo es todo para mí.

Él sonrío e inclina la mejilla hacia la palma de mi mano. Se me cierra la garganta y se me siguen llenando los ojos de lágrimas. Al parpadear salpico la almohada. Ya no me da miedo desnudarme de esta manera delante de él. Soy suya. Está aquí mismo, y él también es mío.

—Aprender a conocerte de nuevo es lo mejor que me ha sucedido nunca.

Él me pasa un pulgar por el pómulo, desciende hasta la mandíbula.

—Yo te agradezco que me hayas perdonado —dice—. Lamento todas las veces en que te he hecho sentir poco importante. Eres lo más importante para mí, y estoy esforzándome por demostrártelo mejor. Tú también eres mi mejor amiga. Me lo paso mejor contigo que con nadie, y me gusta la manera en que me desafías. Me gusta estar a tu lado y, cuando no lo estoy, no dejo de pensar en ti. Quiero que sepas que pienso en ti constantemente.

Es una sensación tan encantadora, la de ser buenos el uno con el otro...

Estar tan cerca y no arquear el cuerpo hacia él representa un ejercicio de contención. Me muero de hambre, y noto que él también. Nicholas desliza una mirada ardiente por mi cuerpo y sus ojos se nublan mientras su respiración se acelera.

Intento que no me tiemble la voz cuando le digo:

—¿Dónde más me has echado de menos?

Él arquea una ceja y una sonrisa taimada tira de las comisuras de sus labios. Su respuesta se compone de acciones, no de palabras. Me despoja de la camisa y me muestra dónde con las manos. Mis pantalones cortos y mi ropa interior le siguen, y me muestra dónde con la boca. Cada pequeño roce se ve multiplicado por mil, porque han transcurrido cien años contando desde la

última vez que estuvimos piel con piel. Estoy ardiendo y esto tiene que ser absolutamente atroz para él, así que tiro de su cuerpo hacia arriba.

—Ah, hola —dice con suavidad.

—Mío. —No tengo las facultades mentales necesarias para conversar. Soy una mujer de las cavernas que sólo puede pensar en una cosa—. Te necesito. Ahora.

—Has seguido tomando la píldora, ¿verdad?

—Sí.

Estrello su boca contra la mía y, mientras nuestras lenguas están ocupadas, tiro impaciente de la cintura de sus calzoncillos. Él se separa un poco para ayudar, se ríe contra mi mejilla. Siento la vibración por todo el cuerpo y me vuelve loca. Le sacudiría por su capacidad para reírse en este momento si no fuera porque la extrema urgencia de su erección me cuenta una historia diferente. Ya vuelve a estar en modo multitarea, excitado y divertido a la vez. No es justo que pueda dividir su atención cuando yo no soy capaz de ello.

Llevo la mano a su entrepierna y me veo recompensada con un parpadeo mientras su nuez se eleva y se cae. Su aliento está hecho de azúcar, su sabor se derrite en mi boca.

—¿Más? —le provoco.

Él deja que se le cierren los ojos e inclina la cabeza hacia atrás, rindiéndose a las sensaciones.

—Sí.

—Sí ¿qué?

Abre los ojos de golpe, me captura con ellos mientras dos palabras brotan crispadas, graves y guturales.

—Por favor.

—Mmm, ya veremos.

Le muerdo el labio inferior con suavidad y mis uñas lo arañan pecho abajo para culminar su trayecto con un fuerte tirón. Gimo en su oído y le arrebató ese control por el que tanto había luchado. Nicholas gruñe cuando mi cuerpo se ondula contra él. Sus murmullos, demasiado débiles como para que yo pueda entenderlos, resiguen mi garganta y mi pecho hasta que encuentra algo de su agrado.

Su cuerpo está hecho de sombra, de polvo de estrellas, de luz lunar. Él inclina la cabeza de manera diligente, y sus dedos exploradores recorren crestas y valles, dibujan con lentitud círculos ardientes. Yo gimo una súplica y él sonríe, pero no la complace. No tiene prisa, lo cual para mí carece de cualquier tipo de sentido. Me puede la impaciencia y, si por mí fuera, ya estaríamos en la segunda ronda.

En vez de prestar atención a mis ruegos, deja que sus dientes rasguñen la suave extensión de mi vientre. Su mano desciende y hace presión entre mis piernas, que ceden en pos de un único embate. Sus labios dibujan un sendero de fuego entre mi hombro y mi hueso de la cadera en un proceso lento y lánguido durante el cual siento el cosquilleo de sus rizos sobre la piel.

La oscuridad se cierra sobre mí y dejo que el resto de mis sentidos se haga con el control,

aturdida por la avalancha de su deseo, por el delicioso peso con que su cuerpo hace que me hunda en el colchón. Suspiro su nombre mientras él toca y saborea a su antojo, y entonces se eleva sobre mí, y su aliento me estalla sobre el pecho desnudo como el humo de una llamarada.

Haber dicho su nombre es lo que le lleva a dar el salto. Ésa es la palabra mágica.

Sus muñecas golpean contra las mías y lo tengo dentro antes de poder darme cuenta, engullendo mi grito ahogado con su garganta. La sensación es increíble. No deja de besarme en ningún momento mientras se mueve con un ritmo medido y sensual.

Nicholas me pasa suavemente una mano por la cintura, la deja descansar sobre la base de la columna para poder sostenerme contra él y hacer lo que le plazca manteniendo un control absoluto. Su cara se frunce por la concentración, el sudor se le acumula en las sienes por el esfuerzo que le supone aguantar. No va a permitir que le apure. Cada vez que lo intento, me veo escarmentada con un mordisquito, su marca de fábrica. Esos castigos son una recompensa en sí mismos.

Beso la suave carne bajo la que aletea el pulso de su cuello, debajo de la oreja, y un ruido sordo y profundo retumba en él mientras se estremece. Tomo su barbilla en mi mano y lo obligo a que me mire a través de unos ojos entornados que luchan por mantener el control, por prolongar esta situación y hacernos sufrir. Esos ojos son negros como el bosque durante la noche.

Se echa hacia delante, pero sus besos son sorprendentemente delicados, detienen el movimiento de nuestros cuerpos. Quiero protestar, pero él se retira y puedo ver que está pensando a fondo en algo. Unas arrugas de preocupación le atraviesan la frente. Me levanta el muslo y lo dobla hacia un lado, todos sus músculos se ponen rígidos cuando comienza a moverse de nuevo. Puedo reseguir los tendones de su cuello y de sus brazos.

—¿Nicholas?

Él me mira desde arriba.

—Dime que me amas —susurra.

El corazón me estalla dentro del pecho y una luminosidad blanca, como de fuegos artificiales, aparece detrás de mis párpados.

—Te amo —le digo, y observo las palabras arder en su interior—. Pues claro que te amo, Nicholas.

Sus embates van al encuentro de cada movimiento de mis caderas, y los dos nos deshacemos.

Se me hace imposible poner orden en mis pensamientos. Una sensación fantástica recorre mi cuerpo. Está satisfecho. Nunca había sido así, y si fue así lo he olvidado. Cuando nuestra respiración se calma, trazo el contorno de un corazón en su pecho. Su cabello es un halo de oscuridad sobre el blanco de la almohada, y sus ojos siguen candentes cuando se posan en mi cara.

Le sonrío.

—Éste podría ser el que habrá que batir.

—¿Ha sido mejor incluso que nuestra primera vez?

Los dos nos reímos, porque nuestra primera vez fue un desastre. Vino a visitarme a la ferretería en la que trabajaba antes durante la hora del almuerzo y acabamos haciéndolo en el almacén. De pie. Él intentó colocarme contra la pared y cuando acabamos fui a descubrir que al otro lado habían colgado unas herramientas y que todas se habían caído al suelo. Yo me olvidé de cerrar con llave la puerta principal, y a los dos clientes que entraron a mirar seguramente se les llenaron las orejas.

—¿Te acuerdas de aquella vez en mi coche? —digo con una risita—. Tú...

—Volqué el café caliente por encima de los dos —acaba la frase por mí y lanza un gemido—. Nada para quitarte las ganas como que te caiga un líquido hirviendo en la entrepierna.

—Y ya nunca volvió a ser el mismo... —recito con gravedad.

Él sonríe y me da un codazo.

—Me sentí fatal por haberte estropeado el suéter.

—Me había olvidado por completo de ese suéter. Mmm. Pero valió la pena.

Se pone a enroscar un mechón de mi cabello con un dedo.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

El momento en que nos conocimos resulta insignificante a la luz del momento en que nos hemos vuelto a conocer. Nos hemos vuelto a conocer en un momento en que los dos hacíamos todo lo posible por alejar al otro. Aún está por verse que no nos hayamos alejado demasiado. ¿Podrían estas últimas semanas ser reales, y el año anterior un sueño? ¿O éste es el sueño? Hemos sido destructivos, y es algo que no podemos deshacer, pero sí que es algo de lo que podemos recuperarnos si nos esforzamos en ello como nunca. Nicholas se ha metido a tal profundidad dentro de mí que no hay manera de separarlo de mis huesos y tendones, no podré sacármelo de la sangre.

Pues claro que me acuerdo. El momento ha permanecido en la sección de objetos perdidos de los recuerdos felices, esperando a que el amor diera paso a una revolución solar y lo iluminara de nuevo.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Hemos retrocedido casi dos años y estoy en una bolera de Eau Claire para la fiesta sorpresa de mi padre. Mamá ha adornado una de las mesas con globos que dicen FELICIDADES y FELIZ JUBILACIÓN, y hay un pastel con una foto de su cara en el glaseado. Aaron y Kelly, mis hermanos, están de un humor de perros por haber tenido que hacer el viaje. Kelly tuvo que cancelar los planes que había hecho con sus amigas después de olvidarse que se había comprometido a venir, y Aaron no deja de dar la paliza con el precio de la gasolina. Es el motivo por el que no ha traído un regalo. Su presencia es un regalo. Antes de irse logrará sacarle veinte pavos a papá.

Papá odia las fiestas sorpresa y para comenzar no quería jubilarse (su compañía lo echó, básicamente), así que, cuando aparece al fin, su malhumor hace juego con el del resto de la gente. Mamá intenta mostrarse animada para salvar la situación, pero, como odia los bolos y se pasa todo el rato hablando por el móvil con su hermana, papá se avinagra aún más y todos comienzan a pelearse.

En la pista a nuestra derecha hay un hombre que juega solo. Sé que puede oír las discusiones de mi familia porque, aunque no dejo de pedirles que bajen la voz, acaban hablando entre dientes al mismo volumen. Además ha mirado en nuestra dirección algunas veces.

—¿Puedo hacer como que estoy aquí contigo? —le pregunto en broma.

Tengo entre las manos la reluciente bola de cuatro kilos que he cogido detrás del mostrador. Uso bolas de niño porque mi fuerza radica en el campo psicológico antes que en el físico. Tampoco tengo problemas en rebajarme y pedir que me pongan las barreras laterales.

—Claro.

Me sonrío y el estómago me da un pequeño vuelco. Tiene un bonito cabello ondulado de color marrón que se riza ligeramente allí donde le cae sobre la frente, y una sonrisa sincera. Ojos bondadosos.

—Gracias. Mi familia nunca ha aprendido a comportarse en público.

Él suelta una risita y sacude la cabeza.

—Mi familia podría darles un buen repaso, créeme.

Kelly está llorando. Oigo que llama gilipollas a Aaron porque éste le ha robado cinco dólares del bolso para comprarle una bolsa de maría a alguien a quien acaba de conocer en el lavabo, y estoy de acuerdo con ella. Él le devuelve inmediatamente el insulto porque ella una vez lo denunció al fisco por no declarar los ciento veinticinco dólares que había ganado pintando el porche de nuestro tío, así que también estoy de acuerdo con él.

—Me cuesta creerlo, lo siento —digo impávida, y los dos nos reímos. Señalo a mis hermanos con el pulgar—. Seguramente no han contribuido demasiado a tu concentración.

—He estado un poco distraído —admite él, y a continuación me dirige una larga mirada—. Pero no ha sido por ellos.

Creo que está flirteando. ¿Está flirteando? Me convierto en un cliché y me vuelvo para asegurarme de que en realidad no se lo ha dicho a alguien que esté plantado a mi espalda. Allí no hay nadie.

Sus labios se curvan para formar una sonrisa.

—Bueno, problemas familiares aparte, pareces bastante agradable.

¿En serio?

—No estoy mal.

—Y yo soy agradable —dice sin acabar de ir al grano.

Yo contesto con cautela:

—Es posible.

—También me han dicho que soy bastante guapo.

Sí, definitivamente está flirteando. Mi interior se ilumina y en él suena una melodía de ocho bits, como si acabara de ganar una partida en el juego del millón.

—Es posible.

Él sonríe, porque le estoy devolviendo el flirteo.

—Deberías salir conmigo esta noche —dice con despreocupación sin romper el contacto visual, mientras lanza su bola para que ruede por la pista. Oigo que se estrella contra un batallón de bolos soldado, pero ninguno de los dos se pone a comprobar la puntuación que ha obtenido. Nos estamos mirando fijamente.

—¿En una cita?

—Sí.

No puedo más que reírme. No conozco a este hombre. No vivo cerca de Eau Claire. Nuestros caminos no volverán a cruzarse nunca.

—Claro, saldré contigo —le digo—. Si logras tirar todos los bolos que te quedan ahora mismo.

Él analiza la situación. Acaba de hacer un *split*. Su bola ha pasado limpiamente por el centro, ha volcado todos los bolos salvo el del extremo izquierdo y el del extremo derecho. A menos que sea un jugador de bolos profesional, capaz de conseguir la curvatura de la gravedad, no hay manera posible de que pueda cargarse a sus dos oponentes. Se encuentran demasiado alejados como para hacer que uno salte contra el otro, así que las probabilidades de que consiga una media chuza son astronómicas.

Le centellean los ojos.

—¿Me lo prometes?

Hago una pausa antes de contestar. Tendría que ser una idiota para animarlo, así que eso es lo

que hago.

—Claro, te lo prometo.

Nada más abandonar mi boca esas palabras, él se pone a caminar por el centro de la pista y derriba los dos bolos con el zapato. Gira sobre sí mismo con un ademán ostentoso mientras su reflejo atraviesa el brillante encerado del suelo, y me dirige una sonrisa diabólica. Debo admitir que me ha pillado. La pantalla sobre nuestras cabezas muestra un estallido de confeti digital y las letras de la palabra «¡Media!» van derrumbándose cacofónicamente como cocos cayendo de una bolsa.

Parece satisfecho de sí mismo. Es innegable que hay química entre los dos, y eso me tienta a acercarme un poco. A explorar. Debería marcharme, pero no lo haré porque aquí hay algo. Qué asco, vivir tan lejos. Cuando se entere de que soy una relación a larga distancia ya no se molestará más. Pero se lo tengo que comunicar.

—No soy de aquí.

—Ya lo sé —contesta él mientras le guiña el ojo a uno de los empleados de la bolera, que ha sido testigo de su artimaña y lo está mirando con severidad y el ceño fruncido—. Vives en Morris.

—¿Cuándo te he contado yo eso?

—No lo has hecho. Te vi allí hace dos semanas, guardando la compra en el maletero del coche. Yo también vivo en Morris.

Me quedo boquiabierta.

Mi conmoción le entusiasma.

—Quise acercarme a decirte hola, pero pensé que el que un extraño se dirigiera a ti mientras estabas sola en un aparcamiento a oscuras y medio vacío no era la mejor manera de actuar. — Levanta un hombro como diciendo «Eh, qué se le va a hacer»—. Pero después estuve pensando en ello, deseando tener otra oportunidad. ¿No sería genial poder intentarlo de nuevo? Incluso he vuelto un par de veces a ese súper, por si te veía otra vez.

Lo observo embobada, y entonces miro por encima del hombro para ver si mi familia nos está escuchando. No están. Se han ido sin despedirse y nos hemos quedado solos los dos, este extraño que me está encandilando cada vez más y yo.

—Todos los años, por mi cumpleaños, voy a casa de mis padres y mi madre le pone las velas a la tarta —me cuenta—. Algunos amigos de la universidad me escriben por Facebook para saludarme, y yo espero a que el día prácticamente se haya acabado antes de contestarles, porque quiero que parezca que tenía cosas mejores que hacer en vez de estar contando el número de felicitaciones que he recibido. Nunca voy a ninguna parte ni hago gran cosa. Hoy me he levantado con ganas de jugar a los bolos. Es el primer cumpleaños que paso completamente solo. No quería ir a una bolera cerca de donde vivo porque no quería encontrarme con ningún conocido, así que busqué otros lugares por internet y encontré éste. Lo escogí al azar. Eau Claire.

Ahora me tiene fascinada del todo. La pantalla parpadea en la periferia de mi vista, insistiéndole en que haga otra tirada, pero no podemos apartar los ojos el uno del otro. Estamos

cerca, pero no lo bastante como para que pueda discernir el color de los suyos. Creo que podrían ser grises.

—Éste es el primer cumpleaños desde que estoy vivo en que no he soplado unas velas ni he pedido un deseo —dice avanzando un paso hacia mí deliberadamente. Todo el oxígeno del edificio ha comenzado a evaporarse, quedan dos bocanadas insuficientes para cada uno de mis pulmones—. Pero en cualquier caso has venido aquí justo hoy. Has acabado en la pista al lado de la mía, y te has dirigido a mí, tú has iniciado la conversación. ¿Qué posibilidades había de que pasara eso? ¿Dos personas de Morris encontrándose en Eau Claire? Y justo aquella a la que deseaba conocer...

No puedo respirar. Él se acerca un poco más y la palpitación de mis sentidos hace que sus rasgos se vuelvan borrosos y se transformen en una neblina cálida y teñida de rosa. Mi cerebro se enciende y se apaga, como si estuviera borracha. Mantenerme erguida es una lucha constante. Por no inclinarme esos centímetros finales. No sé quién es esta persona e ignoro lo que ha planeado para esta noche, pero aquí hay algo que tengo que explorar. Si no lo hago, creo que me arrepentiré.

—Por primera vez —acaba—, mi deseo se ha cumplido.

Llevábamos tanto tiempo sin dormir juntos en la misma cama que, al despertar el domingo por la mañana, lo único que deseo es estirarme y disfrutar de ello. Pero Nicholas estuvo conduciendo durante toda la noche para venir a mi lado, así que yo también quiero hacer algo para que se sienta especial. El camino para ganarse el corazón de un hombre es a través de su estómago, así que voy a enamorarlo con un desayuno casero. Y con «casero» quiero decir que voy a comprar una porción de cada uno de los platos del menú del Blue Tulip Café.

Ciertos músculos que se habían atrofiado durante nuestro período de sequía están agarrotados y doloridos después de lo de anoche, y reprimo un gritito al bajar de la cama. Le echo una ojeada a Nicholas, que está boca arriba con las piernas cruzadas por los tobillos, profundamente dormido. De los dos, soy yo la que tiende a despatarrarse. Él duerme en una línea pulcra, como si lo hubieran metido en un ataúd, ocupando el mínimo de espacio. En cambio, en la cama yo triplico mi tamaño, abro piernas y brazos en abanico, y mi cabello va en busca de su boca y su nariz. En ese sentido, estas últimas semanas de dormir separados habrán representado un alivio para él, pero qué lástima: sus noches de descanso y relajación se han acabado. Echaba de menos tener a alguien a quien dar patadas.

Me paso un minuto allí plantada, sin hacer nada, admirándolo, mientras las emociones se disparan por mi sistema nervioso.

Me ama. No repitió las palabras explícitamente después de que yo se las dijera, pero sé que me ama.

Sobre la mesa de la cocina veo un regalo que ha traído de su viaje: un pisapapeles de cristal con unas flores silvestres conservadas en su interior. Ha encontrado la manera de que las flores

sean útiles y rentables. Sonriéndome, le dejo una nota de agradecimiento.

Cojo el jeep de Nicholas para poder llenarle el tanque de gasolina y que él no tenga que hacerlo, y lo remato con un viaje al túnel de lavado. Cuando entro por el camino de acceso con un enorme alijo del Blue Tulip Café en el asiento del copiloto, en mi cabeza zumban las ideas sobre cómo podemos pasar el día. Hace demasiado frío para actividades al aire libre, así que podríamos ir al *laser tag*. O al cine. Me meto en el coche rápidamente porque creo que tengo una tarjeta de regalo para el cine de Beaufort en la guantera, y es entonces cuando reparo en que el montón de bolsas de basura junto a la pila de troncos ha aumentado de tamaño, y en que la puerta de entrada está abierta. Parece que Nicholas ha estado ocupado desde mi marcha. Más le vale que no esté cocinando nada.

Hemos estado limpiando de forma habitual la porquería que Leon dejó en el cobertizo, la mayor parte de la cual ya estaba allí cuando él se mudó. Le echo una ojeada a una de las bolsas, que por no estar cerrada con fuerza deja un hueco a la vista. El color azul pastel del interior me provoca un fagonazo de reconocimiento y me acerco un poco más. Los latidos de mi corazón me graban un tatuaje sobre el esternón, pero mi cerebro se rebela contra lo que pienso que es, así que tengo que abrir la bolsa. Tengo que asegurarme.

Saco la cajita, una entre varias. En la bolsa hay cinco como ella, abolladas y rotas. Un plato desechable manchado de ketchup ha caído sobre una y yo me doblo sobre mí misma, con lo que mis pulmones se comprimen a la mitad de su tamaño. Un pitido de ruido blanco suena en mis oídos y me escuecen los ojos. Estoy a punto de vomitar.

Son las invitaciones de la boda. Las ha tirado todas.

En el otro extremo del campo de batalla, Nicholas avanza con gallardía, la cabeza bien alta. Hace girar su espada. Me mira. Y a continuación ensarta de lleno mi corazón.

Dejo la caja en el suelo y regreso a mi coche sin procesar ni planear ninguno de mis pasos. Estoy en piloto automático. Soy un soldado con una herida mortal que se arrastra en busca de un escondite en el que pueda morir solo y en paz. Vagamente, registro que Nicholas está plantado en el porche y me da la sensación de que podría estar diciendo mi nombre, pero todos mis instintos de autoconservación están en plena marcha y tengo que salir de aquí.

En vez de conducir hacia Morris, me apresuro a salir del pueblo. Los giros y vueltas que doy son propios de un criminal paranoico al intentar escapar de un coche de la policía. Dejo de prestar atención a las señales de la carretera y escojo el camino al azar. Lo único que me importa es que él no me localice. No puedo dejar que nadie me vea de esta manera.

Transcurre una hora antes de que encuentre un lugar donde aparcar: un área de descanso rodeada por unos retoños de árboles. A través del parabrisas, la vista desciende con suavidad hasta un lago público. Hay una caravana a diez plazas de distancia, pero por lo demás estoy sola y dispongo de mucha intimidad. Pego la frente al volante, que está frío, e inspiro profundamente

para soltar espiraciones entrecortadas. Me duele. Me duele muchísimo, y deseo volver a ser la Naomi Westfield que quería que Nicholas tirara las invitaciones y cancelara la boda. Ella estaría celebrándolo.

El lago y los árboles flotan en el aire. Es un día neblinoso, sombrío, y no me extrañaría seguir conduciendo y conduciendo para no volver más. Dejaré Morris en el retrovisor, y daré así vida a una fantasía que he tenido desde siempre.

La luz de aviso del móvil parpadea. Con dedos temblorosos lo tiro a la parte de atrás, donde espero que se extravíe de manera irremediable. Cierro los ojos, pero lo único que veo es la caja aplastada con las invitaciones de boda entre mis manos. Cuando levanto la mirada hacia el parabrisas, mi mente hace aparecer a Nicholas delante del coche. Una llamarada se inflama en mi interior y se eleva como una ola, mi rabia es un rugido ensordecedor. «¿Me has herido? Yo te heriré más.» Nuestra asignatura pendiente.

Ha apuntalado las piernas, como si creyera que le voy a pasar por encima, pero se mantiene firme de todos modos. Articula una sola palabra de aviso: «Muévete».

Le leo los labios: «No».

Intentamos intimidarnos con la mirada. Dejo que el coche dé un bote hacia delante de varios centímetros. Nicholas abre mucho los ojos, pero no retrocede: quiere ver si voy de farol. No es una elección inteligente. Hago sonar la bocina y él la ignora, posa una mano sobre el capó como si ese gesto fuera a bastar para detenerme. Para mi eterna frustración, puedo sentir ese contacto. No tiene perdón.

Lo amo, lo amo. No es necesario que ame cada pequeño detalle de ese hombre, pero sí que amo al hombre. Él no me dijo: «Yo también te amo». «Dime que me amas», eso es lo que dijo. Pero ¿por qué iba a pedir algo así si no me amara? ¿Y qué hay de la nota que me dejó en la que decía que yo era la persona más hermosa que había conocido? ¿Y qué hay de la pulsera hecha con el envoltorio de aquella pajita? La guardó. Una cosa insignificante que hice. Una cosa insignificante que conservó.

Me niego a creer que seguimos en lados opuestos, pero también tengo por costumbre ignorar la realidad.

La niebla se ha vuelto más densa, así que enciendo los faros mientras salgo del aparcamiento dando marcha atrás. No puedo quedarme sentada e inmóvil durante demasiado rato o entraré en combustión. El Nicholas que había conjurado se disipa entre las luces largas, lo hago desaparecer con una floritura de la mano.

Mi corazón, tierno y abierto, no deja de ofrecer alternativas para lo que está sucediendo. Mecanismos de defensa. «Quizá te ama, pero es sólo que ya no desea casarse.» Eso no sería tan malo. Las cosas seguirían como ahora. Las sensaciones al fin vuelven a ser buenas, aunque no siempre resulte fácil.

Pero entonces me acuerdo de cuando Nicholas hincó una rodilla en el suelo y el resto del mundo se sumió en el olvido. Levantó la mirada, ansioso, con el corazón en la mano. «No es

suficiente con que seas mi novia. Necesito que seas mi esposa.»

Parece que ya no es así. Quizá me ama sólo al ochenta por ciento. No. No existe tal cosa como amar a alguien al ochenta por ciento.

¿Estoy de acuerdo en permanecer junto a este hombre si resulta que me ama, pero que no quiere llevar mi anillo en el dedo? Quizá cambie de idea algún día. Quizá no pretendía tirar seis cajas llenas de invitaciones de boda. Quizá pretendía guardarlas, pero se le mezclaron las bolsas. Todo ha sido un accidente, un malentendido, y algún día nos reiremos de él.

Eso o, dentro de unos pocos meses, Nicholas habrá pasado página al lado de otra persona. Esa mujer misteriosa dormirá en el edredón de hojas de palmera que él y yo escogimos juntos. Tendrá la puerta de color morado, y la estrecha habitación del medio que algún día podría ser para el bebé. Tendrá las sonrisas de Nicholas, la piel de Nicholas sobre su piel, el aliento de Nicholas enroscándose en su cabello mientras duerme. Tendrá a Nicholas.

Podría hacer como que nunca he mirado dentro de esa bolsa de basura. Podría volver a casa ahora mismo e inventarme una excusa. Le diré que, después de dejar su jeep en el camino de acceso con las llaves puestas y el asiento del copiloto lleno de comida, me asaltó el deseo súbito y absorbente de meterme en mi coche y conducir hasta el centro comercial. Le diré que se me murió el teléfono. No admitiré lo que vi en la basura y será como si nunca hubiera ocurrido. No recuerdo si volví a meter la caja en la bolsa antes de marcharme, ni si la até. Espero haberlo hecho. Si simplemente la dejé ahí tirada, él sabrá que la he encontrado.

Sus actos de anoche carecen hoy de sentido. ¿Cómo puedo haberme equivocado tanto al interpretarlo? Quizá sólo me hizo el amor porque había estado conduciendo toda la noche y se sentía cansado. No era él mismo. Nada más despertarse se ha arrepentido de lo que hizo, posiblemente incluso ha sentido que me aproveché de él. Está rabioso conmigo. Piensa que se la he jugado.

Las horas transcurren mientras conduzco y conduzco y conduzco. Ya ha oscurecido cuando la carretera me devuelve inevitablemente a Morris, aunque le haya suplicado que no lo hiciera. Aún no tengo ni idea de lo que voy a hacer. No me queda nada de efectivo después de llenar el tanque y haberme mantenido ocupada a lo largo de todo el día, lo cual me deja sólo con la tarjeta de crédito. En el momento en que un hotel me cargue el importe de la estancia de una noche, éste aparecerá en su móvil porque compartimos cuenta y recibe una notificación cada vez que se realiza un cargo en ella.

Tengo hambre, no he comido nada en todo el día, así que aparco delante de Jackie's y entro a comprar dos paquetes grandes de patatas fritas. Me siento en el capó del coche y me pongo a comer. Noto el calor de las patatas en los dedos fríos. Sé lo que va a pasar. Lo he sabido desde que le entregué mi tarjeta al cajero y lo he aceptado. Ése es el motivo por el que no muevo un músculo cuando un jeep Grand Cherokee se detiene en la plaza de aparcamiento junto a la mía.

Me quedo mirando al frente y me como otra patata. Siento que me está observando. ¿Es esto lo que deseaba? O bien lo conozco mejor que nadie en este planeta o no lo conozco en absoluto. No

hay término medio.

Nicholas sale de su coche. Veo por el rabillo del ojo que sujeta una de las cajas aplastadas de color azul con las invitaciones, y me comienza a arder la garganta como si hubiera bebido ácido.

—Naomi —dice.

No puedo hacer esto.

—No, por favor. Tú ganas, ¿vale? Se acabó. Voy a terminar con esto para que tú no tengas que hacerlo.

Nicholas se sienta a mi lado y el coche cruje bajo su peso. Deja la caja cuidadosamente sobre su regazo, y tenerla tan cerca hace que las astillas de mi corazón me agujereen las paredes del pecho. Nunca nos sentaremos juntos para escribir las direcciones en ellas. La gente a la que queremos nunca las abrirá con una sonrisa para decir «Entonces se van a casar de verdad. Lo van a hacer en serio». Nunca estaremos frente a frente al final de un pasillo sembrado de flores a fin de prometernos el uno al otro para siempre.

—¿Qué quiere decir que se ha acabado? —pregunta Nicholas con voz calma y ronca—. No me digas que estás intentando romper conmigo después de todo lo que hemos pasado... Eso no va a suceder.

—¿No es lo que deseas?

—No. —Sus dedos se deslizan bajo mi barbilla y la elevan para que mis ojos queden al nivel de los suyos. Su mirada irradia una emoción que estoy convencida de que no siente, y es angustia—. Cariño...

Mi ojos saltan hacia la caja en su regazo y siento deseos de tirarla.

—Para. No quiero oír nada más. No es necesario.

—Oh, yo creo que es muy necesario.

—Se acabó. Déjame en paz.

Sus ojos me abrasan.

—Naomi, si vuelves a decir una vez más que se acabó voy a perder la cabeza. Me he estado volviendo loco todo el día sin saber adónde te habías ido. No contestabas al teléfono, y te has ido conduciendo de manera errática y a sacudidas. ¿Tienes alguna idea de cómo me ha dejado eso? Estaba a punto de comenzar a llamar a los hospitales cuando he visto el cargo de la tarjeta de crédito.

Es ridículo que me sienta culpable por haber hecho que se preocupara.

—Quiero que te vayas. Por favor.

—¿Por culpa de esto?

Da unos golpecitos sobre la caja de color azul, y yo me encojo del dolor.

—Porque he cambiado de idea.

Antes de darme cuenta de lo que pasa dejo de estar encima del coche y me encuentro atrapada entre el frío metálico del capó y Nicholas. No hay sitio para esquivarlo, no tengo adonde ir. Mis sentidos se tambalean, subyugados por él; se derrumban bajo su contacto para combinarnos en una

unión perfecta. En sus ojos oscuros centellean el miedo y la furia, y algo más que tardo otro medio segundo en traducir. Una necesidad. Profunda y ardiente. Si no estuviera clavada contra el coche, me fallarían las rodillas.

Él pone la mano sobre mi corazón, enorme y traicionero; controla cada terminación nerviosa, cada deseo. Estoy completa, absolutamente despierta. Él espira con un estremecimiento y su rostro descende tan cerca del mío que me da la sensación de que esto ha de culminar en un beso, y ése es el motivo por el que cierro los ojos.

—Tu corazón me pertenece —dice.

Nicholas abre la caja y saca una de las invitaciones. Una tarjeta de confirmación de asistencia cae y sale disparada, atraviesa el aparcamiento girando velozmente.

—He llevado una de éstas doblada en la cartera durante meses —me cuenta—. A veces la sacaba para mirarla y sonreía, porque me emocionaba la idea de casarme contigo. Pero entonces, al prestarles más atención, dejé de sentirme tan feliz.

—Porque ya no querías casarte conmigo.

Él me da la invitación.

—¿Cómo te sientes al tenerla entre las manos?

—Triste —respondo con sinceridad.

—Léela. Dime lo que sientes al hacerlo.

Estoy tan vacía que se podría oír el sonido del viento al atravesarme. Pero me vuelvo a sentar sobre el coche. Nicholas se sube de un salto a mi lado, y tengo que leer el texto ensortijado dos veces antes de digerirlo.

Deborah y Harold Rose se enorgullecen de anunciar el enlace de su hijo, el doctor Nicholas Benjamin Rose, a la 1 de la tarde del 26 de enero en la iglesia de St. Mary's, con Naomi Westfield.

Después de la ceremonia habrá una recepción en el salón de banquetes Gold Leaf.

Se ruega vestir de etiqueta.

No se permitirá la presencia de niños ni de animales de servicio.

No les había echado un segundo vistazo a las invitaciones desde que llegaron por correo, y respondo con el mismo estallido de irritación. Nicholas observa mi reacción y asiente con la cabeza.

—Exacto. ¿Crees que éstas deberían ser nuestras invitaciones? ¿Son las palabras que usaríamos tú y yo? ¿Te parece que aquí hay algo representativo de nuestro matrimonio? Ni siquiera aparece tu segundo nombre.

—No es lo que yo habría elegido —admito, consciente de la nota amarga en mi voz—. Pero no he pagado por ellas, así que no tengo la última palabra.

—Pero ¿no es una locura que no tengas la última palabra? —Examina la invitación—. Tampoco hemos decidido nunca la foto que íbamos a poner en ellas. Y quizá sea mejor así, porque esas fotos conmemoran un día de infelicidad. Recuerdo que no te encontrabas bien, y que a mí no

me gustaba cómo iba vestido. Estábamos molestos el uno con el otro, plantados delante del fotógrafo, con nuestras sonrisas falsas de enamorados.

—Es cierto.

—¿Y estos lazos? —Toca una de las cintas de seda de color marfil de la invitación. Las hay a toneladas, con perlas falsas en el centro—. ¿Se parece esto en algo a nuestro gusto? He tenido mucho tiempo para pensar en ello, y cuando miro estas invitaciones no las siento nuestras.

—No lo son. Son de tu madre. —Lo miro directamente a los ojos—. Si no te gustaron las decisiones que tomó, deberías haber dicho algo.

—Lo sé. Lamento haber dejado que se encargara de todo... Sabía cómo te sentías por ello y permití que lo hiciera porque en ese momento me resultaba más sencillo que tú estuvieras molesta conmigo a que mi madre estuviera molesta conmigo. Lo cual es una locura.

—Lo es. —No tiene sentido que se lo restrigie por la cara, así que añado—: Pero estás mejorando. Últimamente me has defendido. No has dejado pasar ni uno de sus insultos. Y, por tu propio bien, me alegro de que no hayas estado yendo allí a diario, ni atendiendo todas sus llamadas.

—Me ayuda tenerte a mi lado, alentándome. —Deja descansar la cabeza sobre mi hombro—. Tú haces que resulte más sencillo.

—No siempre he hecho que las cosas fueran más sencillas.

Él me coge la mano y la aprieta.

—Esta mañana estaba revisando cosas para deshacerme de ellas y he encontrado esas cajas. Tirarlas me ha parecido lo más normal del mundo.

—Uau —comento con sequedad—. No te molestes en suavizar el golpe ni nada.

—Cariño, ¿por qué tenemos que casarnos en St. Mary's? ¿Por qué habríamos de usar un sofocante salón de banquetes para la recepción? ¿Acaso alguno de esos lugares tiene el menor significado personal para nosotros?

—No, pero...

—Esto debería tener que ver con nosotros —prosigue con urgencia, tomando mis manos entre las suyas y haciéndonos girar para que quedemos cara a cara—. ¡Y la lista de invitados! Es kilométrica. Y no conozco a la mayoría de los nombres que hay ahí. ¿Por qué habríamos de tener a todos esos extraños reunidos a nuestro alrededor en el momento más especial de nuestra vida? —Hace una pelota con una de las invitaciones y yo resoplo un grito ahogado—. Éstas son las invitaciones de una boda falsa. Las he tirado porque no quiero a ninguna de esas personas allí.

Abro los ojos como platos.

—¿A ninguna?

—¿Por qué habría de querer que vinieran? Esto no le concierne a nadie más que a ti y a mí. Las únicas personas que me gustaría que vinieran a nuestra boda son aquellas que nos han tratado bien a los dos. Eso descarta a casi toda la gente que conozco, incluyendo a la persona que diseñó las invitaciones.

No puedo concebir una boda en la que Deborah no sea la maestra de ceremonias. Nunca permitirá que la excluyamos y nos salgamos con la nuestra. Para Deborah, nuestra boda es un evento social para el cual podrá acicalarse y trotar alrededor de su hijo como una de esas madres de los concursos de belleza. Se muere de ganas de que llegue el momento en que las demás madres de su círculo la feliciten.

—¿Y qué hay de nuestras familias?

—Que les den a nuestras familias. Que le den a todo el mundo.

Tira la invitación arrugada a un contenedor de basura y ésta rebota contra el borde. Estallo en carcajadas. Sé que no lo dice en serio, pero quizá por un día tenga razón. En una jornada sagrada, en la que representa que hemos de ponernos el uno al otro por encima del resto del mundo y celebrar un compromiso profundamente personal, quizá no deberíamos tener que acomodarnos a las opiniones o deseos ajenos. Tendríamos que hacer lo que nos pareciese correcto a nosotros, y a nadie más.

—Formaremos nuestra propia familia —dice Nicholas con seriedad.

Sacudo la cabeza mientras reflexiono:

—Te has vuelto loco.

Cojo una de las invitaciones de la caja, hago una bola con ella y la arrojo al contenedor. No entra.

—Si me he vuelto loco, que le vaya bien a la cordura que tuviera antes.

Hacer una pelota con las invitaciones de nuestra boda y lanzarlas a las proximidades de un contenedor de basura resulta extrañamente catártico. Una vez que hemos comenzado ya no podemos parar. Las apilamos sobre el capó como si fueran bolas de nieve y nos turnamos para intentar meterlas en el contenedor. Él anota once tantos y yo, nueve.

—Ésta es la de mi abuela —le digo mientras lanzo una de esas bolas de nieve hechas de papel y lazos—. Por haberme presionado para que llevara su velo aunque se diera cuenta de que no me gustaba, y por sugerir que quizá sea demasiado vieja para tener hijos. —Acierto y Nicholas me aclama—. ¡Chúpate esa, Edith! ¡Oficialmente ya no estás invitada!

—Ésta es la de tu hermano —contesta él balanceando el brazo como un lanzador de béisbol y haciéndola volar. Yerra su blanco por kilómetro y medio, y la invitación acaba en la carretera—. ¡Sé que fuiste tú el que me robó las gafas de sol, Aaron!

—Me muero de ganas de tirar la de tu madre.

—Oh, por favor, déjame a mí. Me lo he ganado.

Tiene razón, este honor le pertenece. Le doy una invitación intacta para que tenga la satisfacción de arrugarla con el nombre de su madre en la cabeza. Nicholas la tritura con meticulosa fiereza y la bola dibuja un arco por encima del cubo, extrae un sonido metálico de una señal de stop.

—Si meto ésta —digo pasándome una invitación/bola de nieve de una mano a la otra—, tendrás que limpiar este desorden tú solo mientras yo te observo y me como las patatas. No voy a

dejar que me pongan una multa por ensuciar la calle.

Entorno los ojos y apunto con cuidado, pero fallo. Evidentemente.

—¡Ja! —se pavonea él—. Inocente. Si meto ésta, tienes que volver ahí dentro a comprarme un batido de chocolate.

Nicholas también falla.

—Joder.

Me río por la nariz.

—Tienes peor puntería que yo.

—Tú tienes peor cara que yo —murmura, ante lo cual tengo que reírme.

Queda una última invitación en la caja. La enrolla con lentitud deliberada.

—Si meto ésta... —Busco el resultado más demente posible para esta situación. Tiene todo el sentido del mundo—. Tienes que casarte conmigo. No algún día, y sin quizá. Lo hacemos ahora.

Balanceo el brazo hacia atrás y estoy a punto de dejarlo ir cuando Nicholas me coge de la muñeca. Me arranca la invitación de las manos, se desliza para bajar del coche y se dirige hacia el contenedor de basura. La deja caer dentro deliberadamente.

Arqueo una ceja mientras él vuelve.

Se detiene a treinta centímetros de distancia y se mete las manos en los bolsillos. En sus ojos no hay ya ninguna provocación.

—No pienso dejar lo nuestro en manos del azar.

Lo miro fijamente. Lo dice completamente en serio.

—¿De verdad? ¿Quieres casarte?

—De verdad. No quiero torturar a nadie que no seas tú.

No puedo quitarle los ojos de encima. Por la manera en que habla, suena como si me estuviera ofreciendo todo cuanto deseo. Me muero por confiar en sus palabras, pero yo le he dado una parte capital de mí misma con la que él todavía no me ha correspondido.

—Pero aún no me has dicho que me amas.

—Eso no es verdad.

—No lo has hecho.

—Lo digo constantemente, lo que pasa es que lo digo en voz muy muy baja. Te lo digo cuando estás en otra habitación, o nada más colgar el teléfono. Te lo digo cuando llevas puestos los auriculares. Te lo digo cuando cierras la puerta a tu espalda. Lo digo dentro de mi cabeza cada vez que me miras.

Se acerca tanto que comenzamos a inspirar el aliento del otro. No sé qué debería decir, pero por suerte Nicholas sí. Me ha atrapado.

Sujeta mi cara entre sus manos y sus labios rozan los míos. Su mirada está llena de ternura, una sonrisa le curva la comisura de los labios.

—Pues claro que te amo, Naomi. Nunca he dejado de hacerlo.

Después de solicitarla, tardan seis días en concedernos la licencia matrimonial, y de momento la tenemos guardada a la espera de que llegue el momento adecuado.

Nicholas y yo estamos volviendo a casa después de pasar la tarde en el *laser tag* gracias a que ha llamado al trabajo para decir que estaba enfermo. Su mano descansa sobre el cambio de marchas, y tiene la mirada fija al frente, puesta en las ráfagas de nieve que atraviesan la carretera. Ahora mismo no nieva, pero lo ha hecho durante todo el día, y a lado y lado se eleva un montículo blanco de cuarenta centímetros de altura. Cubro su mano con la mía y siento esa flexión apenas discernible, una respuesta automática que transmite una sensación de confianza y unidad.

—Voto por que la próxima vez invitemos a tus padres —digo imaginándome a Deborah con la manicura aún fresca sosteniendo una pistola láser como si fuera una araña muerta y a Harold disparándole entre jadeos y resoplos.

Él se carcajea. La idea encajaría a la perfección en nuestro plan de hacer algunos cambios en los ratos que pasamos con sus padres; de encontrar la manera de que nos resulte entretenido para que las reuniones familiares no nos tengan que parecer una obligación agotadora durante el resto de nuestra vida. Tenemos una larga lista de experiencias extrañas a las que vamos a someterlos, y anoche bebimos demasiado vino y nos caímos de la cama (vale, quizá la única que se cayó de la cama fui yo) riéndonos de nuestras respectivas sugerencias mientras nos pasábamos la libreta el uno al otro.

No les hemos dicho una sola palabra sobre la licencia matrimonial. Les daremos la noticia cuando ya estemos casados y hayamos celebrado la recepción en la bolera de Eau Claire. O quizá le escribamos una carta al «Querida Deborah» de la *Beaufort Gazette* y se lo contaremos de esa manera. Si no le da un colapso por lo imperfecto de la ceremonia, sin duda lo sufrirá cuando se entere de que vamos a combinar nuestros apellidos para crear uno nuevo que sea único y para los dos. Rosefield.

Siento un escalofrío y subo la calefacción. El documento que dice que Nicholas y yo estamos legalmente autorizados a casarnos durante los próximos treinta días resplandece dentro de la guantera, y retomo la conversación que abandonamos justo antes de comenzar a jugar al *laser tag*.

—En esta época del año los billetes de avión serán caros.

—Es cierto. Y la verdad es que no estoy seguro de querer volar con este tiempo. De por sí no me gusta volar, y si nieva perderé los papeles ahí arriba.

—Eso descarta la Cueva Nupcial de Misuri y ese glaciar de Alaska.

Habíamos considerado casarnos en los juzgados, pero entonces busqué en internet «destinos de interés para bodas» y los resultados nos dieron la inspiración para mostrarnos más imaginativos con nuestra fuga. Por cierto, que fugarse para contraer matrimonio es algo fantástico. Te lo recomiendo de corazón si alguna vez se te presenta la oportunidad. Incluye toda la diversión de la boda y nada del estrés de tener que planearla en términos tradicionales.

—¿Tienes preferencias por algún día de la semana? —pregunto—. Por ejemplo, no me gustaría

casarme en lunes.

—¿Ah? —Me dirige una mirada rápida—. ¿Y a qué se debe?

—Creo que aumentaría la posibilidad de que los aniversarios cayeran en lunes. Que nunca es un buen día.

—No tengo preferencia por ningún día de la semana —contesta—, pero me gustaría que no fuera por la mañana. Mi cabello tiene mejor aspecto cuando dispone de algunas horas para respirar.

Le doy un codazo mientras él se peina pasándose ostentosamente los dedos por los rizos marrones. Sólo bromea a medias; resulta indiscutible que su cabello alcanza su momento de gloria después del mediodía.

Me encanta hablar sobre los detalles de la boda. Me encanta escuchar a Nicholas comentando de manera casual que va a pasar el resto de su vida a mi lado. No me molesto en esconder mi baile de felicidad y, aunque no lo miro, sé que mi euforia es contagiosa y que él está sonriendo.

—He marcado en el mapa algunas de las cataratas de Wisconsin. Quizá estaría bien casarse delante de una de ellas —sugiero.

—O en un sendero panorámico. Los hay a montones por aquí.

—Para casarnos en un sendero panorámico podríamos hacerlo en el patio de casa —bromeo.

Entonces los dos nos quedamos paralizados y nos miramos, porque es una idea perfecta.

—¿Cómo es posible que no lo pensáramos desde el principio? —se pregunta Nicholas perplejo.

—¿Verdad? —Me deja patidifusa que hayamos tardado tanto—. Los árboles. El estanque. Imagínate el granero al fondo, con todos esos témpanos que cuelgan de él. ¡Y la nieve por doquier! Oh, será una boda de cuento de hadas.

—Tardaremos treinta segundos en caminar hasta nuestra luna de miel. Con alojamiento gratis. Y no tendremos que hacer maletas.

—Sí. —Doy una palmada—. Sí, sí, sí.

—Y pensar que estábamos considerando la idea de subirnos a un avión y volar todo el camino hasta Juneau para plantarnos en un glaciar y pasar el mismo frío que aquí. ¡Y somos los dueños del lugar! —Me dirige un vistazo rápido y sonrío—. Naomi, nos vamos a casar.

Pasamos junto al Junk Yard y me giro rápidamente sobre el asiento para mirar por el parabrisas trasero.

—¡Espera! ¡Da la vuelta!

—¿Cómo? ¿Por qué?

Le golpeo el brazo con insistencia.

—¡Da la vuelta, da la vuelta!

—Primero dé la vuelta usted, doña locuela, y entonces lo haré yo. —Da marcha atrás en un camino de acceso—. ¿Adónde vamos?

—Aquí mismo. —Señalo hacia el Junk Yard, frente al cual hay dos coches: el de Leon y el del

señor Howard. En un primer momento ignoro por qué tenemos que dar la vuelta, pero sé que es lo que hay que hacer, y espero a que me venga el motivo. Mi instinto ha acertado, porque entonces lo recuerdo—: Melvin, mi antiguo jefe, está ordenado como pastor.

Nicholas aparca y me mira fijamente.

—¿En serio?

Estoy tan excitada que no puedo ni hablar. Sólo logro asentir con la cabeza. No es lunes, no es por la mañana y la oportunidad ha llamado a la puerta. El señor Howard sale de la tienda cargado con el cartel que había encima de la caja registradora, SON LAS PEQUEÑAS COSAS, y se detiene al verme. Lo saludo mientras abro la puerta del coche.

—¡Hola! ¿Tiene un minuto?

Las mejores bodas son las bodas por sorpresa. Esta mañana, al despertarme, no tenía ni idea de que hoy acabaría casándome, y espero que sea una señal. Espero que nuestro matrimonio esté lleno de sorpresas espontáneas como ésta, y de planes C que funcionen espectacularmente bien.

Rebusco en el armario de lo que va a convertirse en habitación de invitados, ahora que ya no duermo allí. Todas las prendas de ropa que poseo se han tragado la cama o están diseminadas por el suelo. ¿Qué se pone una para casarse de forma espontánea en el patio de su casa?

El más bonito de mis vestidos no tiene mangas y es tan fino como un pañuelo de papel. Me convertiría en un polo.

Me pruebo un suéter y me lo quito de inmediato. Pruebo a ponerme una capa formada por un jersey de cuello de tortuga y unas mallas debajo de otro vestido, pero no encajan bien.

—¿Cómo va? —grita Nicholas al otro lado de la puerta.

Me apuesto algo a que ha tardado quince segundos en vestirse, el muy salvaje.

—¡No tengo nada que ponerme!

—Entonces ve desnuda.

Tiro un zapato contra la puerta y él se ríe.

—Date prisa —dice—. Quiero casarme contigo.

—Chitón, lárgate. Te amo.

—Yo también te amo. Nos vemos al otro lado.

Oigo el crujido de la escalera cuando baja por ellas y resisto la tentación de mirar por la ventana para ver si ya está ahí fuera. Abro la puerta, pensando en colarme de puntillas en nuestra habitación para escharbar en su armario en busca de algo mejor que ponerme, pero al salir me meto en un charco de tela.

Es un mono. Lo levanto y lo sacudo. Es el mío, el más pequeño de la pareja. Es práctico y no es gran cosa, pero si una va a plantarse fuera a nueve grados bajo cero para recitar sus votos, vestirse con varias capas no es tan mala idea. Sonrío y me embuto el mono sobre mi ropa de a diario. Entonces llamo a gritos a Brandy, que sube brincando la escalera con un cepillo y un

moldeador de pelo. Brandy es una de las excepciones para nuestra regla de no invitar a nadie, porque es positiva y se muestra respetuosa con nuestras elecciones y no proyectará ninguna sombra sobre nuestro día especial.

—¿Preparada? —pregunta alegremente.

—Buena suerte. La vas a necesitar.

—Oh, cállate. Tienes un cabello bonito.

Hace que me siento en la silla de un empujón y se pone a alborotarme el flequillo, que me ha crecido un poco. Nicholas cree que no le gustan los flequillos, lo cual demuestra que no tiene ni idea de lo que se dice, porque no hace más que enamorarse de mí cada vez que llevo uno.

Brandy me hace una trenza en forma de corona que yo nunca habría logrado conseguir si me hubiera arreglado el pelo sola, y cuando acaba me siento agradablemente sorprendida por la Naomi que parpadea ante mí en el espejo. Demonios, el cabello me ha quedado bastante bonito.

—Despampanante —dice ella abrazándome mientras da saltitos—. Ten, te he traído esto.

Abre la palma de la mano y me muestra una pastilla de menta.

—Guau, muchas gracias —contesto seca.

—Es mi regalo de boda para Nicholas. Chica, nadie quiere tener que besar a una quesadilla.

Me meto la pastilla en la boca y me paso por los labios un bálsamo como toque final. Leon, la otra excepción a nuestra regla de no invitar a nadie, está esperando abajo. El señor Howard ya debe de estar fuera, con Nicholas.

—Tu futuro esposo ha hecho esto para ti —dice Leon, y me da un buqué de ramitas de pino. Me lo llevo a la nariz y giro sobre mí misma.

—¿Qué tal me veo?

Poso para ellos.

—Como si fueras a fumar el semisótano de alguien contra las termitas —dice Leon.

—Estupendo. Eso es lo que buscaba.

Brandy me ofrece el brazo, y yo lo acepto. Pensaba que Brandy estaba aquí para ser mi dama de honor, pero evidentemente va a ser quien me lleve al altar.

—¿Lista?

—Estoy más que lista. Tengo que ir a atar a ese hombre antes de que se le ocurra alguna idea extraña y se me escape.

Todos salimos por la puerta trasera a un crepúsculo de color lavanda, y descendemos por la ladera nevada pisando con mucho cuidado. No hay pasillo que lleve hasta el novio. No hay grupos de damas de honor ni de padrinos de boda, no hay arreglos florales, no hay un fotógrafo disparando fogonazos. Es lo más alejado de St. Mary's que pueda existir.

El bosque se ha recluido en sí mismo bajo la forma de un manchón negro, y el aire frío se precipita hacia el interior de mis pulmones. El hombre al que amo me espera al borde del estanque, y siento sus latidos como si fueran los míos. Mis sentidos se transforman en un caleidoscopio, recolectan imágenes y aromas y sonidos que habré de preservar hasta el día de mi

muerte. He estado conteniendo el aliento desde el mismo instante en que lo conocí; qué extraño ahora, poder soltarlo al fin. El acto de respirar ya nunca volverá a ser igual.

Estoy segura de que este escenario es encantador, pero me doy cuenta de que no importa dónde estemos. Nicholas podría encontrarse plantado en una tormenta, en un desierto, en el vacío. Yo no repararía en las diferencias, porque sólo lo veo a él.

La sonrisa que me dirige es tan hermosa que hace que me hinche con muchas más emociones de las que me caben dentro del cuerpo. La palabra «amor» me sabe a Nicholas. Está llena a rebosar de él. Un día, esa palabra evolucionará, se llenará también con la gente que traigamos juntos al mundo. Me muero de ganas de ver qué tipo de magia haremos con esa palabra, el número de formas que adoptará. Me muero de ganas de ver cuántos recuerdos emergen de nuestra decisión de presentarnos aquí, ahora mismo, para tomarnos el uno al otro en la prosperidad y en la adversidad. Con respecto a eso, digo: «¡Vamos allá!».

Ya nos conocemos en la adversidad. Hemos luchado para atravesarla y para salir al otro lado siendo inquebrantables. Habrá, es inevitable, discusiones, concesiones y tratados de paz redactados con la sangre, el sudor y las lágrimas que hayamos derramado. Tendremos que escogernos el uno al otro una y otra vez, tendremos que ser nuestros respectivos paladines, no permitir que olvidemos lo bueno cuando nos encontremos atrapados en una zona negativa. Habrá que trabajárselo. Pero déjame que te diga algo acerca de Nicholas Benjamin Rosefield: vale la pena.

Los ojos de Nicholas brillan con las lágrimas que aún no ha llorado, y su sonrisa es luminiscente. Igual que yo, sé que no da nada de esto por sentado.

«¿No sería genial poder intentarlo de nuevo?»

El sol desciende sobre la curvatura de la Tierra y hace que el cielo se sumerja en un brillante espectáculo de azules y morados, que en el encuentro con la nieve parecen una aurora boreal. Él toma mi mano en la suya y examina las yemas heladas y enrojecidas de mis dedos. Sopla suavemente sobre ellas para calentarlas, y a continuación me atrae hacia él para compartir su calor conmigo. Lleva una ramita de pino en el bolsillo utilitario de la parte frontal del mono, como si fuera la flor de un ojal, y eso me hace reír.

El tema con las bodas es que una no recuerda los votos. Éstos quedan olvidados en cuanto tu boca acaba de decir las palabras sagradas, porque tu cerebro necesita todo el espacio disponible para catalogar cada uno de los detalles del rostro de tu pareja. Toda mi atención está puesta en él. Todo resulta maravilloso. Cada día es el mismo. Cada día es como el día de nuestra boda.

Las palabras del señor Howard suenan a un volumen tan bajo en mis oídos que es como si procedieran de otro mundo. Las comisuras de los labios de Nicholas se curvan, sólo un poco, antes de que él se incline hacia mí. Su mirada asciende de mis labios a mis ojos, y lo que sea que encuentra en mi manera de mirarlo le lleva a hacer una pausa. A besarme con suavidad en la frente antes de descender para impartir el beso que me convertirá en su esposa.

La nieve titila diamantina a nuestro alrededor mientras le paso los dedos por el cabello y beso

una y otra vez a este hombre que me pertenece de manera irrevocable.

¿Cómo nos conocimos Nicholas y yo?

Nos encontramos en una casa llamada Para Siempre, la segunda vez que fuimos extraños el uno para el otro. Y amo al cien por cien la transformación que hemos vivido.

Agradecimientos

Hace falta un pueblo entero para que un libro comience a latir, y el mío es un pueblo increíble. A mi agente literaria, Jennifer Grimaldi, que hizo que mi vida cambiara en un nanosegundo: gracias, gracias, gracias por ser el paladín de mi historia, por ayudarme a pulirla hasta hacerla brillar y por ponerme en contacto con mi agente de derechos cinematográficos, Alice Lawson (otra geniecilla que sabe hacer magia), y con la editorial de mis sueños, Putnam. Si cuando comencé a escribir esta novela me hubieran dicho que iba a acabar aquí, la risa habría hecho que me cayera de la silla. Cada vez que pienso en toda la gente que le ha dado el sí (¡y además con entusiasmo!) a este libro sigo sintiendo deseos de pellizcarme.

A Margo Lipschultz, editora superestelar: te ofrezco un simbólico jardín de camelias, lo cual según una página web significa «gratitud» (pero según otra significa «anhelo» y «belleza sin tacha», así que elige lo que prefieras). Me siento tan afortunada por tenerte a bordo de este barco a mi lado, por la manera en la que iluminas mis días con tus correos, por tu pasión hacia esta historia y estos personajes, y por tu fabulosa experiencia. Gracias también a Anna Boatman, mi encantadora editora para el Reino Unido con Piatkus, y que levanten los cinco todo el maravilloso equipo de Putnam, que se los voy a chocar: Sally Kim, Tricja Okuniewska, Ashley McClay, Alexis Welby, Brennin Cummings, Tom Dussel, Ashley Tucker, Mia Alberro, Marie Finamore, Bonnie Rice, Ivan Held, Christine Ball, Amy Schneider, y el equipo artístico: Vikki Chu, Christopher Lin y Anthony Ramando.

Le debo una gratitud eterna y enorme a Marcus, mi marido y mi héroe apuesto y fiable. No sería capaz de escribir una sola palabra sin tu apoyo, que nunca ha flaqueado. He soñado toda la vida con ser escritora y, gracias a tu esfuerzo y sacrificios, puedo quedarme en casa todos los días y escribir historias acompañada por los niños más dulces y tontitos que haya sobre la faz de la Tierra. Lillie, Charlie y Bebé Número Tres: os quiero hasta la luna y volver. Habéis traído a mi vida tantas risas y alegría... De paso, ésta es la única parte del libro que tenéis permiso para leer.

Una cosa más: creo que es importante ser transparente con lo que sucede antes de que lleguen las buenas noticias. Aunque *Hasta que el infierno nos separe* represente mi debut oficial y mi experiencia con ella haya sido hasta el momento fantástica a extremos interplanetarios, está lejos de ser la primera novela que haya escrito. A mis colegas escritores en las trincheras del interrogante, a quienes se preocupan y corrigen y vuelven a comenzar por enésima vez, digan lo que digan, no os rindáis. Si seguís escribiendo e intentándolo, acabaréis alumbrando la historia que está destinada a ser. Es una simple cuestión de probabilidades.

Gracias a los encantadores autores que aceptaron leer este libro por adelantado, y que han hecho que la voz corriera generosamente por internet. ¡Vuestro apoyo ha sido fantástico! Gracias a Skypeland, mis primeras lectoras, cuya amistad, entusiasmo y comentarios en caja alta me animaron a continuar escribiendo. Vosotras y vuestro talento habéis sido un inmenso motivo de inspiración, ¡y no veo el momento de que mis estanterías se llenen con vuestros libros!

Y un último reconocimiento para ti, lector, seas quien seas; te has tomado el tiempo de leer mi historia y eso es algo por lo que te estaré eternamente agradecida.

Notas

1. *Junkyard* es, efectivamente, «vertedero, desguace, chatarrería...». (N. del T.)

1. «El basurero.» (*N. del T.*)

1. *Dick* significa también «polla» o «cretino». (*N. del T.*)

Hasta que el infierno nos separe
Sarah Hogle

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *You Deserve Each Other*

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de ilustración de la cubierta, cosmaa

© Sarah Hogle, 2020

Publicado de acuerdo con G.P. Putnam's Sona, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2020

© Espasa Libros, S. L. U., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

ISBN: 978-84-670-5957-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





HASTA
QUE EL
INFIERNO
NOS
SEPARE
SARAH HOGLE

